

Otros títulos de Ediciones
Normalismo Extraordinario

158. Varios Autores
*Voces de formadores de docentes.
Relatos de una Escuela Normal*
(Propuesta didáctica)

157. Flor de María Moreno Luna,
Roberto Gutiérrez Nájera
*Experiencia de intervención en
la educación a distancia:
Estrategias para la Atención
a la diversidad*
(Ensayo)

156. Enrique Santibañez López,
Amelia Canseco López, Luciano
Guzmán Toledo
Sueños de cartón
(Cuento)

155. Soledad Hernández Méndez
*El Aprendizaje musical en una
comunidad de práctica: La Banda
Infantil y Juvenil de San Jerónimo
Tlacoahuaya*
(Ensayo)

154. Hallier Arnulfo Morales Dueñas,
Sergio Ortiz Briano
*Centenario de las Normales Rurales
Proceso, miradas y latitudes. (1922-2022)*
(Ensayo)



Los narradores de este libro se han despojado de miedos e inseguridades para escribir parte de la vida misma que los tocó y los transformó. Transitaron al lado de la lectura y la escritura caminando de la casa a la escuela, y de ésta a la vida misma, contando pasajes desde lo íntimo, tarea nada fácil para el que se atreve a escribir. Son estudiantes y maestros que documentan las incomparables historias que vivieron, no siempre placenteras, con la lectura y escritura. Recordar algunos pasajes seguramente despertó en ellos imágenes, aromas, sentimientos, etc., que les permitieron volver a sentir una profunda emoción. La mayoría de estos educadores dan cuenta de prácticas del lenguaje que se han transformado con el tiempo, aunque muchas de ellas aún persisten y se mantienen.

Roberto I. Pulido Ochoa



SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

CONAEN
CONSEJO NACIONAL
DE EDUCACIÓN NORMAL



CRESUR
Centro Regional de Formación Docente
e Investigación Educativa

Varios autores

PROPUESTA DIDÁCTICA

159
Voces de formadores de docentes
Autobiografías lectoras

Varios autores

159

Voces de formadores de docentes Autobiografías lectoras



Foto de Elián Lavariega



Voces de Piedra Parada, es un colectivo integrado por docentes, estudiantes y egresados del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, a quienes une el inquietante mundo de la lectura y la escritura. Suelen compartir su tiempo en espacios donde se permite exponer las ideas, pensamientos y sentimientos de su devenir cotidiano.

Sus integrantes, convergen en la idea de concebir a la lectura como un placer y disfrutar el compromiso que tiene el docente con ella.

La escritura es la forma de encontrar la perdurabilidad de sus experiencias, para compartirlas con los demás a través del tiempo.

Ediciones Normalismo Extraordinario

Imagen de portada de
Leonardo Salinas Domínguez.
“Momentum imposible onírico”.

VOCES DE FORMADORES
DE DOCENTES.
AUTOBIOGRAFÍAS LECTORAS

VOCES DE FORMADORES
DE DOCENTES.
AUTOBIOGRAFÍAS LECTORAS

María Guadalupe González Ruiz
Manuel Santos Santos
Rúsbel García Ríos
René Carrillo García
Fredy Giovanni Robles Rojas
Yuritze Martínez Baños
Víctor Arturo Ríos Herrera
Juan A. Jiménez Santos
Liliana Marisol García Ramírez
Norma López Pérez
Rafael Hernández Sánchez
Anel del Carmen Cortés Castillejos
María del Carmen Robles López
Víctor Velasco Salinas

Ediciones Normalismo Extraordinario

Voces de formadores de docentes. Autobiografías lectoras

Primera edición, 2022

Diseño de portada e interiores: Milenka Rufrancos Flores

D. R. © María Guadalupe González Ruiz, Manuel Santos Santos, Rúsbel García Ríos, René Carrillo García, Fredy Giovani Robles Rojas, Yuritze Martínez Baños, Víctor Arturo Ríos Herrera, Juan A. Jiménez Santos, Liliana Marisol García Ramírez, Norma López Pérez, Rafael Hernández Sánchez, Anel del Carmen Cortés Castillejos, María del Carmen Robles López, Víctor Velasco Salinas.

D. R. © 2022 Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN: 978-607-8671-95-3

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.

DIRECTORIO NACIONAL 2023

Andrés Manuel López Obrador
Presidente de México

Leticia Ramírez Amaya
Secretaria de Educación Pública

Francisco Luciano Concheiro Bórquez
Subsecretario de Educación Superior

Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior para el Magisterio

Édgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

DIRECTORIO ESTATAL 2023

Salomón Jara Cruz
Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Oaxaca

Emilio Montero Pérez
Director General del Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca

Albino Pérez Vásquez
Subdirector General de Servicios Educativos

Virginio de León Herrera
Titular de la Unidad de Educación Normal y Formación de Docentes

Lic. Víctor Arturo Ríos Herrera
Director del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande (CRENG)

ÍNDICE

Introducción <i>Roberto I. Pulido Ochoa</i>	13
Relatos, compromiso social y esperanzas de profesores de una Escuela Normal mexicana. Hacia una literacidad crítica <i>Andrea Olmos Roa</i>	23
El mundo donde se da vida a través de las letras <i>María Guadalupe González Ruiz, Manuel Santos Santos</i> <i>Fredy Giovani Robles Rojas, Rúsbel García Ríos</i>	50
Abrir cajas <i>María Guadalupe González Ruiz</i>	81
La vida es de momentos, el placer de leer también <i>Manuel Santos Santos</i>	101
Leer como una experiencia de vida que hace historia, mi historia <i>Rúsbel García Ríos</i>	120
Un mundo aparte: Conocer mundos diferentes <i>René Carrillo García</i>	142
¡¡¡Voces, que cuentan secretos!!! <i>Fredy Giovani Robles Rojas</i>	161
U moots xook yéetel tsíib. Raíces de la lectura y escritura <i>Yuritze Martínez Baños</i>	180
Letras para el amor, amor para las letras <i>Víctor Arturo Ríos Herrera</i>	196

Memorias escritas con tinta de sueños	
<i>Juan A. Jiménez Santos</i>	210
Un rompecabezas de colores	
<i>Liliana Marisol García Ramírez</i>	233
Los intrincados caminos de leer	
<i>Norma López Pérez</i>	248
¿Alguna duda?	
<i>Rafael Hernández Sánchez</i>	260
El camino de letras	
<i>Anel del Carmen Cortés Castillejos</i>	273
Viaje entre lectura y escritura	
<i>María del Carmen Robles López</i>	286
La grandeza de las cosas sin nombre	
<i>Víctor Velasco Salinas</i>	308

INTRODUCCIÓN

Las historias lectoras autobiográficas que se cuentan en este nuevo libro de maestros, maestras, alumnas y alumnos, del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca, son parte de un proceso de la línea de documentación narrativa que se viene estableciendo en el mundo pedagógico, y que ha permitido profundizar en las prácticas pedagógicas, que por muchos años han sido dominantes en estos escenarios educativos; prácticas de lectura y escritura cuestionadas desde diferentes perspectivas, porque se han rezagado y no renovado, de acuerdo con las nuevas exigencias socioculturales que se viven en el mundo. Es decir, las condiciones han cambiado vertiginosamente y las circunstancias de salud que vive el planeta por el Covid-19, han acelerado la necesidad de responder a las nuevas exigencias de comunicación.

Los narradores de este libro se han despojado de miedos e inseguridades para escribir parte de la vida misma que los tocó y los transformó. Transitaron al lado de la lectura y la escritura caminando de la casa a la escuela, y de ésta a la vida misma, contando pasajes desde lo íntimo, tarea nada fácil para el que se atreve a escribir. Son estudiantes y maestros que documentan las incomparables historias que vivieron, no siempre placenteras, con la lectura y la escritura. Recordar algunos pasajes seguramente despertó en ellos imágenes, aromas, sentimientos, etc., que les permitieron volver a sentir una profunda emoción. La mayoría de estos educadores dan cuenta de prácticas de lenguaje que se han transformado con el tiempo, aunque muchas de ellas aún persisten y se mantienen

vigentes; lo cierto es que, en la actualidad, esas prácticas conocidas como tradicionales, se han transformado.

Leer y escribir no es lo que era hace unas décadas, ahora las prácticas y soportes se han diversificado al leer libros electrónicos en ellos, artículos, noticias, ser usuarios de las redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram, WhatsApp, etc., comprar productos desde diferentes plataformas: hacer reservaciones de hoteles, comida, ropa, conciertos; la impartición de clases por plataformas como: Zoom, Skype, Microsoft Teams, Google Meet, etc.; es decir, las prácticas de lectura y escritura se han transformado vertiginosamente. “¿Es que ya no leemos y en consecuencia hemos olvidado también lo que son los libros?, ¿son objetos obsoletos?, ¿o es que simplemente leemos de otro modo, con pantallas y teclados?” (Cassany, 2006, p. 12).

Ahora se habla de que la literacidad crítica abarca todo lo relacionado con el uso del alfabeto: desde la correspondencia entre sonido y letra, hasta las capacidades de razonamiento asociadas a la escritura. Además, la oralidad, la radio, televisión, páginas web o videos, etc., todo cabe en esta nueva idea (Cassany, 2006).

Gregorio Hernández (2019), ha propuesto que Paulo Freire fue también uno de los autores de los Nuevos Estudios sobre Literacidad: “En particular la idea de que muchas de las prácticas culturales de los sectores populares reproducen relaciones de dominación y opresión que deben ser desmontadas justo por una educación y alfabetización *críticas* (por ejemplo, el machismo, la misoginia, la homofobia, el consumismo, el fanatismo religioso, y el desprecio hacia el conocimiento, con una excesiva admiración de figuras mediáticas)” (p. 368).

Durante décadas se ha discutido sobre la importancia de los métodos de enseñanza de la lectura y la escritura, y Gregorio Hernández lo analiza desde una perspectiva crítica, a partir de medios y procedimientos:

Muchos educadores de buena fe simplemente se preguntan por los *métodos* (¿cómo alfabetizar más gente más rápido?, ¿cómo enseñar a leer bonito y por placer?), y pierden de vista los *finés* y los *contenidos* (¿para qué queremos que la gente excluida de la educación, el conocimiento y la economía global se interese por leer libros, visitar bibliotecas, escribir textos o hablar inglés?) (p. 365).

El autor anteriormente citado analiza que desde un punto de vista sociocultural, ser letrado implica no sólo dominar un sistema de escritura, sino también el conjunto de valores, creencias y prácticas indispensables para *adoptar y actuar una identidad* dentro de *discursos sociales* específicos (Gee, 2004); por ejemplo, discursos de género, nacionalidad, religión, ideología, política, profesión, clase social, etnicidad, escolaridad, etcétera (p. 367).

El problema ha sido históricamente el acceso a las “comunidades letradas”, separadas de la gente que les ha permitido mantener el poder y el conocimiento. Es decir, “la transformación de las habilidades de lectoescritura en comportamientos y formas de pensar letrados, depende de una comunidad de hablantes que hace que el texto signifique algo” (Hernández, 2019, pp. 367-368). Desde otra perspectiva, Carlos Lomas (2016), plantea:

Si lo lingüístico es personal y lo personal es político, en la medida en que los usos del lenguaje constituyen una acción humana con unos u otros efectos subjetivos y culturales, la educación lingüística debiera fomentar no sólo la adquisición de competencias comunicativas en las aulas, sino también el aprendizaje de una ética democrática de la comunicación que favorezca la equidad y la convivencia armoniosa entre las personas, entre las lenguas y entre las culturas (p. 56).

Carlos Lomas considera que: “Somos palabras. Somos lo que decimos y hacemos al decir. Y somos lo que nos dicen y nos hacen al decirnos cosas con las palabras” (2016, p. 57). En la escuela estamos llenos de mensajes y discursos que lanzamos a los alumnos sin reflexionar en ello.

En este contexto, los enfoques críticos del análisis del discurso se interesan de manera especial en “examinar las diversas maneras en que puede abusarse del discurso, por ejemplo, por medio del estudio sistemático de la manipulación discursiva, la información distorsionada, las mentiras, la difamación, la propaganda y otras formas del discurso encaminadas a manejar ilegítimamente la opinión y a controlar las acciones de la gente con intención de sustentar la reproducción del poder” (Van Dijk, 2009, p. 29). Porque no conviene olvidar que, en la mayoría de las ocasiones, las emociones, las actitudes, los valores, los estereotipos, los prejuicios y, en fin, las ideologías que subyacen a nuestro conocimiento del

mundo y a nuestras acciones se adquieren y difunden discursivamente; es decir, a través del lenguaje y de los usos (y abusos) de los que es objeto en los diferentes contextos de la comunicación humana (Lomas, 2016, p. 58).

En las escuelas hay ideologías que subyacen en nuestros contextos cercanos y lejanos, en la interacción con los alumnos, compañeros, maestros y padres de familia, que muchas veces imponemos los maestros sin tener conciencia de ello, ni hacer una reflexión apropiada; además, cotidianamente proponemos contenidos; por ejemplo, de los libros de texto, sin que los alumnos reflexionen más allá de lo literal. Leer y escribir muchas veces son prácticas sin sentido para nuestros estudiantes.

De ahí la importancia de indagar en las aulas en torno a los efectos de los usos del lenguaje y de que la educación lingüística fomente una ética democrática de la comunicación que evite el menosprecio de las variedades lingüísticas utilizadas por los grupos menos favorecidos de la sociedad, subraye la radical igualdad de las lenguas y el valor de la diversidad lingüística, sea intolerante con quienes siguen justificando en los territorios del discurso las mil y una formas de la discriminación (por razón de clase social, sexo, etnia, raza, creencia u orientación sexual), y ponga las palabras al servicio de una convivencia democrática y equitativa entre las personas y entre las culturas (Lomas, 2016, p. 59).

Por eso es relevante que los educadores documenten cómo vivieron sus propios procesos de aprendizaje con la lectura y la escritura, saberes importantes para la historia de la pedagogía, para reflexionar sobre los discursos de los protagonistas de la educación, que muchas veces han estado ausentes de estos análisis. Publicar estas historias permite, a los docentes, ejercer el derecho democrático de ser escuchados.

Daniel Cassany (2011), también pone énfasis en las prácticas lectoras democratizadoras, al proponer construir una sociedad democrática, con una formación en lectura crítica, dirigida a ciudadanos autónomos y dialogantes (p. 19).

El autor admite que la democracia requiere reconocer el derecho a expresar opiniones diversas y respetar la de otros, comprometerse a opinar, que es un derecho de la democracia, sostener diálogos con los iguales y los que discrepan con nuestros puntos de vista, así como buscar la profundidad de los diálogos. Estos diálogos implican las prácticas de la lectura, la escritura y la expresión de la ideología: “Leer y comprender críticamente significa tomar conciencia de este hecho axiomático e incorporar la interpretación de la ideología de la lectura” (2011, p. 22).

La hipótesis de Daniel Cassany es que: “Los aprendices ni reciben formación suficiente en este punto ni están preparados para enfrentarse a la selva de los textos cotidianos” (p. 19). Estas ideas, publicadas en el año de 2011, con una visión de futuro, ahora nos permiten analizar estos temas en un contexto complejo, a partir de la pandemia que estamos viviendo, y ver cómo el internet ha cambiado radicalmente las formas de relación entre los seres humanos, y las formas de enseñanza y aprendizaje que estamos viviendo, en medio

de esta gran crisis de la que aún no hemos visto sus efectos verdaderos.

Reflexiona Cassany que desde la lectura digital existe una gran cantidad de información que desinforma, y la nula idea de saber navegar por las redes y plataformas, para buscar y contrastar las ideologías que presentan los textos, pero “nunca había habido tantas oportunidades y tantas obligaciones para escribir, con audiencias auténticas y diversas, sobre todo tipo de temas, y en formatos y registros distintos (2011, p. 20).

Sobre la lectura e ideología, Cassany afirma que: “La lectura digital es una práctica corriente hoy en día para muchos alumnos y lo será más en el futuro” (2011, p. 20), ya que escribimos de manera diferente en las redes, por las formas y los contextos socioculturales que abordan. La multiliteracidad nos orienta a que hoy leamos muchos textos y muy variados en breves espacios de tiempo, aunque todavía existe en el mundo una gran franja de seres humanos excluidos de las posibilidades de leer y escribir, no sólo en papel, sino también en la web; sin embargo, se están imponiendo nuevas prácticas al respecto; por ejemplo: leemos desde alguna plataforma y saltamos de una práctica a otra, y al mismo tiempo respondemos correos, buscamos datos, se consulta un blog, se responde un WhatsApp o se chatea con familiares, compañeros de escuela, amigos, y todo en un breve lapso de tiempo. Daniel Cassany analiza que:

La orientación sociocultural entiende que la lectura y la escritura son “construcciones sociales, actividades socialmente definidas”, la lectura varía a lo largo de la historia, de la geografía y de la actividad humana. La humanidad ha ido inventando sucesivas tecnologías

de la escritura, con variadas potencialidades, que cada grupo humano ha adaptado de manera irreplicable a sus circunstancias. En cada lugar, en cada momento, leer y escribir han adoptado prácticas propias, en forma de géneros discursivos particulares (2006, pp. 23-24).

Finalmente podemos decir que en este libro de autobiografías lectoras, los textos dan cuenta de una enorme variedad de prácticas lectoras y producción de textos, ya que cada historia particular cuenta el proceso complejo experimentado a lo largo de su vida con la lectura y la escritura desde lo cognitivo, afectivo y sociocultural, material que resulta fundamental para entender una parte de la formación en el contexto de la educación normalista en México. Conviene contrastar las historias aquí presentes con las nuevas prácticas y nuevos escenarios, no para descalificar alguna de ellas, sino más bien para ver la riqueza de comunicación generada por la humanidad.

Roberto Isidro Pulido Ochoa

REFERENCIAS

Cassany, D. (2011). Prácticas lectoras democratizadoras. *Didáctica de la lengua y de la literatura*, 58, pp. 29-40, Barcelona: Universidad de Pompeu.

—. (2006). *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.

Cassany, D. (2005). Investigaciones y propuestas sobre literacidad actual: multiliteracidad, internet y criticidad [conferencia inaugural]. *Congreso Nacional Cátedra UNESCO para la lectura y la escritura*. Concepción: Universidad de Concepción (Chile), <<http://-www.udec-cl/catedraunesco/index.htm>> [actas en línea].

Hernández, G. (2019). De los nuevos estudios de literacidad a las perspectivas decoloniales en la investigación sobre literacidad. *Íkala, Revista de Lenguaje y Cultura*. Medellín, Colombia, 24 (2), pp. 363-386.

Lomas, C. (2016). *Lo lingüístico es político. La enseñanza de la lengua y ética de la comunicación*. Madrid: Cuadernos de pedagogía.

RELATOS, COMPROMISO SOCIAL Y ESPERANZAS DE PROFESORES DE UNA ESCUELA NORMAL MEXICANA. HACIA UNA LITERACIDAD CRÍTICA

Andrea Olmos Roa

Universidad Nacional Autónoma de México

FES Zaragoza

Agradezco la invitación a mi colega y amigo Roberto Pulido Ochoa, para participar en este interesante foro académico-político. Pulido comparte con un grupo de profesores su compromiso, posicionamiento político y actuar pedagógico, con la humildad que lo caracteriza que, sabemos bien, indica una gran sabiduría, amor por la niñez y educación en nuestro país, que contagia a los que lo leemos o escuchamos. Asimismo reconozco de manera especial los aprendizajes, rebeldía y esperanzas que la riqueza de voces de los docentes, presentes en este libro, dejó en mi corazón.

En lo personal, ha resultado grato y emocionante el compromiso que la escritura de los textos implicaba, pues consistía en leer e interpretar los relatos autobiográficos que sobre la lectura y escritura plasmaron un grupo de profesores de una Normal de Oaxaca, uno de los bellos estados de nuestro país. Su lectura me ha permitido unirla a otras voces, visiones y propuestas de profesores de otras latitudes, como un entramado colectivo que intenta reformular el quehacer pedagógico, en este caso con la lectoescritura, vinculado a la

participación social, compartiendo propuestas de renovación, transformación educativa y social, situada en las acciones pedagógicas de nuestro actuar cotidiano.

Debo confesar que ha sido complejo realizar esa doble hermenéutica; esto es, mi lectura e interpretación de textos, que los diferentes autores de esta obra han realizado, en virtud de las diversas aristas que descubría en los relatos autobiográficos, que dificultaban la organización de mis ideas en el intento de sintetizar sus voces. Por lo tanto, en este espacio pretenderé conjuntar sus interesantes voces con pensadores, grupos y movimientos sociales y educativos, particularmente en nuestra región latinoamericana, y desde luego con la mía, para hacer visible nuestro posicionamiento político, ético y de responsabilidad social. Es importante aclarar que debido a la dificultad que implicaba escribir el nombre de cada una de las voces que retomo, hago patente su participación en el capítulo.

Iniciaré con una breve semblanza del escenario, para posteriormente ubicar este esfuerzo colectivo como un proceso de formación docente horizontal, donde diversos colectivos de maestros, unidos a redes, intentan proponer otras formas de ver lo pedagógico y el papel que corresponde al magisterio para afrontar la serie de desafíos que como humanidad tenemos. En dicho espacio formativo se comparten distintas prácticas vinculadas a problemas concretos, con cambios en diversos aspectos en la práctica cotidiana que han venido desarrollando, a través de propuestas propias y dinámicas, como parte de la construcción de un proyecto alternativo.

Continuaremos con uno de los aspectos priorizados por el grupo: la relación entre oralidad y lenguaje o cultura escrita, al considerarlas como formas que se entretrejen, por

medio de las cuales una comunidad puede generar memoria, identidad, afianzar lazos interpersonales y compartir formas de ver el mundo, uniéndolas a la visión freireana de “lectura del mundo”.

Resaltaremos el papel de la oralidad, como esa serie de saberes en los que intervienen mitos, creencias y una acumulación de elementos culturales que reflejan el carácter subjetivo de ver la realidad. Notaremos cómo algunos de los maestros intentan que la escuela no deje fuera dicha oralidad, en particular en el actual escenario, donde la finalidad de diversas escuelas ha cambiado, e intenta formar para incorporar a las personas al mercado, o como consumidores, por lo que diversos docentes intentan rescatar los saberes y prácticas de su comunidad.

Finalmente nos centraremos en el papel que como docentes nos toca enfrentar, ante los desafíos que presenta la sociedad y la humanidad, al impulsar la lectura crítica y emancipadora. La intención es compartir una mirada crítica que abra veredas, unidos a un movimiento social mundial que intente ver otra forma de construir el mundo y a nosotros, más justo y solidario, que se preocupe por sí mismo, el prójimo, los animales y el planeta.

Río Grande, escenario de luchas y logros de un pueblo oaxaqueño

Para dar contexto a estas narraciones rescato, del breve relato del lugar narrado por Martínez (2009), retazos de un tejido complejo de lo que implica la historia de Río Grande, dos aspectos que considero importantes.

En primer lugar, la influencia olmeca-zapoteca-mixteca-chatino-mexica, en su planicie. En particular la historia de los chatinos que ocuparon la costa, entre ellas Chcu Tlyu, que significa “Río Grande”, aspecto que no abordaremos en este escrito. Y en segundo lugar, su narrativa como pueblo rebelde y “luchador social”, que recuperamos y vinculamos con la apuesta pedagógica que considera la lectura-escritura de la “palabra-mundo” que guía este capítulo, desde una mirada crítica y transformadora.

Un acto de resistencia, que relata Martínez, ocurrió en relación al nombre del lugar, cuando durante las inundaciones, en las primeras décadas del siglo pasado, se pidió a los habitantes mover sus casas a un cerro cerca del río, nombrado Río Grande. Sin embargo, la gente del pueblo lo llamaba Piedra Parada, por la existencia de una piedra labrada que estaba en posición vertical en el caserío. Para no perder el Viejo Barrio, los pobladores se movían entre ambos sitios, el Barrio Viejo y el Nuevo, Río Grande y Piedra Parada. Por este acto de resistencia, el pueblo tiene ambos nombres.

Otro motivo es la rebelión agraria, con la solicitud de tierras y la gestión de ejidos ante el gobierno de Oaxaca, como Martínez (2009) expresa:

Del latifundio abandonado, conocido como los “Terrenos de Río Grande y Manialtepec”, con una superficie de 36,000 hectáreas, [...] sin embargo, el gobernador del estado de Oaxaca [...] envió una carta donde explicaba la existencia de la Colonia Federal Agrícola, Ganadera y Artesanal de Río Grande, por lo que el trámite fue entorpecido por la burocracia, el clientelismo político,

el compadrazgo, etc. Por su parte, los agraristas se rebelaron contra el administrador de la Casa Valle, generando una revuelta e invadiendo algunos predios, por ello el administrador mandó guardias de la hacienda a sofocar el levantamiento, hecho que terminó en varias muertes y encarcelamientos del grupo agrario. Los principales cabecillas se fueron por un tiempo, pero la mayoría vivió un clima de represión por muchos años, lo que dio a Río Grande su carácter de “luchador social”.

Respecto a la educación pública, esta comunidad, al igual que muchos pequeños pueblos, sufría el poder del cacique, quien corría a los profesores rurales por su actividad transformadora, sustituyéndolos por personas de su entera confianza.

El Centro Regional de Educación Normal de Río Grande (CREN), de donde son los profesores autores de esta obra, “surge como producto de un conflicto político estudiantil y de las medidas represivas que el gobierno de Oaxaca realizó al CRENTO, de la ciudad de Tuxtepec, obligando a ciento cincuenta estudiantes normalistas de 2º, 3º y 4º grado, a trasladarse hasta nuestro pueblo, si querían seguir estudiando su educación normal”.

La recuperación de la memoria histórica de este lugar, en especial de sus raíces culturales y su posicionamiento como pueblo y estado rebelde, debe ser resignificada para continuar y avanzar en la ruta que nos ha legado un buen número de grupos y colectivos de éste, y otros sitios, para lograr construir un mundo mejor.

Redes de formación y renovación pedagógica. Diálogo, intercambio, indagaciones y transformaciones docentes

Este legado de posicionamiento rebelde es fundamental en el contexto actual, con la serie de reformas y estrategias neoliberales completamente diferentes a los momentos históricos que cada uno de los autores vivió en su niñez. Por tanto, aunque sus relatos nos evoquen imágenes particulares y nos lleven a esos bellos escenarios de nuestro país, con niños corriendo, jugando, ayudando a las labores cotidianas, como traer leña, agua o frutos y verduras cosechadas en la huerta, o en las milpas..., hemos considerado importante señalar la necesidad y urgencia de una relectura de nuestro escenario actual, y posicionamiento político, ya que la brújula y los mapas de acción, conceptuales, metodológicos y de relación se han ido modificando y, por tanto, exigen de nosotros una renovación de todo aquello con lo que veníamos trabajado. Por eso es relevante recuperar la memoria colectiva, para lograr la transformación que anhelamos.

Redes de maestros. Sueños, saberes y luchas compartidas

Ubicamos este interesante trabajo grupal como uno de tantos procesos formativos que se han generado a nivel mundial con colectivos o redes de docentes, con el fin de lograr una renovación y preparación de los profesores y ciudadanos, que enfatice en los aspectos éticos y en la claridad del papel que nos corresponde en el mundo.

En este proceso formativo, los docentes de la Normal por lo general, de manera voluntaria y comprometida,

han compartido con sus colegas sus gustos, sus dudas, compromisos, etc., en este caso con la lectura y escritura, recomendando títulos y autores, e intercambiando libros, con el objeto de mejorar la docencia y compartir sus saberes.

A través de grupos de reflexión, los profesores han promovido intercambios de experiencias buscando profundizar en el análisis de los textos y publicaciones que fundamenten la comprensión de las propuestas de los nuevos libros de texto, en especial para la enseñanza de la lectura y escritura. Dicho proceso formativo ha permitido que el docente recupere su práctica y se favorezca la construcción de escenarios colectivos donde se promueva el diálogo, intercambio, conversación e investigación de forma integrada (Suárez, 2010; Bazán y González, 2009).

Algunos docentes han participado en otros colectivos de maestros que se realizan en el propio escenario escolar, donde se agrupan con colegas con sueños y visiones similares, integrándose en redes de docentes donde se hace investigación desde la escuela, con el fin de transformar su práctica, impactando en su contexto sociocultural, a través de reuniones semanales, donde se comparten experiencias pedagógicas mediante el diario del profesor.

La función de estos grupos ha sido reconocer las dificultades de enseñanza y aprendizaje, así como tratar de comprender las concepciones construidas. Con dicha escritura se contrastan las ideas de los profesores que los acerca a la lectura de textos, los orienta, interroga y favorece una lectura crítica de su realidad.

Dicho intercambio de ideas los aproxima, como compañeros, compartiendo libros para conocer mejor a los

alumnos y así comprender cómo construyen significados, y se produce el proceso lector. Algunos aprendieron a ser mediadores llevando libros de un lado a otro, leyendo con los estudiantes, construyendo debates y escritos, pero sobre todo experimentaron conocer y respetar lo que pensaban los estudiantes.

Así me uno a esta aventura para señalar que la reescritura, señalada por Freire, la hemos hecho dialogando con diversos autores, incluyendo las ricas voces de los docentes de la Normal, tratando de resignificar el potencial de sus ideas, reaprendiendo con ellos y reconociendo que la utopía es un sueño posible.

De esta manera, pensando en este influyente intelectual brasileño, podemos percatarnos de la importancia de lograr la transición de un saber ingenuo a uno riguroso, donde no sólo reflexionemos sobre el conocimiento como un asunto epistemológico, sino también político, social e histórico. En relación con el tema que nos ocupa, el interés por la lectura y la escritura, sabemos que es sólo una parte de la educación, en tanto su apropiación implica una relectura del mundo (Freire, 2016).

Por ello hemos apostado por una formación o renovación pedagógica que reconozca que los saberes los vamos construyendo en trabajo colectivo y horizontal, a través de un diálogo de conocimientos para favorecer una lectura reflexiva de la realidad (Olmos, 2016); esto es, tratar de “leer” y comprender el mundo, en nuestro caso el de la Escuela Normal, universitario o escolar, para reconstruirlo e interpretarlo, con la finalidad de aportar una nueva perspectiva que ayude a solucionar una realidad concreta identificada. De estos saberes

pedagógicos construidos se destaca el componente ético; o sea, un compromiso moral para conducir el proceso pedagógico.

De experiencias formativas como la presente en este colectivo de docentes, deseamos destacar como característica primordial la capacidad y lectura reflexiva realizada entre colegas para construir saberes pedagógicos, destacando no sólo los aspectos técnicos, sino también el proceso que orienta nuestras acciones y decisiones sobre la enseñanza (Connelly y Clandinin, 2000).

Dichos saberes construidos y orientadores de nuestras prácticas educativas son la base de una red de conceptos, representaciones, certezas y creencias que fundamentan nuestros proyectos y propósitos educativos. De esta manera, el proceso reflexivo nos ha servido para hacer visibles los supuestos preconcebidos acerca de nuestros saberes y prácticas, y así percatarnos de que dichos supuestos pueden generar en nosotros cierta resistencia al cambio, y una asimilación mecánica a viejos modelos (Carrizales, 1998; Olmos, 2016). Descubrimos que una forma de lograr dicha reflexión es a través de narrativas, ya sea mediante relatos de experiencias pedagógicas, o como en este caso, a través de autobiografías.

Reflexión y narrativa.

Re-leyendo y re-escribiendo el mundo

En el proceso integrado de formación/investigación/acción, los participantes vamos construyendo nuestra realidad, proponemos alternativas de acción o cambio, y definimos las opciones pedagógicas usando como eje la lectura y la reflexión crítica (Saavedra, González y López, 2005).

Esta reflexión ha implicado modificar nuestra forma de pensar o “leer el mundo”, a través del rompimiento de lo que aparece ante nuestros ojos como el sentido común, regularmente presente en las representaciones compartidas dentro de la sociedad, tanto en las relaciones cotidianas como en las formas sociales e institucionales. Van Dijk describe al sentido común como creencias incuestionables, esto es: “Creencias aceptadas por todos en una misma cultura, no se diferencian entre distintos grupos, y por lo tanto no son objeto de conflicto o lucha ideológica” (1999, p. 32). Así, esas creencias van perdiendo el sentido de injusticia o discriminación hasta volverse lo común. Las políticas en una institución hacen lo común, de lo que los individuos consideran cuestionable, a través de normas y reglamentos (Santiago, Parra y Murillo, 2012)

De igual forma resaltamos el papel de la narración autobiográfica y los relatos de experiencia por ser estrategias de gran valor, ya que han facilitado dicho proceso reflexivo y formativo. Tanto las historias de vida, las autobiografías, como la documentación narrativa de relatos de experiencias pedagógicas, han permitido comprender los aspectos de la experiencia personal, y a su vez han aportado elementos para vislumbrar cómo actuamos los docentes sobre nuestro ambiente cotidiano y de cambio social (Connelly y Clandinin, 2000).

De esta manera descubrimos que la “lectura o comprensión del mundo” la hemos construido con los relatos a los que tenemos acceso y con los que interactuamos. Así vamos construyendo nuestra propia interpretación, a partir de las prácticas en que nos desarrollamos. Cada relato, como lo refiere

White (1987), contiene la serie de procesos históricos, sociales, políticos y culturales en los que nos hemos formado (Olmos, 2016).

Lo interesante es que a través de los relatos se ha podido recuperar la memoria docente. Esto es, al documentar y difundir públicamente se recobran las experiencias y producción intelectual de los maestros para retroalimentar la propia práctica, así como para contribuir a la construcción y difusión de los saberes docentes. Dicha documentación narrativa compartida ha permitido conversar y reflexionar sobre las tradiciones, vivencias y circunstancias que favorecieron el desarrollo de la experiencia. Ello permite revisar y reestructurar nuestros supuestos con los miembros del colectivo (Suárez, 2010; 2006).

Lo relevante que podemos observar en el colectivo de docentes de la Normal, es que la reflexión pedagógica que implica la escritura narrativa en la cotidianeidad de su aula, ha propiciado que se reconozcan como sujetos de saberes, con capacidad de afrontar los retos que se les presentan y resolverlos en un diálogo horizontal con otros colegas o personas interesadas en la educación. Así, la comprensión de los problemas y de sus prácticas depende de las formas de pensar y de actuar que utilizamos para afrontar la realidad, ya que éstas definen nuestras decisiones para mejorar, consolidar o modificar nuestras prácticas.

Pero, lo más importante es que con este libro se consigue difundir lo indagado en el proceso reflexivo-formativo más allá del escenario local, pudiéndose compartir saberes con otros colegas que sin duda han incidido e incidirán en su futuro accionar, donde se reconozcan y consoliden, por

un lado, aquellos saberes y quehaceres docentes productivos que orienten el cambio para favorecer en otros una mejora educativa.

Considero que puede ampliarse nuestro objetivo, motivados por recuperar la historia legada por diversos colectivos sociales vinculados al pensamiento pedagógico de nuestra región para hacer conversar pensamiento y acción, vinculando el análisis de lo ideológico, político y social, con la escuela, el maestro y sus prácticas (McLaren, 1984; Suárez, 2008).

Por todo lo anterior, pensamos, apoyados en Zeichner (1993), que dichos saberes pueden formar parte de una “teoría del cambio”; esto es, constituirse como fuente de conocimiento público para nuestras futuras prácticas y experiencias pedagógicas. Y retomando las profundas reflexiones de uno de los autores, docente de la normal, asumimos que:

Esta autobiografía es un acto revolucionario que va en contra de los patrones y sus prácticas laborales para evitar que se repitan, es un grito que exige un cambio verdadero en los cimientos de la libertad y expresión, que debe ser difundido a través del respeto y los otros valores universales que de él emanan. Es un paradigma con miles de horizontes que aún no han sido encontrados y es una utopía que se crea para poder llegar al bien común de leer y producir textos. Mi historia tiene como propósito crear nuevas perspectivas de lo que la lectura y escritura pueden hacer en nuestras vidas, de lo alarmante y relativamente preocupante que es el deterioro que ha

sufrido la lectura y escritura en la vida cotidiana y de cómo se refleja esto en las generaciones más jóvenes.

La “lectura del mundo” y su conexión con la “lectura de la palabra” oral y escrita

Al leer los diversos textos autobiográficos de los docentes de la Normal sobre la lectoescritura, recordé algunas reflexiones que Freire (1991) realiza en una de sus interesantes obras que habla sobre la importancia de leer, que en este momento retomo, ya que me permiten dar contexto a este apartado, debido a que al igual que Freire, los docentes de la Normal van relatando dicho proceso a lo largo de su vida. Por ello asumo la intención freireana de apropiarnos de esta herramienta cultural como una comprensión crítica del acto de leer, que como sabemos no se agota con la decodificación de la palabra escrita. Para este gran pensador brasileño, la “lectura del mundo” precede a la “lectura de la palabra”, de ahí que la lectura posterior que hacemos de los textos escritos no puede prescindir de la lectura que hemos hecho del mundo. Estas conceptualizaciones permiten comprender la relación estrecha entre el lenguaje oral y el escrito que los docentes enfatizan.

Consideramos fundamental analizar y leer la experiencia de vida de los docentes, para comprender cómo se indujo el acto de leer. En primer lugar, con Freire recuperamos la “lectura del mundo” en sus etapas de vida inicial, que apoyan en un segundo momento la lectura de la palabra oral y escrita, para hacer visible que desafortunadamente muchas veces en nuestras escuelas no se da oportunidad para que suceda ese importante vínculo de la lectura, de la “palabra-mundo”.

En los relatos presentes en este libro, iniciaremos con los de la niñez; esto es, con las experiencias significativas en el momento en que todavía no se acercaban a la palabra escrita, para posteriormente continuar con la “lectura de la palabra” escrita en los niveles posteriores.

Los recuerdos de los autores en sus casas, en el campo, cerca de la playa, en las montañas, donde se unen las percepciones, sensaciones y palabras que hablan de su gran experiencia en la “lectura del mundo”, reflejada en mensajes corporales y palabras que permiten aprender de la vida en la convivencia cotidiana y con otras personas; vivencias repletas de experiencias que permiten comprender las miradas y gestos, atenciones o indiferencia y diálogos en diversos tonos de voz, con caricias, palmadas, nalgadas, y desde luego, los diferentes cambios de humor.

El contacto con la naturaleza y los animales nos permite ir “leyendo” el mundo; por ejemplo, la cercanía con los árboles, cuando el viento mueve sus ramas y nos advierte de posibles tempestades, o cuando vemos la oscuridad de las nubes, con la presencia de la lluvia, o el maullido del gato cuando está furioso y no debemos tocarlo, etcétera (Freire, 1991).

Un aspecto importante es la unión de esas experiencias con el lenguaje, por lo general de los adultos significativos, como los padres, abuelos, hermanos, que se suceden en los momentos iniciales de la vida, cuando aún no aprendemos la lectura de la palabra escrita y que abordaremos en otro apartado.

En la experiencia de la lectura del mundo encontramos escenas en familia, en el frío de las montañas o en el calor de la playa, por lo general en torno al calor de un fogón,

particularmente de la casa de la abuela, donde se impregna el rico aroma a café que invita, en tazas de barro, endulzado con panela, con tortillas recalentadas y con ricos platillos del campo; pero lo más importante, conversando y contando las hazañas en el cafetal, en el mar, la milpa, de pesca, de fincas, de arrieros, sobre los daños de los mapaches, los pleitos vecinales por límites territoriales, de amores, desamores, infidelidades, ambiciones... Las palabras compartidas eran un viaje en el tiempo que trasportaba, se palpaba, se oía y me hacía vivir lo que ellos contaban, ese mundo especial que favorecía la capacidad perceptiva, y desde luego el mundo de las primeras lecturas.

Los textos, las palabras y las letras de aquel contexto aumentaban la capacidad de percibir una serie de cosas. Objetos y señales, cuya comprensión se da con el trato continuo con ellos, en particular en las relaciones con los padres, hermanos o familiares que apoyan este proceso (Freire, 1991).

Como podemos imaginarnos, gracias a la rica experiencia de comprensión de nuestro mundo inmediato comenzamos, por lo general cuando niños, a introducirnos a la “lectura de la palabra”, primero oral y luego escrita. Por eso como docentes es importante tener presente que el desciframiento de la palabra se corresponda con la lectura del mundo particular de los niños, que implique conceptos presentes en su mundo y no en el de los adultos.

Aunque algunos niños tendrán la fortuna de que en la escuela los maestros continúen con el esfuerzo de los padres de unir la lectura de la palabra, de la frase y de los enunciados para significar su unión con la “lectura del mundo”, no debemos olvidar a otros muchos niños que no han tenido la oportunidad

de vivenciar ese vínculo, por lo que aquí apostamos porque “la lectura de la palabra”, en la escuela inicial, debe ser una lectura de la “palabra-mundo”.

En la adolescencia y la juventud, esta comprensión crítica del acto de leer se va constituyendo a través de la práctica, ejercitando en la percepción crítica de los textos leídos en colaboración con los docentes.

Como profesores de educación superior, con Freire, intentamos distanciarnos de las prácticas habituales de solicitar a los estudiantes la lectura mecánica, para intentar que aprendan la significación profunda de los textos. En este nivel, la insistencia como profesores para que “lean” en un semestre un sinnúmero de capítulos de libros reside en una comprensión errónea que a veces tenemos del acto de leer. En general, las voces de varios jóvenes reflejan su lucha con extensas bibliografías que exceden su posibilidad de ser leídas o estudiadas en nombre de su formación científica o disciplinar, y que pedimos rindan cuenta a través de los famosos y poco provechosos controles de lectura.

El problema es que la insistencia en la cantidad de lecturas muchas veces lleva a los alumnos a realizarlas sin adentrarse en el texto para ser comprendido, lo cual, según Freire, revela una visión que es urgente superar. Eso no implica, sugiere el autor, que no consideremos leer los clásicos en cada campo del saber, de adentrarnos en los textos, sin lo cual no es posible nuestra práctica en cuanto profesores o estudiantes.

Cuando Freire habla de que la “lectura del mundo” precede siempre a la “lectura de la palabra”, y que la “lectura de la palabra” implica la continuidad de la “lectura del

mundo”, en cierta manera sugiere que podemos ir más lejos y comprender que la “lectura de la palabra” no es sólo precedida por la “lectura del mundo”, sino por cierta forma de “escribirlo” o “reescribirlo”; es decir, de transformarlo a través de nuestra práctica consciente.

Concluyendo en torno a la importancia del acto de leer, hay que considerar que éste implica siempre percepción crítica, interpretación y “reescritura” de lo leído.

La conexión de la oralidad y la escritura.

Leyendo el mundo para comprender la palabra

Siguiendo la lógica, en esta “lectura del mundo”, la oralidad en el entorno de los niños es vital, como destacan los docentes, al ser parte importante de la comunicación familiar y comunitaria transmitida a través de cantos, proverbios, cuentos y leyendas que expresan con orgullo las tradiciones de su comunidad. Por tanto, enfatizamos considerarla fundamental en la formación y desarrollo de los niños y jóvenes, y en particular, porque refleja diversas formas de educación dentro y para su comunidad. En ella se escucha la referencia a refranes llenos de sabiduría, con temáticas que abordan consejos útiles y prácticos, hasta reflexiones acerca del camino de la sabiduría, y desde luego relacionados con obedecer la ley divina.

No es casual que en su mayoría concuerden sobre la importancia de la oralidad y su conexión con el lenguaje escrito y el papel que éstas tienen tanto en lo personal como en lo comunitario, pues a través de la oralidad ha sido posible compartir una serie de formas de leer el mundo, ciertas creencias religiosas, recetas curativas y para conservar la salud,

así como heredar los métodos para la elaboración de muebles o instrumentos, formas de alimentación, de vestir, costumbres... De ahí la importancia de los docentes por rescatar la memoria de su comunidad y de ser posible de la humanidad, así como su conservación para que puedan apoyarnos a enfrentar los desafíos de la Globalización Neoliberal.

La mayoría apuesta por el reconocimiento de las raíces culturales que heredan a las nuevas generaciones, y aprecian el mundo de lo oral, que relacionan con una serie de acciones, valores, sentimientos, posicionamiento político y regulaciones éticas de su comunidad. Siempre es muy grato escuchar a los abuelos, padres, tíos, o algún familiar, por lo general por las tardes o noches, hablar sobre sus hazañas o algunas sorprendentes experiencias vividas. Lo aconsejable es que podamos rescatar el poder de la narración que se está perdiendo, como señala Walter Benjamin:

Es la misma experiencia que nos dice que el arte de la narración está tocando a su fin. Es cada vez más raro encontrar a alguien capaz de narrar algo con probidad. Con creciente frecuencia se asiste al embarazo extendiéndose por la tertulia cuando se deja oír el deseo de escuchar una historia. Diríase que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias (1991, p. 21).

Deseamos con Benjamin rescatar la importancia de la oralidad como esencia de la narración, por el poder mágico de la palabra y por tanto del narrar, pues para él, tanto en las fórmulas

mágicas como en cuanto lo narrado por la madre al niño enfermo, las palabras también se transforman produciendo un efecto sanador sobre el oyente. Citando a Buber, Benjamin (1991) sugiere que las palabras se transforman en acontecimientos, pues hacen que lo ocurrido cobre nueva vida.

Cada uno de los autores interpreta dicha tradición acorde a su proceso de socialización cultural relacionada con su mundo, con sentidos y significados que dan cuenta de su apropiación, lo cual se hace explícito en las costumbres, tradiciones y en sus estilos de vida, manifestando la importancia de volver a sus raíces como una manera de encontrar caminos y soluciones para salvar la cultura, y que definen formas de “leer su mundo”.

La influencia de dicho legado en los niños y las niñas, desde edades tempranas, se constata cuando la familia es capaz de transmitir, de generación en generación, los cantos, las historias familiares y de la comunidad, como fuentes inagotables de saberes que se conservan gracias a la apropiación de las personas. Por ello, los docentes de la Normal apuestan para que en la escuela se diseñen estrategias para recuperar la memoria oral de su comunidad.

Narraciones, canciones, cine, poesía, textos bíblicos, arte en su acercamiento al lenguaje escrito en la comunidad

Un acercamiento a cierta mirada del mundo, en relación al comportamiento humano, se puede observar en la trasmisión oral donde se utiliza la lectura de textos, cantos, festividades, ritos y poesía.

Para muchos niños de la comunidad, al igual que para varios docentes, uno de los contactos con textos escritos sucede en la iglesia, a través de la lectura de la Biblia o bien de himnos y cantos del coro infantil, que son historias cantadas, o mediante relatos que se escuchan en la escuela dominical y que han sido para muchos una fuente de lectura principal. Con ella se orientaba a los niños sobre el bien y el mal, infundiendo temor de ir al infierno, o bien como fuerza para sentirse protegidos; algunos consideraron necesario ayudar a evangelizar y “traer ante Dios a las ovejas descarriadas”, inscribirse a cursos bíblicos e incluso considerar que la Biblia, más que un conducto religioso, era una guía y una parte fundamental y especial en sus vidas. Para otros, lecturas diferentes les hicieron cuestionar la Biblia y desligarse de ella.

Lo que deseamos resaltar es que la religión ha sido un mecanismo sociocultural de la humanidad, y que toca a los padres, y después a cada persona, asumir esta “lectura del mundo”, que le trasmite su familia o comunidad, o bien re-escribir su lectura y buscar otros mecanismos para dar convicción y valores que le ayuden a decidir qué camino tomar en el futuro.

Podemos leer en el mundo diferentes tipos de textos: la naturaleza con sus cambios que el campesino sabe leer para la siembra, los gestos, el tono de voz, la postura, la mirada, las imágenes, la danza, la pintura, etc., y no sólo los textos escritos que privilegia la escuela.

La lectura en voz alta, como ayuda en la lectura del mundo, es una de tantas formas en que se valen las personas para conectar el lenguaje oral con el lenguaje escrito. Ésta la usan habitualmente las madres, padres, abuelos y maestras de

jardín de niños al leer cuentos infantiles, ya que se valen de las ventajas del lenguaje oral, que se acompaña de tonos de voz, gestos o movimientos corporales que permiten a los niños empezar a “leer” las emociones o sentimientos manifestados.

A través de la palabra logran atrapar la atención de los niños, favoreciendo que ellos den rienda suelta a su imaginación y llevarlos así a mundos fantásticos y a identificarse con los personajes de la historia; y de esa manera, junto con la música, cantos y juegos, los preparan para el aprendizaje de la lectura de la palabra escrita en la escuela primaria.

Dada su importancia, la lectura en voz alta se ha extendido a la primaria y secundaria. Los docentes comparten su amor por los libros y promueven la biblioteca escolar, muchas veces ausente en los hogares y escuelas, o empolvada, pues los maestros resguardan los libros del “maltrato” de los estudiantes, ya que esperan regresarlos intactos a sus superiores. Pocos alumnos cuentan con bibliotecas en casa o en la escuela, pero cuando se impulsa su habilitación en el escenario escolar, se logra un uso significativo y amor por la lectura.

El cine, las canciones y la poesía son otros medios de aprendizaje y de lectura, ya que el drama, la letra, las historias, composiciones o poemas logran que podamos reflexionar y comprender el mundo. En este sentido, los maestros recuerdan a compositores, autores y cantantes que han dejado huella en sus vidas. Por cierto, varios docentes nos han hecho ver su lado artístico, otra arista de muchos oaxaqueños que cantan y escriben a su pueblo, a las personas, a la naturaleza, al amor, al dolor, a la vida...

Veredas hacia la literacidad crítica en la Normal.

El posicionamiento de docentes

Me resulta grato leer cómo muchos de los maestros, al conocer y vivir la docencia, se han enamorado de ella, en especial por el contacto con niños o jóvenes, al compartir su vitalidad, sus tristezas, pero sobre todo su alegría de vivir y soñar, que los contagia.

En relación a sus vivencias con la lectura y escritura, el acercamiento de los docentes de la Normal a la lectura, a lo largo de su vida nos habla de la apropiación del código escrito, y los vericuetos a lo largo de la primaria hasta el nivel superior.

En este apartado nos interesa recalcar el tipo de lectura y escritura relacionada con nuestro papel como docentes de la Normal o de la Universidad, en especial con el uso cultural de la lengua escrita, que no se contempla como una habilidad instrumental, sino para recuperar el potencial epistémico y emancipador.

De manera importante, algunos docentes dejan ver su concepción de lectura crítica como herramienta al servicio de la liberación del hombre; es decir, como un medio a partir del cual podemos percibir intenciones de dominación como resultado de la manipulación histórica que nos prepare para combatir las fuerzas opresoras que intentan llevarnos a la repetición de modelos preestablecidos (Morales, 2018); esto es, según Freire (1991): “abrir los ojos a la exploración de su propia realidad, de la que muchas veces solo tiene nociones o simplemente ignora como resultado de una cultura acrítica impuesta históricamente” (p. 15).

Transformando-se y transformando el mundo. Lectura, relectura, escritura y reescritura en comunidades y redes docentes

Es en el proceso formativo horizontal que señalamos, en donde se comparten también ideas y saberes, entre ellos el papel de movimientos como el magisterial o el estudiantil, así como compartir libros o la influencia de ciertos pensadores que les ha permitido abrir veredas para una relectura del mundo y de sí mismos.

Algunos docentes abordan los movimientos estudiantiles, en particular el de 1968, que se extendió a varios países para sembrar la idea de la importancia de cambiar el mundo, en especial por las injusticias que se observaban generadas por el capitalismo y la relevancia de las luchas sociales, siguiendo los ideales de líderes y discursos que se observaban en las diversas marchas, en las que a veces participaban.

Un aspecto relevante, ahora como docentes, ha sido el movimiento del magisterio, particularmente entre los profesores de Oaxaca que han frenado diversos aspectos de la supuesta reforma educativa que se trataba de imponer hace poco.

Estos maestros, en diferentes momentos han tenido acceso a diversas lecturas que los han hecho conscientes de la explotación y la opresión de una gran parte de la población, y la importancia de su papel como docentes y ciudadanos del mundo.

Un problema que se observa es que algunos docentes que no han vivido ese proceso, o no han compartido estas experiencias de lucha y emancipación, difícilmente se piensan

como críticos y como posibilitadores de transformaciones en su contexto particular.

En el actual escenario mundial, los diversos marcos sociales, estructuras y finalidades de los sistemas educativos en nuestro país, así como en diversas partes del mundo están girando en torno a funciones de intereses económicos marcados por diversos organismos internacionales que no están ligados al conocimiento ni al desarrollo del saber; por lo que consideramos fundamental cuestionarnos de qué manera la universidad y nosotros mismos como profesores apoyamos o favorecemos dichos procesos de lectura crítica y una formación no utilitaria.

En este sentido nos inquieta profundamente cómo la lectura, escritura y la reflexión, o los debates intelectuales ligados a nuestras casas de estudio se están perdiendo (Martín, 2013) y en especial el descenso de un pensamiento y lectura crítica, fundamentales para comprender el mundo que nos ha tocado vivir y para intentar transformarnos y transformarlo. La crítica de la realidad y situarse ante ella se relaciona íntimamente con la posibilidad de contar con bases sólidas ligadas al desarrollo de la lengua en sus múltiples manifestaciones: leer, escribir, pensar, íntimamente relacionadas.

De esta manera, creemos pertinente que en la Normal y en la universidad se preserven espacios de formación en donde leer, pensar, reflexionar y escribir sean los ejes vertebradores, para el encuentro con ideas y saberes. Y en este sentido creemos que la lectura y escritura son, o deberían ser, herramientas epistémicas para construir y revisar el propio saber, para pensar y pensarse en el mundo, así como

para comprender la realidad y orientarse en el planeta. Para resumir, la lectura implica una percepción, interpretación y una reescritura crítica de aquello que se lee (Freire, 1991).

Con este pensador y muchos otros más, asumimos la pertinencia de impulsar la literacidad crítica que favorezca cuestionar y reflexionar sobre la realidad de nuestro contexto, posibilitando que tanto profesores como estudiantes podamos romper o desprendernos de los esquemas impositivos u opresivos. Esto es, relacionar la lectura del mundo con la lectura de la palabra, con el fin de transformar la realidad y a nosotros mismos, para que de manera conjunta encontremos veredas que nos lleven a otras formas de construir el mundo más justo y solidario que tanto anhelamos.

REFERENCIAS

Bazán, D. y González, L. (2009). Pedagogía de la formación docente. Modelos, relevancia y acuerdos. <<http://colegiopaulofreiredelelqui.blogspot.com/2009/05/pedagogia-de-la-formaciondocente.html>>.

Benjamin, W. (1991). *El narrador*. Madrid: Taurus.

Carrizales, C. (1998). Alienación y cambio en la práctica docente. A. Alliaud y L. Duschatzky (comps.). *Maestro, Formación, práctica y transformación escolar*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Connelly, F. y Clandinin, D. (2000). Relatos de experiencia e investigación narrativa. Larrosa (edición). *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Laertes.

Freire, P. (2016). *El maestro sin recetas. El desafío de enseñar en un mundo cambiante*. México: Siglo XXI.

Freire, P. (1991). *La importancia de leer y el proceso de liberación*. México: Siglo XXI.

Martín, M. (2013). La lectura como herramienta epistémica en la enseñanza superior. *Álabe* 8. Disponible en: <www.revistaalabe.com>.

Martínez, L. (2009). Historia de Río Grande. <<http://riogrande-oax.blogspot.com/2009/05/historia-contemporanea-de-rio-grande.html>>.

McLaren, P. (1984). *La vida en las escuelas. Una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación*. México: Siglo XXI.

Morales, J. (2018). Aportes de Paulo Freire a la investigación y a la lectura crítica. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 7(2). <<https://doi.org/10.15366/riejs2018.7.2.010>>.

Olmos, A. (2016). Formas alternativas de pensar la formación docente y construcción de saberes pedagógicos desde una mirada crítica. A. Olmos y E. Figueroa (Coord.), *Reflexiones y transformaciones docentes. Narrativa de experiencias pedagógicas universitarias* (53-80). México: UNAM, FES Zaragoza.

Saavedra, M; González, V. y López, M. (2005). Los problemas de la formación: Marco epistémico. M. Gómez y H. Zemelman (Coords.). *Discurso pedagógico. Horizonte epistémico de la formación docente* (10-32). México: Pax.

Santiago, M., Parra, V. y Murillo, M. (2012). Docente intelectual: gestor de la reflexión crítica. *Perfiles Educativos*, 36, pp. 164-178.

Suárez, D. (2010). Los movimientos político pedagógicos latinoamericanos y la reconstrucción crítica del saber

pedagógico: el “horizonte de posibilidad” en América Latina. Clase 8 del curso virtual “Historia y Prospectiva Crítica del Pensamiento Pedagógico Latinoamericano”. Espacio de Formación Virtual de la Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales. Cátedra Forestan Fernandes.

Suárez, D. (2008). La tradición crítica en educación y reconstrucción de la pedagogía. *Novedades Educativas*, 20 (209), pp. 14-21.

—. (2006). Documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una manera de indagar el mundo y la experiencia escolares. *Entre Maestr@s*, 5, (16), pp. 11-25.

Van Dijk, T. (1999). ¿Un estudio lingüístico de la ideología? G. Parodi (ed.), *Discurso, cognición y educación. Ensayos en honor a Luis Gómez Macker (27-42)*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso.

White, H. (1987). *El contenido de la formación*. Barcelona: Paidós.

Zeichner, K. (1993). El maestro como profesional reflexivo. *Revista de Pedagogía*, 220, pp. 44-49.

EL MUNDO DONDE SE DA VIDA A TRAVÉS DE LAS LETRAS

María Guadalupe González Ruiz

Manuel Santos Santos

Fredy Giovanni Robles Rojas

Rúsbel García Ríos

Había una vez...

En un pueblo muy lejano llamado Río Grande, se reunieron muchas historias llegadas de diversos rincones del estado de Oaxaca. Historias interesantes de vida, encuentros con los textos, las palabras, los libros, los diálogos, los amores, distancias e indiferencias. Eran autobiografías lectoras. De esas historias les contaré en este cuento. Se encontraron a través de la compartencia del colectivo docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca, que había decidido, a través de la narrativa pedagógica, analizar y enriquecer sus experiencias de enseñanza y por ende su propio proceso de formación permanente. Ahora, empecemos la historia.¹

Después de publicar el libro *Voces de formadores de docentes. Relatos de una lejana Escuela Normal I* (García, Carrillo, Martínez, Robles, González et al., 2019), los integrantes del equipo de trabajo decidimos continuar con el taller “Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas” con

¹ Los textos que inician cada uno de los apartados de esta sección, son fragmentos extraídos de los Diarios de Campo expuestos en las sesiones de trabajo del colectivo de docentes del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

el colectivo docente; pues la narrativa se ha convertido en parte de nuestro quehacer. No podíamos detenernos, era inevitable dar continuidad a este intercambio. Decidimos avanzar y aquí estamos, con el segundo volumen y con la segunda historia que recopila historias.

El camino recorrido para la publicación del primer libro representó enfrentar afirmaciones que no abonaban en la reflexión como herramienta de trabajo: “Los docentes no escriben, la función del maestro normalista no es escribir, en la Normal de Río Grande no se publican libros”, es un ejemplo de un enunciado expresado en secreto por nuestro entorno, y algunos otros más comentados abiertamente o en la cotidianidad escolar. También nos vimos expuestos a duras críticas y a puertas cerradas, pero comprendimos que eran parte de los procesos pedagógicos que suceden cuando se mueven aguas calmas, a causa de la conmoción disfrazada de indiferencia.

Sentíamos preocupación, pues el proyecto concluyó con la participación de menos del treinta por ciento del personal docente, sobre todo porque en el trayecto de la edición se quedaron pendientes textos de gran valor pedagógico sobre nuestro contexto laboral, de los que hemos aprendido mucho.

Nuestras intenciones continúan siendo las mismas que planteamos desde 2016: construir espacios de intercambio donde se expusieran las diversas situaciones problemáticas que cada docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca (CRENRG) vivencia, así como las estrategias que construye para intervenirlas.

Esta información nos permite construir y actualizar de forma permanente un diagnóstico pedagógico del CREN.

Al mismo tiempo, promovemos la escritura académica, a través de la narrativa pedagógica, como metodología para la reflexión, comprensión, intervención y formación permanente del profesorado de nuestra escuela formadora de docentes; es decir, buscamos construir espacios para nuestra formación continua.

Habíamos iniciado en el CREN varios ciclos de reflexión, mediante la narrativa y por diferentes caminos. Por un lado, desde el área de investigación trabajamos en colectivo con los maestros titulares de los cursos de acercamiento a la práctica docente. La propuesta fue sistematizar las experiencias de los estudiantes, a través de relatos pedagógicos. La planeación se construyó durante el mes de febrero de 2019, y se culminó con un ateneo en el mes de junio, en el que todos los estudiantes compartieron sus textos en pequeños grupos.

Le dimos continuidad a partir de agosto del mismo año, con la intención de publicar un libro con relatos de maestros y estudiantes en el mes de noviembre. No se pudo durante las jornadas, por la celebración del 42 aniversario de nuestra Escuela Normal, pero aun así convocamos a los estudiantes interesados en publicar. Como en la selección natural, decidieron participar cuatro, dos o tres estudiantes por grupo, de ambas licenciaturas.

Establecimos la participación de los interesados en un taller de sistematización en el mes de diciembre, a finales del año 2019, donde se incluyeron maestros y estudiantes interesados en publicar sus relatos. Ahora tenemos alumnos normalistas-autores del libro y es muy significativo que los jóvenes estudiantes se hayan dado la oportunidad de compartir sus escritos, en los que, al igual que el resto, muestran parte

de su esencia, de su cultura y de sus familias. Tener sus textos en esta obra enriquece el valor de la misma.

Sus letras no volverán a ser iguales jamás, lo que escriben y piensan se quedará plasmado en ese momento manifestando su ser, su forma de ver la vida, la escuela, a sus maestros y compañeros. Nuestros alumnos no regresarán a ser los mismos jóvenes entusiastas, pero aquí estará parte de su esencia por siempre.

Por otro lado, el camino para la publicación del presente volumen con docentes, lo iniciamos conversando con el colectivo del área de investigación, acerca del valor pedagógico de proponer la escritura de autobiografías lectoras. Los textos participantes recuperan aspectos vinculados con la expresión oral, la lectura y la escritura durante nuestra vida. Escribirlos fortalece nuestra identidad y el contacto con diversos tipos de escritos que también nos permiten reconocer las prácticas reales que realizamos con la lengua oral y escrita en nuestro papel de formadores, que desde ese sentido, es constructiva; por otro lado, resulta ser terapéutica al comprender las razones por las cuales nos gusta o no leer, disfrutamos o no escribir y qué tipo de textos preferimos escribir o leer. Incluso, sirve para identificar algunas razones por las que sentimos temor o placer ante la expresión oral, el intercambio de ideas o asumir la postura de no decir lo que pensamos.

Después de valorar las posibilidades formativas de *escribir las biografías lectoras de los docentes*, decidimos llevar la propuesta a la sesión plenaria. La estrategia de trabajo para las fases de la escritura —planear, escribir, revisar borradores, editar y publicar—, la ejercitamos desde el primer libro (García, Carrillo, Martínez, Robles, González, *et al.*, 2019).

El proceso metodológico y las sensaciones que vivimos en este camino las plasmamos de manera breve en los siguientes renglones, esperando que puedan motivar a otros a hacerlo, a degustar el placer que causa escribir sus propias ideas, permitir al otro que viva y conozca parte de la vida del escritor, por medio de la palabra escrita.

a) Sensibilización a docentes

Un padre amoroso

Un día estaba un padre trabajando en el campo con su pequeño hijo de tres años. De pronto, el cielo se oscureció, las nubes aparecieron y el día se volvió oscuro; el olor a tierra mojada anunciaba una gran tormenta. El niño empezó a asustarse, su rostro, antes alegre y travieso, cambió a uno de congoja. El padre, al ver que su pequeño e indefenso hijo no lograría avanzar el paso de regreso, cubrió con forraje su canasto, lo metió con mucho cuidado y tapó la boca del canasto con hojas grandes para protegerlo del torrencial que se acercaba. Al ir caminando, los truenos y relámpagos alumbraban el cielo y retumbaban en lo profundo de sus corazones. El pequeño se inquietó y su papá empezó a hablar con él, a platicarle de no sé qué cosas. El niño no sabía qué le decía, pero la melodía de la voz y el amor de sus palabras los sintió desde ese día y hasta siempre.

Este momento recuerda el espacio que pretendió motivar a los docentes a escribir sus relatos. Con ellos, al igual que con el niño, la propuesta fue encontrar las palabras para

encontrarnos. Cada participante tuvo su propia motivación que fue, desde leer un texto del libro de biografías lectoras, o escoger un lugar para leer y discutir, hasta decidir si estaban de acuerdo en escribir su relato. Con esto se inició el proceso de construcción.

Los estudiantes habían escrito ya una primera versión de sus biografías, que reconstruyeron en tercer semestre. Sus textos estaban en espera; de hecho, no sabían que nuevamente serían despertados.

Presentamos a los asistentes la idea, proponiendo al colectivo explorar un libro de biografías lectoras de Roberto Pulido (2010). Cada compañero recibió un ejemplar del mismo. Planteamos que cada participante leyera una biografía de las publicadas en el libro y buscamos el mecanismo para que se leyeran todos los textos que contenía. Los participantes eligieron el lugar más adecuado para hacerlo: algunos regresaron a sus oficinas, y otros más buscaron espacios en donde se sintieran a gusto. Después de un tiempo de lectura intercambiamos impresiones, siempre enfatizando el valor didáctico de dicha escritura. Intercambiamos puntos de vista acerca de los textos.

Leer parte de la vida de otros maestros mediante la empatía favoreció encontrar facetas de nuestras vidas que manifestaron una realidad entrelazada con el tema de la lectura. Finalmente, nos preguntamos si estábamos de acuerdo en que cada uno escribiera su biografía lectora. Después de exponer las posibilidades formativas de dicha escritura y de tener la aprobación del equipo de docentes iniciamos la aventura en el mundo donde se da vida, a través de las letras.

b) Las fases de la escritura

Hambre de más

A veces el hambre se encuentra de muchas maneras, como lo descubrió aquel niño flaquito y chiquito, más de lo normal para su edad. El hambre podía ser esa que le torcía las tripas y no lo dejaba dormir, hasta que el cansancio lo vencía. También la podía disfrazar, como cuando jugaba a que su zapato abría la boca grande y se devoraba el polvo del patio. Además, el hambre lo vestía cuando veía sus pantalones brincacharcos, porque no crecieron con él, o la playera regalada que no se hacía a su tamaño. El hambre de amor se presentaba en las incontables tundas que recibía, a veces sin razón, si es que hubiese algo que lo justificara. Pero la mejor fue la que sintió cuando crecía: el hambre de más, de saber más, de aprender más, de ser más, de luchar más, de amar más, de estudiar más... en esencia, no volver a tener las otras hambres jamás.

El hambre de más nos ha llevado a lograr la experiencia de la escritura. Para realizar el primer ejercicio de planeación de la escritura activamos los recuerdos, a través de una entrevista,² que es una charla entre pares en la que comentamos lo que tiene que ver con la lengua escrita y la oralidad, utilizando una línea del tiempo que incluye: cuando no sabía leer, cuando aprendí a leer, cuando ya sabía leer y ahora que soy maestro. La consigna fue: *es importante recordar qué leíamos, para qué,*

² Esta experiencia ha sido trabajada desde el año 2004, con estudiantes de la Licenciatura en Educación Primaria (LEP), en los cursos relacionados con la enseñanza del lenguaje. La aprendimos en el "Diplomado de fomento a la lectura y producción de textos" impartido por la Unidad 201, de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), en la ciudad de Oaxaca. Los diseñadores del diplomado son: Roberto Pulido Ochoa, Carmen Ruiz Nakazone y Rigoberto González Nicolás.

con quién, dónde, y cuándo. De la misma manera lo hicimos con el tema de la escritura y la oralidad. La charla fue amena, muy enriquecedora porque nos reconocimos como usuarios de la lengua escrita, y cada participante empezó a descubrirse como sujeto, que no es un papel muy común dentro de nuestra función de enseñantes. Durante la entrevista, cada par buscó un espacio para conversar, y al volvernos a reunir comentamos nuestras impresiones de la charla.

Los descubrimientos fueron sumamente interesantes, identificamos que al recordar, forzamos a la mente para abrir recuerdos fragmentados u olvidados; al respecto, un compañero docente, Silvestre, nos mencionó: “Yo lo que recuerdo es que a mi papá le gustaba contarme historias. Mientras caminábamos bajo la tormenta me las iba relatando”.

También brotaron algunos temas que automáticamente afloraron sentimientos agradables, como aquellos que surgen “leyendo en una hamaca”; o por el contrario, quienes consideran que su acercamiento con los textos fue desafortunado porque “vivieron una situación traumática con los libros”.

Hubo la posibilidad de identificar algunas personas y espacios. El maestro Luis compartió:

Yo no recuerdo experiencias con los libros, de entrada, del único que me acuerdo es del director de la escuela —refiriéndose al director de la preparatoria—, al que veía con un libro, y lo veía porque yo jugaba con su hijo. Fue el único maestro que vi leyendo. En el pueblo hay una biblioteca de juegos, y organizaron un evento al que ellos le llamaban “Semana de lectura”.

Por otra parte, reconocimos que algunos momentos no estaban en nuestra memoria, por alguna razón los habíamos olvidado. Por ello, sugerimos conversar con los familiares con quienes convivimos en la infancia o realizar entrevistas informales a las personas cercanas a cada uno de nosotros, para recuperar las vivencias. Así empezamos *a escribir nuestras autobiografías lectoras*. Hicimos una lluvia de ideas y propusimos escribir lo que recordábamos, de acuerdo a la línea del tiempo propuesta anteriormente.

Habíamos iniciado el regreso de la “cinta” y ordenamos la secuencia de imágenes y escenas en el encuentro con la palabra. El reto ahora era revisarlas y descubrir aquello que había tenido impacto en cada uno de nosotros.

Reencontrarnos con nuestro pasado trajo consigo, para algunos, el recuerdo alegre y vivaz de la infancia; sin embargo, para otros implicó volver a vivir los traumas arrastrados por una experiencia frustrante en el acercamiento a la lectura y la escritura. Regresar la cinta de nuestra historia, que guarda relación con el acercamiento al lenguaje permitió, sin duda, que cada uno de nosotros reconstruyera su historia y la plasmara en un fabuloso relato.

El proceso de escritura es un espacio entre la persona y sus formas de encontrar tiempo, lugar, término e inspiración para escribir. Algunos lo hicieron en sus periodos de receso vacacional, otros durante su jornada de trabajo, en las noches o madrugadas. Para los escritores no existió una fórmula que les dijera en qué momento tomar una hoja en blanco y plasmar la tinta, o bien abrir un documento vacío en la computadora e iniciar. Los puntos de coincidencia en el proceso, los categorizamos en los siguientes apartados.

Encontrar en la historia personal la forma en que se aprendió a leer y escribir resultó interesante, así como la exposición de los resultados obtenidos, que permitieron la discusión del colectivo. El proceso implicó el esfuerzo de recordar, revisar la propia historia personal y ubicar las relaciones entre cada uno, para iniciar la escritura. En las sesiones de trabajo afloraban nuevos recuerdos y los participantes sentían la necesidad de la reescritura buscando una mayor claridad.

En el proceso hubo lágrimas, risas, amor y desamor; todos los participantes dejamos parte de nuestro ser en el acto mismo de abrirnos al otro. Nos descubrimos disfrutando las historias, nos gustaba la narración oral, gozamos conociendo más de nuestros compañeros: “Al final redescubro que me gustan las historias, me gusta la oralidad..., uno estrecha lazos entre el colectivo de docentes, conoces más a la persona, no al docente, a la persona no cosificada: de dónde viene, qué ha pasado, por qué es como es...” (Guadalupe).

c) Elaboración del borrador

La niña del río

Era una niña dulce y tierna, tenía unos rizos hermosos, su rostro parecía el de un ángel. En casa trataban que siempre tuviera la ropa impecable, pero su espíritu libre se lo impedía, porque ella no creía en las princesas de la tele, no; ella era exploradora, iba a los lugares donde podía ver cosas asombrosas, su lugar favorito era el río y ahí pasaba junto con su amiga todo el tiempo libre de que disponían; un día imaginaban historias de piratas, otro, hacían construcciones maravillosas; en el siguiente eran científicas,

no había límite a su imaginación. Parecía que vivía en un sueño, hasta que un golpe en la pierna la despertó, porque con sangre en la ropa y su herida expuesta, tuvo que decir cómo y dónde se había lastimado. Desde ese día la niña del río se convirtió en la niña de su casa.

El borrador fue un despertar para los docentes hacia lo poco o mucho que conocían de su propia historia. Después de realizar las actividades de la entrevista y la línea del tiempo, se fueron presentando y comentando los avances de los relatos, para apoyar a los autores en la continuación de la escritura, de acuerdo con las aportaciones del grupo. Los estudiantes, que habían realizado ya el primer borrador de su historia iniciaron la edición en fechas paralelas, dentro de los cursos de Procesos de alfabetización inicial y Práctica docente.

Las fases que sugerimos plantear en los escritos se agrupan en la tabla 1. En la mayoría de los textos se ahondó más sobre los temas: *Cuando no sabía leer* y *Cuando aprendí a leer*.

Durante esta fase intercambiamos puntos de vista sobre el proceso a seguir, y algunos aspectos a mostrar en nuestras escrituras. Analizar qué se leía, con quién y para qué, nos ayudaría a comprender la relación con los textos, ya fuera ésta positiva o negativa. Una vez reconocido el cómo y el por qué, podríamos tener elementos para mejorar la relación de nuestros alumnos con los libros.

También resultó importante tomar en cuenta a quienes nos contaban historias, pues tiene que ver con la oralidad y con las personas cercanas a los niños, sin importar la etapa de nuestras vidas, ya que ésta tiene una influencia

significativa en la forma de pensar. Pudimos reflexionar sobre la importancia que jugó en nuestras vidas la oralidad como medio de comunicación, y sobre todo de aprendizaje del entorno. Descubrimos que en algunos casos significó el único medio de acercamiento al lenguaje en la primera infancia, por la ausencia de libros y otros medios, en casas y escuelas.

Tabla 1. Planeación de la escritura

Apartado	Sobre qué escribir
Cuando no sabía leer	<ul style="list-style-type: none"> • Quién me contaba historias • Qué leía / escribía / para qué
Cuando aprendí a leer	<ul style="list-style-type: none"> • Con quién, quiénes, dónde, cuándo • Experiencias de interacción con los libros de oralidad, lectura o escritura
Cuando ya sabía leer	<ul style="list-style-type: none"> • Recordar un libro o los libros que hayan tenido un impacto significativo
Ahora que soy maestro	<ul style="list-style-type: none"> en nuestras vidas (el que más te gusta, el que menos te gusta)

En nuestra opinión, se intercalaban los conceptos que cada uno poseía acerca de la cultura, el lenguaje y la inteligencia. Como cuando la gente menciona: “Las mamás que hablan mucho con sus bebés, hacen que éstos sean muy inteligentes”, refiriéndose a la relación que establece Jerome Bruner (2003), con la cultura y la construcción de significados. Comentamos también que algunos de nosotros seguimos aprendiendo a leer y que cada persona tiene su forma de escribir.

En cuanto a los aspectos didácticos observamos la necesidad de construir andamiajes para ayudar a los alumnos normalistas a leer textos académicos, pues es importante retomar con ellos las estrategias que utilizan para comprender las lecturas. Finalmente enfatizamos en la necesidad de reconocer la relación entre oralidad, lectura y escritura, como competencias que se vinculan de manera dialéctica.

Cobró relevancia identificar que el gusto por la lectura quizá se propicia mayormente fuera de las aulas; pues muchos de los textos nos regalaban anécdotas gratas vividas fuera del entorno escolar con padres, abuelos, hermanos o personas cercanas a ellos; no obstante, una gran parte hacía referencia a recuerdos tristes o frustración en el ámbito académico.

d) Ideas compartidas de los textos leídos

El niño que declamaba
En algún lugar. En alguna escuela primaria, estudiaba un niño. Era el mayor de sus hermanos, fue amado y deseado desde antes de su concepción. Siempre tuvo el apoyo de sus padres y en correspondencia trataba de hacerlos sentir orgullosos. A sus padres les gustaba que declamara porque era buenísimo para memorizar textos. Él descubrió que también le gustaba. En realidad, no sabía por qué, pues eran palabras que no comprendía, tampoco se tomaba la molestia de entender por qué eso no era lo más importante. Lo mejor de hacerlo era pararse enfrente de muchas personas y declamar frente al micrófono, así, lo que al principio era temor, después se convirtió en valor. Y ni se diga de los

aplausos, eran en realidad ¡fantásticos! La cereza del pastel era el rostro de amor que siempre veía en sus padres.

Mientras escribíamos los borradores, los leíamos con el colectivo docente y con los estudiantes, nos encontramos con el niño que declamaba. Realizamos actividades en gran grupo y entre pares. Colectivamente hicimos lectura en voz alta por el autor y en otras ocasiones por otro integrante del grupo, buscando seguir la premisa de respetar que una historia, al volverse un escrito y compartirse, desde ese momento deja de ser del autor y pasa a ser de dominio público. Así tuvimos la oportunidad de intercambiar puntos de vista para mejorar los textos. El procedimiento se encuentra en el primer libro de esta colección (García, Carrillo, Martínez, Robles, González *et al.*, 2019).

Para enriquecer la fase de edición de los escritos, acordamos leer algunos textos de la Colección de *Materiales Pedagógicos. Documentación Narrativa de experiencias pedagógicas y viajes pedagógicos*. En el fascículo 1, Alaniz (2007) nos incita con la pregunta: ¿qué publican los docentes?, y logra llevarnos en retrospectiva, como lo hace Cecilia Fierro (1999), para cuestionar primero qué escribo, porque para publicar hay que escribir. Esa pregunta nos condujo a otras más: ¿qué escribimos los docentes de las escuelas normales?, ¿los docentes del CREN de Río Grande? y ¿qué publicamos? Socializarlas con el colectivo daba sentido a nuestra necesidad de escritura, en ese espacio de construcción.

Del mismo modo reflexionamos sobre la importancia que concedemos a nuestros saberes pedagógicos y al reconocimiento que hacemos de los mismos. ¿Tenemos

saberes pedagógicos?, ¿cuáles son?, ¿dónde y cómo los hemos construido? Se comenta que el proceso de formación docente no inicia propiamente en las escuelas normales, y es en ese sentido que las biografías lectoras lo pueden ilustrar.

Ampliamos algunos aspectos sobre la edición y tomamos algunos saberes previos de nuestro recorrido en el primer libro; ahora, los expertos nos regalaban los suyos. La empatía se mantuvo presente desde el inicio con los primeros pasos, cuando con palabras las autobiografías nos revelaban lentamente a las personas. En cuanto a la edición y sugerencias de los compañeros, también descubrimos que no podíamos tratarnos como si fuéramos de cristal y las opiniones de los otros pudieran fácilmente quebrarnos. Fue necesario encontrar el punto medio.

Al leer y discutir en conjunto descubrimos que nos faltaba realizar una clínica de edición pedagógica y realizar el ateneo de nuestros relatos. No expusimos todos los textos, a veces la carga de trabajo y las responsabilidades eran muy grandes; a pesar de ello, hicimos el esfuerzo de leerlos de manera individual, aunque siempre se aprende mejor entre todos.

e) Trabajo entre pares

La actividad jugó un papel importante en la construcción de los relatos, pues intercambiar impresiones permitió esclarecer y profundizar cada escrito. En un primer momento, en el trabajo entre pares se escuchó con detenimiento al autor. Concluida la lectura se le cuestionó para detallar, encontrar vacíos, la polifonía de voces y profundizar. Las sugerencias

nacieron a partir de las respuestas recibidas, permitiendo encauzar el escrito.

Hacerlo en varias ocasiones, con diferentes personas, permite que el documento sea visto por ojos distintos que posibiliten una reconstrucción más completa. El proceso no se llevó a cabo en una determinada fase, fue de forma continua, en la medida del avance de los relatos; es decir, siempre fue una actividad fundamental para lograr el perfeccionamiento de cada escrito.

f) Presentación y análisis de los relatos

El canto de las sirenas

Hay leyendas que cuentan que las sirenas atraen a los marineros con su hermoso canto porque los hipnotiza, los traslada en el tiempo y el espacio. Así era el canto de mi madre cuando me acunaba en sus brazos y me transportaba a lugares inimaginables con su voz. Allí acurrucado sentí, por primera vez, lo que era la felicidad plena.

En cada sesión de trabajo se efectuó la presentación de los borradores que tomaron en cuenta las orientaciones y observaciones que en sesiones anteriores se habían realizado, durante los talleres y la lectura (ver tabla 2).

Cuando los participantes expresan *lo que les gustó*, aparece lo interesante de la secuencia histórica y la relación con lo que se cuenta, la contribución de la familia, ser preciso sobre el cómo aprendió, la importancia de lo que se ha leído, lo que se aprende en casa, y demás gustos.

Tabla 2. Retroalimentación de las autobiografías

Lo que me gustó	Se busca incentivar al autor haciéndole ver la belleza que guarda su relato, se resalta aquello que resulta interesante y hasta conmovedor
Las preguntas al relato	Su importancia radica en obtener la información faltante, así como esclarecer las situaciones que se encuentran difusas
Sugerencias	Reconocimiento del autor de las medidas a considerar para lograr mayor claridad y profundidad del relato

Una herramienta que logra transformar son las preguntas que nos planteamos tanto en lo individual como en las sesiones grupales: ¿de qué manera la lectura nos ha transformado?, ¿qué tipo de lectores se consideran?, ¿qué tipo de escritores?, ¿cómo lo relacionan en su vida como docentes?, ¿de qué manera las dificultades se convierten en aprecio?, ¿por qué ese maestro?, ¿no hubo otros maestros?, ¿cuál fue la trágica historia de amor de tu mamá?, ¿cómo aprendiste a leer?, ¿cómo relacionas lo expuesto, con tu vida como docente?

Las sugerencias invitaban a detallar las narrativas, pues en diversas ocasiones los escritores tenían la necesidad de explicar acerca del escrito: “Eso lo menciono porque cuando iba a la escuela...”, o bien: “al decir ‘esto’ me refiero a...”, también cuando entre pares pedían: “explica la razón por la que dejaste de trabajar con los alumnos”. Comprender que en la palabra escrita no hay cabida para explicaciones orales fue

parte del aprendizaje. Dentro de las sugerencias también se proponía hacer narraciones breves del contexto del sitio donde sucedía el relato, detalles como el clima, el suelo, los aromas, etc., además de usar metáforas.

Se enfatizó en la importancia de elegir una temática: “Hay muchas generalidades y tenemos mucho que recordar”, “elige una parte de tu vida y hazla más grande, a partir de lo que recuerdes”. Al ser una autobiografía que aborda temas de la niñez, es muy fácil desviarnos del camino, sobre todo si es la primera vez que escribimos acerca de nuestras vidas. Nos atrevemos a pensar que todos tuvimos que acotar nuestros escritos, pues hablábamos de nuestros logros académicos, de los concursos de baile o poesía y del entorno familiar, más que de nosotros. Y no es que esos temas carezcan de importancia, sino que le dábamos mayor peso a estos incidentes que al proceso de lectoescritura.

El análisis nos permitió darnos cuenta de que existen estilos diferentes de escritura y que para ello cada quien utiliza recursos académicos o literarios distintos, los cuales en gran medida reflejan nuestra personalidad.

Fue muy bonito conocer cómo los autores eligieron su profesión, cuando desde el nivel básico escolar fueron encaminando su gusto hacia ello.

Cuando nos decía que sus materias preferidas eran filosofía, historia, y educación cívica, yo sólo arrugaba la cara, porque son opuestas a mis gustos. Así también cuando comentaban que se les dificultaban las matemáticas y química, pensaba: ¿cómo es posible?, esas son mis materias favoritas. Eso es lo que provoca

la narrativa pedagógica, nos genera dudas, pero también nos ayuda a conocer a otros desde sus letras” (Guadalupe).

Los estilos son diferentes y cada persona utiliza los propios, un ejemplo de ello es el uso de metáforas para compartir sus experiencias. En algunos textos continuábamos utilizando más recursos teóricos que narrativos, por ello Rúsbel sugería:

Quiero ver más a la persona, cuáles fueron tus broncas, dices que fue hermoso y lo infiero por lo que cuentas, pero tus emociones no se manifiestan, son más tus dudas, siento que me está hablando la auxiliar del área de investigación, y no quien quiere dar a entender lo que es.

A veces, la parte teórica automáticamente nos inserta en el mundo académico.

En esta parte construimos, destruimos y reconstruimos las veces que cada autor consideró necesarias. Es preciso mencionar que las sugerencias no siempre fueron bien recibidas, los rostros expresaban a veces inseguridades, algunas más temor o rechazo; mientras que en otras ocasiones las propuestas fueron acogidas con entusiasmo. La importancia de todo radicó en comprender que eran para mejorar nuestros relatos.

Creemos que la etapa del proceso de presentación y análisis de los relatos fue uno de los más fructíferos en la mejora de la construcción de los mismos, pero ciertamente el más lastimoso al orgullo y esfuerzo dedicado a nuestros trabajos.

Como lo mencionamos en párrafos pasados, se realizaba con la intención de mejorar los escritos, pero no fue fácil aceptar que el texto que te causó desvelos y horas de compartir con tu familia, no tuviera el mismo significado entre tus compañeros, sobre todo cuando alguien comentaba: “Considero que no debería ir esa parte, mejor tendría que ser así”. Finalmente, el acto de madurez profesional donde prevaleció el diálogo rindió sus frutos y hoy pueden vislumbrarse los pasos agigantados que cada uno muestra en su historia.

g) Edición

Este fue el último momento del proceso, cuando cada autor consideró que tenía finalmente el relato terminado. A continuación se enviaron los textos a corrección de estilo, para cumplir con las exigencias de la publicación. Esto implicó realizar, varias veces, ajustes de acuerdo a las sugerencias recibidas por la persona responsable de la edición. Una vez terminado este punto se preparó el escrito para su publicación.

Fue hasta esta etapa, en que los caminos se encontraron con las historias escritas por los estudiantes. Muchos iniciaron el proceso de edición, pero sólo tres permanecen en el colectivo hasta la fecha de publicación del presente libro. Hubo muchas charlas, una pregunta nos llevaba a la reflexión, a recuperar experiencias y compararlas; a reconocer nuestros conocimientos y discutirlos. Escuchar al compañero permite reconocernos en el otro. Así, identificamos coincidencias y continuidades de nuestro sistema educativo mexicano, dado que eran historias vividas en diferentes latitudes, pero todas ellas dentro de nuestro estado, Oaxaca. Nos enriqueció compartir

esos momentos con estudiantes que manifiestan una gran formación pedagógica, respaldada por su responsabilidad en los intercambios.

Elegir él o los títulos de los relatos fue una fase reflexiva e interesante, porque éste refleja el contenido del texto, o lo más significativo del mismo. Hemos aprendido desde antes, que puede llevar nuestro relato un título literario y uno formal, que se complementen, sin dejar de mostrar su contenido. Ante la significatividad del ejercicio dedicamos una sesión a reflexionar sobre el rótulo que llevarían nuestros textos. Para ello planteamos la pregunta: ¿cuál es el título de tu narrativa?

Luis nos dijo que quería: “La truculenta historia’, porque quiero un título que envuelva; es decir, que llame la atención de los lectores”. En ese mismo tenor, Rúsbel hizo un planteamiento que al mismo tiempo fue una conclusión fundamental en la escritura de relatos pedagógicos: “Podemos comentar como colectivo cómo sugerir el título. Quizá del ejercicio surja lo que nos caracteriza como lectores o como usuarios de la lengua escrita, o no usuarios”. Al reflexionar sobre ello, descubrimos que en cada uno de nosotros hay diferentes por qué y para qué de la lengua escrita.

h) Espinas en el camino

Las cruces de la carretera

Los niños son sorprendentes, siempre aprenden, siempre tienen curiosidad y ansias de conocer, así era esta pequeña niña. Por azares de la vida, muchas veces tenía que acompañar a su padre, en el trabajo por la carretera.

Entonces preguntaba por los árboles, las flores del campo, el color de la tierra, la forma del camino. Pero lo que más, más le llamaba la atención eran las cruces. —Papá, ¿qué son esas cruces? —le decía girando la cabeza para no dejar de verlas. Entonces le contaba su historia: —Esa cruz es de un viajero que vivía muy lejos, en un lugar llamado... Otras veces le contaba la historia de las cruces de niños, quiénes eran, cómo vestían y qué les gustaba hacer. A ella no le sorprendía la dureza de la muerte, sino la grandeza de todas esas vidas.

La escritura de este relato nos enfrentó a retos emocionales, metodológicos y estructurales.

El aspecto emocional se manifestó cuando, después de escuchar la lectura en voz alta de los textos por cada autor, expresamos a lo largo de las sesiones lo que nos gustaba de ellos creándose momentos especiales, porque el reto del colectivo es reconocer primero los aciertos, aun cuando descubrimos los retos o limitaciones de la redacción.

Las emociones se manifestaban de manera espontánea y directa: “Enamoras con tu forma de escribir, seduce tu relato, la manera en como presentas la historia la hace ver muy significativa”.

La lectura permitía conocer los momentos de conflicto emocional y los retos que cada compañero había enfrentado al aprender a leer, a hacerlo aunque no les gustara y cumplir solamente por compromiso. Pero también a tener con quién leer, un amigo, un hermano, o un maestro que nos ayudó a amar los textos.

Después de leer su texto, Silvestre afirmaba:

Me di cuenta de que empecé a escribir a partir de la casa y fui describiendo, marcando los espacios. Aquí estoy hablando de lo que se mira en la madrugada, y al amanecer veo todo el complejo minero; hay un silbato que indica los tiempos para el trabajo en la mina y también la campana de la escuela. Algunas cosas no las recuerdo porque no me impactaron o porque las emociones que viví, prefiero no recordarlas.

Esos momentos nos descubrieron, entendimos y potenciamos muchas cosas, a través de la escritura colectiva de nuestras biografías. El reto fue el encuentro con nuestros sentimientos, con nuestras emociones. En ese sentido reflexionaba el maestro René: “El reto es dejar salir el sentimiento, o decir más o menos lo que sentíamos. El decidir qué compartimos, tiene que ver con nuestra formación”. De ese modo nos íbamos encontrando. La maestra Guadalupe reflexionó: “Siempre me gusta cuando los textos me dicen cómo la gente aprendió a leer, y así puedo imaginar la forma en que ustedes estaban aprendiendo”.

En la escuela encontramos recuerdos traumáticos, aburridos y difíciles, en relación a cómo aprendimos. Aunque las historias son distintas se parecen: Manuel, en su primera lectura nos confió: “No sé cómo aprendí a leer, y mis hermanos tampoco, así que no pude recuperar esa etapa”. Sin embargo, Silvestre recordaba bien: “Estar repite y repite las vocales y las consonantes, mientras la maestra me veía con una varita a mi lado”. No le preguntó a su mamá sobre su proceso de escritura,

porque le angustiaba reafirmar que ella no lo acompañó en el proceso.

Guadalupe conoció esta etapa gracias a las entrevistas que realizó a sus hermanas y a su madre. Luis Alberto, en cambio, se comunicó con sus padres y les preguntó cómo había sido su aprendizaje. Él tenía un mayor acercamiento con su papá, pero siempre con la presencia de su mamá. Anel, por su parte, reconoció que en la prepa la obligaban a leer.

Tuvimos muchas vivencias de este tipo con la familia y descubrimos el papel trascendental de diversos aspectos conscientes e inconscientes que incidieron en nuestra formación, con el lenguaje oral y escrito. Hoy podemos aseverar que todas ellas fueron determinantes y trascendentales, pues lograron, incluso, integrar a diversos miembros de la familia: hermanos, primos, vecinos, tíos y por supuesto a los padres.

Por ejemplo, Liliana habló sobre la oralidad y el rol importantísimo de su papá en este aspecto de su formación, en aquella época en que salían de viaje juntos y ella le pedía que le contara las historias de las cruces que aparecían en las márgenes de las carreteras. Él entonces armaba relatos fantásticos y hermosos de la vida de las personas que ahí habían fallecido. Anel, en cambio, relató las actividades y momentos que vivió al lado de su papá y sus primos, en un espacio y lugar especialmente creado para escribir en vacaciones. Acciones que seguramente le hicieron ejercitar la memoria y conseguir que en la actualidad sea uno de sus principales atributos. Entrañable también es la historia en la que Guadalupe nos relata cómo su hermana le leía cuentos, mientras ella se recuperaba en el hospital. La escritura de estos textos logró un acercamiento con quienes nos han acompañado

a lo largo de la vida. Algunos nos atrevimos a conversar con nuestros padres y hermanos para obtener mayor información sobre nuestra escritura, lectura, gustos, disgustos y rutinas. Conocimos las limitaciones y los esfuerzos que titánicamente hicieron quienes nos dieron la vida y la acompañaron. Aún nos estremece recordar aquella tarde en que nuestra compañera Guadalupe afirmó: “Mi padre nos compraba libros a ocho hermanos, en una época en que los libros eran carísimos. Eso, indiscutiblemente, es un acto de amor”. Y Rúsbel recuerda, incluso, cuando su padre lo mandó a comprar el Silabario de San Miguel.

Las familias siempre han estado presentes en nuestras vidas apoyando los procesos lectores de muchas formas, y aunque algunos de sus integrantes no supieran leer, su oralidad nos ayudó a desarrollar la inteligencia.

Cuando tuvimos el gusto de escuchar con atención, por vez primera, el texto de Liliana, Víctor expresó:

Me gustó coincidir, saber de su historia, cómo la pasaba de niña, tal vez porque somos de la misma edad. Pude ver cómo los padres, por buscar una mejor vida para nosotros nos descuidan un poco. Su texto me permitió imaginar el pozo donde pasabas las tardes leyendo, pero también el miedo a lo que había en él. Noté que sus papás se quieren o se querían, soy muy romántico, lo atribuyo a mi padre. Me gustó su estilo.

Guadalupe opinó al respecto:

Me gustó entender el por qué de la prudencia de Liliana, ahora me queda claro. Me agradó de forma especial la manera en que logró entrelazar sus momentos, su familia, animándonos a descubrir esa parte íntima de su vida, y cómo pudo vincular los espacios en los que transitaba, aunque no fueran escolares. La lucha por sus propios intereses, las historias de las cruces en la carretera que me parecen muy interesantes, pero que no tuvimos la suerte de que nos las regalara en su texto, aunque de forma oral pudimos conocer alguna, en las primeras sesiones.

Los sucesos familiares rememorados nos ayudaban a entender algunos procesos de la lectura, pero también nos llevaban a comentar aspectos metodológicos de la escritura; por ejemplo, Víctor afirmaba: “Me hizo pensar sobre el proceso para enseñar, quizá mis maestros no tenían ni siquiera un método. Recuerdo esa parte silábica. De ahí no sé cómo aprendí a leer y escribir”.

Guadalupe rememoraba cuando le contaron sobre su aprendizaje de la lectura y su padre practicaba con ella mostrándole tarjetas con imágenes, y después imágenes con textos: “Mis hermanos también me enseñaban las tarjetas, como mi papá”.

En cuanto a los aspectos metodológicos y estructurales, nos dimos cuenta de que algunos compañeros lograron construir una secuencia histórica con mucha claridad y la organización entre los párrafos que redactaron tiene relación con lo que cuentan. A otros se les dificultaba la coherencia en la estructura de oraciones y párrafos.

También enfrentamos el reto de qué escribir, qué elegir, qué recordábamos, pues son muchas las experiencias que nos han determinado. Rúsbel afirmaba:

Este texto me está costando más que el anterior porque me es difícil recordar, porque es de mi vida y debo decidir lo que voy a compartir; una vez logrado eso, lo demás es mi trabajo. Pero es difícil hacerlo y decidir lo que muestras.

En ese sentido fue un texto reconciliatorio, porque le permitió valorar y descubrir las cosas buenas que tuvo y vivió, pero también las cosas malas. Algunas orientaciones ayudaban a realizar los escritos:

Averigua cómo aprendiste a leer, revisa la separación en subcapítulos, por temporalidad. Investiga qué hiciste en el preescolar, menciona cómo te fue gustando leer, cuáles fueron las dificultades que presentaste en la escritura, por qué no te gustaba escribir tu diario, esas dificultades que viviste y cómo se transformaron en situaciones apreciables.

En el mismo sentido se indicaba: “Hay muchas generalidades en tu texto, quizá porque una gran parte de tu vida es así. De cada paso o cada etapa que narras salen 10 páginas. De cada parte puedes escribir un libro: los comics, el formato de educación”.

Las sugerencias nos ayudaban a comprender el proceso y a encontrar aquello que estaba escondido.

Había mucho que recordar, mucho que revivir. Enfrentamos diversos retos con la información recopilada. Teníamos dudas sobre cómo escribir lo que nos habían contado, Fredy Giovani expresaba: “Siento que lo que me dijo mi madre debería ser tal cual lo dijo, pero creo que al escribirlo debo hacer las adecuaciones necesarias para convertirlo en un texto mío”. La sugerencia de Guadalupe fue: “Puedes ponerlo de forma textual o en tu estilo, yo tengo el mismo conflicto con las entrevistas que hice a mi familia”.

Una pregunta frecuente fue ¿cómo hacer, sólo con las palabras, que el texto tuviera lo que se deseaba que tuviera? “Yo estoy muy acostumbrado a ser muy formal en lo que escribo, pero cuando tengo que redactar este tipo de textos, ahí me tienes cansado”, afirmaba Rúsbel, reflexionando que la mayoría de los participantes escribimos textos utilizando un estilo muy rígido, apegado a la manera de un informe.

Un buen título atrae, pero también un buen texto. Lo divertido de un escrito es la manera en que se narran los acontecimientos, los diálogos, las acciones, la ambientación. A Luis le gustó “la fluidez del texto, cómo se va expresando, porque algunos escribimos por partes y luego le damos la ilación”. Para Liliana era importante ver el escrito como si ya estuviera editado: “Me da ideas de cómo insertar algunas conversaciones”.

En el mismo sentido, Manuel comentó la importancia de organizar las ideas y plantear preguntas. Víctor concluyó, refiriéndose a su texto: “Quizás le quitó un poco de sabor al hacerlo de esta manera, con este estilo. Además, me puse a pensar con qué método aprendí y dejé un poco la lectura. Le puse más atención a lo metodológico”.

i) La recta final

El encuentro con los estudiantes se dio en la fase final del proceso. Coincidimos en el Taller de Documentación Narrativa de Textos, con nuestro buen amigo y asesor, Roberto Pulido Ochoa.

Al principio existió un clima de desconcierto, porque era la primera vez que coincidíamos como compañeros, no alumnos y maestros, sino pares. En una de las intervenciones, una chica preguntó: “¿A quién se le ocurrió esto de poner a los alumnos y maestros juntos?”. Eso tiene un gran significado en este tipo de trabajo, donde se trata de aprender en conjunto, de manera horizontal, dicen los que saben. Ahora, estos alumnos-autores son parte de nuestro colectivo, no como estudiantes, sino como compañeros.

En la edición final nos leímos y hablamos el mismo idioma, al principio con recelo y después en confianza. Intercambiamos puntos de vista, sugerimos y nos enriquecimos mutuamente. No hubo límite de horario, trabajamos de día, de tarde, de noche, así, juntos.

Como colectivo presentamos este segundo tomo del libro, ojalá lo disfruten leyéndolo, tanto como lo disfrutamos construyéndolo. Fin, dijo Fan Chacalín.

El globo en las nubes

Los niños crecieron, se convirtieron en jóvenes, cambiaron sus ideas, transformaron sus lecturas. Ahora, de adultos, ven la vida con otros ojos. Queremos pensar que este cuento los ayudó a tomar a aquellos niños de la mano y darles todos los abrazos que no recibieron, consolarlos, limpiarles

las heridas abiertas, o por lo menos mitigarles el dolor que les produjeron. Tal vez les sirva para reconocer todo lo bueno de los padres, madres, hermanos, y los comprendan. Aprender lo bueno y soltar lo malo, como cuando un globo se va de las manos y se pierde entre las nubes del cielo.

REFERENCIAS

Alaniz, M. (2007). *¿Qué publican los docentes? Documentación narrativa de experiencias y viajes pedagógicos*. Colección de Materiales Pedagógicos 1, 41.

Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Cárdenas Giraldo, M. (2008). *Vivencias, debates y transformaciones*. Memorias Grupo de lenguaje Bacatá 20 años. Bogotá: IDEP.

Dávalos, D (2018). *Lengua Materna*. Español. Primer grado. México: Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

Ferreiro, E. y Teberosky, A. (1979). *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*. Buenos Aires: Siglo XX.

Fierro, C. (1999). *Transformando la práctica docente*. México: Paidós.

García, R., Carrillo, R., Martínez, Y., Robles, F., González, M., Peralta, I., y Santos, M. (2019). Roberto Pulido Ochoa (coordinación). *Voces de formadores de docentes. Relatos de una lejana Escuela Normal 1*. México: Bibliógrafo Furtivo.

Gómez, M. (1984). *Propuesta para el aprendizaje de la lengua escrita*. Monterrey: Dirección General de Educación Especial.

Granado, C. y Puig, M. (2004). La identidad lectora de los maestros en formación como componente. *Ocnos*, 13, pp. 43-63.

Ochoa, L. (2007). ¿Cómo editar pedagógicamente los relatos de experiencias? Documentación narrativa de experiencias y viajes pedagógicos. Colección Materiales Pedagógicos, Fascículo 6, 36.

Pulido, R. (2010). *Rostros de la lectura. Historias de maestros*. México: Ediciones Axólotl.

Suárez, D. y Liliana, O. (2005). *La documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una estrategia para la formación de docentes*. Buenos Aires: OEA.

Torres Espinoza, J. (20 de diciembre, 2016). *Había una vez la biografía lectora*. Perú: Enacción S. A. C.

ABRIR CAJAS

María Guadalupe González Ruiz*

Abrir una caja desconocida puede arrojar a tus brazos experiencias invaluable, tesoros que has poseído y que ignoras su existencia. A veces te permite entrar a un mundo inexplorado que se convierte en un parteaguas para la adquisición de nuevas vivencias, a partir de las pasadas. Eso sucedió al tratar de recordar cómo aprendí a leer, pues antes de ello pensaba que *siempre había sido parte de mí*. La sugerencia fue indagar con mi familia.

No tenía idea de la grata sorpresa que me esperaba cuando me acerqué a Catalina, una de mis cuatro hermanas, y le pregunté si recordaba cómo había sucedido. Su respuesta fue increíble: aprendí a leer al mismo tiempo que hablé, los dos idiomas a la vez, la lectura y el español. Esto produjo en mí una sensación maravillosa de asombro y alegría inconmensurable, fue como si se hubiera abierto un baúl de tesoros que de tan brillante deslumbrara, y con una belleza inimaginable que inundó mi alma por completo.

Dediqué tiempo a entrevistar a mi madre y hermanos, y así nació el deseo de conocer más sobre la lectura y revisar muchos textos al respecto. No podía creerlo: ¡Una persona que aprende a leer al mismo tiempo que hablar! Desde ese momento y hasta el día de hoy me hice el propósito de abrir cuanta caja se presentara en mi camino. Aquí comparto un poco de lo descubierto y su impacto en mi vida lectora.

* Químico biólogo con maestría en Educación Superior, docente desde hace 20 años en el CREN y por tres largos años con la comisión de ser Subdirectora Académica.

Mi nido urbano¹

Nací y crecí en una mole de concreto,² una unidad habitacional con casas alineadas en pasillos que al principio fueron iguales, pero después cada quien le dio su toque especial; algunas eran hermosas y lujosas luciendo herrería, paredes pintadas y jardines llenos de flores y otras no, como la mía. Recuerdo que en el centro de la unidad estaba una casa inmensa a mis ojos de niña, llena de gente: sus habitantes, visitantes y los que iban de compras a nuestra tiendita, un lugar abarrotado.

Soy la séptima de ocho hermanos, cinco mujeres y tres hombres. Pienso que tener una familia con tantos integrantes fue quizá la razón de que tuviéramos carencias económicas, afectivas y materiales, pero nunca formativas. Todos los hermanos nacimos en un periodo de veinte años, entre los 60 y 70, excepto el menor, que llegó en 1981. Nuestra infancia estuvo enmarcada dentro de un ambiente nacional de apogeo por la publicación de lectura y el interés del gobierno en proporcionar a los estudiantes los primeros libros de texto gratuitos (Greaves, 1997); asimismo, incluyó la protesta social del movimiento estudiantil del 68 y el levantamiento de Lucio Cabañas y Genaro Vásquez, por mencionar algunos.

Mis padres, en su momento, fueron profesores de educación primaria, maestros rurales comprometidos con su trabajo y profesionalización, que siempre se mantuvieron estudiando. Mi padre hasta el último de sus días y mi madre hasta la fecha. En las familias grandes no todos los hijos

¹ Ese apartado cobró importancia cuando leí: "El desarrollo de la lectoescritura y los factores que lo influyen es un proceso altamente contextual e individual que reflejará las características culturales de cada familia" (Molina Iturroa, 1999, p. 30).

² Las unidades habitacionales son casas construidas en fraccionamientos, frecuentemente pequeñas y adquiridas, la mayoría de las veces, mediante un crédito que se otorga a los trabajadores de gobierno y que lo pagan durante toda la vida.

tenemos los mismos padres, pues con el tiempo cambian y se transforman para bien o mal; así, cada hijo tiene una historia diferente para contar.

No lo recuerdo, pero lo llevo conmigo

Como lo comenté al inicio, lo más sorprendente fue descubrir cuándo y cómo empecé a leer, ayudada por mi padre que aplicó con mis hermanos y conmigo un método que se utilizaba en la primaria y que experimentó con nosotros, pues él nunca trabajó con primero o segundo grado.

Al platicarlo con mi madre, ella abundó en la explicación y pude descubrir parte del proceso:

Cuando el nene³ empezaba a hablar, mi esposo le mostraba una ficha con las fotografías del bebé y de sus padres. Una vez identificada la foto por el pequeño escribía la palabra que correspondía en la parte de adelante: en la foto del papá, la palabra “papá”, en la foto de la mamá, la palabra “mamá”, y en la foto del nene, la palabra “nene”.

Cuando el pequeño ya identificaba esas primeras palabras agregaba, de la misma forma, las fotos de sus hermanas y hermanos, con el nombre de cada uno de ellos. Después le sumaba un adjetivo al nombre: “Dina bonita”, “casa bonita”, “nene bonito”, “mamá bonita”, etc.; a la vez que integraba vocablos nuevos usando la misma técnica: imagen y palabra. Los dibujos que les mostraba lograban que los chicos aumentaran la

³ A los niños lactantes, de cero a dos o tres años se les dice nenes o bebés.

cantidad de palabras que conocían, tales como “pollo”, “oso”, “elote”. De la misma forma añadía el adjetivo “bonito” o “bonita”, y cuando ya se identificaba la palabra y el adjetivo añadía otras más: “Mi mamá bonita”, “mi papá bonito”, y así sucesivamente.

El siguiente paso era incluir un verbo: “Mi mamá es bonita”. Posteriormente se incrementaba el número de palabras en la oración, y ya que las diferenciaba el niño se le revolvían para que formara nuevas frases con los términos aprendidos.

El método utilizado era el de análisis estructural, con el que los niños aprendían muy rápido a leer y lo hacían de corridito, sin trabarse en las oraciones. Al final mi esposo les enseñaba cómo estaba conformada la palabra por sílabas y ese era el último paso.

De todos mis hijos sólo dos no aprendieron así, pues se distraían mucho y no les llamaba la atención; ellos no, pero el resto, los que sí se dejaron, aprendieron rapidito con su papá que les hacía mucho material en dibujos, con papel y hojas de aluminio, ejemplificando lo que veían a su alrededor (Ruiz, 2019).

No sé porqué no pensé en mi madre como primera opción para saber de mi proceso lector, ya que era una mamá-maestra; sin embargo, como ella misma lo dijo, mi papá fue el encargado de nuestra formación escolar. Gracias a las pláticas originadas a partir de ello es que tengo un panorama más amplio.

Otro aspecto que descubrí fue el proceso familiar asociado, pues no solamente mi padre estuvo involucrado conmigo o con el hijo que le tocara aprender en ese momento.

Mi hermano Hiram, uno de los mayores, me platicó que ellos también participaban enseñando a los más pequeños las fichas, y cuánto se emocionaban y divertían cuando nosotros lográbamos identificar las palabras. Esto es un tesoro.

Conforme fui leyendo y adquiriendo mayor información sobre este tema se desencadenaron una serie de preguntas a las que he tratado de dar respuesta, pero sinceramente considero que varias de ellas las contestaré dentro de muchos libros y textos más. Algunas son: ¿cómo es posible que un bebé aprenda simultáneamente a hablar y leer?, ¿es lo mismo cuando se aprenden dos idiomas, como inglés y español? Supongo que sí.

He pasado muchos momentos pensando en ello y enlazando otras experiencias más recientes, como la de mi maestro de Lengua de Señas Mexicana (LSM), Yoliztlaman, quien no sabía hablar porque la comunicación con sus padres, que eran sordos, era por medio de señas; es decir, aprendió desde temprana edad ese sistema de comunicación. Entonces, ¿la lectura es un lenguaje, un idioma?

Los libros, el canto y la oralidad

No tengo presentes a mis padres leyéndome, por fortuna mi hermana Dina fue mi acompañante y me leía los cuentos que me gustaban cuantas veces se lo pidiera. Sobre todo antes de dormir o cuando estuve internada en el hospital.⁴ Escuchar su voz fue una llama en la obscuridad en esos días largos y noches interminables sin recibir visitas o ver otros rostros diferentes a los de los doctores y enfermeras.

⁴ Estuve en mi infancia internada en dos ocasiones por infecciones graves de la garganta.

En realidad, en mi casa siempre hubo libros para todas las edades y un sitio para ellos. Las temáticas eran diversas: naturaleza, mitología griega, ciencias, política y educación, entre otros. La biblioteca cambió de espacio físico muchas veces, pero siempre estuvo presente.

Otros libros importantes en mi niñez fueron: una versión de *Don Quijote de la Mancha* para niños,⁵ y otro interesantísimo del cual no recuerdo el título, pero en él sugerían cómo preparar un emparedado o atarte las agujetas. También estaban los de la colección de Panorama Cultural (Carneiro, 1962), con ilustraciones hermosas que incitaron mi primer acercamiento a la mitología griega. No estoy segura si fue a esa edad o un poco antes o después cuando inicié a leerlos, pero los leí incluso en la secundaria.⁶

Otra importante forma de oralidad en esa época y muchos años después fue el canto, mi papá tocaba la guitarra y nosotros cantábamos con gritos desafinados de niños que no les importaba las clases de canto, la entonación o apretar el diafragma y respirar profundo, lo significativo era solamente cantar fuerte como su papá. Nos aprendimos boleros como *Sabor a mí*, *La negra noche*, *El andariego* y otros más. En esos instantes lo principal no era el significado de las canciones sino la unidad familiar del momento.

Escuchar a los otros contar sus historias, fortunas y desfortunas siempre me gustó. Tuvieron gran influencia en mí los integrantes de la familia materna, tíos, tías, mis primos y el abuelo Juan, el único que conocí. Recuerdo que cuando los

⁵ Durante la construcción de este relato encontré una nueva reimpresión o edición de este libro y con gusto lo refiero para que lo compartan con los niños, pues en verdad es muy bonito. Se trata de una adaptación del libro original, realizada por Felipe Garrido (2015).

⁶ El nivel de secundaria se cursa en México después de la primaria, entre los 12 y los 15 años de edad aproximadamente.

visitábamos en el pueblo,⁷ allá entre el frío de las montañas, con la lluvia y el lodo de los caminos, pasábamos las tardes y noches platicando, y ellos, los mayores, conversaban mientras nosotros escuchábamos poniendo mucha atención a los relatos.

Las palabras que compartían eran un viaje en el tiempo que te trasportaba, palpabas, olías y podías sentir lo que ellos te contaban. Así supe que mi abuelo era un “brujo bueno”, porque curaba a los enfermos desde recién nacidos hasta bastante entrados en años; que utilizaba los hongos alucinógenos para curar y que tenía una forma especial de buscarlos, de tomarlos, —si lo hacías mal podías quedar loco, como un gringo que así lo hizo y anduvo encuerado por el pueblo gritando—, también supe para qué servían y que hay un mundo alterno donde los hermanitos⁸ te dicen las dolencias que tienen las personas, la parte de su cuerpo afectada y la mejor forma de tratarlos. Un asunto primordial es siempre rezar antes de curar a alguien.

En esas reuniones supe que cuando mi mamá y su hermana eran chiquitas no se murieron de tosferina o sarampión gracias a que mi abuelo les daba la caca⁹ que alguna ave depositaba en las hojas de los cafetos que él recogía y lavaba por las mañanas, para luego mezclarlas con la sangre de zanates recién muertos.

Resultó significativo, en el proceso de lectoescritura, la cercanía que tuvimos en casa con los Audiolibros. Nos gustaba escucharlos, pero el que encabeza la lista de favoritos dentro de la familia es *Los tres pelos de oro del diablo* (Sierra, 1961), pues nos lo sabemos de memoria y hasta hemos entablado sus

⁷ Mazatlán Villa de Flores es un Municipio de la Región de la Cañada, del estado de Oaxaca. Su lengua predominante es el Mazateco. Su orografía es montañosa, el clima húmedo frío y su vegetación está conformada por bosques con árboles maderables (INAFED, s. f.).

⁸ A los hongos alucinógenos se les llama coloquialmente *hermanitos*.

⁹ Caca se le llama a la materia fecal.

diálogos entre nosotros, además de que con el paso del tiempo se los hemos contamos a nuestros hijos.

No era defecto, era talento

A los cinco años inicié la educación primaria sin cursar el preescolar.¹⁰ Al ingresar a la primaria me sentí muy bien, pero no entendía por qué los niños no sabían leer, me sorprendía que no lo hicieran o su llanto al ingresar a la escuela, en verdad eso me causaba mucha confusión, sobre todo porque yo era la más chiquita del salón y ya sabía leer. La maestra utilizaba el libro en sus dos versiones, una de lecturas, otra de ejercicios y ambas me encantaban, fueron mis libros favoritos. Me gustaba todo de ellos: las imágenes, sus colores, su aroma, todo.

Lo más fascinante de ese año fue aprender a escribir de forma invertida. Primero lo hacía con ayuda de un espejo redondito que colocaba enfrente de mi libreta, tratando de escribir de tal forma que las letras se leyeran claras en el reflejo, aunque en la libreta estuvieran al revés. Lo hacía porque me aburría en las clases, era muy tedioso hacer cosas que ya sabía, y aunque quisiera ayudar a otros no podía porque debíamos permanecer en nuestros asientos.

Mi talento murió al ser descubierto por la maestra, quien dijo que estaba muy mal, habló con mi mamá y le sugirió que me llevara al psicólogo. Cuando mi madre me preguntó y le expliqué mi gran descubrimiento no se molestó, pero me pidió no volverlo a hacer y así terminó esa historia, mi triunfo fue sepultado.

¹⁰ En México, "El Sistema Educativo Nacional está compuesto por los tipos: Básico, Medio Superior y Superior, en las modalidades escolar, no escolarizada y mixta. La educación de tipo básico está compuesta por los niveles Preescolar, Primaria y Secundaria" (Secretaría de educación Pública, 2015).

La iglesia enseña

Durante la primaria, lo más significativo de la lectura lo encontré en la Iglesia donde asistíamos. Eran dos tipos de lecturas en las que invertía el tiempo: la primera fue *La Santa Biblia* y la segunda los himnos y cantatas del coro infantil, que son historias, como cuentos, pero cantados. De niña imaginaba los “episodios históricos” y me podía ver con un vestido blanco y sandalias de tiras, el cabello largo, güera, de ojos azules y alta como en las ilustraciones.

En la iglesia, el inicio de la lectura de *La Biblia* se hacía al principio mediante historias que contaban en la escuela dominical. Nos dejaban de tarea leer durante la semana uno o dos capítulos y nos enseñaban cómo está organizada y cómo podíamos encontrar las historias. Mis libros preferidos fueron los del Pentateuco, los primeros cinco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Me gustaban porque eran como cuentos no aburridos y de cierta manera me acostumbré a su estilo de redacción, también me parecía lindo la ausencia del infierno en sus letras.

Me enseñaron mucho, aprendí poco

En la primaria seguramente aprendí muchas cosas. Respecto a la escritura puedo comentar que trataron de enseñarme a escribir bonito, pero no lo lograron, de mis manos siempre han salido garabatos que sólo yo les entiendo y a veces, ni yo.

En casa me esforzaba por lograr una caligrafía perfecta como la de mis padres y algunas de mis hermanas mayores, hice y me hicieron hacer incontables planas de letras

redonditas, cuidar los palitos derechos, la dirección de las letras, de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, de un cuadrito las minúsculas y de cuatro las mayúsculas, dejar un cuadrito entre cada renglón, en fin... , era un fastidio, pero no era opcional.

Por alguna razón se me hizo fácil eso de conjugar verbos, me parecía sumamente divertido hacer una lista con todos los inicios y luego completar el final correspondiente: *aba, ría, ando, endo*, etc. Sin embargo, no tuve la experiencia de inventar textos o de escritura libre, todo se centraba en copiar escritos o realizar los dictados con letra “bonita”, evidentemente mi punto flaco.

En la Escuela Secundaria Técnica¹¹ No. 1, tuve la fortuna de tener como profesor a un maestro de muy avanzada edad que nos daba la clase de Español, que era una de mis materias favoritas. El profesor era estricto, muy formal y siempre iba de traje y corbata. Disfrutaba las innumerables historias que nos relataba: sobre su vida, su familia, sus anécdotas o sus amigos; siempre tenía algo diferente qué contar y me deleitaba el oído en cada sesión. Era ordenado y pulcro. ¡Olvidé su nombre!, pero recuerdo que se jubiló a medio ciclo escolar, después de cincuenta años de servicio. No viene a mi memoria lo que nos enseñaba de la materia, pero sí sus historias; sobre todo cuando nos explicó el significado de mi nombre:

—Tenía una amiga llamada Guadalupe y le pregunté: ¿sabes el significado de tu nombre?, ¡no lo sabía! Entonces le dije que por sus raíces significa Río de Lobos.

¹¹ La secundaria se cursa después de la primaria y dura tres años de manera regular. Cuando la cursé, de 1987 a 1989, no era obligatoria (Zorrilla, 2004, p. 7). Puede ser Secundaria General o Técnica, esta última: “Brinda la misma formación que la secundaria general y capacita al alumnado en algún ámbito tecnológico, de tal suerte que si éste no puede continuar estudiando, tenga posibilidades de incorporarse prematuramente al trabajo” (Ducoing, 2018, s. p.).

Un espacio de lectura en la escuela fue la materia de Biología; recuerdo que desde el día en que vi por primera vez organismos unicelulares de agua estancada en un microscopio, quedé prendada de aquella materia. Empecé a leer por gusto y no por obligación, necesitaba saber todo de los *bichitos*, nadaba y vivía con ellos como Almendrita, la protagonista de un cuento. El profesor daba explicaciones muy ilustrativas y las experiencias de laboratorio eran un deleite.

La escritura en ese entonces la llenaban los reportes de prácticas de Biología, Química y Física, que consistían en contestar el manual y hacer dibujos. Era muy agradable hacerlo, combinaba colores y aún recuerdo el significado de las cosas.

Mi papá puso especial atención en mí el primer año de secundaria, se interesaba y me preguntaba sobre las tareas, las hacíamos juntos, me motivó a leer, me enseñó a subrayar las cosas importantes de los libros y se esforzaba por hacerme entender lo trascendental de aprender cuando lees y no sólo realizar el proceso mecánico, se mostró más interesado ese año en mí que en los anteriores. Al principio me extrañaba su actitud, pero no preguntaba de dónde había surgido ese interés, sólo lo disfrutaba. Cuando falleció, en el inicio del ciclo escolar siguiente, comprendí que era porque se iba a morir y él lo sabía, pienso que su legado fue sembrar en nosotros la importancia de conocer, de leer, de cuestionar, de estudiar para aprender y aprehender.

La iglesia continuó siendo mi fuente principal de lectura en ese periodo, a veces por interés propio y otras por temor a irme directito al infierno, a consecuencia de leer los libros Isaías y Apocalipsis, que deberían tener una leyenda

de *No apto para menores*. Cuando terminé la primaria ya tenía muy claro el tema del bien y el mal, la existencia de Dios y su “bondad” cuando no lo encuentras de malas, de lo contrario, sufrirás el fuego eterno. Continué en ese periodo ampliando mi repertorio de textos religiosos.

El poder de la lectura me llevó a comprender que era necesario ir a “evangelizar” y traer ante Dios a las ovejas descarriadas. En esta importante misión aprendí a elaborar folletos atractivos y con pocas palabras, las citas bíblicas que se les colocaba debían ser lo más importante y expresar claramente el mensaje por medio de letras. Lo menciono porque fue de los pocos textos que realicé a esa edad.

Cambio de rumbo

Estudiar en el Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios No. 26,¹² la especialidad de Laboratorio Clínico fue un sueño realizado, y una etapa de cambios en mi forma de pensar, de gustos, hábitos y modo de ver la vida. Inicié con 14 años acabados de cumplir.

Al ser un bachillerato especializado, la mayoría de mis maestros fueron médicos, ingenieros, químicos o abogados. Ni en secundaria y mucho menos en esta etapa tuve profesores que tuvieran una formación pedagógica.

En este periodo utilizaba mucho la lectura memorística para pasar los difícilísimos exámenes que la mayoría de los docentes aplicaban como única forma de evaluación. Admiré a

¹² El nivel medio superior en México se estudia después de la secundaria y previamente a la universidad. Se realiza en tres años y existen diversas variantes de acuerdo a los tipos de escuela. A la que hago referencia en el relato ofrece a los alumnos titularse en una carrera técnica e iniciarse en el campo laboral, o bien, continuar con estudios universitarios.

muchos de mis profesores, su trabajo lo hacían con vocación, entusiasmo e interés en nosotros.

Tuvimos en ese grado un curso denominado “Taller de lectura y redacción”, y aunque debió ser trascendental para nuestra formación, sólo fue un momento de tedio donde recibíamos una o dos horas de dictado de reglas ortográficas que entonces no valoré ni consideré importantes. El único espacio en el que produje un texto fue al escribir en equipo una obra de teatro y representarla. Mi tarea consistió en hacer la obra y redactar el guion, para ello copié una historia de Corín Tellado —de la revista *Vanidades*— e inventé los diálogos.

La escasa experiencia en el taller no significó el único espacio para redactar textos, de hecho, fue en las otras materias donde producíamos más; por ejemplo, en las clases de Matemáticas, Estadística y Control de calidad, que nos dio el mismo maestro durante casi todo el bachiller. En éstas debíamos presentar tablas comparativas, analizar el costo-calidad de materias primas, desarrollar proyectos de venta de productos, realizar recetas e interpolarlas a grandes cantidades, además de narrar las visitas realizadas a empresas.

Recuerdo que cuando el maestro Aquino nos devolvía los relatos nos divertíamos de lo lindo, porque siempre hacía observaciones de la forma más ocurrente y sin hacernos sentir mal por nuestros horrores ortográficos o gramaticales.

Los reportes de laboratorio requerían redactar textos técnicos con resultados netamente cuantitativos, cuyo análisis no debían ser suposiciones, sino estar basados en datos, números, porcentajes, reacciones, etc. También incluían un apartado de fundamentos teóricos que suscitaban la queja generalizada: “No encuentro nada sobre eso”. Los profesores,

algunos con más y otros con menos paciencia, nos enseñaron cómo están estructurados los libros, el índice alfabético y a encontrar la información con palabras clave, entre otras cosas.

La iglesia dejó de ser mi fuente principal de lectura, pues cuanto más la conocía, más quería saber de otras cosas, de otros puntos de vista. De repente llegó a mí Rius, el primer encuentro fue con *Compa Nicaragua*, pero fue el segundo el que puso en jaque mis creencias religiosas: *La biblia, esa linda tontería*. Me causó tanta mella porque la había leído, la conocía y sabía que lo cuestionado y argumentado por el autor era cierto, por lo que comencé a desligarme de los textos religiosos.

Más adelante, mi madre influyó en mis lecturas aunque de forma indirecta, porque se introdujo en el negocio del marketing multinivel, en el que invertimos mucho dinero y no recuperamos nada económico. Sin embargo, me ayudó a desarrollar habilidades expositivas y a revisar textos motivacionales, entre ellos *El vendedor más grande del mundo*, *El rinoceronte*, *Juan Salvador Gaviota* y muchos de Miguel Ángel Cornejo que no era “bueno”, sino “excelente”, y hasta fui a parar a las garras de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, de donde afortunadamente pude liberarme a tiempo, gracias a mi encuentro con la narrativa excelsa de Gabriel García Márquez en el libro *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*, que seguramente no era el más indicado para mi edad, pero me sacó hambre de literatura.

Tan interesada estaba en la lectura que saqué mi credencial de la biblioteca municipal y leí *Doce cuentos peregrinos*. Lo triste de este espacio era la falta de orientación sobre libros que fueran los más adecuados a mi edad. A veces preguntaba por novelas y me mandaban a una sección, pero

no tenía idea de cuál elegir o si estaban por orden alfabético o qué hacer con tanto libro.

La lectura de enciclopedias es fascinante, en casa teníamos una completa editada por Salvat, era la versión de lujo, con hojas e imágenes de buena calidad. En mis ratos de ociosidad y en ausencia de la televisión tomaba un volumen, lo abría y leía algunos apartados. Soñaba con tener el don del tío Pedro, hermano de mi papá, conocido según la historia familiar por tener un gran poder memorístico, pues le bastaba con leer una sola vez las cosas para recordarlas por siempre, hasta con puntos y comas.

Mis hermanas tenían una inmensa colección de revistas-libros que me llamaban la atención por los nombres y rostros de mujeres muy bonitas en sus portadas: *Bianca*, *Jazmín*, *Julia*. Comprendí su necesidad de ocultarlas, hasta que leí una a escondidas, eran novelas eróticas.

Mis hermanos mayores fueron mis proveedores de lectura y siempre tenían qué leer en ausencia de mi padre, quien nunca se limitó económicamente en la adquisición de libros y materiales de estudio para nosotros. Con su partida, la biblioteca familiar no siguió creciendo, al contrario, decayó, por eso de alguna forma ellos buscaban tener libros, aunque casi siempre prestados, pues no alcanzaba para comprarlos, los ponían por aquí y por allá, y por ahí los encontraba como la joya que son.

El camino formal

Estudí para ser Químico Biólogo, me gustaba porque era acorde al bachillerato que había cursado y que disfruté

inmensamente. Infinidad de veces me pregunté si fue la decisión correcta entre tantas posibilidades que tuve para elegir vivir en la capital del estado. Otras opciones que me atraían fueron las artes plásticas, medicina o química pura, la verdad es que no se relacionan mucho, pero así es uno en todos los aspectos de la vida, de gustos variados.

Durante mi formación universitaria leí textos específicos del área. Los maestros, no mencionaban o sugerían lecturas alternas a los contenidos curriculares; a diferencia del profesor de Hematología, y por él leí *Cazadores de microbios*, años después de terminar la licenciatura.

En la universidad me brindé pocas oportunidades de leer cosas diferentes, pero cuando lo hacía eran casi todas relacionadas con las artes plásticas. Disfrutaba visitar museos como el Museo de Arte Contemporánea de Oaxaca (MACO) o ir al Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), ver películas antiguas o extranjeras, leer sobre diversos pintores oaxaqueños como Rodolfo Morales, Francisco Toledo, Rodolfo Rojas, además de revisar libros sobre estos temas y tratar de interpretar sus cuadros. Cuando visitaba esos lugares disfrutaba el olor a viejo, el frío de sus paredes altas, gruesas y la sensación de ensimismamiento y grandeza de la exposición.

Tuve muchos amigos que fueron, y espero sigan siendo, grandes lectores; además eran muy aplicados, responsables e inteligentes, al menos desde mi punto de vista.

Tal vez siempre he tenido ese patrón de amistades: si son mis amigos es porque los admiro. Una de ellas, Mayerling, me prestó uno de sus libros favoritos *Los grandes iniciados*. Nunca entendí su gusto por ese texto, pero me dijo que se lo

devolviera cuando lo terminara de leer y no ha llegado esa fecha. Cuando recuerdo eso lo asocio con *La noche de Tlatelolco* que presté y jamás regresó, el libro ni era mío, se lo habían prestado a uno de mis hermanos.

Y ahora soy maestra

Cómo llegué a trabajar a la Escuela Normal será motivo de otro relato; ahora les comparto que lo hice con una maleta pequeña de ropa y dos grandes cajas de cartón llenas de libros.

Lo cierto es que llegué a vivir a un lugar diferente, con personas, casas, calles, sonidos y polvos desconocidos. Renté un cuarto con una cama destartalada y ya, esas eran mis posesiones.

Descubrí la biblioteca de la escuela con una muy buena cantidad de libros interesantes sobre las asignaturas de mi área y me sorprendí al encontrar autores con los que no contaba ni la universidad donde estudié. Desafortunadamente, el área de esos temas no era visitada por otros docentes, mucho menos por alumnos. También llegué a una mina de oro cuando revisé el apartado de novelas, me sentí en las nubes, como en un sueño, la calidad y variedad era extraordinaria.

Recuerdo ese periodo de tiempo como uno en el que más leí ese tipo de textos, al menos uno por semana, era prácticamente una devoradora. Compré una concha¹³ para leer y así pasaba mis tardes. La fuente era inagotable, tenía a Poniatowska, Márquez, Arthur Conan Doyle, Sor Juana, Kafka, Dumas, Verne, Boccaccio y muchos, muchos otros.

¹³ Las conchas son sillas de herrería, tejidas con un cordón de plástico y son muy utilizadas en la región porque son frescas.

Me gustaba recomendar a mis alumnos algunos textos, invitarlos a leer y a explorar libros maravillosos. Muchas veces pensé y pienso todavía, a veces, “no tiene caso”, cuando veo sus rostros de indiferencia, de fastidio o de “ya déjenos en paz”. Tristemente, muchas veces lo siento infructuoso, otras me armo de valor y retomo la idea, pero otras se me olvida y no le doy continuidad, sobre todo después de largos y molestos paros estudiantiles o sindicales.¹⁴

En diversas ocasiones trato de iniciar mis clases leyéndoles a los alumnos cuentos de mis hijos, fragmentos de lecturas, poemas o novelas cortas. Algunos llegan a tener éxito, por ejemplo, me sorprendió lo entusiasta que se mostró un grupo de Educación Física cuando les leí *El pelucas* y después se quedó de tarea la narración escrita de un accidente. La calidad de sus textos me impresionó y aún guardo algunos de ellos.

Tengo compañeros de trabajo con quienes comparto el gusto por ese tipo de lecturas recreativas. Leemos fragmentos, nos recomendamos títulos o autores y nos prestamos libros. Sin duda alguna, también nos ayudamos con textos académicos que los englobo entre los que “debemos leer” para aprender algo: cómo hacer un relato, cómo dar clases, cuál es el enfoque de tal cosa, los estadios de Piaget, etc. Los necesitamos para aprender, para ser mejores maestros, para compartir nuestros saberes en la interminable vía de la docencia.

Al final, recorriendo mi camino por la lectura, me doy cuenta cuán grande es mi tesoro. Siempre pensé que fui una niña pobre, tal vez también lo pensaría quien me hubiera visto

¹⁴ En el estado de Oaxaca, los alumnos normalistas y docentes suspenden clases frecuentemente por luchas políticas ante el gobierno, a esos periodos sin clases se les conoce como “paro de actividades” o simplemente “paros”.

en mi infancia vestida con ropa vieja heredada de sus hermanas mayores, mechuda, sucia y la mayor parte del tiempo descalza. Hoy en día descubro que mis tesoros más grandes no se podían ver porque se palpaban. La herencia de mis padres y hermanos va más allá de los bienes materiales, es algo intangible, es parte de mi existencia, ahora descubro diferentes formas de dar amor y confirmo que la que me dieron fue la mejor.

REFERENCIAS

Carrera, B., y Mazzarella, C. (2001). Vygotsky: enfoque sociocultural. *Educere*, vol. 5, núm. 13, abril-junio, pp. 41-44. <<http://www.redalyc.org/ar-ticulo.oa?id=35601309>>.

Carneiro, A. (1962). *Panorama Cultural*. México: Novaro.

Ducoing, P. (2018). La educación secundaria mexicana: Entre la búsqueda del acceso equitativo y el rezago. *Revista Educación*, vol. 42, núm. 2. <<https://www.redalyc.org/jatsRepo/440/44055139031/html/index.html#fn1>>.

INAFED. (s.f.). *Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México*. <<http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM20oaxacamunicipios/20058a.html>>.

Garrido, F. (2015). *Don Quijote de la Mancha para niños*. Adaptación de la obra de MCS. Madrid: Océano / Travesía.

Greaves, C. (1997). La Secretaría de Educación Pública y la lectura, 1960-1985. *Historia de la lectura en México*. Colegio de México. <<https://www.jstor.org/stable/j.ctv3d-nrj8.11>>.

Muñoz, M. (2017). La enseñanza de la lectoescritura en México. Evolución de métodos memorísticos a procesos de aprendizaje. *Revista de Estudios Clínicos e Investigación Psicológica*, vol. 7, núm. 13, enero-junio. DOI: <10.25965/-trahs.476>.

Ruiz, C. (01 de agosto de 2019). Entrevista de autobiografía. Parte 2. Transcripción en posesión de María Guadalupe González Ruiz.

—. (9 de octubre de 2017). Entrevista de autobiografía. Parte 1. Transcripción en posesión de Ma. Guadalupe González Ruiz.

Secretaría de Educación Pública. (2015). *Conoce el Sistema Educativo Nacional* [blog]. <<https://www.gob.mx/sep/articulos/conoce-el-sistema-educativo-nacional>>.

Sierra, M. (1961). *Los tres pelos de oro del diablo*. Los cuentos más hermosos del mundo en la voz de Milissa Sierra. México: SONY Music. <https://www.youtube.com/watch?v=Riv_SDfQKs4>.

Zorrilla, M. (2004). La educación secundaria en México: Al filo de su reforma. *Revista electrónica iberoamericana sobre calidad, eficacia y cambio en educación*, vol. 2, núm. 1. <file:///C:/Users/Pc/Downloads/educacion_se-cundaria_mexico_filo_reforma_zorrilla.pdf>.

LA VIDA ES DE MOMENTOS, EL PLACER DE LEER TAMBIÉN

Manuel Santos Santos*

Ya salieron los cangrejos, / y también las chicanas,
/ ya llegó la correntada, / hasta donde no llegaba, /
ya bajaron los endocos,¹ / y hay mucho cuajinicuil,² /
y los muchitos³ se bañan todo el día en el volantín.⁴

Pero tu amor, / que se fue con rumbo al mar, / ya no
volvió con las aguas, / Ya no quiso regresar. / Pero
tu amor, que se fue, / ya no volvió con las aguas, / ya
busqué en los manantiales, / en los ríos y en la laguna
/ y ni un ñañito⁵ de tu amor me consoló.

Canto esta chilena,⁶ que he escrito rememorando momentos
que quedaron en mi mente, de aquellos caminos que hemos
andado de ida y vuelta, solos y acompañados. Es el camino del
lenguaje oral y escrito, recuerdos del contacto con el olor de
las hojas nuevas y las olvidadas por muchos veranos, la tinta
impresa y aquella indeleble que se escribe en el corazón, antes
que en la mente. Son muchas veredas y momentos para saciar
la sed a orilla de los arroyos, subiendo al pueblo o bajando al
plan, ríos y mares de textos y pretextos para luchar por los

* Docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

¹ Langostinos de río, en algunos pueblos vecinos también les llaman chacales.

² Fruto en forma de vaina.

³ Así decimos a los niños de cariño en Río Grande.

⁴ Lugar de convivencia y juegos en el río. Era una piedra alta desde donde nos lanzábamos en los años 80.

⁵ Palabra que usaba mi madre para hacer referencia a una poca cantidad de sal, azúcar o alguna otra sustancia de la cocina.

⁶ Género musical que llegó a la costa de Oaxaca, a través de los marinos y esclavos.

sueños, abandonar algunos, encontrar otros y darle sentido a la vida. Trato de recordar esos caminos para entender por qué en estos años escribo poemas que se hacen canciones. Vamos a seguir andando esas calles empedradas, polvosas, encharcadas, pero hermosas. Porque, al fin y al cabo, el lenguaje nos hace más humanos y nos ayuda a compartir.

Por amores y desamores de mi incansable madre nació donde la música es el latir del corazón, donde los deliciosos aromas y la gente amable son a cada paso el encuentro con la herencia de un pasado grandioso. Ahí, en la verde Antequera, Oaxaca de Juárez, vivíamos Héctor, mi hermano mayor, Maricruz, mi hermana menor, mi madre, Casimira y mi papá, José Ríos. Fue ahí donde inicié un largo ir y venir del valle a la costa y del mar a las montañas.

De la mano de doña Victoria caminaba la calle Niños Héroes y me entregaba con la profesora Lupita. Alta, de cabellos largos y sonrisa franca era mi maestra, en aquella escuela que tenía un patio enorme en el que me recuerdo disfrutando jugar en la casita de madera.

También me veo bailando en la Plaza de la Danza y por las tardes caminando con mi hermano a los talleres de manualidades que impartían en ese mismo jardín. No recuerdo más. No hay presencia de textos, juegos con libros, ni lectura en voz alta; tampoco escritos, ni obras de teatro. Acaso canciones del gran Francisco Gabilondo Soler, Crí-Crí, con las que crecimos los de mi generación.

Abrigados en las frías mañanas, caminaba con Héctor por la calle 5 de Febrero y doblábamos a la izquierda hasta llegar al Ojito de Agua, como le decíamos a la escuela primaria donde estudié primer grado, porque en su patio había árboles

enormes y un venero.⁷ Recuerdo la indestructible mochila de cuero que me compró mi madre y que algunos siglos después de terminar la primaria albergaba documentos familiares. También, que una vez defendí a pedradas a Héctor, quien iba en cuarto grado, pues cobardemente le pegaban en montón mientras jugábamos canicas bajo los árboles. De los salones rememoro que en esa escuela se aparecía “La Llorona” por las noches oscuras, y aquel festival de Diez de mayo en el que le regalé a mi madre un espejo que encontré en algún lado, envuelto en papel estraza. Tampoco puedo olvidar los partidos de fútbol en la calle, los juegos con las amigas y amigos del barrio, y que una vez entraron los ladrones a mi casa. Finalmente, a mi mente viene el recuerdo nebuloso de un pizarrón verde al que pasábamos a leer las letras muy bien trazadas por la maestra, pero no invaden mis recuerdos tareas interesantes o aburridas, no me veo con libros, no me recuerdo leyendo o a alguien leyéndome.

En ese tiempo mis únicos contactos con la lectura los provocaba mi madre en su búsqueda de una fuerza que no la hiciera flaquear, con un grupo de señoras que quizá pretendían lo mismo al leer *La Biblia* y cantar. Ella me llevaba a la misa y a los rezos, vivencias religiosas en las que siempre hay textos impresos y orales con una función clara. A mí lograban hacerme sentir a gusto y protegido.

También guardo gratos recuerdos riendo frente a la pantalla del Cine Oaxaca, al lado de mi hermano y de José Ríos, quien se hizo nuestro amigo mientras enamoraba a mi madre y nos invitaba a ver la matiné que disfrutaba, porque el cine es un hermoso medio de aprendizaje. Esos son mis

⁷ Así les decimos a los manantiales.

recuerdo de Oaxaca, momentos y circunstancias que me hacían sentir feliz, a veces triste, sufriendo o disfrutando, esas son las cosas que se quedaron en mi corazón.

En el verano de 1977 nos fuimos rumbo a Santiago Jocotepec. Subimos camas, mesas y lo que pudimos arriba de una Solteca⁸ y viajamos todo el día desde las cinco de la madrugada. Admiramos la neblina y la luna en las montañas de la sierra sur, la que atravesamos para llegar entrando la noche al bello y abrazador Río Grande, y por la madrugada del día siguiente emprendimos el camino con el cantar de los gallos, acompañados por los ladridos de perros, para cruzar el Paso Ancho en mulas y subir seis horas de camino. Íbamos a un mundo nuevo.

En Jocotepec el clima es muy agradable, templado, ideal para la siembra de café, maíz, frijol y calabaza. En aquel momento no había servicio de electricidad y por las noches nos alumbrábamos con candiles, velas y hachones de ocote. Las cenas en torno de la mesa y cerca del fogón de la abuela Emilia me traen gratos recuerdos, tomar café endulzado con panela en unas tazas enormes de barro, el calor del fogón, las tortillas recalentadas y los platillos de animales del campo que hasta hoy no terminan de gustarme. Ahí mi tío Olegario y mi abuelo Melquiades platicaban todas las noches sus hazañas en el cafetal, en la milpa, arreando las mulas y lamentaban el daño que hacían los mapaches a los cultivos; también escuché historias de pleitos por límites territoriales que terminaban en muertes.

Gran herencia ésta de la oralidad, aprender de la vida en la vida misma, en la convivencia cotidiana, en las miradas,

⁸ Autobús de la Línea de Transportes La Solteca, al que le decíamos simplemente “la solteca”

en los gestos, en las atenciones, los diálogos, los tonos de voz, las caricias, las palmadas y los cambios de humor.

Las navidades eran hermosas, mucho más cuando mi madre organizaba las posadas desde el 16 de diciembre y salíamos con faroles cantando, los niños en dos filas, los muchachos y señores formados también hasta atrás. Era un coro maravilloso el que integraban mis tías Emma, Eufrasia, Eutiquia, mi madre y muchas mujeres más. El recorrido que hacíamos era de barrio a barrio, llevando velas para alumbrarnos y pedíamos posada cantando. Después mi madre leía en voz alta una narración de la vida de San José, María y el niño Dios.

Me gustaba cómo leía y cuando aprovechaba cualquier oportunidad para aconsejarnos:

—Debes expresarte bien, pronuncia de forma clara, el cuaderno lo debes tener a buena distancia de tus ojos.

Con frecuencia nos recordaba que sabía solfeo, que cantaba la misa en latín y escribía con una hermosa letra cursiva.

—Ustedes tienen que lograr una profesión, así que estudien, para que no trabajen con el machete —nos repitió muchas veces.

Para la Noche Buena, cada 24 de diciembre, había muchas manos ayudando, todo el pueblo reunido ahí en casa de mi abuela, donde había cantos, juegos, pastorelas, dulces, tamales, café, buñuelos, miel de panela, risas, niños, niñas y cariño, mucho cariño y respeto.

Recordar esos momentos me da argumentos de vida para creer que las prácticas sociales del lenguaje (Dávalos, 2018) intervienen significativamente en el aprendizaje de la

lengua, porque le dan sentido a los textos orales y escritos. Eso aprendí sin saberlo, en aquel cafetalero pueblo.

Buscando nuestra propia vida caminamos de regreso desde arroyo Cuchara, en el cerro saliendo del pueblo, hasta el arroyo Zangala en el plan, y nos venimos a vivir a Río Grande. Llegamos una tarde calurosa después de caminar todo el día. En Río encontramos trabajo y un lugar donde vivir, aquí aprendimos a trabajar con mi nuevo papá, el que sí nos quería, el que no me regañó y no me hizo menos, del que no escuché nunca un reproche y con el que aprendí a hacer sillas, mesas, libreros, puertas y ventanas para trabajar.

Él no leía grandes textos, pero era muy inteligente leyendo instructivos prácticos de herramientas, utensilios de plomería, de electricidad y de construcción, por ello los arquitectos lo contrataban como jefe de obras. El deseo de aprender y sobresalir lo motivó siempre a no decir “no puedo”. Gran ejemplo.

Hoy recuerdo algo de mi padre que no había valorado en su justa dimensión: sus historias, porque me contó y escuché muchos relatos de cafetales, de fincas, de arrieros y de la pesca. Con él recorrí el mar y descubrí desde niño la fosforescencia de la arena al caminar arrastrando los pies, buscando tortugas después de dejar el trasmallo tendido en la laguna, donde las lisas lanzaban destellos con la luz de la luna. En la playa de Cacalotillo vi mi primer amanecer a la orilla del mar, y a través de una fogata para espantar zancudos y calentar tortillas escuché a un hombre montado a caballo que llamaba al diablo al pie del peñasco, mientras el animal se paraba de manos, y yo temblaba de miedo, junto a la fogata donde cenamos tortillas con frijoles. Las historias del mar son

fantásticas, surgen de las olas, suben a las nubes y regresan en forma de lluvia que penetra nuestra piel y nutre nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra sangre y nuestras mentes. Don Chepe gustaba narrarlas a la hora de comer, cuando íbamos a trabajar y conversaba con los compañeros de labor. Él sabía cultivar, cosechar y transportar el café arreando más de diez mulas; para ello, sólo tenía que saber cuál era la que conocía el camino y que iba a guiar a las demás. Así escuché historias de amores, desamores, de asesinatos, de infidelidades, de tonales, de nahuales, de brujería, de las ambiciones del mundo y sentimientos de los humanos. Mi papá era un gran narrador y conversador.

Me gustaba acompañar a Héctor, mi hermano mayor que estudiaba la secundaria, pues mientras hacía su tarea yo buscaba pretextos para leer en mi libro de lecturas de quinto grado fábulas, cuentos, leyendas, adivinanzas y rimas, alumbrados por un quinqué que terminaba lleno de humo, después de la media noche. Héctor siempre fue mi ejemplo, deseaba ser estudioso como él. Las noches eran ruidosas con aquella máquina de escribir Olivetti que después heredé, me gustaba escuchar el tac-tac que no dejaba dormir a mis padres.

En la escuela secundaria escribí sólo lo que me dictaban, ningún maestro me pidió crear historias o escribir relatos, la lectura recreativa no existía, lo cotidiano era sólo tomar nota de los dictados. Nos hacían comprar libros, pero no recuerdo para qué, de todos modos se pasaban horas dictándonos lo que vendría en el examen. No nos enseñaban a buscar información ni a comprenderla, aunque sí había muchas exposiciones. Me esmeraba en seguirle el juego al aprendizaje memorístico y lo logré, pero eso quita tiempo. Lo más ameno que recuerdo

de la secundaria fueron las novelas que leímos con el maestro Antonio Alzate Ávila. Leí *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano, porque esa era la novela que estaba en casa, la que ya había comprado Héctor. También leí la novela que me regaló Norma Iris titulada , y es una de las pocas que he leído completas.

La vida me llevó a estudiar en el CBTis 123⁹ de Santa Lucía del Camino, un municipio cercano a la ciudad de Oaxaca, donde después de aprobar el examen de admisión, lo que significó un gran estímulo, empecé a conocer otra cultura y otras formas de ver el mundo con mis compañeros. Ahí sólo escribía lo que me dictaban y memoricé lo que necesitaban mis maestros que memorizara o copiara del pizarrón, no visité ninguna biblioteca, pero leía todas las revistas de historietas que llegaban a mis manos. Aunque era una lectura prohibida para algunos y placentera para otros, esa actividad jugaba el papel que ahora nos ofrece el internet, que también es placentero en estos tiempos y para muchos prohibido.

En la especialidad de Máquinas de combustión interna, la memorización y mecanización eran los instrumentos que te salvaban de reprobar, y los dictados eran las estrategias de enseñanza predominantes. La única actividad que me llevó a buscar y organizar información fue el informe que hicimos en el curso Métodos de investigación, un trabajo en equipo con mi compañero Luis Fernando Anaya Imaz, que implicó varios fines de semana en su casa, porque gracias a que tenía muchos libros ahí trabajábamos y aprendí, además de sus propias recetas de cocina, a descubrir una de las cosas más maravillosas

⁹ Centro de Estudios de Bachillerato Tecnológico Industrial y de servicios, Número 123 (CBTis 123).

que existen: La nueva trova cubana, con la voz y los poemas convertidos en canciones de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y otros cantantes oaxaqueños, un grupo de compositores que le escribían y cantaban a su pueblo: Guelatao.

La voz de Silvio es cautivante, pero más aún la calidad poética de sus letras. Mientras me sentaba en la alfombra roja de esa casa dije que aprendería a tocar la guitarra como Silvio, pero nunca lo logré. Sin embargo, hasta hoy sus poemas me siguen haciendo reflexionar, entender el mundo y saber que una canción puede llevar un gran mensaje: “Me vienen a convidar a arrepentirme, / me vienen a convidar a que no pierda, / me vienen a convidar a indefinirme, / me vienen a convidar a tanta mierda” [..] “yo me muero como viví”. Poco a poco escuché a otros trovadores y de esta manera la poesía hecha canción me ha hecho vivir muchos momentos felices y me ha enseñado la importancia, trascendencia y alcance de la palabra dicha con belleza, elegancia y de la manera justa. Porque “Si se calla el cantor, calla la vida / Porque la vida, / la vida misma es todo un canto”.

Encontraba otras historias, otras vivencias en mi soledad sin televisión, sin radio, sin grabadora que me acompañara y sin paredes que me cobijaran, más que el amor que Doña Licha sabe dar. Doña Licha me hospedó en su casa durante dos años sin cobro alguno y entonces encontré refugio en la música. Por eso al primer muchacho que vi en la colonia Lomas de Santa Rosa con una guitarra en el hombro, le pedí que me enseñara y lo hizo acompañados de una taza de café, un pan bolillo y el frío de la tarde. Desde entonces, gracias a Tavo, mi guitarra ha sido la compañera incansable que me llevó a tener amigos en la Rondalla del CBTis, con quienes

aprendí muchas canciones y a cantar en público, además de ganar el concurso de rondallas donde declamé el poema de presentación. Fueron grandes emociones, grandes momentos, grandes aprendizajes.

Las canciones de Oaxaca han sido desde esos años mi repertorio favorito, los boleros, las interpretaciones de los mejores baladistas de los años 80 y 90, y las chilenas. Porque las canciones eran historias de vida, de amor, de dolor y de sufrimiento que alimentaban mi imaginación. Cómo olvidar aquellas de la guelaguetza que tarareaba mi madre para arrullar a Maricruz, nuestra hermana menor. El contacto con la poesía y el placer que me hacía sentir el lenguaje me sirvieron como herramientas para ser maestro. Tocar y cantar fueron experiencias muy significativas, vividas durante esos años en la tierra donde Dios nunca muere y donde desde entonces he vivido la música de mi tierra y me ha llevado a escribir canciones en el siglo XXI.

Mi madre me trajo a bailar un vals al Centro Regional de Educación Normal. Vine a bailar con una mujer hermosa llamada Docencia que a simple vista no parecía atractiva, no me sonreía y yo menos, me acerqué a ella muy indiferente, pero la música llega al corazón y mirar a través de los ojos de aquella dama me ayudó a conocer su belleza, porque sin entenderla pensé que era fea y aburrida, hasta que descubrí su hermosura a través de largas charlas que entablábamos en las muchas veces que fuimos a bailar.

Cuando su estilo me atrapó me llevó a escuchar a otros, a conocer sus ideas y respetarlos, a leer sus libros y sus escritos para entender su naturaleza y su espíritu, cual Cenicienta. No saben qué hermosa es quienes de lejos la ven y critican.

Seguí, luego de la pista de baile, por una vereda larga acompañada de ella, y después de 27 años llevo con mi mecapal una red llena de corozos,¹⁰ que son conceptos, ideas, significados que he levantado, dejado caer, escuchado hablar, leerlos a la fuerza, con indiferencia, pero viéndolos cantar y bailar. Con qué confianza caminamos si somos conscientes de la valiosa carga que llevamos en la red, siendo los principales el aprendizaje y la enseñanza, porque ellos me llevan a construir relaciones con el saber, conversando y discutiendo con compañeros que me han ayudado a construir ideas propias que me han generado experiencias. Levanto la carga, salgo del CREN y sigo por las coroceras.

El movimiento estudiantil, los diálogos con maestros y la vida de nuestro país nos invitaba a pensar en cambiar el mundo, convertirnos en luchadores sociales siguiendo los ideales de los líderes que conocíamos a través de compañeros oradores en los mítines, al final de las marchas estudiantiles, y a través de la literatura del movimiento democrático magisterial, junto con los demás grupos que abanderaban movimientos sociales.

Las lecturas que hicimos en esos momentos tenían otros propósitos, leímos sobre el Che, Fidel, Lucio Cabañas y Genaro Vásquez, sobre socialismo, comunismo, capitalismo, explotación y solidaridad ante las injusticias que se cometen en los pueblos con los campesinos. Sobre el maestro como sujeto revolucionario y transformador, Carlos Marx, el bloque socialista, el imperialismo yanqui, Mao; ideas que nos llegaban como vuelo de gaviota cuando desde lo alto divisa el

¹⁰ Fruto de las palmas de corozo, es un coco pequeño parecido a un huevo, cuya pulpa se disfruta cuando madura y su almendra se utilizaba para preparar aceite y jabón a principios del siglo XX, actualmente se usa para preparar tostadas.

pez, y que compartíamos a través de charlas y panfletos, pero también mediante la lectura de las tesis de Mao, o de aquella hermosa novela: *Así se templó el acero*, de Nikolái Ostrovski. Por todo ello continué pensando en las aulas como trincheras de lucha social, sigo creyendo que nuestra manera de enseñar sirve de arma para la transformación social, idea que me sigue llevando a buscar nuevas lecturas.

En la Normal, una gran etapa de aprendizaje fue cuando realicé el trabajo de investigación para obtener el título de licenciatura, cuya temática fue la evaluación del aprendizaje en el Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, y me enfrenté a la necesidad de leer obras completas sobre didáctica y evaluación del aprendizaje.

Me esmeré en leer todo lo que encontré para conocer las aportaciones de los autores más representativos de ese campo de la investigación y me acerqué a teorías sobre el diseño curricular y sobre filosofía. Mi interés fue el remo que me impulsaba, dado que me apasionó el tema, a diferencia de muchos de los otros cursos que tomé, donde leíamos solamente capítulos específicos, algunas fotocopias y no recuerdo ninguna asignatura en la que hayamos trabajado con libros, pues los normalistas de aquellos años (y los de ahora también), no teníamos dinero para comprar libros.

Actualmente el recurso más utilizado son los textos digitales, que también pueden ser libros, capítulos o fragmentos, lo cual también tiene sus limitaciones. Leer un libro siempre tiene sus ventajas; sin embargo, es muy difícil que un estudiante de la normal de Río Grande compre uno.

El primer libro que leí sobre ser maestro se llama *Las técnicas Freinet de la escuela moderna*, y me interesó en principio

porque me gustaba la manera de enseñar del maestro titular del grupo, con el que hice mis prácticas en la Escuela Primaria Benito Juárez de Río Grande. Su método de enseñanza se basaba en estas técnicas y me gustó en particular que los alumnos escribían textos libres y que los corregían de manera grupal. Asistí en esos años a un taller sobre la temática y fue un acercamiento al descubrimiento de un aprendizaje producto de una necesidad de la práctica.

En ese tiempo platicaba frecuentemente con mi maestro de danza y baile tradicional, Alfonso Toledo Brito, a quien le gustaba mucho leer y me sugería textos interesantes como *Pedagogía del oprimido* y *La educación como práctica de la libertad*, de Paulo Freire; *Banderas en las torres* de Makarenko y *El suicidio* de Emilio Durkheim. Al maestro Brito siempre se le veía leyendo, cuando viajábamos con el grupo de danza, en la escuela, en su oficina, y lo mejor de todo es que nos platicaba sobre sus lecturas. Los alumnos danzantes éramos muy cercanos a él debido a su motivación, a los consejos que nos daba y a las experiencias que nos compartía. Nos pedía que no le dijéramos maestro, que le llamáramos Brito. Así que para nosotros siempre fue Brito. Su estimulación nos llevó a realizar estudios de maestría dos años después de egresar de la licenciatura.

Al ingresar al servicio docente tuve nuevos aprendizajes y cuestionamientos que nacieron al encontrarme con la realidad, y diversos planteamientos de interrogantes que surgieron a partir de la vida escolar y comunitaria. Por ello en nuestra profesión nada es verdad y nada es mentira, todo depende del cristal con que se mira. El cristal es una lente enorme cual telescopio, lupa, microscopio, o la conciencia que vamos

puliendo con las experiencias y las lecturas. Encontrarnos con diferentes formas de pensar nos ubican a ras del piso, en algún planeta, caminando al lado de los niños, de la cultura comunitaria, de la pluralidad de ideas o de nuestra sola manera de pensar. A mi me gusta caminar con los pies sobre la tierra y acompañando a los otros, aunque a veces me quedo a tomar la sombra de un árbol conversando conmigo mismo; luego veo a mis acompañantes que han avanzado en la vereda y les grito que me esperen.

Para llegar a El Camalote, Colotepec, Oaxaca, la travesía era de dos horas, lo que nos permitía a Roque, mi compañero de escuela y a mí, recordar nuestras tareas de la semana como profesores. Porque dar clases a tres grados en una sola aula y ser el director significaba nuevos desafíos con los textos, con lecturas obligadas, sin dejar aquellas que se hacen por gusto, ese era mi compromiso.

Mientras participaba en reuniones de directores y padres de familia conocía nuevas formas de pensar y entender la función del maestro, que aquí tenía una gran diversidad de actividades: hacía diagnósticos, leía los planes y programas de estudio, y construía un plan de trabajo a través de Unidades Didácticas. Aprendí a escuchar las ideas de los demás, pues se trabajaba en equipos. Era necesario leer, porque para realizar la articulación es importante conocer la organización de los programas de todas las asignaturas, y en estos andares nos encontramos a el hada de la obligación, del deber ser, acompañada de Pepe grillo que a cada rato, muy bajito, me recuerda: lee, planea, para que no llegues a improvisar.

Pronto dejé de ejercitar el alma caminando y me quedé en Santa María Colotepec, en la llanura donde baja el

río. En ese lugar y con un grupo de primer grado se inició el aprendizaje del asombroso camino que construyen los niños para aprender a leer y escribir. Para auxiliarme con la tarea compré diversos textos que me ayudaron a convencerme del papel protagónico que nadie les debe quitar a los chicos en su aprendizaje de la lengua escrita. También en esos textos conocí algunas ideas para enseñar a través de la reflexión, aprovechando el deseo de leer y escribir, comunicando temas verdaderos y a personas reales, con sus propios garabatos o escrituras prehistóricas cargadas de sentido y significados.

En ese sendero hubo muchas personas inteligentes y sensibles que me acompañaron. Emilia Ferreiro y Ana Teberosky son las culpables de que muchos educadores busquemos ir por veredas, subir a los peñascos, bañarnos en los ríos, y leer; seguir por el plan, tomar agua de coco, descansar a la sombra de una enramada y escribir; regresar al camino real y aunque se ponga el sol y se haga tarde, llegar al mundo de la lectura cargada de significados y sentidos acompañando a los niños sin buscar autopistas, pociones mágicas o caminos amplios, bien señalados y derechos.

Me inicié a promover intercambios, a través de grupos de reflexión, con los maestros del primer grado. No sé cómo tuve el valor de hacerlo sin ser especialista y con menos años de servicio que muchos de mis compañeros. El interés que me motivaba no era enseñar a enseñar, había aprendido que la enseñanza de la lectura y la escritura dependen de los conceptos que hemos construido conscientemente acerca de estos procesos. Por lo tanto, nuestros intercambios de experiencias estaban dirigidos a profundizar en el análisis de los textos y publicaciones que fundamentaban la comprensión

de las propuestas de los nuevos libros de texto. Fueron ricas esas tardes.

Por esos mismos años aprendí qué es un colectivo siendo parte de uno,¹¹ porque de pronto un día decidimos un grupo de locos pescadores de sueños integrar un colectivo de maestros que hicieran investigación desde su escuela, para transformar su práctica docente, y desde que nos integramos las reuniones se convirtieron en verdaderas tertulias, donde a partir de nuestros diarios escolares compartíamos las vivencias de la semana.

Escribir el diario del profesor fue la primera acción conjunta que realizamos para hacer investigación en el aula. Esta escritura nos permitió reconocer las dificultades existentes en la enseñanza y el aprendizaje, además de que nos sirvió para entender nuestras propias concepciones y nociones. Lo que escribíamos nos invitaba a contrastar ideas llevándonos a leer textos que nos orientaran, nos interrogaran y nos facultaran a criticar la realidad. En aquellas reuniones nos dejábamos llevar por un torbellino de emociones en una espiral ascendente que nos permitiera mirar la realidad desde arriba. Nos reuníamos los días viernes, llegábamos todos con los diarios en mano para leerlos, intercambiarlos y compartir entre todos recomendaciones que apoyaran la redacción y análisis.

Un nudo nos llevaba a otro nudo, en una interminable red. El intercambio de ideas y opiniones nos acercaba más como compañeros y nos impulsaba a prestarnos libros que nos sirvieran para conocer mejor a los niños, a entender cómo

¹¹ Me refiero a mi participación en el Proyecto de Transformación de la Educación Básica desde la Escuela (TEBES). A través de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), integramos el Colectivo "Río Grande", que se mantuvo desde 1996 hasta el año 2000.

construyen significados, a comprender el proceso lector y explorar qué era eso que llaman interacción del lector con el texto. Ahí aprendí a ser mediador llevando libros, trayendo otros, leyendo con ellos, construyendo debates y escritos. Pero sobre todo disfruté conocer sus pensamientos sin juzgarlos, respetándolos.

Las lecturas que hicimos nos llevaron a descubrir el papel protagónico del lector quien, con base en su interés, saberes previos y estrategias de lectura, interactúa con diversos textos en cuanto a su función y estructura. Por tanto aprendimos a comprender cómo comprenden los textos; es decir, cómo construyen sus propios significados (ideas e interpretaciones en función de los textos), a partir de la lectura. Dejamos de pensar que el texto está por encima del lector, pues todos los niños construyen su propia comprensión. Aprendimos a disfrutar leer los textos de los niños, ahora con otros ojos, a disfrutar las propias ideas que elaboraban y a seguir registrando nuestros descubrimientos con otros compañeros.

Continuamos de forma conjunta entre pares buscando ideas, recuperando las experiencias adquiridas y brindando aportaciones. Así, conversamos y leímos cómo trabajar con centros de interés, lo que nos llevó a la enseñanza globalizada, a la interdisciplinariedad y decidimos trabajar procesos de investigación partiendo del interés de los niños que planteaban preguntas y buscaban información en libros, revistas, con sus abuelos, vecinos, padres, recorriendo los caminos, el río, elaborando dibujos y compartiendo sus aprendizajes.

Acumulamos un mar de información y comenzamos a intercambiar experiencias con los colectivos del estado

de Oaxaca, a escribir para compartir y a sentir curiosidad por lo que otras agrupaciones similares construían, ya que era sumamente enriquecedor vivir el entusiasmo de los compañeros.

Conocimos a diversos especialistas de nuestro país y de otros más, y obtuvimos muchas gratas e interesantes experiencias. Investigando nuestra vida en el aula aprendí que los maestros somos constructores de saber pedagógico, mismo que debemos valorar y compartir a través de la escritura para encontrar nuestros propios saberes.

Comprobé la riqueza de aprender por interés mutuo, el de los niños y el mío. Disfruté la lectura de libros que abordaban temas pedagógicos, gocé mucho escribir, pero sufrí al no saber si lo que redactaba sería productivo y también cuando no sabía cómo sistematizar la experiencia y el intercambio con los colegas, muchas veces acompañados de un vaso de agua de limón, una taza de café, una empanochada¹² o un tamal de mole, pero sobre todo disfruté enormemente aprender que los niños pueden ser investigadores, construir sus propias ideas y publicar nuestras experiencias en revistas y libros de circulación nacional (Fierro, 1999). ¿Esa es una lectura laboral?, ¿lectura obligatoria? No, definitivamente.

Mientras siguen mis recuerdos, vuelvo a cantar El ñañoito, doy un sorbo a mi café de Jocotepec y escribo: “Hermosa garza morena, elegante al caminar, no te llevaré muy lejos, volemós junto al manglar”. Así, poco a poco va naciendo una nueva chilena para bailar en el Fandango de la Artesa, en las fiestas de Río Grande.

¹² Pan tradicional de Río Grande, que se prepara con piloncillo, levadura, huevo, harina, azúcar y anís.

Me gusta escribir para ello y es a lo que me avoco en este momento. Disfruto también conversar con los abuelos y con los amigos que nacieron en estas tierras, los que se fueron un día, pero no olvidan, y escribo muchas veces por obligación mis proyectos de trabajo y por placer leo una novela de Benito Taibo que me gustaría compartir con mis alumnos.

Por necesidad emocional, en los últimos tiempos escribo un diario que he titulado “Descubriéndome”, al que le cuento lo que soy, lo que fui, y me contesta: ¿ahora entiendes?

REFERENCIAS

Dávalos, D. (2018). *Lengua Materna. Español. Primer grado*. México: Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

Fierro, C. (1999). *Transformando la práctica docente*. México: Paidós.

Gómez, M. et. al. (1984). *Propuesta para el aprendizaje de la lengua escrita*. México, Monterrey: Dirección General de Educación Especial.

Teberosky, E. (1979). *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*. Buenos Aires: Siglo XX.

LEER COMO UNA EXPERIENCIA DE VIDA QUE HACE HISTORIA, MI HISTORIA

Rússel García Ríos*

Soy un ente materializado en un ser humano, no por aras del destino sino por cada construcción desde los inicios, donde las vivencias se convirtieron en historia, soy entonces producto de mi propia historia.

Mi infancia la recuerdo en la colonia Ferrocarrilera de Minatitlán, Veracruz, una ciudad petrolera donde pasé una parte de mi vida. Mi familia está compuesta por cinco hermanos: Rússel, Elvis, Isalia, Leopoldo y Ada, siendo yo el mayor. Leopoldo, mi padre, ferrocarrilero, y mi madre, Venancia, ama de casa, fueron quienes dieron contenido a esta etapa con sus acciones.

En la actualidad mi padre ya falleció llevándose consigo fragmentos de mi vida; aun así, existen recuerdos, por tanto, la finalidad es narrar la historia de ese maravilloso proceso de apropiación del código de la lectura y el nacimiento del gusto por leer. Siendo de esta manera, me permito iniciar el relato.

Caminando por el centro de la capital del estado de Oaxaca llegué al zócalo a rondar por un rato entre los andadores delimitados por las áreas arboladas cuidadas por un pretil de concreto que los rodea, que a la vez sirve como asiento para quienes no alcanzamos los dispuestos para tal fin, y que se encuentran distribuidos por toda la extensión del lugar. Me senté en uno de los pretilos vagando la mirada que

* Docente de tiempo completo del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande. Actualmente al frente de la Jefatura del Área de Docencia de la Licenciatura en Educación Primaria, impartiendo tres cursos en diferentes grupos y semestres, uno de ellos correspondiente al trayecto *Práctica profesional*.

sólo se detenía cuando encontraba personas que tenían en sus manos revistas, periódicos, y en algunos casos, un libro, éstos últimos eran muy escasos.

Observé una mujer de edad adulta que leía abriendo la boca y haciéndolo en voz baja, digo yo, pues la observaba a lo lejos, aunque pude darme cuenta de su movimiento de labios. Y me dije: —Se cansará de estar leyendo así, pues está moviendo los labios constantemente, debería hacerlo en silencio. Como lo hizo por un buen tiempo, intenté lo mismo con una revista para comprobar si era cansado; sin embargo, no me gustó, me agotó.

Eso me hace pensar en la lectura como una forma de informarse, de conocer, y por qué no decirlo, de vivir. La forma en como leas no importa tanto, si ese proceder te permite gozar de lo indicado por ese grupo de dibujitos trazados en el papel de manera lineal.

Existe una travesía desde nuestros inicios con la lectura que nos hace ser lo que somos ahora; es decir, cada suceso vivido desde la infancia va armando el rompecabezas hasta llegar a la pieza última construyéndose nuestro presente; y aunque a veces parezca que es la última, solamente lo es por ahora, pues mañana será parte del pasado. Las experiencias son estas piezas y las más significativas constituyen las huellas directivas de nuestra existencia.

La lectura realizada por aquellas personas en el zócalo es el producto de historias propias que les han permitido posicionarse frente a ese legajo de hojas de papel, para saber lo que otros piensan, imaginan o cuentan.

En el tema de la lectura, resulta atractivo comprender para conocer o conocer para comprender. La forma en la que

iniciamos es determinante, de ahí las experiencias vividas que permiten optimizar ese proceso. Pero..., ¿y yo?, ¿cómo me apropié de ese código?, ¿cómo llegué a vivir las historias registradas en esos impresos?

Levanto la cabeza, miro hacia el cielo, el espacio abierto, respiro y suspiro. En mi imaginación subo al tren de regreso a mi infancia, busco en los anales de mi memoria, recorro y recorro, veo terminales cerradas y sigo adelante o mejor dicho hacia atrás, diviso algunas abiertas, cada una de esas estaciones me invita a recordar y a pensar que si ingreso, ahí encontraré partes de mi existencia. Las que se encuentran cerradas no me son permitidas, no hay nada en ellas sobre la lectura, son escenarios no relacionados con el tema que me interesa, aunque me llevarían a revivir diferentes experiencias de mi vida. Algunos tramos son demasiado largos y ya no se ubican terminales de ningún tipo, han desaparecido de mi memoria. Triste, muy triste, sólo me pongo a pensar haciendo intentos, y así seguiré...

En una de esas estaciones encontré a ¡Mario Benedetti!, estaba sonriendo y me hizo señas, bajé y caminé por la estación acompañado por él, sólo reía y miraba hacia el frente y de repente, tocándome el hombro se paró y me hizo una seña de despedida y le correspondí; seguí caminando y se fue esfumando poco a poco mientras me alejaba; realmente me alegré de verlo, aunque fuera por un momento, eso significaba que algo sucedería. Me había dejado en el mismo zócalo, pero no sé en qué año exactamente, sólo sabía que tenía programado un viaje al estado de Puebla, y me veía ahí..., ahora ¿qué sucedería? Cerré los ojos y me descubrí en la mañana caminando por los andadores del lugar, sentía el

correr del aire, la brisa refrescante, estaba acalorado, había caminado por diferentes calles: Las Casas, Zaragoza, Hidalgo.

Descansaba sentado en una de las bancas metálicas de estilo colonial del zócalo, esas que se encuentran en cualquier parque de la ciudad, meditaba, no tenía nada en qué entretenerme y sólo hacía tiempo para trasladarme a la terminal de autobuses, pero me encontraba inquieto. Decidí comprar una revista con temáticas sobre ciencia, descubrimientos y demás; muy interesante la publicación.

Caminando, creo que era por la calle de Hidalgo, entré a una librería. El lugar me pareció fascinante, pues había una muestra de publicaciones muy agradable; mientras observaba los estantes y caminaba sentía como si me llamaran los libros, me atraían sus colores, su colocación y de repente... ahí estaba... haciéndome señas..., intentando hasta lo imposible para hacerse notar compitiendo con los matices de los otros, de los temas anunciados, del lugar del anaquel donde se encontraba; estaba en el antepenúltimo hacia abajo, en medio de la fila, apretujado, pero sobresalía de los demás.

Dejé el libro que tenía en mis manos y me dirigí hacia él, lo tomé, me conduje a su título y de ahí al autor, a su tamaño y me conquistó, definitivamente lo adquiriría y lo compré. Al salir llegué al parque nuevamente e inicié la lectura, poco a poco aparecieron Martín Santomé y Laura Avellaneda, quienes vivían en ese mundo llamado *La tregua* de Mario Benedetti.

Al reaccionar y regresar a la realidad consulté mi reloj, dándome cuenta del poco tiempo que tenía para llegar a la terminal, me levanté rápidamente y corrí a tomar un taxi que me condujera a la estación. Arribé a tiempo, justo al escuchar

el llamado para abordar. Subí, ubiqué mi asiento, me senté e inmediatamente abrí mi mochila, extraje el libro y me fui leyéndolo durante el trayecto.

Fue agradable encontrarme en esa parte de mi vida, y ahora que lo pienso, es la manera en como he adquirido los libros cuando no se me han recomendado. Me siento motivado en una librería, recorro los pasillos, ojeo, reviso los textos hasta escuchar el llamado e inevitablemente lo adquiero. Aunque no siempre sucede, en ocasiones entro y salgo, pues no percibo el canto de las sirenas.

¿Cómo llegué a sentir ese gusto por leer un buen libro? y ¿cómo llegué a leer?, serían dos preguntas emanadas de lo relatado hasta ahora. Nuevamente subo al tren que circula por mi memoria y comienza su recorrido; una vez más veo estaciones cerradas y ya sé el porqué. Pongo atención en cada parada buscando la respuesta a la segunda pregunta, sé que debe ser en los años de mi infancia, pero en cuál me bajaré, sigo y sigo..., de pronto escucho algo a lo lejos, algo parecido al tren donde me encuentre..., sí, la terminal siguiente tiene que ser...

Al llegar a la estación me bajé y vi humo, escuchaba un silbato..., sí, es el ferrocarril; comencé a distinguir algunas imágenes de la gente de ese tiempo, estaba en mi infancia, alrededor de los cinco o seis años de edad y vivía en la colonia Ferrocarrilera, de Minatitlán, Veracruz.¹ La colonia llevaba ese nombre por estar habitada por familias cuyos padres trabajaban en la empresa Ferrocarriles Nacionales de México (FNM). Esto me despertaba emociones profundas que me

¹ Políticamente la colonia, al igual que aquellas que se encontraban a un costado de la carretera Transístmica, pertenecían al municipio de Cosoleacaque, Veracruz, pero siempre, y eso era con todos los radicados en esas colonias, lo ubicamos en Minatitlán, debido a estar conectados geográficamente a ella.

llevaron a las vías de esa serpiente mecánica; caminé pasando por las casas y casetas dispuestas a su costado y me divisé en la mía...

Escucho la máquina silbar, eso quiere decir que mi papá está a punto de llegar. El humo que despide lo puedo oler y hasta percibo el crujir de los durmientes² al paso del pesado animal de acero. Es algo emocionante para mí, me gusta ser ferrocarrilero, ver a los garroteros³ y maquinistas surcar las vías trepados en el tren. Poco a poco la máquina va reduciendo la velocidad hasta quedar frente a la estación y vemos descender a los trabajadores para darles el turno a otros. Mi padre y sus compañeros se disponen a descansar y antes de llegar a casa conversan y se ponen de acuerdo para continuar su trabajo al día siguiente. Lo espero junto con mis hermanos y al aparecer se pone a platicar con nosotros sonriendo; sabemos que tiene historias para contar, pues su trabajo lo hace estar solo en el monte y a veces en horario nocturno, por tanto, se encuentra con situaciones inesperadas y personas o fantasmas que le hacen vivir experiencias intensas que nos cuenta y nos producen miedo, máxime si lo hace en la noche.

Imágenes, imágenes y dibujitos, dibujitos

Las historias que nos relataba nos motivaban y en lo personal hacían volar mi imaginación reconstruyendo lo vivido por mi padre y brincando en cada momento de tensión de la trama... ¡Sí!, ¡era emocionante! En cada ocasión me dejaba un sabor

² Maderos engrasados colocados en el suelo separados entre sí, sobre los cuales se clavan los rieles metálicos de manera perpendicular.

³ Son parte de la tripulación de los ferrocarriles y su función consiste en vigilar los vagones, realizar los cambios de vías, informar a los maquinistas de los imprevistos con señales de acuerdo a un código. Vigilan y realizan las operaciones respectivas para tener en funcionamiento seguro el transporte y se encuentran ubicados en lugares específicos en todo el tren.

de boca agradable y mi imaginación continuaba escenificando cuando estaba solo; entonces me convertía en un superhéroe cuyo fin era defender a los humildes, o tenía superpoderes para hacer y deshacer sin dejar rastro, pero sin dañar a los demás. No sólo las historias contadas por mi padre desbordaban mi inventiva, sino también lo lograban las imágenes de las portadas de las revistas habidas en mi casa, las cuales veía y las hojeaba interpretando los dibujitos que aparecían en cada página, lo que me distraía mucho.

Cuando no revisaba las revistas, encontraba leyendo a mi padre su periódico deportivo *Esto*, ahí buscaba información del box y el beisbol, sus deportes favoritos. Lo observaba y me preguntaba ¿qué estaría encontrando de divertido o interesante en esas páginas?; a veces lo veía con rostro sorprendido o serio y me imaginaba noticias con un contenido nada placentero, por eso su gesto; pero cuando reía y lo notaba alegre pensaba que algo bueno había sucedido.

Mi madre era adicta a las revistas de *Lágrimas y risas* de Yolanda Vargas Dulché —el nombre de la autora me lo aprendí cuando inicié con la lectura—, y al igual que mi padre la observaba y por momentos reía y mi interior también reía, pero al percatarse de mi presencia me indicaba realizar tareas de la casa que tenía que cumplir, pues no podía mirarnos sin hacer nada, debíamos ocuparnos todo el tiempo de alguna actividad en bien del hogar.

Para informarse de lo sucedido en la ciudad y otros parajes, ambos leían el diario local *La Opinión* y aunque nos comentaban algunas noticias, recuerdo sólo las referidas a la cartelera del cine. Para enterarse de la nota roja hojeaban la publicación del chile, *Alarma*, cuyo nombre venía inserto en un

contorno que asemejaba un chile, por eso lo conocíamos así, y éste, a diferencia de los otros, se mostraba colorido y bastante llamativo.

Cada momento de lectura era una muestra del contenido de otros mundos que ellos podían conocer a través de sus ojos. Las imágenes y las letras formaban pasajes secretos para mí y eso me inquietaba por no entender al igual que ellos lo inimaginable. Volvía a hojear y hojear las publicaciones hasta poder elaborar una historia donde la imaginación retornaba a ser una herramienta poderosa. Identificaba cierta relación entre las ilustraciones y los dibujos (letras), por tanto, lo encontrado en las primeras era el significado de lo segundo, aunque en realidad me parecían un amontonadero de dibujitos alineados uno tras otro. Las preguntas constituían las bases de la formación de cada historia y las respuestas abrían el camino que recorría hasta culminarla.

En algunas ocasiones le explicaba a mi hermano las historias que elaboraba y él trataba de hacer lo mismo; así, todos los días era también un momento de juego. Resultaba divertido adivinar los acontecimientos del día, una vez terminada la apertura de ese legajo de hojas largas dobladas a la mitad. Cuando volvía mi padre a contarnos sus historias las relacionaba con lo construido al interpretar las publicaciones, y todo eso hacía más agradable el rato con él; por ejemplo, si el relato era sobre un ente sobrenatural, yo me volvía un personaje con superpoderes e interactuaba con éste de algún modo con la finalidad de descubrir sus intenciones y evitar encuentros dolorosos para las personas, sobre todo mi familia.

Así llegó el momento de ir a la escuela primaria y asistir al primer grado, pero debido a mi edad no fue posible

ingresar, por no alcanzar el límite. Ese impedimento no logró que mi padre se rindiera y como veía mi interés por indagar y saber sobre lo existente en los textos escritos se tomó la tarea de enseñarme a leer y escribir.

Mis recuerdos me llevan al momento en que me pidió que adquiriera el cuadernillo del Silabario de San Miguel,⁴ y así lo hice. Salí de casa caminando por las vías del ferrocarril y me fui por la línea metálica tendida sobre los durmientes en el suelo pedregoso hasta llegar a la estación ferroviaria, y de ahí avancé por la calle hasta dar vuelta y entrar a la tienda de don Efraín, o don Efra, un señor de edad madura quien atendía su negocio. Le solicité el silabario y un lápiz que de inmediato me proporcionó.

Ya con la cartilla en mis manos comenzó el aprendizaje del código. Por las tardes llegaba mi padre y me ponía a trabajar en la lectura repitiendo lo correspondiente a ese día; para la escritura me ejercitaba haciendo círculos continuos que en un primer momento eran del mismo tamaño y en un segundo de grandes a pequeños y viceversa, rayitas hacia arriba y abajo sin despegar el lápiz del papel y otros más que no recuerdo.

El famoso eme a ma, eme e me, eme i mi, eme o mo, eme u mu, y después con las demás letras fue mi diario vivir, pero no se me hizo pesado, pues el juego de interpretar lo dispuesto en las revistas me permitió no sufrir tanto para comenzar a leer, sólo memoricé el contenido y ya. No me fue complicado, de hecho, no utilicé demasiado tiempo en ello.

Mi padre se sorprendió cuando me vio leer una revista sin habérmelo pedido. Llegó con la idea de continuar con los

⁴ Es un método de marcha sintética, específicamente el alfabético o de deletreo, cuyo estudio inicia de lo particular a lo general; es decir, de las vocales a las consonantes, a las sílabas y a las palabras, hasta llegar a las oraciones.

ejercicios y el suceso lo llenó de alegría, me preguntó sobre lo que estaba leyendo y pienso que le agradó mi respuesta, pues siguió sonriendo; a partir de ahí siempre me inquiría sobre lo leído en el día, ya que daba por hecho que yo debía haber hojeado algo.

A estas alturas ya no me parecían dibujitos, ya entendía el código y por tanto ya eran letras para mí. Por momentos pensaba que el conocimiento de algún modo le había restado fuerza a mi imaginación, al no darle la oportunidad de crear a partir de las imágenes, aunque después de estar leyendo continuamente ella apareció en otro nivel; es decir, me permitía adelantarme a los sucesos y crear un panorama alterno al final de lo leído.

Esto era importante, pues hacía predicciones tal como lo señala Isabel Solé (1998) cuando expresa que los pequeños se arriesgan libremente y corren ese riesgo al saber que no serán sancionados, que sus predicciones no serán absurdas, porque tienen la información necesaria compuesta por título e ilustraciones, los cuales les permiten atreverse a crear acercándose a la historia real. Esto lo utilizaba al llegar mi padre, antes de terminar la lectura del texto le inventaba el final o la continuación y aunque él se daba cuenta, sólo sonreía haciéndome pensar que ya lo había leído todo, y así era.

Prepararme para iniciar la escolaridad primaria fue logro de mi padre y lo evidenciaba cuando me felicitaba por leer y resolver problemas aritméticos; incluso cuando me veía solo me pedía que leyera alguno de los artículos de los periódicos. Al terminar me interrogaba sobre lo que decía y lo tenía que explicar sin volver a leerlo. Eso sí, no eran grandes textos, pero era su manera de “entrenarme” cada vez que podía.

Por las tardes teníamos un encuentro con la rana René, Beto, Enrique, Abelardo, Lucas, Archivaldo, el Conde Contar, Pancho y otros más, cada uno con una historia en particular de acuerdo al tema del día. Mis hermanos y yo nos reuníamos en la sala frente al televisor a ver el programa *Plaza Sésamo* en compañía de algunos amigos vecinos.

Esto aceleró el aprendizaje de la lectoescritura, sobre todo para mis hermanos, dado que duró varios años su transmisión. De hecho, dejé de verlo con tanto ahínco cuando ya tenía dominado el código. Más tarde, en la medida que crecía, ya no me atraía tanto y prefería ver series de naves espaciales, de combate aéreo, así como las películas del oeste que nos motivaban a sacar las pistolas y “pum, pum, pum”, nos disparábamos al jugar a los “pieles rojas” y los vaqueros, siguiendo los argumentos de las revistas que leíamos como *El llanero solitario*, *Águila solitaria* y hasta *El libro vaquero*.

A descubrir mundos nuevos...

Los movimientos de las ideas llenas de colores capaces de convertirse en cualquier cosa dan existencia a diferentes escenarios. Esas mismas percepciones son movidas por personajes intensos y multifacéticos y las grandiosas palabras, logrando un correr de mensajes que dan vida a cada suceso obteniendo el sentido de toda la trama. Así es la construcción de cada mundo en los diferentes textos literarios.

Conocer las distintas existencias en cada mundo, provocando sentimientos y motivando la imaginación se volvía una necesidad para vivir. Era una sed imperiosa por llegar a entender, convirtiéndose la lectura en una condición para el

saber. En pocas palabras: “Leer es comprender un texto, el mismo ritmo, en silencio, en voz alta, etc., lo que importa es interpretar lo que vehiculan las letras impresas, construir un significado nuevo en nuestra mente a partir de estos signos. Esto es lo que significa básicamente leer” (Cassany, Luna y Sanz, 1998, p. 197).

En los momentos en que veía a mis padres leer surgía esa necesidad, observar sus gestos me aportaba señales para poder interpretar y de algún modo percibir los sentimientos que provocaba el texto en cuestión, y si a eso le agrego las narraciones de mi padre, entonces lo hacía más evidente. Incluso puedo pensar que el escuchar me facilitaba vivir, pues no tenía obstáculos para no hacerlo.

Cuando mi madre me llevaba a las compras dedicaba un tiempo para admirar las publicaciones de la semana, y con gran emoción esperaba la orden que finalmente llegaba: —Rúsbel, escoge la que quieras. Mi corazón se quería salir del cuerpo y no sabía por cuál decidirme, tomaba una, otra, otra y otra, hasta que la mirada de mi madre me hacía decidir y optaba por *Memín Pinguín*, pues me parecía un personaje atrevido que vivía diversas aventuras, con una madre especial que lo cuidaba con amor, aunque lo amenazaba con una tabla cuando se portaba mal.

Aunque ya tenía en mis manos la revista elegida, continuaba observando todo el ramillete de flores dispuestas en ese jardín del estanquillo. Mi madre me seguía observando, así que resolvía, en muchas ocasiones, darme la oportunidad de llevarme un ejemplar más de lo que quisiera. Con un gusto enorme y riendo me decidía por *Batú*, revista también de aventuras cuyos personajes tenían dos características que

llamaban mi atención: una, la de ser seres extraños con formas corpóreas mitológicas; y la otra sus nombres, los cuales tenían una escritura contraria a lo usual; por ejemplo: Otijo, que al revés es ojito o Etreuf igual a Fuerte. Al llegar a casa me hundía en la lectura hasta terminar.

Poder leer me permitió recorrer caminos nuevos hacia mundos diferentes, conocer personas, animales y parajes fantásticos; era encontrar el alimento de mi imaginación. La alegría, la tristeza y el coraje me seguían acompañándome en cada historia. A veces me tomaba por sorpresa lo que sucedía y me molestaba no haberlo previsto; al leer me sentía como si recibiera una terapia o masaje para continuar con buen ánimo y realizar las tareas del día. Una de las publicaciones que me gustaba en exceso fue *Joyas de la mitología*, por darme a conocer a los seres mitológicos, dioses y sus hijos.

En esta estación descubrí las ventajas que tuve cuando niño por tener a alguien cerca que leía, no únicamente de vez en cuando sino constantemente, pues me creó la necesidad de saber y la gran herramienta fue la imaginación para descubrir las diversas historias. Siento que mi padre me dio el empujón faltante para entender el código escrito, pero su gran contribución fue la narración de sus historias que unidas al silabario de San Miguel hicieron el milagro. De esta manera, escuchar y observar permitieron reconstruir cada paraje, cada situación, usando la imaginación. La inquietud que sentía por conocer se convirtió en una necesidad. El resultado de todo eso es lo que soy ahora.

Tomo el tren nuevamente y continúo mi viaje por la memoria. Sentado voy observando el recorrido pensando, llego a recordar la primera pregunta surgida al iniciar este

viaje en cuanto a cómo saber si lo que leía era un buen libro. Eso me interesa y ahora busco alguna estación que me permita encontrar la respuesta y así llego a la terminal de la etapa de la educación secundaria en donde había muchas manos saludándome y reconozco a algunos de los compañeros. Me bajé e ingresé a esa parte de mi pasado.

En esa etapa fue que me hice la pregunta y ahora me había transportado a ella encontrando a una serie de personas que compartieron diversas experiencias conmigo. Al estar aquí puedo contarles mi historia.

Al ingresar en el turno vespertino de la Escuela Tecnológica Industrial No. 123, que posteriormente llevaría por nombre Escuela Secundaria Técnica No. 8, ya no me atraía la lectura como antes; de hecho, mi vida de adolescente me llevó a la música y al deporte, y llegué a jugar en el equipo de fútbol americano creado en la escuela; además, me gustaba mucho andar en bicicleta.

En la clase de Español, la maestra nos hizo leer novelas con historias desarrolladas en el periodo de la Revolución Mexicana que desafortunadamente no recuerdo, pero me hacían pensar en la lectura de textos sin sentido para los alumnos, pues nadie nos preguntaba si nos gustaba o interesaban esos libros; es decir, teníamos que hacerlo por obligación. En cuanto a mí, sólo me atraían las revistas deportivas, en especial compraba aquellas que trataban sobre fútbol americano.

Siempre caminaba de mi casa a la escuela secundaria; no me gustaba tomar el transporte urbano, y además, así me ahorrraba algunos pesos, aunque a veces me sorprendían los aguaceros y llegaba todo mojado a recibir las clases. En uno de esos días circulaba tranquilo por una calle de la colonia

La Bomba contando los pasos para distraerme, pues había salido con tiempo de mi casa. Me puse a recordar lo que me gustaba leer y rememoré la expresión de: “Un buen libro de la literatura”, dicha por la maestra en la escuela al hablarnos de la lectura de las novelas que nos dejaba de tarea. Caminé reflexionando y preguntándome ¿Cómo saber que un libro es un buen libro? La pregunta surgía como respuesta a ¿Hay libros malos?; ahora buscaba la contestación a esta última, porque se me hacía difícil determinar si un texto que yo eligiera sería un buen libro.

Salía de la colonia y entraba en la calle perteneciente a la Santa Clara, de ahí seguía en línea recta hasta llegar a la escuela secundaria y en todo el trayecto no llegaba a una conclusión. Volví a pensar y cuando estaba a punto de llegar a mi destino encontré lo que buscaba y concluí mis reflexiones con la idea de que si algo me gustaba y de eso trataba el libro, entonces ese era un buen libro, pues me entretenía, divertía, me hacía imaginar y me hacía vivir. Sonreí cuando llegué a esa respuesta.

Eso de pensar en los libros sucedía, creo yo, por asistir casi a diario a la biblioteca de la Eti, como la conocíamos, para realizar las lecturas y responder a los ejercicios encargados como tarea. Leía un poco de todo sobre las materias escolares. Me agradaba estar en ese espacio donde me concentraba e intercambiaba información con otros compañeros. Ahora que me doy cuenta, el tema de la lectura me ha llevado a estar fuera de la escuela. De hecho, en este momento estoy buscando la participación de los maestros en las instituciones educativas.

Vuelvo a tomar el tren y busco en la memoria para ver qué encuentro. Todo avanza, crecemos y envejecemos poco a

poco dejando en cada etapa de la vida experiencias y seguimos caminando. Con esa idea recorro los vericuetos de mi memoria, llego a una estación de las más antiguitas y bajo.

Definitivamente el tiempo también siguió su camino y llegó el momento de ir a la escuela primaria, y aunque para mí no hubo jardín de niños, estaba preparado. Mi padre me inscribió y por fin estuve sentado en un mesabanco en el aula del primer grado de la Escuela Primaria “Emiliano Zapata”.

Los días escolares iniciaron, se acumulaban las semanas y yo me aburría, pues todo lo que se hacía era para la adquisición de la lectura, escritura, la suma, la resta y otros conocimientos. Este panorama hacía que me embargara la desesperación y así fue como inicié una especie de búsqueda de situaciones alentadoras.

Mi participación consistía en terminar las actividades en consonancia con aquellos traviesos de la clase. La hora del recreo, como le llamábamos, era, y aún lo sigue siendo, lo máximo para mí y creo que para todos. En esta etapa tuve con demasiada frecuencia riñas con los agresivos del salón, los molestos, y como no tenía gran cosa por hacer y me sobraba algo de tiempo me dediqué a responder golpe por golpe y es mejor que aquí pare por tener historias que escapan a la intención de este relato.

Regresando a casa y después de comer me dirigía al lugar de las revistas para continuar caminando por los senderos de los mundos atrapados entre sus páginas. Me atraían los deportes y por tanto le daba una pasadita al periódico dejado por mi padre, pero al meterme en sus veredas y recorrerlas encontraba proezas, victorias, derrotas, esfuerzos y peleas, invitando a la imaginación a convertirme en un goleador, un

gran boxeador, un tenista, un jonronero o un *quarterback*.⁵ Al terminar mis andanzas recibía el llamado a cumplir con las tareas de la casa, de la escuela, aunque no me interesaban tanto y de hacer mandados a las tiendas.

Mi hermano, tres años menor que yo, me seguía en ocasiones y jugaba con él. A veces le contaba historias y sentía cercana su proeza: aprender a leer. No recuerdo cuándo inició, sólo sé que igual que a mí nos gustaba ir al puesto de revistas y traernos, hasta donde se nos permitiera, la mayor cantidad de publicaciones. Lo grandioso de todo esto fue la posibilidad de obtener un mayor conjunto de éstas sin gastar un solo peso, gracias a los intercambios que se realizaban con quienes tenían revistas que ofertar.

Ahhh, viejos tiempos definitivamente en los que me divertía de lo lindo. Sensaciones, emociones y algarabía que se vivían por tener la posibilidad de recorrer los diferentes mundos con simplemente saber juntar letras para formar palabras, enunciados, y por arte de magia me encontraba viviendo en distintas historias.

Pero no sólo eran interesantes las publicaciones, también los diferentes textos en los portadores que aparecían a nuestro alrededor. Si iba a la tienda acompañado de algunos de mis hermanos nos pasábamos un tiempo revisando las golosinas expuestas en los exhibidores, haciendo cuentas de dinero para saber si sobraba algo del cambio una vez pagado lo del mandado y tratando de solicitar lo más barato.

Otro uso dado a la lectura era reconocer las calles y números de las viviendas, así como elegir la ruta del transporte más adecuada para llegar a determinado lugar. Esto último

⁵ Mariscal de campo.

nos preparaba para salir solos al centro de la ciudad y a otros lugares como cines, auditorios y demás. También eran mundos nuevos por descubrir, dada la facilidad de reconocer nuestra propia historia en cada momento de la vida; además, esta realidad era capaz de crear historias donde los personajes principales éramos nosotros.

Hice mis estudios de educación primaria en las escuelas “Emiliano Zapata”, “Eduardo R. Coronel” y “Adrián Zamora López”. Mi vida en ellas pasó sin grandes problemas, pues me dediqué a cumplir con las responsabilidades. Siento que la escuela primaria no tuvo gran influencia en mi gusto por la lectura, ya que no recuerdo más que los libros de texto gratuito, realizar las tareas y resolver los exámenes. Para el de lectura nos ponían a leer en algunos momentos uno por uno, parándonos en nuestro lugar o también frente al grupo, pero no pasó a mayores; y como he dicho ya, el acto de hacerlo por gusto lo realizaba en casa. Entre los libros que llamaron mi atención en esos momentos puedo citar a *Sandokán el Tigre de Malasia* de Emilio Salgari y el otro fue *Simbad el marino* de autor anónimo.

La lectura de los buenos...

Me regreso a la estación, subo nuevamente al tren y se pone en marcha. Durante el recorrido hacia mi presente me tomo un tiempo para pensar y me pregunto: ¿Qué y cuándo he leído ya como adulto? Bajo en otra estación, en la etapa de mi formación como docente en la Escuela Normal. Sigo en Minatitlán, Veracruz, y distingo la institución en la colonia Nueva Mina, donde me aproximo en el autobús urbano y

camino algunas cuadras hasta arribar a la Escuela Normal “Manuel C. Tello”.

Durante mi formación docente continuó la misma forma de trabajo: leer y leer, ahora sobre temas pedagógicos, pero me siguió la idea de disfrutar lo que me atraía como forma de catalogar un buen libro.

En ese tiempo me sentaba a un costado de la cancha de basquetbol de la Escuela Normal, próxima a los salones, esperando la llegada del maestro responsable de uno de los cursos de la tarde; meditaba mientras veía la línea roja del contorno del espacio de juego, la seguía con la mirada hasta dar la vuelta y llegar al inicio, después hacía lo mismo hasta que decidí atravesar por en medio siguiendo la línea, terminando en el principio. Me decía que realizar esto sería indefinido, pues no había un final, me detenía y tomaba decisiones para continuar por otras direcciones, concluyendo que la vida es así, vivir es eso precisamente.

Me agradó llegar a esa conclusión, pues como trabajaba en la mañana y estudiaba en la tarde, me hacía sentir bien pensar de esa manera. Me di cuenta que mi recorrido lo hacía por momentos en las líneas de cada poste donde se encontraba el tablero sujetando el aro y casi siempre estaba con un libro para revisar el tema de alguna de las materias, llegando a detenerme también por instantes para volver a mi ejercicio de recorrido, lo que me llevó a reflexionar sobre esas circunstancias.

De regreso a casa, al salir de la Normal, recordaba los resultados de mis pensamientos sentado en el borde de la cancha. Al llegar me disponía a realizar las tareas, pero a veces sólo quería leer algo que me gustara y me entretuviera

un rato con alguna revista o *Las mil y una noches*, para vivir en el mundo de Sherezada.

Al estar pensando sobre mis conclusiones revisé nuevamente mi recorrido y me di cuenta de la división de la cancha en dos partes, y de que en cada una estaba pintada el área de juego debajo de cada tablero, lo que indicaba su espacio en periodos alternados; es decir, no se podía jugar en las dos áreas al mismo tiempo sino por turnos, eso me dio a entender que la lectura, tanto de los libros que me gustaban como de aquellos que había que “leer a la fuerza” por la necesidad de las materias podía realizarse de esa manera, así que sería necesario darle un tiempo a cada uno para hacerlo.

Debía organizarme para darle a cada “equipo” sus espacios en el área correspondiente en ese ir y venir, dando como encesta cada hoja leída y siendo una ventaja que no hubiera un ganador, pues ambos eran necesarios siempre. Mi imaginación me felicitó, tenía mucho trabajo por delante; el intelecto hizo lo mismo, pues tendría la oportunidad de trabajar para mantenerme a flote en las materias del semestre. Esto no quiere decir que ninguna temática me agradara de los textos a revisar, sino que reconocía la existencia de temas en especial interesantes como los referidos a la Historia de la pedagogía.

Durante ese tiempo pasaron por mis manos *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* de Juan Rulfo, *La isla de los hombres solos* de José León Sánchez, *Canasta de cuentos mexicanos* de Bruno Traven, *La gota de agua* de Vicente Leñero, y otros más. Compruebo que me gustan los títulos leídos, por tanto, para mí esos son los buenos libros.

Más adelante, al transcurrir de los años, durante los estudios en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), y

al trabajar después en esa institución continué soñando con los mundos de *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera* y otros más de Gabriel García Márquez; *Balún Canán* de Rosario Castellanos; *Arráncame la vida*, *Mal de amores* y *Mujeres de ojos grandes* de Ángeles Mastretta; *La tregua* y *El amor, las mujeres y la vida* de Mario Benedetti. Una de mis novelas predilectas fue *La vida inútil de Pito Pérez* de José Rubén Romero, pero no debo olvidar a *Mafalda* de Quino (Joaquín Salvador Lavado) cuya colección de tiras cómicas las leí y todavía sigo gozándolas.

Y así mi vida en la actualidad continúa disfrutando lo que cada pensamiento me hace vivir. Vienen a mi memoria en este momento *El bosque de los pigmeos* de Isabel Allende y *El conversador y otros relatos* de Anabel Ochoa; así también *Las intermitencias de la muerte* y *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago; *La metamorfosis* y *La construcción de la muralla china* de Frank Kafka, y varios títulos de algunos autores más.

Cuántos mundos he visitado, cuántos castillos he construido, cuántos agradables momentos he pasado, no lo sé; lo único seguro es la belleza y la serie de emociones de los personajes de cada historia, las cuales se desarrollaron en tiempos diferentes. Soy un producto de mi infancia, donde las historias narradas por mi padre me hicieron vivir, donde reconstruí las imágenes y los dibujitos en los impresos de las publicaciones, donde las expresiones de mis padres me informaron de los significados de los códigos estampados en papel, donde mi imaginación se veía como una herramienta para reconstruir los diferentes mundos con sus introducciones, sus climas y desenlaces para conocer y disfrutar. Todo, todo creó la necesidad, y en combinación con los medios escritos

y los programas televisivos cultivaron mi deseo de conocer a través de leer. Así aprendí el código para convertirme en un lector de mi realidad, de la realidad de otros y del conocimiento universal de la ciencia y la tecnología. Ese soy yo y esa es mi historia.

REFERENCIAS

Cassany, D., Luna, M., y Sanz, G. (1998). *Enseñar lengua*. Barcelona, España: Graó.

Solé, I. (1998). *Estrategias de lectura*. Barcelona, España: Graó.

UN MUNDO APARTE: CONOCER MUNDOS DIFERENTES

René Carrillo García*

*El lenguaje: Nuestro modo de hablar
es nuestro modo de ser*

Juan José Arreola¹

Mis recuerdos lejanos

Hoy me he atrevido a escribir estas líneas para narrarles cómo ha sido mi experiencia de aprender a leer y a escribir en los primeros años de escolaridad, y cómo esas competencias las he ido desarrollando por gusto a lo largo de mi vida, especialmente la lectura. Mi nombre es René Carrillo García, y mis raíces pertenecen a Río Grande o Piedra Parada,² mi pueblo natal.

Cuando hablamos de cómo aprenden los niños a leer o escribir, siempre se piensa que es un tabú, algo que no tiene una explicación lógica y coherente; casi siempre nos preocupa o no nos interesa el cómo o qué metodología emplean los maestros para enseñar a leer a los alumnos cuando ingresan al primer ciclo de primaria (1º y 2º grado), porque existe una clasificación,³ una metodología muy amplia para enseñar a descubrir y entender ese mundo lleno de trazos, líneas rectas, curvas, redondas, oblicuas, garabatos que hay que descifrar

* Docente del Centro Regional de Educación Normal, ubicado en Río Grande, Oaxaca.

¹ Juan José Arreola, escritor y novelista mexicano que nació el 21 de septiembre de 1918, en Zapotlán el Grande, hoy ciudad Guzmán, Guadalajara, Jalisco, muere el 3 de diciembre del 2001.

² El nombre Piedra Parada es en honor a tres figuras humanas, esculpidas en piedra de una familia de gobernantes de la cultura Chatina, encontrados en el año 1935, en el lugar que hoy ocupa la escuela Secundaria Técnica No. 12.

³ Existe una clasificación ya propuesta por J. Guillaume hacia finales del siglo pasado. Esa clasificación comprende los métodos de marcha analítica o sintética (Braslavsky, 1962, p. 21).

y darles significado para poder entender y penetrar en ese universo fantástico de quienes escriben, lleno de aventuras relacionadas con la lectura. Un mundo maravilloso de héroes, villanos, brujas, hadas madrinas y cenicientas, principitos, lobos feroces, leones, gorilas, mares, ríos, paisajes de diferentes países del mundo, caperucitas o soldados de plomo, muñecos de madera con nariz larga, héroes invencibles, platillos voladores, naves extraterrestres o historias de nuestros antepasados como los aztecas, chichimecas o tlaxcaltecas; un cosmos lleno de colores, imágenes y sueños de la fantasía que involucra la forma en como aprendes a leer y a descubrir un mundo aparte, a través del cristal mágico de la lectura donde paso a paso logras formarte en un lector por gusto.

Hoy les comparto mi biografía lectora que me trae a la mente escenas un tanto interesantes y fantásticas de cómo aprendí a leer y de qué textos disfrutaba en este trayecto de vida; además de otros sucesos quizá no muy gratificantes, pero que son parte de la trama que se llama vida como ser humano y como estudiante.

Con un poco de imaginación puedo recordar cómo aprendí a leer en los primeros años de escolaridad, buscando en mi memoria que es el baúl de los recuerdos, para traer al presente momentos, personas y contextos que recordaron mi interés por aprender y saber más. Debo ser honesto con ustedes, lectores, quizá no recuerde con mucha nitidez este proceso, algunos aspectos están difusos en mi memoria porque

Donde los métodos de marcha sintética comprenden: a) Alfabético, que considera la letra literal o grafemático: Parte de los signos simples "letras" o "grafema" y b) Fonéticos, parten de los sonidos simples o fonemas. Estos no tienen en cuenta su significación en el punto de partida y no llegan necesariamente a ella. Mientras que los métodos de marcha analítica consideran: a) Global analítico: que parte de los signos escritos complejos que pueden ser la palabra, la frase o el cuento. El maestro dirige el análisis, b) Global, parte de la palabra, la frase o el cuento. El maestro no debe dirigir el análisis y en todo caso el niño debe llegar espontáneamente (Braslavsky, 1962, pp. 23-24).

han pasado 48 años de que inicié mi primer contacto y viajé con las letras, para ser exacto fue en el año de 1971.

La experiencia de conocer un mundo aparte, el mundo de la lectura, de sueños, de fantasías y creatividad en mi mente me llevó a recorrer los lugares más maravillosos que hayan podido existir; a realizar un viaje al centro de la tierra con Julio Verne, pasar una Navidad en las montañas con Ignacio Manuel Altamirano o soñar que soy uno de los bandidos de Río Frío, entre otros tantos libros, novelas o cuentos que forman mi historia con la lectura. Creo que lo mejor está por venir al narrarles cómo aprendí a leer y a desarrollar el gusto por la lectura.

El aprendizaje mediado por castigos

Transcurría el año de 1971, tenía 6 años y llegó el momento en que mi vida dio un giro brusco porque llegó la edad de ir a la escuela, situación que nunca pensé que llegaría porque me sentía muy cómodo en casa haciendo parte de las labores de limpieza como barrer, acarrear agua para lavar los trastes y la ropa, o ir al campo a traer leña para que mi madre cocinara los alimentos y los vendiera a otras personas. Mi familia estaba formada por mi madre, doña Agustina, también llamada “Doña Tina”, que hacía unos tamales, a juicio de muchas personas, muy ricos; mi padre, Onésimo Carrillo Román, mejor conocido por propios y extraños como “Carrillo”, yo, René, el hijo número cinco de seis, quien acompañaba muchas de las veces a mi padre al campo a cultivar la tierra o a cortar madera para construir casas. Esa era mi vida diaria y me sorprendía escuchar a mis hermanos cuando hablaban maravillas de ese

otro mundo llamado escuela. Un mundo muy diferente al que vivía en casa, lleno de cuadernos, libros, alumnos, maestros de cantos y letras, muy distinto a lo que era mi vida antes de cumplir los 6 años.

Sus pláticas interesantes y con alegría algunas veces y otras no tanto me llamaban la atención y me sentí atraído por conocer ese universo. Por fin un día llegó el momento de ir a la escuela y dejar mi vida de casa, separarme de mamá y de mis juegos: las canicas, el trompo, los gallitos o la resortera para ir de cacería a matar pájaros y otras actividades habituales. Era el momento de ingresar a la escuela de la que tanto había oído hablar a mis vecinitos y hermanos, de sus maestros y del salón donde transcurrían historias muy bellas y otras difíciles, pues ya también había escuchado hablar de los castigos que los maestros les daban a los alumnos cuando no hacían las tareas o se portaban mal. Mis hermanos mayores: Gildardo, Enoc, Rebeca y Levic se expresaban bonito de sus maestros y a veces no tanto, dependiendo de cómo les fuera en las clases.

Me quedó grabada por siempre la escena que sucedió el primer día de clases en la Escuela Primaria “Progreso”. Mi madre me acompañó y me entregó con el maestro diciéndole unas palabras que todavía hasta el día de hoy me resuenan en los oídos: —¡Aquí se lo dejo!, si hace algo malo dele su castigo y me avisa para que yo le de otro llegando a casa. Al maestro sólo le dio risa y le contestó: —¡No se preocupe señora!, aquí estará bien, aprenderá a leer y a escribir, a contar, sumar y restar muy bien. Aún recuerdo el momento cuando mi madre me soltó de la mano y me empujó hacia adentro del salón, apresuradamente cruzó la puerta y salió sin voltear a verme, sin saber si lloraba o reía por estar ahora en la escuela.

Quedé frente al maestro quien mostraba una sonrisa especial y en ese momento no alcancé a entender si se burlaba de mi temor a quedarme en el salón, o su actitud se debía a que aún con una sonrisa obligada no dejaba de imponerse ante nosotros. Pude ver a muchos niños de mi edad y a otros un poco más grandes llorar amargamente, porque al igual que a mí los habían abandonado con el maestro en una escuela que no era igual que estar en casa.

Como era el primer día de clases nos llamaron a formarnos en la plaza cívica donde observaba muchas caritas tristes y llorosas de otros niños de primero, y otras sonrientes y alegres porque volvían a la escuela, principalmente en los alumnos de los grados superiores al nuestro. El recibimiento que nos dio el director Félix Narváez Melo fue gratificante, en su discurso dijo que: “Éramos bienvenidos a la escuela primaria “Progreso”, que aprenderíamos muchas cosas y nos invitó a asistir a la escuela por gusto y no por obligación”. Muchos niños aplaudieron cuando terminó; sin embargo, a mí no me agradó del todo porque habló como si estar en la escuela todo fuera alegría, luego rompimos la formación y nos dirigimos a nuestro salón.

Íbamos en marcha como soldaditos siguiendo al maestro Pablo López López, quien tomó la palabra y nos fue ubicando a cada uno en su mesabanco con otro extraño igual que yo para él, todo era alegría o quizá tristeza, lo cierto es que entre nosotros nos mirábamos con cara de asombro. Todos los chiquillos de 6 o 7 años sentíamos cierto temor ante lo desconocido, pues habían caras muy extrañas de personas que nunca antes habíamos visto, algunos maestros se mostraban amigables y otros con rostro duro, con facciones en extremo

serias. Quizá teníamos esta perspectiva porque no habíamos socializado con otras personas antes y solamente tratábamos con los miembros de nuestra familia y uno que otro vecino de la manzana, calle o colonia.

No habíamos asistido al preescolar, pues en esos tiempos no sabíamos qué era eso. En el año de 1971 había muy pocas escuelas en Río Grande, sólo estaba la Escuela Primaria “Progreso”, donde cursaba el primer grado, la Escuela Primaria “Benito Juárez”, de la colonia del mismo nombre y la Escuela Secundaria No. 81, que más tarde pasó a ser la E. S. T. No. 12.

¡Cómo recuerdo los primeros días!, creo que fueron los más felices del ciclo escolar porque conocí a los demás compañeros, socializamos e hicimos amigos que nos ayudaron a perder el miedo; pero, sobre todo, para olvidarnos un tanto de mamá o papá y de la relación tan cercana que teníamos con ellos. La parte más difícil era estar fuera de casa por muchas horas alejado de la familia, quedarme con personas que no conocía y pensar que tenía que acostumbrarme a permanecer con un maestro que ahora era responsable de mí y de alrededor de 30 o más niños durante el horario escolar que era de 8 de la mañana a 1 o 2 de la tarde, lo que significaba pasar demasiado tiempo fuera del hogar sin poder jugar o reír a mi gusto, hacer las cosas que quisiera y principalmente tener que obedecer a una persona que no era ni mi mamá, ni mi papá y a quien los alumnos que estaban en la escuela antes de mí le decían maestra o maestro, director o directora.

Primeramente, para aprender a leer el maestro nos fue familiarizando con las letras del abecedario, de la “a” hasta la “z” con su sonido, en minúsculas y luego en mayúsculas que

debíamos aprender, no recuerdo de momento si por su sonido o por su forma. Posteriormente fue presentando las letras en pequeños pedazos de cartulina y pegándolas en la pared en orden, para que todos los días por la mañana, antes de iniciar la clase con las asignaturas de Español, Matemáticas, Ciencias Naturales y demás, repasáramos la a, b, c, d, e, etc. Esa parte era un tanto aburrida para mí, porque no le encontraba sentido a repetir muchas veces lo mismo, pero así fue hasta que nos aprendimos todo el abecedario de tanto repetir. Más adelante nos mostró las cinco vocales y el procedimiento no varió mucho, hasta que finalmente aprendimos. Así fue durante los primeros dos o tres meses del ciclo escolar; claro, también trabajamos con otras actividades y la escritura, por supuesto.

El tiempo transcurría, llegó el mes de diciembre y la hora de encontrarle sentido al aprendizaje de las consonantes y las cinco vocales, porque ahora nos tocaba unir las para formar sílabas como: ma, me, mi, mo, mu, pa, pe, pi, po, pu, y así sucesivamente hasta integrar familias de sílabas, con la finalidad de que entendiéramos la funcionalidad de cada una de ellas y por supuesto, de igual manera, repetir las hasta el cansancio de manera grupal y posteriormente pasar de manera individual frente al grupo a leerlas en el pizarrón o recitárselas al maestro frente al escritorio. Si acertabas qué bueno, de lo contrario te llevarías tus buenos varazos o golpes en los nudillos de la mano con la madera del borrador o en la cabeza.

Acepto que me costó bastante trabajo, pero poco a poco fui entrando al maravilloso mundo de la lectura, y por supuesto también de la escritura. Empecé a unir mis primeras palabras como papá, mamá, a leerlas, a escribir y a formar

los primeros enunciados: “Mi mamá me cuida”, “Mi papá trabaja en el campo” y “Ese oso se asea”. Paulatinamente fui escribiendo y leyendo enunciados más extensos relacionados con lo que hacíamos en la escuela o en las vacaciones de invierno o verano; así también aprendí a realizar las lecciones que venían en mi libro de Español y con el tiempo me empezó a gustar el fascinante mundo de la lectura y la escritura. Me sentía muy contento porque ya sabía leer, aunque fuera de forma entrecortada, deletreando y no de manera fluida, pero ya podía descifrar lo que decían algunos enunciados en los libros, anuncios de la escuela como los que aparecían en el periódico mural, los banderines de puntualidad y asistencia, y otros tantos más; por ejemplo, el cartel de las vacunas contra la tosferina y el tétanos que pegaba el personal del Centro de Salud.

El proceso de aprender a leer y a escribir estuvo motivado también por algunos relatos que mi padre nos contaba a mis hermanos y a mí después de haber terminado de hacer la tarea del día siguiente. Por las noches, antes de acostarnos siempre le pedíamos: —¡Papá, cuéntanos una de esas historias de terror!, y él nos contestaba: —Y ¿no les dará miedo al dormir? Todos al mismo tiempo respondíamos: —¡Noooo!, ¿verdad que no tienes miedo? —le preguntábamos a nuestra hermana de 5 años, Ruth (q.e.p.d), y ella asentía con la cabeza indicando que no se asustaría. Entonces nos acomodábamos muy bien: Rebeca con las manos en la quijada o en la cabeza, Levic alisándose los cabellos, mi hermana Ruth frotándose las manos y yo, por supuesto, esperando el cuento. Debo admitirlo, sentía un poco de miedo y empezaba a sudar, pero nadie decía nada al respecto; entonces mi padre con una

voz lúgubre iniciaba así: —Cuenta la leyenda que en un pueblo llamado Agua Zarca, hace mucho tiempo, cuando no había luz eléctrica y las casas se alumbraban con candiles⁴ de petróleo y otras con velas de cebo o hachones de ocote,⁵ a las personas que pasan cerca de un árbol de huamúchil a las doce de la noche se les aparecía un guajolote sin cabeza y los perseguía hasta a donde fueran, por ello no es bueno andar de noche en la calle, porque si se te aparece el guajolote sin cabeza te entra el aire malo y te da calentura. Algunos como Nicasio murieron a raíz de que le salió ese guajolote, otros dicen que es un espíritu malo y hay quien afirma que es el diablo. Todos los hermanos estábamos en suspenso porque imaginábamos cómo sería el guajolote sin cabeza, sólo con patas y cuerpo.

El relato de “Las mulas del Diablo”, que también nos contaba, hablaba de que cerca de la media noche, cuando pasaban él y sus amigos por San Pedro Mixtepec, en una vereda muy oscura donde se ocultaban los rayos de la luna por las frondosas capas de los árboles de chicozapote, de aguacatillo y otros más, escucharon a lo lejos fuertes carcajadas y animales que relinchaban. Aunque con temor poco a poco se fueron acercando, se escondieron atrás de los troncos de los árboles y lo que vieron los dejó atónitos, eran tres bonitas mulas que hablaban, reían a carcajadas y al hacerlo lanzaban fuego por ojos, nariz y trompa. Al ver esta escena, mi padre y sus amigos sintieron escalofríos y poco a poco se fueron retirando del lugar hasta ponerse a salvo y esperar los primeros rayos del sol para continuar su camino. Fue una experiencia muy

⁴ El candil es un aparato que se construye a partir de una lata o botella vacía con tapadera que se llena de petróleo y se le pone una mecha de tela. Estos se usaban para alumbrar las casas cuando no había luz eléctrica.

⁵ Hachón de ocote es un pedazo de madera de ocote que se prendía para alumbrar el camino o las casas cuando no había electricidad.

importante en la vida de mi padre, porque él fue arriero y transportaba en veinte mulas corozo, maíz, copra y ajonjolí, de Río Grande a Cacalote; de ahí viajaba a Juchatengo, a Sola de Vega y así llegaban los productos a la capital del estado de Oaxaca. La historia que vivó fue real y de alguna manera lo convirtió en narrador de relatos de las cosas que sucedían en esos tiempos.

Todo un mundo de fantasía a mis ojos

Cuando aprendí a deletrear los enunciados sin tantas pausas caminaba por las calles de Río Grande deteniéndome en los postes de luz para leer los anuncios publicitarios que pegaban informando de un baile, un jaripeo u otro tipo de cosas. A veces recogía algunos papeles o periódicos que estaban tirados en la basura o en la calle para saber qué decían; incluso cuando paseaba con mi madre, mi padre o mis hermanos los detenía para decirles: —¿Quieres que te diga qué dice ahí?, ¡ya sé leer! Me sentía muy contento y quería gritarle a todas las personas que ya sabía hacerlo, decirle a todo el pueblo mi gran noticia y mi madre, al ver mi entusiasmo sólo me decía: —Para eso te mando a la escuela, porque aunque yo no sé leer quiero que tu aprendas a hacerlo muy bien, pues lo vas a necesitar de grande para que sepas defenderte en la vida. Con esas palabras me motivaba a continuar esforzándome en perfeccionar mi lectura hasta dominar el arte de saber leer bien.

Los que me ayudaban en esta ardua, pero significativa tarea, eran mis hermanos mayores, mi ejemplo a seguir. Algunas veces apostaba con ellos a ver quién podía leer más fluido y por supuesto que ellos lo hacían mejor, pues ya habían

desarrollado esa habilidad. Lo cierto es que me faltaba un poco más y aún seguía deletreando al leer algunas palabras complicadas y sobre todo se me dificultaban los trabalenguas. Recuerdo que mis hermanos eran malosos y me ponían a leer el de los tres tristes tigres, esa era mi prueba de fuego porque tardaba mucho tiempo deletreando: —Tres tristes tigres tragaban trigo. —Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal, o —Pepe pecas pica papas, papas pica pepe pecas; simplemente no lograba hacerlo de manera rápida y continua; entonces ellos se reían, pero pensaba “algún día aprenderé, seré mejor que ellos y les voy a ganar”, ese era mi consuelo.

Cuando terminé el primer grado ya me creía un experto en la lectura. Quizá había acumulado muchas marcas de golpes, gritos y regaños de mi maestro porque no hacía lo que pedía, que aprendiera inmediatamente con sólo un repaso todas las letras, las sílabas o palabras; sin embargo, le había ganado la batalla al analfabetismo, ya había aprendido el significado de las letras, conocía su sonido, podía unirlos y saber qué decían.

El segundo grado no fue la excepción porque seguí repasando palabras, enunciados y hacía lecturas de textos cortos, pero ahora era con la maestra Clotilde, quien también usó la vara para hacernos aprender y poder controlarnos. En este tiempo mis pensamientos habían cambiado, ya no me importaba tanto si había castigos corporales o verbales, sólo me centré en aprender más de lectura y escritura, de Matemáticas, de Ciencias, Geografía o Historia, daba igual con cuál asignatura trabajáramos, lo importante era aprender más. Conocer y saber ahora eran un privilegio mayor al de antes cuando no sabía leer y no podía decodificar los signos y las palabras. Ahora ya estaba en ese mundo de las letras, de las

palabras, de los enunciados y de los textos completos que eran partes de un cuento, libro, novela, o cualquier material escrito. En pocas palabras ya sabía leer y escribir, quizá no como los buenos, pero ya estaba en el ambiente lector.

Todo un mundo de fantasía a tus ojos

A partir del tercero, cuarto, quinto y sexto grado, la lectura pasó a ser parte de mí, porque para poder entender todas y cada una de las actividades que se proponían en las asignaturas tenía que leer, comprender y actuar en consecuencia. Me concentraba con los libros de lecturas y los de Ciencias Naturales cuando proponían hacer experimentos e investigar en otros textos; a veces leíamos con los compañeros de la clase, otras sólo en el aula y en la casa con mis hermanos mayores.

En la escuela primaria los maestros me exigían que escribiera resúmenes, que redactara algunas composiciones a la bandera, a la patria o a algún héroe de la Independencia y que pasara a leerlas ante mis compañeros de grupo. En ese tiempo realizaba lecturas amplias de Geografía o de Ciencias Sociales y posteriormente escribía una síntesis o contestaba algunas preguntas. Con estas actividades mi lenguaje⁶ y expresión iban aumentando y desarrollándose.

Cuando inició el siguiente nivel escolar, que fue la educación secundaria, las cosas cambiaron, porque la lectura y la escritura estaban en todo momento. Primero porque ya no trabajaba con un maestro todas las materias, sino que en

⁶ Felipe Garrido afirma que el lenguaje nos permite nombrar al mundo, tomar conciencia, ordenar la experiencia, relacionarnos con nosotros mismos y los demás. La educación comienza en la esfera de las operaciones básicas de comunicación y de expresión: escuchar, hablar, leer y escribir. Por ello, mientras más suficiente sea una persona en el uso de estos dos sistemas paralelos, mejor capacitado se hará para cualquier actividad (1999, p. 9).

cada ciclo escolar tenía al menos siete u ocho docentes que impartían una materia cada uno. Esto implicó que en cada una de ellas leyera y escribiera. Por ejemplo, en la materia de Español leí *El llano en llamas*, de Juan Rulfo, que me hizo imaginar cómo eran las condiciones de vida en un llano, un paraje tan real y bonito que me hizo recordar parte de mi vida en compañía de la familia; o *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, quien se sueña en las batallas del desierto y muchas otras aventuras, la novela *La Navidad en las montañas*, de Ignacio Manuel Altamirano, que me hizo sentir el frío helado de ese contexto, el olor a resina y las montañas que me situaban en la sierra de Jocotepec, Zacatepec, Juquila o quizá el Cerro del Rey,⁷ las más próximas a mi pueblo.

La experiencia con la lectura me fue abriendo un camino más amplio y maravilloso, me interesaba conocer o hablar con escritores famosos, saber qué los había motivado a escribir sobre ese tema y a ponerle ese título a su cuento, novela o poesía, siempre pensé: “Cuando sea grande escribiré como ellos, con esas magistrales ideas y su habilidad para contar o narrar”, y ahora que redacto estas líneas siento que me falta mucho para igualarlos, pero en eso estoy.

Era el tiempo de los 12 o 13 años en adelante, la edad de la pubertad, de la adolescencia, el momento de encontrar y empatizar con algunas chicas, de sentir atracción y gusto por ellas, el tiempo de los recados, de las cartas de amor para ellas o para nosotros los varones de su parte; eso me motivó aún más a leer y a escribir frases de algún poema o canción de los

⁷ El Cerro del Rey es un lugar donde se encuentran vestigios de la cultura chatina. Por este sitio pasó el rey Casandoo y puede verse todavía una piedra enorme marcada con los cascos del caballo del rey. Es una de las montañas más altas cercanas a Río Grande.

grupos musicales del momento, “Los Terrícolas”, “Los Ángeles Negros” o “Los Pasteles Verdes”. Fui y soy un romántico de corazón, ahora no recuerdo si compuse para Adelina, María o Perla algunos versos de amor, pero siempre me gustaba escribir y acompañar el texto con algún dibujo de un paisaje o la cara de una chica de las telenovelas o novelas que leía.

En la escuela las cosas habían cambiado, la lectura obligada en principio se estaba convirtiendo en algo placentero, sin pensar que era parte de la tarea de alguna asignatura. La motivación fue creciendo y visitaba la biblioteca de la escuela a menudo para solicitar en calidad de préstamos *El Zarco*, *El principito*, *El periquillo sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi, *La Ilíada*, las *Fábulas* de Félix María de Samaniego o de Tomás de Iriarte, entre otros tantos más que se habían convertido en mis preferidos. En Matemáticas me correspondió leer los planteamientos de Pitágoras, lo mismo sucedió en Física, Química, Biología e incluso en Inglés nos hicieron leer y aprender de memoria la canción *Ríos de Babilonia*, que posteriormente cantamos en esta lengua en un festival de la escuela secundaria. En la asignatura de Historia, leí sobre la cultura egipcia, babilónica, fenicia y otras más que proponía el programa. Algunas veces lo hice en pares, otras tantas en equipo o de manera individual, según lo determinara la estrategia y metodología propuesta por el docente encargado de la asignatura.

El buen lector se hace, no nace

Toda esta actividad relacionada con la lectura intensa me fue motivando a disfrutar lo que en un inicio hacía por obligación.

Por ello le pedí a mi madre que me comprara algunas novelas como *Los bandidos de Río Frío*, *Hombrecitos* y otras más de bolsillo. Además, también leía *Las aventuras de Capulina*, el cuento de *Kalimán*, el hombre increíble, *Arandú y Toloamba*, *Rarotonga*, *Memín Pinguín* y *El llanero solitario*, literatura barata, decían mis maestros, pero eran las lecturas de esos tiempos.

Todo esto me arrastró y llevó a sumergirme en el fantástico mundo de la lectura, pero también de la escritura, porque para entonces dominaba las reglas gramaticales del español y ya hacía algunas composiciones como pequeños poemas, relatos de acontecimientos de mi vida en el campo o en el pueblo, en la playa o en el río.

La lectura... un gusto por aprender y enseñar, cosa de grandes

Durante mi paso por la formación profesional intensifiqué mi lectura de libros de pedagogía de Imideo G. Nerici, *Vademécum* de José Manuel Villalpando, los libros de Francisco Larroyo, el Origen de la vida de A. Oparin, temas de psicología de Wallon, Piaget, *Las controversias de las pedagogías* de Robert Gagné, *Bases psicológicas de la educación* de Morris Bigge y colaboradores; y muchos otros autores que me ayudaron para aprender lo que significaba trabajar con las asignaturas del plan 75 reestructurado de Educación Normal, mismo que me formó para ser profesor de educación primaria, pues aún no había un plan de estudios que marcara el nivel de formación de Licenciatura.

También leí a Carlos Fuentes, quien narra en *La muerte de Artemio Cruz*, la historia de un hombre que después de ser un

don nadie se convierte en el hacendado, el apoderado y cacique de la región para luego dañar a los pobladores rentándoles sus tierras a bajo costo y comprándoles su producción al precio que él determinaba, razón que motiva a los hombres de la población a ponerse de acuerdo y planear su muerte. Recuerdo *El bordo* de Sergio Galindo, donde se cuentan las situaciones y problemas que viven en esa época los pobladores de la región de Xalapa, Veracruz y las formas diversas en que logran salir adelante, y *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas. Todos esos libros me gustaron y los disfruté, pues llamaban mi atención y me mostraron cómo narraban los escritores.

Mi experiencia con la lectura, a partir de ser maestro

Ahora que soy maestro, mis deseos y aspiraciones con la lectura han ido cambiando y actualmente los temas que me interesan más son los relacionados con la metodología de la enseñanza y el aprendizaje, con la evaluación, la motivación y otras disciplinas de orden académico y autores como Piaget, Juan Delval, Cecilia Fierro, Emilia Ferreiro, Santos Guerra o María Antonia Casanova en evaluación y Carlos Monereo con las estrategias de enseñanza. Pero no dejo de leer otras fuentes como *El mundo y sus demonios* de Carl Sagan, donde el autor expresa con mucha nitidez que la visita de seres extraterrestres o de otros mundos, como creen algunos investigadores no es real, y que todos los avistamientos de platillos voladores o naves espaciales son una falacia o fantasía en el cerebro de los humanos.

Cuando me encuentro en servicio uso la lectura como una estrategia para motivar a mis alumnos a aprender más.

La primera Escuela Primaria donde trabajé se llamaba “Francisco I. Madero”, ubicada en San Francisco Loxicha, en la zona escolar 061, correspondiente a San Agustín Loxicha, con alumnos de 4º a 6º grado, quienes en su mayoría hablaban el español a medias y su lengua originaria era el zapoteco de la sierra. Para impartir la clase me apoyaba con un traductor quien establecía la comunicación con ellos y luego conmigo para desarrollar algunas estrategias como lectura robada, lectura individual o la caracterización de algún personaje de un cuento, novela o de las mismas lecturas del libro de Español; esas fueron mis herramientas para trabajar con la lectura durante los años de servicio en el nivel básico.

Posteriormente ingresé a estudiar a la Universidad Pedagógica Nacional, Subsede Río Grande, y el asunto de la lectura cambió un poco de forma porque entonces revisaba textos muy largos relacionados con la formación de los Licenciados en Educación, lecturas sobre Historia, Técnicas y recursos de investigación, Sociedad, Análisis del trabajo docente, Pensamiento y educación, entre otros tantos más, que de alguna manera me ayudaron a comprender de mejor manera la formación académica.

El tiempo pasó y fui invitado a ser parte del personal docente de la Subsede de la Universidad Pedagógica Nacional, ubicada en Río Grande. En ese momento me vi en la necesidad de volver a leer los mismos libros que cuando era estudiante, las mismas lecturas, pero ahora ya como maestro para poder desarrollar algunas estrategias con mis alumnos de primer semestre, tercero o quinto, según fuera el caso. Eso no apartó de mi vida otros tipos de literatura. La vida apasionada por la lectura seguía incrementándose.

En la Escuela Normal fui invitado a relatar parte de mi experiencia como estudiante del plan 75 reestructurado con un texto titulado: “Una visión retrospectiva en la formación de maestros en las escuelas normales: el plan de estudios 1975 reestructurado”, que es parte del contenido del libro *Apuntes monográficos del C.R.E.N. Río Grande, Oaxaca, para mi memoria*, del autor Vicente Velasco Hernández. Esta participación me motivó aún más a seguir encontrando en la lectura respuesta a las tantas preguntas que me hacía antes de leer, buscar otros estilos de escritura para poder entender la vida de los literatos, sus escenarios y sus ideales.

Con el transcurrir de los años, para ser exacto en 2019, como parte del equipo directivo del Centro Regional de Educación Normal, junto con las maestras María Guadalupe González Ruíz, Yuritze Martínez Baños, Ivette del Carmen Peralta Hernández y los maestros Fredy Giovanni Robles Rojas, Rúsbel García Ríos, Manuel Santos Santos y el Dr. Roberto Isidro Pulido Ochoa, como parte de un proyecto de relatos escribimos el libro *Voces de formadores de docentes. Relatos de una lejana Escuela Normal*, experiencia que me dejó muchos aprendizajes y satisfacciones en relación al gusto por leer, pero además por escribir, y creo que me ha servido mucho haberme sumergido en el fantástico mundo de las letras para poder enseñar la lectura y aprender también a escribir. Sé que son mis primeros pasos en este arte, pero poco a poco lo lograré; por tanto, mientras viva y pueda ver las letras seguiré leyendo y quizá también escribiendo. Una tarea muy bonita como docente.

REFERENCIAS

Braslavsky, B. (1962). *La querrela de los métodos en la enseñanza de la lectura*. Buenos Aires: Kapelusz.

Garrido, F. (1999). *El buen lector se hace, no nace. Reflexiones sobre lectura y formación de lectores*. México: Planeta.

Hernández, V. (2008). *Apuntes monográficos del C.R.E.N., Río Grande, Oaxaca para mi memoria*. México: SEP-INDAUTOR.

Ochoa, R. (2019). *Voces de formadores de docentes: Relatos de una lejana Escuela Normal*. México: Bibliógrafo Furtivo.

¡¡¡VOCES, QUE CUENTAN SECRETOS!!!

Fredy Giovanni Robles Rojas*

*El hombre que no escribe su historia,
está destinado indudablemente
al destierro de la memoria de los vivos*

ADN[†]

¡Hoy!, te manifiestas importante en mi vida, te traduces como enlace con los niños de mi pueblo, momentos de compartir con mi familia, compañera de mis viajes, y sobre todo me has enseñado que lo que encuentro en los libros son historias de vida de gente como yo.

Pensé que escribir sobre la presencia de la lectura en mi vida sería sencillo por lo que hoy significa. La memoria me traslada a la primera infancia y no descubro una sola imagen de mis padres, hermanos o abuelos, con un libro en las manos que compartieran para mí. Así que relataré, para quien me regala un momento de su tiempo, la historia que guardo con la lectura a lo largo de la vida y espero sea un momento ameno para ti. Antes, me presentaré por medio de las siguientes líneas:

Tu servidor, Fredy Giovanni Robles Rojas es originario de la región costa del estado de Oaxaca, de un humilde pueblo del Municipio de Villa de Tututepec, lugar que se identifica con el nombre de “Hidalgo”. Los años que se me han permitido vivir los he pasado de manera virtuosa en este apacible lugar,

* Profesor de Enseñanza Superior y subdirector administrativo del CREN de Río Grande, Oaxaca. Maestro en desarrollo de la motricidad y responsable de la Biblioteca Infantil “Barco de Papel”, Libros Para Pueblos A. C.

† ADN, es la forma que utilizo para firmar mis pensamientos y está compuesta por las iniciales del primer nombre de cada uno de mis hijos (Alessandro, Daniela y Nazareth).

junto a mi familia y amigos. Hoy me siento agradecido con el colectivo de docentes del Centro Regional de Educación Normal, de Río Grande, Oaxaca, por emprender el proyecto de la publicación de biografías lectoras, y por permitirme compartir el presente texto que lo divido en dos momentos: el primero, con el antes de aprender a leer y el segundo, sabiendo ya leer.

Antes de aprender a leer

Mis padres fueron los principales actores que alimentaron, a través del canto y las palabras de cariño, la etapa de descubrimiento de un mundo complejo por conocer. De voz de ellos supe que no tuve la oportunidad en casa de escuchar la lectura de un libro o al menos su exploración visual.

Hoy me senté frente a Constanca, mi madre, y me narró cosas interesantes de la infancia previa a la edad escolar, que sólo ella y mi padre guardan con precisión, acerca de mi relación con la práctica del lenguaje, que a la postre me llevaría a contar con los elementos necesarios para enfrentar el aprendizaje de la lectura.

Por voz de mi madre, hoy sé que mi primera infancia fue difícil, pues en los primeros meses de vida estuve enfermo, al punto de que la familia en general aguardaba en casa el momento de mi muerte. La comunicación y la necesidad del ser humano de expresar sus sentimientos, a través del lenguaje, hizo que en un momento de claridad y aceptación del hecho ocurrido mis padres, apegados a su fe en Dios decidieran llamar a un amigo de la familia que pudiera rociar en mí agua bendita como signo sagrado del bautizo que no tenía, pero que

mis padres deseaban darme como un último regalo de amor. Ricardo se llamaba el amigo de mi padre, quien esa noche posando su mano en mí y con agua bendita selló su bendición. Recuerda mi madre que a partir de ese momento mis labios se abrieron con el deseo de alimento, y aferrándome a ella me sostuve con vida y puedo hoy narrar para ustedes esta grata y significativa experiencia.

El dominio del lenguaje verbal fue un proceso tardado y difícil. El factor de apoyo o acercamiento a él, siempre fue la oralidad expresada por mis padres y mis abuelos. Los cuentos, las historias y recuerdos del ayer fueron mi fuente de inspiración. Escuchar y vivir el ayer aclarando mis dudas, para después comentar con mi hermana lo que nos habían contado, sirvió para la práctica y dominio del lenguaje.

Pausado, con el vaivén que traen los primeros años de un niño, pronto llegó la edad de ingresar al nivel preescolar, donde hubo la oportunidad de ampliar la práctica del lenguaje con actividades lúdicas-artísticas y se abrió la posibilidad de explorar el mundo de la palabra escrita que guarda la literatura infantil, que, acompañada de las ilustraciones de los textos cautivó mi atención, al igual que consigue hacerlo con mucho de los niños que la descubren; sólo que la escuela la limitó a la exploración individual y no en una actividad inclusiva como la lectura en voz alta, que hoy identifico como parteaguas para alcanzar el gusto por leer, como un acto que detiene el tiempo de quien de ella participa, permitiéndole poder ver pasar ante sus ojos las escenas vivas de lo que escucha, como si fuese actor principal y activo de la historia.

Esto lo constato cuando leo a Cassany (2006), refiriéndose al acto de leer como una actividad social rodeada

de dinamismo, inserta en contextos diversos con influencia en nuestro actuar como lectores.

La música es un recuerdo grato de esta etapa. Escuchar las canciones al llegar al preescolar era una invitación creativa a la escuela. Cómo olvidar la canción que decía algo así: “El palacio, el palacio, del rey número non, se engalana, se engalana, con una linda reunión”. Las notas de esta melodía resuenan en mis recuerdos y me hacen sentir la emoción viva del caminar hacia la maestra que con alegría nos solía recibir.

Me parece que sin duda alguna, el mejor recuerdo y elemento motivacional de aprendizaje en preescolar fue la música y la expresión corporal² que se realizaba con ella. El canto resultó muy interesante en este nivel, pues despertó y movió en mí fibras sensibles; ninguna para convertirme en un cantante, claro, pero sin duda fue un elemento de motivación y de unión con mis compañeros. La maestra del jardín de niños nos mostró que cantar repitiendo lo que ella entonaba ponía de manifiesto nuestras emociones, que la pena se reducía, nos relajábamos y estábamos más prestos a las actividades que posteriormente vivenciaríamos. Es por ello que entiendo a Vargas (2006) cuando hace referencia a que es difícil encontrar a un niño que no quiera cantar, en caso contrario, es importante indagar la causa que lo limita.

Si hoy tuviese la oportunidad de regresar al preescolar colocaría un mensaje en el buzón de quejas y sugerencias, donde le pediría a las maestras que me leyeran todos los días en voz alta y ¡que me atraparan con su voz y sus gestos!, que a través de sus palabras me llevaran a esos mundos que como niño deseas con ansiedad conocer.

² La expresión o lenguaje corporal es una de las formas básicas para la comunicación no verbal.

Lo más cercano a la lectura en voz alta en preescolar fueron los audiocuentos que se nos ofrecieron en espacios de esparcimiento; éstos me mostraron a Aladino y su afortunada vida al contar con un genio encerrado en una lámpara que cumplía los mejores deseos. Pude conocer también a ese niño de madera que por mentir, ¡le crecía la nariz!, así como cuando le nació cola y orejas de burro por no ir a la escuela. ¡Felices fueron esos días en preescolar!, recuerdos perdurables sin fecha de caducidad.

Tuve la dicha de cursar con mi hermana el nivel de preescolar, pues un año de diferencia nos separa por ser ella la mayor de los tres hermanos que somos en la familia: Mirna o Exmirna, como realmente se llama (por cierto, le disgusta su nombre), siempre ha sido más inteligente que yo, y permanentemente ha realizado sus labores de forma perseverante y con mucho esmero, por lo que es un ejemplo de responsabilidad hasta el día de hoy, muy contraria a mí en estos primeros años de vida.

Con ella puse en juego la habilidad en el manejo de la palabra expresada con emociones y hoy confirmo lo poderosa que puede llegar a ser si es utilizada correctamente; lo ejemplifico con la siguiente anécdota que para nada me enorgullece y mucho menos recomiendo: En el trayecto de la escuela a nuestra casa, que se encontraba en un cerro de la comunidad, convencía a mi hermana —creo que nunca con amenazas—, de entregarme el trabajo que había hecho en la escuela y recibir el mío para presentarlo a mi mamá, quien siempre me felicitaba y a mi hermana la reprendía por la mala calidad de sus tareas, a pesar de ser más grande que yo. Aún no he podido entender por qué mi hermana lo permitía, pero

seguro estoy de que fue un gesto de amor a su hermano, lo recuerdo y me trae mucha nostalgia.

Con la llegada de la edad para cursar el nivel de primaria experimenté la presión de conseguir un objetivo que no es del interés de muchos niños y que en ese momento ¡yo no lo tenía!, me refiero a ¡aprender a leer! Como arte de magia todo el mundo a tu alrededor se confabula para presionarte con que es importante conocer algo que nunca antes te dijeron que existía o que te motivaron por descubrir, pero que ahora que ya estás en la escuela primaria es obligatorio aprender.

Los métodos de descubrimiento del lenguaje en preescolar se convirtieron en mecanismos monótonos de repetición de letras y sílabas, que su pronunciación poco me emocionaba por aprender. Todo se sumaba a la incapacidad de entender y memorizar el nombre de una letra que se pronunciaba de una forma al estar sola, pero se transformaba cuando se unía con otra u otras.

El primer año del nivel primaria fue para mí un tormento, el principio de aprender lo que es un arte y una filosofía de vida me fue presentado por la escuela, la familia y la sociedad como un acto de obligación rodeado de medios poco atractivos, sanciones y experiencias de frustración y humillación.

Bajo el esquema de la escuela la lectura se me presentó como condición para la aprobación de grado, aspecto que no me preocupaba tanto porque me gustaba ir a la escuela, ya que era un lugar donde se podía jugar fútbol y comer cosas que en casa comúnmente no preparaban. Difícil fue enfrentar la burla, descalificación y comparación en relación con el resto de la clase, por la incapacidad de conseguir la pronunciación de algunas

sílabas. Dicha experiencia me frustró y dañó mi autoestima, y seguramente me prometí aprender en lo inmediato, pero seguro estoy que incumplí tal promesa conmigo mismo, porque terminé el primer año escuchando un mensaje de la maestra a mi madre que decía: “Doña Tancha, voy a pasar de año a Fredy ¡sólo por usted!, pero tiene que aprender en las vacaciones porque si no, en segundo lo van a reprobar”. El semblante de tristeza, preocupación y desconsuelo que reflejó el rostro de mi madre ¡jamás podré borrarlo de mi mente!, lo cual hoy me alegra, porque se ha convertido en un aliciente para mi crecimiento como lector.

La lectura o el objetivo de aprender a leer pasaron a ser obligación de mis padres en casa. Los métodos no fueron diferentes, sólo que ahora se acompañaban de regaños más abiertos y en ocasiones una que otra situación divertida con mi madre que aminoraba la desilusión de que no supiera. ¡Quería aprender!, no por el gusto de poder hacerlo, si no más por el deseo de quitarme de encima la presión que me seguía de no lograrlo. El libro *Jugamos a leer*³ inició su apoyo a mi madre en la difícil, pero muy difícil tarea de enseñarme la lectura.

En esta etapa tengo presente el acercamiento que hizo mi padre hacia el mundo de la imaginación por medio de la oralidad. ¡Fue fascinante escuchar a mi padre narrar para mi hermana y para mí las historias del conejo y el coyote! ¡Cómo olvidar al conejo!, que con una astucia impensable era capaz de engañar siempre al ingenuo coyote, ¡no lo podía creer!, pero me divertía escuchar que el susodicho coyote pudiera pasarse horas y horas sosteniendo una piedra que si era soltada acabaría con el mundo. No olvido la gracia de imaginar su

³ Libro de lectura que contiene sugerencias de ejercicios y actividades para niños de preescolar de 5 años y para primer grado de primaria.

rostro al darse cuenta de que sólo era un engaño más del conejo. Cada vez que mi padre nos narraba, sus palabras y su peculiar estilo nos mostraba un mundo increíble de personajes que traíamos como un elemento más de nuestra realidad. Fue y es una maravilla escuchar a una persona contar historias para entretenerte, divertirti y/o enseñarte. Son prácticas que deben impulsarse entre familiares, amigos y maestros, como un acto de amor hacia el otro.

Una tarde en la que después del trabajo tomaba su descanso, Zeferino, mi padre, nos sorprendió con nuevas historias a mi hermana y a mí. Apareció de pronto un hombre pobre que en busca de leña se refugió junto a sus burros y sorpresivamente escuchó los relinchos y cascos de caballos que se aproximaban a él. Pronto vio al jefe de los ladrones postrado frente a una piedra que al parecer era la entrada a una cueva diciendo las palabras mágicas: “Ábrete sésamo”, y así fue como conocí a Alí Babá y a los 40 ladrones.

Siento que al escuchar decir a mi padre que cuando él estudiaba había libros que guardaban este tipo de historias, fue el punto de partida para encontrar un sentido de la importancia de saber leer. Mi abuelo Ricardo también contribuyó con sus relatos que disfruté junto mi hermana. Acostado en su hamaca, mi abuelo narraba sus andares por los pueblos que recorría con su padre vendiendo mercería de Nachihui Sola de Vega, Oaxaca, por los senderos que lo llevaron a Río Grande.

En el trayecto de la educación primaria tuve la oportunidad de encontrar en el aula al profesor Juan Como Ramírez; un profé con una personalidad alegre que ponía de manifiesto el gusto por su labor. Lo menciono porque siempre encontraba la manera de acercarnos a los conceptos de trabajo

de una forma amena, con él avancé en el tema de la lectura y la expresión escrita, aunque quiero aclarar que permanentemente fueron mejores que yo mis compañeros en dichos temas.

El profe Juan, como le solíamos llamar, nos leyó en voz alta algunos textos que se encontraban en la biblioteca escolar o en los libros de texto gratuito, que correspondía estudiar en el grado en curso. El manejo de su voz tenía un volumen ameno, con entonación y forma de pronunciar las palabras adecuada, dicción, ritmo y fluidez impecables de acuerdo a lo que nos compartía, el modo especial que tenía para leernos sirvió como detonante para disfrutar de la imaginación que aterrizaba con la exteriorización de sentimientos y emociones. En ese momento conocí la otra cara de la lectura, la que causa placer y gusto por escuchar, la que enamora al lector y despierta el interés por descubrir.

En la última etapa de no saber leer y el principio de poder hacerlo, descubrí de la voz de mi maestro las primeras adivinanzas y lecturas como: “La tortuga va a una boda”, “Las mulas de carga”, “El asno y el lobo” de Esopo, “¡Ay, señora mi vecina!”, “El señor, el niño y el burro”, “La junta de los ratones” y “El rey Midas”, entre otros. Estos textos significaron un impulso importante para interesarme por leer en esta fase como estudiante.

Sabiendo ya leer

En esta etapa la práctica del lenguaje fue amplio, tuve la oportunidad de experimentar el arte escénico de la declamación y me encantó descubrir pensamientos de personas plasmados en los libros donde expresaban sentimientos y emociones

con palabras adulatoras, francas o recias, a quien dirigían su mensaje.

Encontré ternura y melancolía al escuchar “A los verdes prados”, de Lope de Vega en la voz de mi profe, que a su vez nos permitió timbrar “Versos sencillos” de José Martí y con ello experimentar lo que se vive en el interior del cuerpo cuando se recita para los demás.

La etapa del nivel primaria pasó con altibajos; bueno, más bajos que altos. Terminé con la calificación más baja de todos los que egresamos ese año, pero con una convicción segura de ser maestro y una perspectiva distinta sobre la lectura en comparación a las experiencias vividas en los primeros años de dicho nivel escolar.

La Telesecundaria y el Bachillerato en materia de lectura y escritura fueron prácticamente normales sin algo extraordinario que narrar, siempre utilizando estas habilidades para el trabajo y el cumplimiento de las obligaciones escolares.

No puedo dejar de reconocer la labor que realizó y la motivación que me proporcionó el Mtro. Margarito Carro Ramírez, con el que tuve el gusto de estar en segundo y tercer grado de la Telesecundaria en la comunidad de San José Manialtepec, siempre impulsándome a ser mejor a través del estudio con esmero y mucha disciplina, y más cuando le compartí mi intención de ser maestro como él. Le estaré eternamente agradecido por todo el apoyo brindado.

Si la escuela en esta etapa no marcó algo de significado en mi adolescencia, mi casa sí lo hizo. En aquellos años mi tío Eulogio, Ramiro, o mejor conocido en los bajos mundos con el apelativo de “El Chato”, le dio por darse de alta como soldado en el ejército. Antes de continuar mi relato los contextualizaré

un poco: Eulogio, que es su verdadero nombre y por motivos que desconozco todo mundo lo conoce por Ramiro o “El Chato”, es el hijo más pequeño de mis abuelos paternos y de una edad no muy lejana a la mía, sólo 12 años mayor que yo. Al enlistarse en el ejército vivía con su familia en el mismo terreno que compartía con mi abuelo, mi papá y mi tío Israel, cada uno en su propia casa. Recuerdo claramente su afición al ejercicio, las películas y a la lectura de *El libro vaquero*.⁴

Cada vez que mi tío salía franco, yo sabía que traería rentada una película mexicana de acción, donde aparecían actores como: Valentín Trujillo, los Hermanos Almada y Agustín Bernal, entre otros. Seguro estaba de que en su mochila guardaba las revistas del jinete sin fronteras *El Solitario* que jamás me las prestó para que las leyera, pues su contenido, según él, no era apropiado para mí y mi papá se enojaría si me las facilitaba. Entonces comencé a experimentar la lectura clandestina hurgando entre las pertenencias de mi tío, donde encontraba las tan ansiadas revistas que me permitían pasar momentos de entretenimiento.

Descubrí con este tipo de literatura no un crecimiento cultural o académico, pero sin duda fue un aporte enorme al gusto por la lectura y desarrollo de la imaginación. Recuerdo leer y volver a leer las dichas revistas, aunque después en el gusto de mi tío apareció *El libro semanal* que revelaban temas diferentes a las aventuras de *El Solitario* y las historias estaban más dirigidas hacia situaciones familiares o maritales que trataban temas como el del clásico marido desobligado, el hijo desobediente, entre otras. Además, estaban impresas en un formato en blanco y negro que en un principio no me

⁴ *El Libro vaquero* es una historieta mexicana ambientada en el lejano Oeste de finales del siglo XIX que se publica desde 1978 en la Ciudad de México.

gustó, pero tampoco podía reclamarle al dueño de las revistas ¿verdad? A la postre también se convirtieron en parte de mis gustos. Estoy consciente de que no es una literatura de provecho y que no entra en las recomendaciones que doy para adentrarse en el gusto por la lectura, pero una casa donde no había libros, una comunidad sin bibliotecas y mis ganas de leer para pasar el tiempo, fueron los principales elementos que me llevaron a refugiarme en ellas.

La mejor faceta como lector la experimenté al estudiar la carrera; por un lado, la lectura que siempre ha figurado en las escuelas, la que tiene que ver con los elementos curriculares y que se vuelve una obligación consultar en miras de acrecentar los conceptos que solicita tu formación; y por el otro la literatura que encontré en la biblioteca escolar.

Cierto día en la biblioteca del Centro Regional de Educación Normal, Río Grande, escuela donde cursé la formación de Licenciado en Educación Física, me encontré a quien con la expresión “¡Lo siento mucho!”,⁵ marcó con alegría para algunos y tristezas para otros, nuestra vida como estudiantes; me refiero a la Mtra. Guadalupe González Ruiz, quien desde entonces ha formado parte del cuerpo académico de esta escuela. Dicho sea de paso, es una de las responsables del desarrollo del trabajo de narrativa docente que impulsó la publicación del presente libro.

Regresando al tema, ese día compartió conmigo el espacio de la biblioteca que guardaba obras literarias que solía ella leer, como la que en ese momento tenía en sus manos, una novela de la escritora Harriet Beecher Stowe, *La cabaña*

⁵ Expresión verbal que utilizaba la Mtra. Guadalupe para decirle a sus alumnos que ya era demasiado tarde para entrar al salón o entregar la tarea (¡Lo siento mucho, ya es tarde para entrar al salón!).

del tío Tom. Su primera recomendación fue que conociera del escritor francés Julio Gabriel Verne, la obra que contenía dos grandes textos: *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La vuelta al mundo en ochenta días*. Verne, con ficción y aventura hizo viva su frase: “Todo lo que una persona puede imaginar, otras podrán hacerlo realidad”. A partir de entonces siempre llevé literatura conmigo.

El viaje de mi casa a la escuela y de la escuela a mi casa estuvo acompañado de lectura. Me siguió también de manera incansable Arthur Conan Doyle con las mejores historias de Sherlock Holmes, entre otras. El lugar donde vivo y de donde me transportaba a la escuela se encuentra a 20 minutos de Río Grande, así que durante el traslado que hacía en micros,⁶ aprovechaba para leer el libro que en su momento tenía.

Al egresar de la Escuela Normal tuve la oportunidad de ejercer mi servicio docente del 2005 al 2007, en la Escuela Primaria Bilingüe “Emilio Carranza”, de la comunidad de San Miguel Tetepelcingo, San Lorenzo, Jamiltepec, Oaxaca. En dicha escuela encontré una biblioteca escolar abandonada, con textos del acervo de los Libros del rincón, y en ella me refugié para pasar los tiempos prolongados sin actividad después de clases. Conocí títulos como el de C. S. Lewis con sus *Crónicas de Narnia: El león, la bruja y el armario*; Roald Dahl con *Matilda* y *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll fueron algunos textos para niños que me enamoraron de la literatura infantil y juvenil.

El gusto que generó en mí la lectura se vio reflejado en la comprensión de textos, amplitud de léxico y argumentación; esto me motivó a compartir con otros la filosofía de una vida

⁶ Nombre más común o regionalismo que se le da al vehículo diseñado para transportar numerosas personas a través de carreteras.

acompañada de lectura, concluyendo que las bibliotecas son espacio donde emanan acciones que impulsan la lectura y la escritura.

Leer continuó siendo parte de mi vida. Hacerlo por placer me mostró el mundo que se me ocultó en mi infancia y descubrí que la lectura se alimenta con cada texto que decido tomar o me sugieren, pero nunca me lo imponen. Hacer algo que disfrutas llena de significado tu vida.

La lectura por placer y el encanto que consiguió hacer conmigo la literatura infantil-juvenil, despertaron nuevamente y con más bríos la intención de compartir con los más jóvenes de mi pueblo el gusto por leer y escribir, a través de un espacio como lo es una biblioteca.

Mientras buscaba los medios para conseguir un sitio de esta índole, comencé en el año 2007 a compartir con mi hijo Alessandro, recientemente nacido y mi esposa, momentos de lectura que nos permitieron convivir en compañía de los libros. Al año y medio se integró mi hija Daniela y hace cuatro se anexó el pilón de la familia, Nazareth, quien comparte la lectura desde antes de abrir los ojos a esta vida.

El siguiente hecho es muy valioso y lleno de significado en mi vida lectora: 23 años después de haberme acercado a la lectura desde una visión diferente, el profe Juan Como figuró nuevamente compartiendo la información que había estado buscando y que él sabía que era de total interés en los proyectos para nuestra comunidad. Me hizo llegar el contacto de una asociación que se denomina “LIBROS PARA PUEBLOS, A. C.”, que promueve en el estado de Oaxaca la creación de bibliotecas en comunidades, escuelas y busca aumentar el acervo en las municipales que presentan carencia

de literatura infantil. A partir de que dicha asociación nos brindó la oportunidad de tener una biblioteca infantil, siete años he tenido la dicha de compartir con niños y jóvenes actividades que fomentan el placer por la lectura y la escritura. Este tiempo me ha permitido vivir experiencias gratas con los más pequeños del pueblo, a quienes con amor y aún con mis limitaciones he intentado siempre acercarlos al mundo de la literatura, con visión de libertad y no de esclavitud para leer por placer y no por obligación.

Leer en voz alta para un grupo de niños que me ha acompañado desde preescolar hasta el nivel de secundaria es una satisfacción increíble, pues he podido compartir con ellos lo que a lo largo de mi vida me ha enamorado de los libros. Sin duda, ellos han crecido con el concepto “biblioteca” y es parte ya de sus vidas. Me alegra prestarles libros y escuchar que se recomiendan títulos que ya han leído.

Así como los libros que han llegado a nuestra biblioteca alegran, forman y recrean a los niños, lo hacen también conmigo muy a menudo. Abrir las cajas donadas que contienen los libros de ese año nos llena de vida y derrama alegría que motiva el deseo por palpar, oler y sentir la textura del libro nuevo.

Entre los textos que nos ha donado la A. C., encontré títulos como los de Cornelia Funke con su trilogía *Mundo de tinta* que me atrapó por semanas en un universo de hadas y nomos, descubriendo el poder de la voz que al leer podía llevar y traer personajes de un libro a la vida real o viceversa; *Sinfonía de Coram* de Jamila Gavin me estremeció al conocer las atrocidades que pueden llegar a cometer las familias por cubrir las apariencias ante la sociedad, a pesar de que

conlleven a la muerte de su propia sangre; o viajar a conocer la experiencia que vivió la antigua China con la ley de un solo hijo en la obra *Enigma asiático*, escrita por Carolin Philipps. Y qué decir del placer de leer las diversas obras de uno de mis autores preferidos de la literatura juvenil, Kevin Brooks que me enamoró con *Candy*, me emocionó con *Martyn Pig*; las aventuras de *Lucas* o la interesante vida de *¡Boy!*; así como su última obra que leí, *Miedo*. Han sido muchas las horas que la biblioteca con sus libros me ha regalado a lo largo de este proceso de interacción. Me he forjado como lector entre las paredes de este espacio leyendo para mí y para los niños.

Actualmente los niños y jóvenes reúnen textos en un libro al que denominan “Secretos de mi pueblo”, donde crean con sus letras anécdotas, leyendas o historias que al ser contadas y escritas se plasman como elementos de identidad de nuestra comunidad. Entre los que han investigado se encuentran: Francisco, Andrea, Alessandro, Daniela, Valeria, Noé, Eduardo, Estefany, Pablo, Ximena y otros más que aún faltan por aportar su historia que permitirá ir construyendo el rompecabezas del ayer de nuestro pueblo.

El contacto con los niños, los libros y la literatura avivaron el entusiasmo por escribir, acto que durante gran parte de mi vida he disfrutado por permitirme expresar emociones a través de la escritura. Obras de arte siempre serán las cartas que escribí a mi novia, quien hoy es mi esposa, las notas o poemas que me inspiró y le dediqué siempre serán lo mejor por la expresión de los sentimientos que nacen del corazón. Sentarme a escribirle con palabras que pudieran enamorarla fueron y son actos placenteros, donde las palabras de los autores de los libros que he tenido la oportunidad de

leer se acumulan en mi mente y dan forma a la expresión de pensamientos que viven en mí.

Escribir para el público infantil es uno de mis más grandes gustos, y junto a mi hijo Alessandro he redactado algunos textos que le solicitan en su escuela, pero fue hasta que encontré el apoyo de un curso a distancia denominado: “Cómo escribir para niños y jóvenes”, que acertadamente coordina el escritor Elman Trevizo, a través de la Editorial Cleta, que viví la experiencia y me permitió tener un panorama mayor de la literatura infantil y juvenil, dentro y fuera de nuestro país. Encontré en él herramientas de autores que pueden ser aplicables en los escritos que realizo y sobre todo escribir mis primeros textos dirigidos a los niños y jóvenes. El trabajo que se desarrolla en este curso me permitió explorar mis habilidades en este tipo de redacciones, por lo que me encuentro eternamente agradecido con Elman Trevizo, pues me acompañó en esta faceta de aprender sobre la escritura infantil.

Hoy la vida me ha llevado a tener la fortuna de haber participado en la publicación de un libro denominado *Voces de formadores de docentes. Relatos de una lejana Escuela Normal*, en el que plasmo un hecho pedagógico sucedido en las aulas del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca. Como segunda experiencia participo con la publicación de la obra que tienes en tus manos, donde un grupo de docentes compartimos secretos de nuestras vidas que hasta hoy pocos sabían y me llena de alegría poder hacerlo.

Actualmente trabajo en un proyecto de escritura en la comunidad donde radico, que tiene la intención de reunir la historia, leyendas y costumbres del pueblo. Pienso que para

perdurar en esta vida efímera, la escritura es una de las llaves que abren el mundo del recuerdo y lo hacen vivo en el presente. Quiero legar a los niños y jóvenes la historia de su pueblo, que vivan el ayer, que encuentren identidad en el texto que lean, que existan los viejos y su pasado en las letras que se tracen en mi escrito, que se olviden de mi nombre, pero no sus raíces. Espero tener la oportunidad y los medios para publicar los resultados en un libro.

La lectura y la escritura me han dado identidad, soy el lector y el escritor que ha sido formado por lo que ha leído y escrito hasta el día de hoy. Tengo una misión muy clara en cuanto a la formación de niños y jóvenes lectores de mi pueblo y buscaré posteriormente el reto de motivar a mis alumnos de licenciatura a que escriban sobre la Educación Física, que se permitan descubrir el mundo de la narrativa y la influencia de contar sus experiencias de vida, pues nuestros recuerdos se encuentran en la memoria esperando la oportunidad de que una voz cuente los secretos guardados para que los demás nos alegremos al leerlos.

Son estas líneas con las que concluyo el presente texto que me permití compartir hoy contigo, alegre de poder recordar y volver a vivir cada palabra plasmada; muchas otras se escriben en el libro de nuestras vidas que con fortuna Dios nos permita extraerlas, para narrarlas en las hojas de otra obra.

REFERENCIAS

Cassany, D. (2006). *Tras las líneas: sobre la lectura contemporánea*. Barcelona: Anagrama.

Español, lecturas, segundo grado (1988). <<https://historico.conaliteg.gob.mx/>>.

García, G., y Torrijo, E. (2004). *Juegos para fomentar la lectura*. México: Cuarzo.

Valero, J. (1989). *La escuela que yo quiero*. México: Progreso.

Vargas, D. (2006). *Música y literatura para niños*. Costa Rica: EUNED.

U MOOTS XOOK YÉETEL TSÍIB

RAÍCES DE LA LECTURA Y ESCRITURA

Yuritze Martínez Baños*

*La lectura hace al hombre completo;
la conversación ágil y el escribir, preciso.*

Sir Francis Bacon

Mi nombre es Yuritze Martínez Baños y narraré en este relato cómo es que fui adquiriendo la lectoescritura, acción que a decir verdad nunca antes me había puesto a analizar y que tiene gran significado para todo ser humano, aun cuando muchas veces no lo hacemos de forma consciente, pero que involucra elementos de orden superior como el pensamiento, lenguaje, atención y memoria, entre otros, que sin duda alguna te transportan a diferentes mundos y realidades.

El proceso de adquisición de la lectura me lleva a recordar el método por el que el filósofo Sócrates hacía que sus discípulos accedieran al conocimiento, y que fue llamado “mayéutica”; es decir, parto espiritual, aprender a leer es algo a lo que todos podemos o deberíamos acceder, aunque algunos autores piensen que adquirir el lenguaje, y por tanto leer, tiene que ver con ciertas etapas del desarrollo y procesos neurológicos, pero yo lo asemejo a un parto, pues desde los estímulos de oralidad hasta el contacto con las primeras letras, la mayoría de los niños, un día sorprendentemente logran

* Licenciada en Psicología Familiar por el Colegio Superior de México, con maestría en Intervención Educativa por la Universidad Intercontinental Insurgentes Sur México, entre otros cursos y diplomados. Docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, en asignaturas con perfil psicológico y trayectos psicopedagógicos.

conjuntar las letras y pronunciar la palabra, lográndose entonces la producción o génesis de la lectura.

Al parecer es un proceso que se puede adquirir a lo largo de toda la vida, tan es así, que en nuestro país se creó en 1981 el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), el cual tiene como objetivo la alfabetización de personas mayores de 15 años en adelante; sin embargo, hace algunos años que estuve trabajando en el DIF¹ Estatal, recuerdo que me tocó visitar el Municipio de Santa María Mixtequilla, ubicado en la región del istmo, en donde existía una casa de día para adultos mayores donde realizaban diversas actividades, y una de ellas era aprender a leer. Varios de ellos lo lograron y considero que sería interesante conocer sus experiencias y motivaciones.

Les comparto que nací en Toluca, en el Estado de México, debido a que mis padres laboraban en esa ciudad. Después de mi nacimiento radicaron dos años más en ese sitio y luego solicitaron su cambio a la costa de Oaxaca, de donde ambos son originarios. Como era muy pequeña, no tengo en la memoria registrado ningún recuerdo de ese lugar; sé cómo era físicamente por algunas fotos que aún conserva mi madre, pero no tengo idea de cuándo comencé a hablar, ni de mi contacto con libros.

Después de que nos mudamos a la costa de Oaxaca, en específico a la agencia de Río Grande, al cumplir los tres años de edad, mi madre me envió al Jardín de Niños “Macedonio Alcalá”, ubicado en la Comunidad de San Pedro Tututepec, Juquila, Oaxaca, de donde ella es originaria, dejándome a cargo de sus padres. Ahí cursé el primero y segundo año. Las

¹ El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia es una institución pública mexicana de asistencia social, fundada en 1977, que se enfoca en desarrollar el bienestar de las familias mexicanas.

actividades que hacía tenían todas que ver con desarrollar la motricidad fina y gruesa pintando dibujos y acomodando semillas o bolitas de papel dentro de los mismos, aunque no recuerdo haber visto las vocales o los números.

Para el tercer año mi madre me llevó con ella a Río Grande, donde trabajaba, y culminé la etapa en el Jardín de Niños “Federico Herbart”. Tampoco recuerdo haber tenido contacto con las letras hasta que ingresé a la primaria, donde probablemente sí me enseñaron las vocales, pero mi memoria por algún motivo eliminó esas imágenes.

Aunque mi padre era docente en la Escuela Normal, acto que desconocía y que supe hasta que iba en la primaria, porque no vivió conmigo más que mis primeros dos años de vida, tampoco me indujo al mundo de las letras, que eran completamente desconocidas para mí.

Mi madre trabajaba en el Servicio Postal Mexicano todo el día, y no tenía tiempo para enseñarme, motivo por el cual decidieron enviarme nuevamente a estudiar la primaria con mis abuelos maternos a San Pedro Tututepec. Los motivos de ello, según me cuenta mamá, fue porque no le alcanzaba para mantenernos, así que llegué a vivir en primer grado a ese lugar.

La maestra de primero se llamaba Elsa, aún tengo un grato recuerdo de ella, pues me gustaba su forma de enseñar. El primer día que asistí estaba muy emocionada, llevaba mis cuadernos de forma italiana, colores, lápices y mochila nueva. Descubrir la primera letra estuvo bien, la docente nos mostró cómo se escribía y pronunciaba, usó imágenes de objetos para poder identificarla con mayor facilidad, realizamos planas de la misma y dejó de tarea algunos ejercicios, lo único que no

me gustó fue que un compañero era grosero y me molestaba diariamente.

Como estaba a cargo de mis abuelos, al regresar de clases tenía que quitarme el uniforme e ir a llevarle de comer a mi bisabuela materna, con quien platicaba por varias horas. Me agradaba estar en su casa y escuchar las historias de su vida, tenía mucho que decir, pues había nacido en 1900 y le gustaba relatarme sucesos que ocurrieron en la revuelta; es decir, en la Revolución Mexicana, que fue una época de gran incertidumbre, pues las calles de Jamiltepec estaban abarrotadas de soldados que en realidad eran campesinos que se habían unido a la lucha encabezada por Zapata y Madero; como iban armados provocaban temor entre la población de Jamiltepec, de donde ella era originaria, y aunque era una niña sabía que debía esconderse, porque de no hacerlo los soldados se las robaban, las hacían sus mujeres y los padres en general no podían hacer nada para defenderlas, debido a que los otros llevaban escopetas.

Mi bisabuela fue huérfana, y cuando su mamá falleció se quedó a cargo de una tía hermana de su madre, junto con un hermano menor que ella. Aunque tuvo muchas carencias, la tía le enseñó muchas cosas que toda mujer de esa época debía saber, como cocinar, bordar, lavar, etcétera.

Me relató que se casó a los 16 años y cuando lo contaba se reía, pues no le parecía que estuviera muy joven para ello; al novio no lo conocía, pero la fue a pedir a su tía, quien dio la autorización, a pesar de que era un hombre de 45 años aproximadamente, viudo y con hijos.

Siempre me contaba que había sido muy feliz con el difunto “Goyo”, así le llamaba a su esposo, que fue muy bueno

con ella. Tuvieron seis hijos, dos varones y cuatro mujeres, desgraciadamente mi bisabuelo falleció y ella, al enviudar, tuvo que hacerse cargo de sus niños que eran pequeños, y fue difícil porque se encontraba sola, y aunque su esposo había dejado terrenos y ganado, era preciso trabajarlos para salir adelante y poder sostener a la familia.

Diariamente se tenía que levantar de madrugada para moler maíz, hacer tortillas y el desayuno para todos, después se iba al campo a trabajar como hombre. En una ocasión me platicó una anécdota terrible que le sucedió, un día que estaba cortando leña y no calculó la distancia mutilándose el pie con el machete; inmediatamente salieron chorros de sangre, estaba asustada, pero afortunadamente se curó y no hubo pérdida de dedos, aunque la evidencia fue una cicatriz que le quedó y que me mostraba cada vez que me volvía a relatar el suceso.

Cuando regresaba de casa de mi bisabuela me sentaba a comer y posteriormente mi abuela Remedios me ordenaba hacer la tarea; una vez terminada me indicaba ponerme a leer. Decía que debía estudiar para ser una persona exitosa en la vida y llegar más lejos que ella que sólo pudo ir a la escuela hasta cuarto grado. Contaba cómo los maestros de antes eran muy buenos y estrictos, además de que les pegaban a sus alumnos si no hacían las cosas bien, pero aprendían no sólo a leer y a escribir únicamente en letra cursiva, sino que también les enseñaban bordado, tejido, cocina y operaciones matemáticas que realizaban mentalmente. Desgraciadamente, luego de cuarto año no había más grados que cursar, al menos en esa comunidad.

Mi abuela siempre me impulsó a efectuar las cosas de forma autónoma; en esos tiempos la familia no ayudaba a

los hijos o nietos a realizar sus actividades escolares, pues lo consideraban obligación de los niños; así que sólo me daba las indicaciones, y aunque era pequeña obedecía y me encargaba de lavar mi ropa, los trastes, y realizar quehaceres de la casa después de clases; era importante apoyar en casa con tales actividades.

Mi abuelo fue como mi padre, gran parte de lo que hoy soy me lo enseñó él, quien decía que siempre debía saludar a donde quiera que fuera, porque esos eran modales de buena educación, al igual que dar las gracias por todo. Él fue un hombre muy bueno, trabajador y apoyaba a las personas sin esperar nada a cambio. Mi abuela, por su parte, me indicaba tener un buen vocabulario, decía que las mujeres no deberían pronunciar palabras altisonantes pues era vulgar y se veía mal.

Como mis abuelos viajaban constantemente a la ciudad de Oaxaca, ella me enseñó un poco de cocina, pues decía que las mujeres debemos saber hacerlo para no morirnos de hambre y ser independientes.

Volviendo a la escuela, recuerdo que un día revisábamos la letra “i”, haciendo planas, cuando la terminé rápidamente y la maestra se sorprendió.

En las clases siempre había que hacer planas y más planas de cada letra del alfabeto y actividades de reforzamiento, así que para septiembre y octubre varios compañeros ya sabían leer. Eso me estresaba un poco, y cuando mi abuela me pidió una tarde que leyera un libro no entendía nada, sólo veía muchas palabras que no sabía qué significaban y reconocía algunas letras, pero no todas; entonces me puse a llorar sintiéndome frustrada por no saber ese nuevo lenguaje, me

parecía que era demasiado complicado adquirir la lectura y que tal vez no lo iba a lograr.

Para el mes de noviembre comencé a leer, fue una gran emoción poder descifrar todo lo que veía escrito; al principio lo hacía deletreando, pero conforme transcurrió ese primer año mi lectura tuvo mayor ilación, al igual que aprendí los números, y a sumar y restar.

Entonces pensé que para qué existían más grados si ya era suficiente con leer y saber las operaciones básicas, pero conforme fui avanzando de nivel aumentó la complejidad de los contenidos y comprendí que había mucho más por aprender; de hecho, las matemáticas se me complicaba un poco y ahora entiendo que la educación básica es esencial, ya que si no adquieres de forma adecuada esos aprendizajes, la secundaria se complicará y así sucesivamente; a decir verdad, en esos momentos yo no me hacía estos planteamientos metacognitivos de para qué tenía que aprender lo que me enseñaban o en qué me serviría.

Cuando había adquirido el proceso de lectoescritura, mi abuela, después de realizar mis tareas, me ponía a leer un rato el mismo libro de lecturas todos los días. En realidad ya me había aburrido, porque me sabía de memoria las lecciones de todo el libro, pero ella indicaba la misma actividad diariamente.

A veces me permitía ir a jugar a casa de mis amigas, aunque prefería que ellas fueran a la mía a jugar a las encantadas o a las siete vidas, porque decía que lejos de casa uno no sabe qué puede pasar; también me prohibía jugar con hombres porque consideraba que eran groseros. El tiempo para la diversión también estaba cronometrado y era muy estricta con ese asunto, pues tampoco era posible pasar toda

la tarde jugando, había que cumplir con actividades de la casa como barrer, lavar los trastes y regar las plantas.

Una vez terminadas las obligaciones me bañaba y me iba a dormir a casa de mi bisabuela para acompañarla, pues era una mujer de avanzada edad y vivía sola. Recuerdo que antes de descansar me ofrecía café que ella misma tostaba y molía, bastante cargado, acompañado de una pieza de pan. Si era lunes, a las ocho de la noche en punto prendía su televisión, que en ese tiempo era en blanco y negro, para ver el *Chavo del 8*, luego se sentaba a uno 20 centímetros de la pantalla, ya que sólo veía con un ojo, en el otro había perdido la vista y aunque le realizaron cirugía en ambos, sólo pudo medio rescatar uno. Reíamos juntas con las ocurrencias de Chespirito y después del programa íbamos a dormir, no sin antes indicarme que prendiera una veladora a sus santos que eran muchos, en especial a San Antonio de Padua que era de madera y tenía casi 100 años en ese tiempo. Al otro día temprano me levantaba para irme a casa de mi abuela, regar sus plantas, desayunar y cambiarme para ir a la escuela.

En primer grado escolar obtuve un promedio general de 10, lo cual me puso muy contenta, jamás pensé que pudiese lograrlo, pero fue el fruto de mi constancia en el cumplimiento de las tareas escolares y extras que realizaba por las tardes en casa.

La maestra era estricta y básicamente se hacían actividades de memorización y aprendizaje mecánico muy puntual de las reglas gramaticales; recuerdo que nunca había suspensión de clases, únicamente en días festivos y teníamos muchos meses de vacaciones, pues en junio finalizaba el ciclo escolar e iniciaba hasta septiembre.

Para el segundo grado de primaria llegó a la escuela un nuevo maestro de nombre Miguel, era muy activo y reforzó aún más nuestra lectoescritura. El primer día dejó de tarea unas palabras con la letra “B”, yo me esmeré en escribir correctamente y realizar letras muy bien hechas, pero al siguiente día envió un citatorio a mi abuelita diciéndole que nadie debía hacerme la tarea. Se lo comenté a mi abuelita, fuimos a conversar con el docente y ambas le explicamos que nadie me ayudaba, pero no lo creyó, eso me desmotivó un poco, y después trataba de hacer regulares las letras para que el profesor no pensará que alguien más las realizaba.

Ese año fui mejorando mi lectura, ya que al docente no le agradaba que se deletreara. En ese tiempo, en casa había muchos libros de cuentos de Disney que mi tía había dejado cuando se fue a vivir a la Ciudad de México, y me interesé por leerlos. Fue así como conocí la historia de las princesas como *La bella durmiente* y *Blanca Nieves*, *Simbad el marino*, *Los músicos de Bremen*, *Los siete enanos*, y *Cenicienta*. En algunas ocasiones le pedí a mi madre que me comprara *Memín Pinguín* que era bastante simpático, *Archie* y las revistas de *Barbie*, la muñeca que toda niña quería tener, entre otras más que ya no recuerdo, mi interés por conocerlos hizo que los leyera, pues nadie me indicaba hacerlo.

El tercer grado transcurrió sin novedad, la docente era tranquila y lo único nuevo fue aprender las divisiones.

En el cuarto año tomé clases con un maestro que era catalogado como muy enojón y se caracterizaba por pegarle a los niños que estaban irrumpiendo la clase o que no trabajaban, les daba con la regla gruesa del juego geométrico en las manos o con varitas de tamarindo. Fue un poco tedioso y aburrido

ese año, pues lo único que hacía el profesor era ponernos a copiar las lecciones más largas del libro de Español de lecturas, indicando cuántos errores serían los mínimos que aceptaría al escribir con lapicero; si teníamos más volveríamos a iniciar la escritura del texto, por ello debíamos concentrarnos en copiar correctamente. Empezó permitiendo 10 errores, hasta que un día no aceptó ninguno más. Además de esa actividad diaria resolvíamos multiplicaciones que copiábamos del pizarrón. Era una didáctica muy aburrida.

Del quinto grado no recuerdo nada importante y en sexto llegó una docente con la que me encariñé; de hecho, es de Río Grande, su nombre es Jenny Gómez Arroyo. Era una maestra activa y comprometida con su labor docente, estaba recién egresada y tenía toda la disposición, era paciente, motivadora y siento que ella también me apreciaba, yo necesitaba ese impulso y me esforzaba por dar lo mejor de mí. El no vivir con mis padres me hizo una persona más sensible, por ello su apoyo fue de gran relevancia en mi vida.

En la clausura del ciclo escolar me solicitó ser la portavoz del último discurso dirigido a la generación; aún recuerdo el título de ese escrito que ella misma elaboró: “Corazones no tan solo cabezas”, que hacía referencia al lado humano de los alumnos y no sólo el de aprendices; sin duda fue muy emotivo culminar el ciclo de educación básica.

Después de cerrar esta etapa me fui a estudiar a la ciudad de Oaxaca e ingresé a la Secundaria Técnica No. 85. Admito que al principio me costó trabajo adaptarme, pues el contexto urbano era totalmente diferente al rural, de donde yo venía, y aunque en el nivel de primaria obtuve un promedio de 9.6, el primer año de secundaria fue muy complicado, la exigencia era

mayor e iniciar la etapa de la adolescencia me tenía confundida y distraída, así que casi no realizaba tareas y las matemáticas se me dificultaban mucho; en segundo y tercero mejoré, mi tío, que era mi tutor platicaba frecuentemente conmigo y me apoyaba en lo que no entendía, aunque no me permitía salir, así que gran parte de la tarde me gustaba ver televisión y lo hacía por horas.

Mis primeros contactos con los libros fueron con la literatura de Carlos Cuauhtémoc Sánchez. Mi hermana mayor, que estudiaba la preparatoria, empezó a leer ese tipo de bibliografía y platicaba que eran interesantes, por lo que de igual manera empecé a hacerlo.

Inicié con *Volar sobre el pantano*, posteriormente *Juventud en éxtasis* 1 y 2, finalmente *La fuerza de Sheccid*, me agradaban porque eran motivacionales y colmados de sugerencias para superar las dificultades. En esa época leí poco, pues no estaba tan motivada para hacerlo y sólo esos me llamaron la atención.

Recuerdo que cuando ingresé al nivel medio superior en el COBAO leía más, sobre todo en la asignatura de Filosofía. Tenía un maestro muy exigente y su estrategia consistía en que si no leías los textos a revisar en clase te retiraba de ella, así que todos lo hacíamos. Me encantaba conocer los orígenes del pensamiento, desde los presocráticos y Sócrates, hasta culminar con Kant, John Locke y demás. Debo reconocer que fue al inicio por obligación más que por gusto, pero me agradó conocer las diversas cosmovisiones.

En la asignatura de Literatura, el docente nos dejaba leer varias novelas y hacíamos diversas actividades de aprendizaje dependiendo de la lectura; fue así como conocí a Juan Rulfo con *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*, a Elena Poniatowska

con *Lilus Kikus*, a Edgar Allan Poe y *El gato negro*, a Franz Kafka con *La metamorfosis* y *El artista del hambre*, a José Emilio Pacheco y las *Batallas en el desierto*, a Gabriel García Márquez y *Cien años de soledad*, finalmente a Ángeles Mastretta con *Mujeres de ojos grandes*, aunque la lectura la hacía porque era necesario para acreditar la asignatura. Conocer las historias de los autores citados me permitió comprender sus visiones del mundo y me di cuenta en ese momento de que ese era el tipo de lectura que me atraía, conocer estos clásicos fue muy agradable.

De igual forma me impactó la asignatura de Etimologías Grecolatinas, aprender el alfabeto griego y las raíces latinas ha sido trascendente en mi vida, pues cuando no sé el significado de una palabra la derivo y puedo comprender de qué se trata, en realidad creo que tengo cierta obsesión por derivar palabras; bueno, las que aún recuerdo, pues muchas ya las he olvidado, pero en cuestión de lenguaje me parece relevante tener estos conocimientos, aunque desafortunadamente no en todas las escuelas de nivel medio superior todavía imparten la materia, dejando de lado que conocer las raíces de las palabras nos ayuda a la comprensión de nuestra lengua, que en especial está compuesta por el latín y el griego. Recuerdo que la profesora que la impartió era muy exigente, por lo que me esforzaba al máximo por aprender las raíces, ya que desde un inicio observé su relevancia en el lenguaje cotidiano.

Para el nivel superior elegí estudiar la licenciatura en Psicología Familiar, después de haberme salido de la facultad de medicina de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, porque esa carrera no me agradaba. Mis padres aceptaron que me cambiara de carrera, aunque se pusieron

tristes porque tenían la ilusión de tener una hija médica y sólo por esa razón había presentado el examen, para darles gusto, pero durante el curso propedéutico me convencí de que definitivamente no era lo mío, por lo que antes de perder un año o semestre se los confesé apoyándome en lo que me gustaba, y con mucho esfuerzo ingresé a la licenciatura con toda la actitud y esforzándome al máximo para no defraudarlos.

La licenciatura me encantó, así que todo lo que tuviera que ver con ella lo leía; es importante mencionar que representaba una nueva visión dentro de la psicología; la familiar implicaba una nueva corriente teórica que estaba adquiriendo auge y que tenía su génesis en la teoría general de los sistemas y cibernética de segundo orden. Todas las asignaturas eran muy interesantes, al igual que su literatura, había mucho que leer y quedaba poco tiempo para otro tipo de libros, aún así, algunos docentes nos dejaron leer novelas muy interesantes que al mismo tiempo eran motivantes.

Recuerdo que en ese tiempo mi mamá trabajaba en Pochutla, pasaba las vacaciones con ella y con frecuencia me iba a la biblioteca de la comunidad a buscar libros. Para no aburrirme elegía novelas y fue muy placentero culminar *El conde de Montecristo* de Alexander Dumas, que creo que tenía como mil hojas; sin embargo, prefería textos que tuvieran un trasfondo que me motivara, aunque ya leía por gusto y no por obligación.

Después de terminar la carrera, trabajar como maestra un tiempo y tener a mis hijos, me desprendí por un buen rato de los libros, hasta que ingresé a la maestría. Entonces recuperé mi gusto por leer los que son de mi agrado, a pesar de mis ocupaciones, y aunque tarde varios días en terminar

uno, trato de leer de forma continua, y si pienso que pueden ayudar a otros más se los comparto.

Leo casi de todo, pero mis autores favoritos son los que desde mi percepción han contribuido a mi desarrollo personal, como Walter Riso, Paulo Coehlo, Jorge Bucay, Claudio Naranjo, Robin Norwood, Daniel Goleman, Joyce Meyer, *La Biblia*, novelas y todo esto gracias al acceso que pude tener cuando aprendí a leer a los seis años; sin duda este proceso que pareciera fácil, pero que es complejo, me ha llevado a conocer diversas formas de percibir la vida, el mundo, la educación, la enseñanza, el aprendizaje y todo esto a través de los libros, lo que me lleva a recordar *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, donde se narra que llegaría un día en el que los libros se extinguirían y esa era la principal preocupación del autor.

Creo que un libro es algo mágico que te lleva a plasmar en papel lo que eres, lo que sientes y piensas sin juzgar si es correcto o no, pienso que mientras existan personas a las que les guste la lectura, independientemente del tema, los libros nunca dejarán de existir.

Confieso que en estos momentos de la vida me siento muy contenta, porque hace unos días tuve la oportunidad de conocer a la Dra. Cecilia Fierro, en un curso que estuvo impartiendo, donde compartió el contenido del libro del que es co-autora, cuyo título es *Entretejer espacios para aprender y convivir en el aula*. Escuchar y leer su visión humana de la docencia es una invitación para hacer un análisis introspectivo de la *praxis* cotidiana de nosotros, los maestros, a través del modelo del interaccionismo, en el que el docente educa desde sus historias de vida, sus teorías y creencias implícitas, pues al igual que el aprendiz es otro ser humano holístico y en esas

interacciones cargadas de todas las dimensiones y polos surge el acto educativo. Conocerla me dejó realmente impactada y me hizo cuestionarme la forma en que podría mejorar en la profesión docente; sin duda aún me queda un largo camino por recorrer, pero encontrar una autora que habla de la importancia de esta cuestión humana que para mí es tan importante es una fortaleza y motivación.

Estoy consciente de que aún tengo muchas cosas que aprender, y para ello es necesario continuar accediendo al conocimiento a través de los “benditos libros”, que se vuelven tan necesarios y placenteros cuando lees lo que necesitas y que te hace feliz, como en estos momentos que me dispondré, después de culminar este relato, a leer un grato regalo que me hicieron, *Los 72 nombres de Dios. Tecnología para el Alma*, del autor Yehuda Berg.

Aprendí con la escritura de mi relato y la lectura que hicieron mis compañeros de los suyos, que la oralidad es indispensable para ejercitar y acceder a la lectoescritura, pues las historias verbales de las personas que están a tu alrededor en los primeros años de vida, son un estímulo que te va preparando para adquirir, en primer lugar, el lenguaje oral; y en segundo, la lectura y escritura, acciones que por supuesto influyeron en mi adquisición de las mismas, y por ende me han introducido al conocimiento de diversas áreas y cosmovisiones. Gracias, gracias, gracias.

REFERENCIAS

Berg, Y. (2016). *Los 72 nombres de Dios. Tecnología para el alma*. Toronto, Canadá: Kabbalah Centre Publishing.

Bradbury, R. (1977). *Fahrenheit 451*. México: Plaza & Janes.

Dumas, A. (2006). *El conde de Montecristo*. México: Porrúa.

Fierro, C. y Fortoul, B. (2016). *Entretejer espacios para aprender y convivir en el aula*. México: Ediciones Santa María.

Gutiérrez, R. (2014). *Introducción a la Filosofía*. San Diego, USA: Esfinge.

LETRAS PARA EL AMOR, AMOR PARA LAS LETRAS

Víctor Arturo Ríos Herrera*

Todo comenzó entre amenas pláticas con mis padres, tratando de averiguar cómo aprendí a leer y a escribir. Fue divertido verlos discutir sobre quiénes habían sido mis maestros de primaria y sólo nos faltó nombrar una, la maestra de primer grado, que fue quizá la principal responsable de este proceso. Hablamos también de los primeros años de mi niñez, momentos divertidos de mi etapa antes del preescolar. Me contaron que mi pasión era componer canciones que posiblemente no eran muy buenas, pero a ellos los llenaban de alegría. Si a principio de los noventa hubieran existido smartphones, seguro tendrían cientos de videos de mis interpretaciones. Una de las canciones más memorables fue *Las toronjas*, que dice así: “En una camioneta, llevaba mis toronjas, pa’ que me hicieran agua”; por cierto, en tonada ranchera. También me contaron que me divertía trepar árboles y atrapar insectos en el terreno de la familia que es muy grande, y el escenario perfecto para convertirme en niño explorador.

De mi etapa en preescolar tengo recuerdos importantes. Cómo olvidar a mi querida maestra Silvia Paulín, linda y con cabellos teñidos de rubio, como una cascada de oro que caía hasta sus hombros, mostrándola elegante y siempre con traje sastre de saco y falda.

La evocación de la falda me recuerda a mi compañero Carlitos, que un día con las mesas colocadas a todo lo largo

* Docente del Centro Regional de Educación Normal, ubicado en Río Grande, Oaxaca.

del salón me dijo en voz baja: —Víctor, agáchate y mira bajo la mesa, se le ven los calzones a la maestra. Nunca le había visto los calzones a una mujer, pero algo dentro de mí sabía que estaba mal. Me sentí acorralado ante la insistencia de Carlitos, así que no tuve más que bajar la cabeza por unos segundos. Al subirla miré inmediatamente a la maestra y comprobé que no se había percatado de lo sucedido y pude respirar tranquilo. Después miré a Carlitos, quien me echó una sonrisa de satisfacción que correspondí de igual forma, sólo que con menos culpa, ya que estando bajo la mesa jamás abrí los ojos.

En esta divertida etapa fue donde tuve mi primer acercamiento con las letras, primero intentando escribirlas, para después darles sonido. Viene a mi memoria mi nombre: Víctor Arturo Ríos Herrera, escrito con letras de diferentes tamaños y muy desalineadas, anotado en todos los trabajos que pude encontrar en una especie de folder en forma de acordeón. Ahí dentro apareció mi gafete, animales coloreados de manera extraña o rellenado el contorno con bolitas de papel, semillas o sopa; también encontré una fotografía con mis compañeros de generación y mi querida maestra Silvia a nuestras espaldas.

Lo que sí recuerdo bien fue que la oralidad me permitió acercarme a la literatura, y al pensar en ello vienen en automático a mi memoria las historias que nos contaba mi dulce madre “Delia”; bueno, su nombre es Margarita, pero nunca le gustó. Ella es una mujer muy linda de la costa de Oaxaca, y al mencionar su origen muy probablemente se podría pensar que el color de su piel es morena; pero no, ella tiene un tono de piel claro y usa permanentemente el cabello corto, ya que se queja mucho del calor. Su trabajo era cuidarme y a mis otros tres hermanos, tremenda labor, pues considero que criar a

tantos hijos debe representar muchas dificultades. También trabajaba vendiendo ropa, siempre cargaba una libreta donde anotaba las deudas de sus clientes y en ocasiones nos llevaba a cobrarles. En casa nos contaba cuentos que ella misma creaba, pues no conocía cuentos populares, ya que no tiene el hábito de la lectura.

Otra persona muy importante en el relato de cuentos es mi tía Bertita. Así le decimos de cariño, y también porque, aunque es la mayor entre sus hermanos, tiene una estatura muy baja debido a la poliomielitis que sufrió de pequeña. Por ello a los 11 años tuvo que viajar a la ciudad de México para resistir más de diez operaciones que consistían en fracturar sus delgados huesos, para después, con mucho dolor, esperar que los molestos yesos hicieran su trabajo. Ella cuenta que su mayor temor era estar sola y pasar todo un año lejos de su querida familia, ¿cómo podría comunicarse con sus hermanos y sus padres?, pues en esos tiempos casi nadie tenía teléfono.

Entonces mi abuela le dijo: —No te preocupes Bertita, te voy a enseñar a leer y a escribir. Ella tenía dudas al respecto, ya que por su condición jamás había ido a una escuela y su mamá no era maestra, ¿cómo aprender a leer y escribir en tan solo dos meses que era el tiempo que le quedaba antes del viaje? Para sorpresa de todos aprendió y cada semana se escribía con su familia. Pasaba tanto tiempo en el hospital que se aburría de las cartas y comenzó a escribir cuentos que luego nos contaría.

Muchos años después sucedió, mis hermanos y yo corríamos hasta su casa gritando: —Bertita, ya llegamos, y una gran alegría invadía nuestros cuerpos al ver su pequeña silueta salir del cuarto con pasos muy lentos, ayudada

por unos aparatos de fierro que casi nunca se quitaba. A continuación, nos colocábamos alrededor de una gran mesa de madera a escuchar las historias llenas de fantasía y aventura que Bertita nos regalaba. Nuestras favoritas eran las que improvisadamente brotaban de su imaginación y en las que muchas veces aparecíamos como personajes. Algunas de sus invenciones son: “La niña y el árbol de Navidad”, “El grillito” y “La ninfa de la laguna”, entre otras. También nos tocó escuchar cuentos clásicos: Caperucita roja, *Los tres cerditos* y *el lobo feroz*, entre otros. Mi tía tenía talento, tanto, que algunas veces contó sus cuentos para una estación de radio.

De mi etapa en la primaria no tengo tan gratos recuerdos, no sé cómo aprendí a leer y a escribir, pero de lo que sí estoy seguro es de que no fue un proceso nada placentero, y me costó mucho trabajo. Recuerdo a mi maestra de tercer año, “Tenchita”, la profesora más vieja de la escuela, que usaba de esos zapatos que no llevan tacón ni agujetas, de los que simplemente se les mete el pie, los típicos zapatos de viejita. Era de baja estatura y con una verruga junto a la boca; su cabello era corto y medio chino, tan lleno de canas que parecía un algodón de azúcar, sólo que “Tenchita” no era nada dulce.

Como todos los días, a la hora del recreo, mi mamá nos llevaba el desayuno y nos reuníamos con ella pegados a la barda cerca del portón de la escuela, bajo la sombra de un hermoso árbol, un framboyán de flores rojas, de esos que dan grandes vainas de color café y que son perfectas para jugar a los machetazos. Grande fue la sorpresa de mi madre al no encontrarme un día, obviamente le preguntó a mis hermanos, pero nadie supo responderle, así que les dejó su desayuno, pidió permiso para entrar a buscarme y se dirigió a la cancha de

fútbol, a la de básquet y a la sombra de un viejo árbol de Pirul donde los niños jugaban canicas, pero nada. Luego de tantas vueltas la maestra “Tenchita” la llamó, pues me tenía recluido en el salón de clases debido a que no terminaba mis trabajos. La traidora de mi madre aceptó el castigo, así que fue por mi desayuno, y mientras yo escribía ella me daba las entomatadas en la boca, para que no fuera a manchar mi cuaderno; claro, yo pedía la cucharada sólo cuando estaba seguro de que ninguno de mis compañeros pasaba por ahí. Al terminar este vergonzoso momento mi madre se retiró y “Tenchita” se despidió dejándonos una frase que jamás olvidaríamos: “La lectura-la escritura”.

Cuando finalmente fueron las 12:30 recogí mis cosas y don Hugo, el intendente, hizo sonar la chicharra anunciando la libertad. Mis hermanos, no conformes con el recreo seguían jugando con sus compañeros, pero yo los apuré: —Chamacos, ya vámonos, ya llegó mamá. Ella me observó apenada, sus ojos ofrecían una disculpa, un perdón que en todo el camino a casa jamás le concedí, y tampoco le pedí que me ayudara con la mochila, así que todo el trayecto de regreso los libros se iban azotando contra mis nalgas, como si aún faltara castigo.

Por la tarde mi padre llegó a casa, él se llama Arturo, pero es mejor conocido como “El profe Coca”. No es que sea socio de la empresa refresquera o fuera su mejor cliente, tampoco tiene que ver con algún tipo de adicción, simplemente es su apellido materno.

La gente dice que me parezco mucho a él, que me heredó el color de sus ojos, la misma nariz y lamentablemente la misma estatura. Cuando mi mamá lo escuchó llegar, de inmediato fue a su encuentro, pasó el reporte y la condena que “Tenchita” me

había impuesto: —Dice la maestra “Tenchita” que Víctor no saldrá al recreo si no le echa ganas a... la lectura-la escritura. Mi padre no dijo nada, sólo se rió como si le hubiera contado un chiste. Al no escuchar respuesta, mi madre le exigió: —Arturo, tu eres profesor, enséñale por las tardes. —No mujer, él tiene que aprender, para eso tiene a su maestra. La verdad es que mi padre no nos ayudaba con la tarea. Cuando regresaba de su trabajo descansaba sentado en aquel sillón aterciopelado de medio uso, con una pierna cruzada sobre la otra y extendía un gran periódico, del que sólo llamaban mi atención algunas caricaturas que no entendía, porque lo demás eran muchas letras en color negro y de un tamaño diminuto. Ahora sé que no era que a mi padre no le importáramos o nos ignorara por completo, porque desviaba su lectura para observarnos detenidamente y ver lo que estábamos haciendo.

Cuando no había tareas qué hacer me la pasaba en el taller de mi papá que era un apasionado de la carpintería y siempre me permitió ser su principal colaborador, sin importarle que despedazara la madera o que en algunas ocasiones gastara el pegamento encimando una tabla sobre otra, haciéndolas parecer un sándwich derramando mayonesa. Poco a poco mis habilidades fueron mejorando, algunas tías me hacían encargos para sus hijas, así que comencé a elaborar cunas, camas para muñecas y en Navidad hacía figuras para adornar las puertas de las casas. Recuerdo también que una vez arreglé una regresadora de cassettes VHS, de esas que venían en forma de coche de carreras, y la verdad es que sólo conecté un cable que se había zafado, pero después de aquel suceso, mi tía Rocío me llamó para decirme que su lavadora hacía un ruido extraño; así que fui al taller por un desarmador, pedí que

me dejaran un rato a solas con el aparato y en cinco minutos ¡EUREKA!, ante todos abrí la palma de la mano mostrando la causante de tan grande ruidasón, era una pequeña moneda que seguramente se había colado del bolsillo de algún pantalón; mi paga fue un refresco de dos litros que compartí con mis hermanos. Fueron problemas fáciles de resolver, pero para toda la familia y entre chismes de vecinos, casi, casi, me había convertido en radio técnico.

Todo parecía ir muy bien, excepto por “la lectura-la escritura”. El taller me servía para olvidarme de los amargos momentos de la escuela; tanto, que la desesperación me hacía pensar: —¿Por qué murió mi abuela?, ¿ella me hubiera enseñado a leer y escribir en dos meses como a Bertita!, y díganme, ¿quién no hubiese preferido de maestra a su abuela en vez de a “Tenchita”?

Una tarde, un suceso me haría cambiar de parecer, una escena donde el andamiaje de Vygotsky se hizo presente: Se terminaba la luz del día, así que traté de apurarme lo más que pude, pues quería sorprender a mi madre embelleciendo su jardín, así que fui al taller y tomé una lata pequeña cuyo contenido amarillo me hizo pensar que su maceta preferida se vería mucho mejor. Llevaba mucho tiempo intentando pintarla por completo, pero el material cada vez se hacía más chicloso, le agregué agua y nada, le puse thinner y lo comencé a revolver con un palito, pero tampoco obtuve éxito. Al verme batallar, mi padre se acercó y me preguntó: —Víctor, ¿se puede saber que estás haciendo? Yo, un tanto inseguro le respondí: —Estoy pintando la maceta, sólo que la pintura no quiere agarrar. Mi padre se puso serio, pensé que me iba a regañar, pero en vez de eso me hizo otra pregunta: —¿Verdad

que ya sabes leer? Le contesté que sí, porque sentí vergüenza de ir en tercer año y dudar de mi respuesta; entonces mi papá tomó la pequeña latita y me la dio a leer. Un tanto deletreando comencé: “Resistol 500 M. R., es el pegamento de contacto clásico con gran fuerza de pegado en distintos materiales como son: madera, cuero, plástico, metal, entre otros. Base solvente en color amarillo, no soluble en agua, no pintable, manténgase alejado del alcance de los niños”.

Conforme avanzaba en la lectura de la etiqueta mi tono se fue haciendo cada vez más bajo, sintiéndome el más grande entre los tontos, ¿por qué no la leí antes de comenzar a pintar? Hasta hoy, ese momento sigue enlistado en el top de mis más grandes errores; pero me sirvió, porque a partir de ese vergonzoso suceso la lectura comenzó a tomar significado y empecé a leer todas las etiquetas de latas y botes, los instructivos de la lavadora y hasta el de la plancha, ya no podía cometer el mismo error y ahora, al llegar a la escuela, “Tenchita” ya no se me hacía tan malvada...

En la etapa de secundaria estuve más preocupado por crecer que por otra cosa y comenzaron a llamar mi atención las chicas de mi edad, pero... ¿quién se iba a fijar en un chaparro como yo, con un crecimiento tardío, cuando mis compañeros varones eran mucho más altos y desarrollados? Alguna “táctica y estrategia” debía encontrar para contrarrestar mis debilidades, así que comencé a utilizar el romanticismo y descubrí que a las mujeres les gusta que les manden cartas o les regalen flores. Recuerdo que desde que la vi quedé idiotizado. Dice García Márquez que todos los amores son eternos, y así estuvo escondida en mi memoria María del Pilar Colmenares Salgado, que de cariño le decíamos Pily.

Era un poco más alta que yo, con los ojos algo saltones y la nariz muy perfilada, le encantaba jugar voleibol, era la número 7 en la lista, y su asiento el tercero de la primera fila. Teniendo clara su ubicación decidí dejarle en la butaca una rosa roja cada mañana durante el último año de secundaria, no fallé ningún día, aunque para conseguirlo tenía que robarle 5 pesos a mi recreo y esperar buenos resultados. Recuerdo que un día encontré una carta en mi mochila de ella. Me escribió que el 17 de mayo le festejarían sus xv años y me pidió que le regalara su primer ramo de rosas, ¡wow!, me puse feliz, pero después pensé y multipliqué: “Si le regalo 20 rosas serían 100 pesos, demasiado dinero para mí en esos momentos”.

Pasando unos días me llené de valor y le conté a mi padre, no sé por qué, pero me daba mucha pena decirle; sin embargo, al escuchar mi petición se puso más contento que yo.

Al día siguiente le entregué a Pily una carta donde le respondía que sí, que con gusto le entregaría su primer ramo de flores. Llegada la fecha fuimos a comprar el tan esperado regalo, mi papá pidió cinco docenas de rosas rojas y la señora que nos atendió preguntó si las queríamos en un solo ramo, ya que nunca había hecho uno con tantas flores. Al terminar de ordenar tanta rosa me lo dio y mientras mi papá pagaba yo buscaba la forma de cargarlo, estaba enorme, no podía ni caminar, ya que el mega ramo me tapaba la visión.

Finalmente llegamos a casa, me puse un smoking que me rentó papá y nos fuimos para la fiesta, nunca había estado tan nervioso, ni tan ilusionado como con Pily. Después de un tiempo de espera escuché las siguientes palabras: “A continuación pedimos la presencia del joven Víctor Arturo, quien le entregará a la bella quinceañera su primer ramo de

flores”. Hasta ese momento todo era perfecto, pasé a dárselo y nos envolvimos en un abrazo que me pareció eterno sin saber que en unos minutos aquella noche azul se convertiría en negra. Uno de los bailarines de Pily se me quedaba viendo muy feo y de manera trágica descubrí que eran novios, él la besó frente a mis tiernos e inocentes ojos.

Posteriormente pasé muchos días de tristeza y mi hermana Karyme, la mayor entre mis hermanos, me prestó unos libros de poemas que le había regalado mi papá; recuerdo que eran varios volúmenes de color verde oscuro con unos adornos en tono crema, con letras cursivas difíciles de leer. Después de observarlos tomé el más delgado, lo abrí por la mitad y desde ese momento quedé enamorado de la poesía. El primero que leí fue “Espero curarme de ti” de Jaime Sabines, entonces comprendí que todo lo que ahí estaba escrito era lo que yo sentía en ese momento: “Porque esto es muy parecido a estar saliendo de un manicomio para entrar a un panteón”.

Mucho drama para mi corta edad, lo sé, pero en ese momento sentí que me habían robado algo que jamás fue mío. Con el paso del tiempo se me fue pasando el dolor y seguí siendo amigo de Pily esperando que cuando terminara la relación con su novio quizá pudiera tener mi gran oportunidad. Se acercaban las fechas de inscripción para el nivel medio superior y ella me sugirió entrar al Colegio de Bachilleres del Estado de Oaxaca (COBAO). Para mi buena o mala suerte ella quedó en el turno de la mañana y yo en el de la tarde, y grande fue mi sorpresa al verla con un novio distinto que conoció en nuestra nueva escuela, punto final a la historia de Pily.

Ya en el COBAO descubrí que hay un montón de chicas y hasta comencé a ver fea a Pily, pero ella me había dejado

grandes enseñanzas, y para ese momento ya había leído toda la colección de libros de mi hermana y me aprendía de memoria los poemas que más me gustaban, por ejemplo: “Somos mucho más que dos” de Mario Benedetti, “Poema 20” de Pablo Neruda y no podía faltar “Espero curarme de ti” de Jaime Sabines.

Comencé a leer por placer y tuve acceso a libros muy interesantes que nos dejaban como tarea en la asignatura de Literatura, por mencionar algunos: *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, *Los de abajo*, de Mariano Azuela, *El caballero de la armadura oxidada* y *El perfume*, entre otros. La mayor parte del tiempo leía en el autobús mientras me trasladaba a la escuela, sin importarme que hubiera mucho tráfico, pues la verdad lo disfrutaba.

Por aquellos tiempos conocí a otra chica, la famosa Yadi, que era una niña muy linda y dulce, de baja estatura, pero con unos ojos que provocaban ternura. Era amiga de mi hermano, él me la presentó y desde el principio me gustó, el único inconveniente era que también le gustaba a mi hermano Bedmar, pero ¿qué podía hacer?, no me parecía correcto que él pasara momentos de tristeza, pues invariablemente ha estado conmigo en las buenas y en las malas, en los regaños y en los castigos, siempre nos criamos juntos, como hermanos y como amigos. Pero dicen que en el amor no se manda y al paso de los días comencé a salir con Yadi citándonos a escondidas para que no nos viera mi hermano ni su papá, ya que era muy estricto, conservador y siempre que lo saludaba me respondía con un tono muy fuerte y cortante. Algunas ocasiones se me quedaba viendo feo y le pedía a Yadi que entrara a su casa, yo lo interpretaba como una manera sutil de correrme. Con tantos obstáculos era difícil estar juntos, a veces pasaba por su

casa, pero no la veía, entonces le escribía cartas y se las dejaba en el buzón de su puerta, eso le encantaba, eran tantas que comenzó a guardarlas en una caja de zapatos. Siempre traté de ser muy romántico en mi forma de escribir y con frecuencia nombraba mis escritos intentando hacerlos parecer poemas. Recuerdo que le escribí uno llamado “Un duende enamorado”, esa era mi intención, convertirme en un ser pequeño para que nadie me pudiera ver, y así llegar hasta sus brazos sin que su papá se diera cuenta. Fue una relación muy linda que conservo como uno de mis momentos más preciados, ella despertó mi gusto por escribir.

Después de esa etapa de calentura necesitaba tomar decisiones que encausaran el rumbo de mi vida como adulto. Así llegó el momento en que tendría que decidir lo que sería de mi vida, tema que platicué mucho con mis papás y con Bedmar, quien es un año más chico que yo, pero debido a un tropezón que tuve en el bachillerato me alcanzó. Después de mucho pensar resolvimos que entraríamos a la carrera el mismo año en el Centro Regional de Educación Normal de Oaxaca, mejor conocido como CRENO, institución pública que ofrece las licenciaturas en Educación Primaria y en Educación Física, esencialmente para ser profesores de educación básica.

A mi hermano y a mí siempre nos gustó el deporte, en específico el fútbol, así que pensamos que ser profesores de Educación Física nos permitiría seguir practicándolo y enseñarlo a los niños, afortunadamente ambos aprobamos el examen. Era divertido, pero algo complicado, porque a él siempre se le hacía tarde en las mañanas, y yo tenía que esperarlo para irnos juntos en una moto que nos compró mi papá; hubo algunas veces que me fui y lo abandoné, pobre Bed,

debía hacer algo para evitar esa mala costumbre, pero en vez de hacerse más responsable y puntual, decidió comprarse su propia moto.

En el proceso de formación académica tuve que leer muchos libros; no me resultó complicado pues era algo que me gustaba, aunque no podía elegir los textos. Al inicio de cada semestre los profesores nos daban unas antologías que eran un bonche enorme de fotocopias de varios libros que daba mucha flojera leer y cargarlos. Nunca pensé que un profesor de Educación Física tuviera que leer tanto, creí que me la pasaría conociendo los deportes, haciendo ejercicio o entrenando fútbol; de cierta forma me arrepentía de haberla elegido, pero ya estaba ahí, así que tenía que continuar y terminar.

Algunos sucesos me hicieron tomarle amor a mi profesión, principalmente en el segundo y tercer año de la carrera, aunque el último fue el más impactante. Ese año realizábamos nuestro trabajo docente y al mismo tiempo el servicio social, así que estábamos en la escuela periodos bastante prolongados. Ahí conocí a Saúl, un alumno que cursaba el sexto grado de primaria a la edad de 17 años, y presentaba barreras para el aprendizaje, además de situaciones familiares muy duras, pues vivía únicamente con su abuelita y por las tardes tenía que trabajar de gritador en los camiones para ganar dinero y poder mantenerse.

Conocí también a Fátima, una niña de tercer grado a quien sus compañeras siempre la rechazaban debido a que ella prefería juntarse con los varones y estar sola, siendo el blanco de burlas y apodos. Algo raro le pasaba a Fátima y eso no me tenía nada tranquilo, decidí investigar con su maestras y tristes fueron las respuestas, ya que Fátima había sufrido

abuso sexual por parte de su primo de 14 años. Viví terribles sensaciones, pero a partir de ese momento mi compromiso con los niños y con la educación se hizo más grande, ahora les dedicaba más tiempo, elaboraba más materiales, les contaba cuentos, les cantaba, les llevaba fruta, los escuchaba y cuidaba más, no permitía que se faltaran al respeto ni que humillaran a algún compañero o compañera, les decía que todos éramos amigos, les enseñé la importancia de tener una mente sana y un cuerpo sano, respetar su cuerpo y el de los demás.

Con ese mismo ímpetu comencé a ejercer la profesión enfocado en un contenido aún más importante que trabajar la lateralidad, la coordinación o el equilibrio; prefería fortalecer el contenido del AMOR. Antes de formar niños habilidosos o motrizmente competentes, necesitamos formar niños felices.

Actualmente una de mis metas se ha cumplido, trabajar en una Escuela Normal, contribuyendo en la formación de los futuros docentes, enseñándoles la importancia de ejercer la profesión con amor. También alcancé la meta de formar una familia con una hermosa persona que me enamoró con su paz, su dulzura, su humanidad y sensibilidad. Atrás quedaron esos amores fugaces, lo de hoy es para siempre, para lo que me dure la vida y todavía más que eso. Tengo un hijo lindo e inteligente, ahí es donde radica el más grande de mis retos, hacer del gran Jerónimo una persona buena, íntegra, que lea y escriba por necesidad, pero también por placer, que entienda que leer es comprender y transformar el mundo...

MEMORIAS ESCRITAS CON TINTA DE SUEÑOS

Juan A. Jiménez Santos*

*La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso*

Francis Bacon

Introducción

Después de escudriñar en lo más recóndito de mi mente y de mi nebulosa conciencia, de revivir ciertos momentos de mi infancia que pensaba que habían muerto ya, y de cuestionar a distintos agentes importantes de mi estancia en esta vida, he podido crear una remembranza de todos los hechos que me llevaron al magnífico y gratificante mundo de la lectura y escritura. Mi odisea con estas prácticas está acompañada de grandes aventuras, experiencias e infinidad de dones que he podido desarrollar gracias a las raíces tan apegadas a la cultura que profesan los integrantes de mi familia.

Esta autobiografía es un acto revolucionario que va en contra de los patrones y sus prácticas laborales para evitar que se repitan, es un grito que exige un cambio verdadero en los cimientos de la libertad y expresión, que debe ser difundido a través del respeto y los otros valores universales que de él emanan. Es un paradigma con miles de horizontes que aún no han sido encontrados, y es una utopía que se crea

* Alumno en formación docente de la Licenciatura en Educación Primaria, del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande. Poeta y orador oaxaqueño. Campeón regional y estatal de declamación en el año 2017.

para poder llegar al bien común de leer y producir textos. Mi historia tiene como propósito crear nuevas perspectivas de lo que la lectura y escritura pueden hacer en nuestras vidas, de lo alarmante y relativamente preocupante que es el deterioro que ha sufrido la lectura y escritura en la vida cotidiana, y de cómo se refleja esto en las generaciones más jóvenes.

Los olores de mi origen

Nací el mismo año en que Gao Xingjian recibió el premio nobel de literatura, nació un día similar al que Sigmund Freud vio la luz de este mundo por primera vez, mi historia comienza a escribirse un seis de mayo del año 2000, mis raíces genealógicas y culturales florecieron en Río Grande, Tututepec, Oaxaca, el pueblo de todos, el lugar donde todas las tardes el sol pinta las nubes de color cobre y se apaga palpando la corriente del río, anunciando así la víspera de la noche y la lenta agonía del día, soy originario de la tierra bendita donde el corozo¹ es apenas historia trunca y el algodón leyenda sin pausa.

Mi infancia fue lo más habitual del mundo, jugando en la casa de mi abuela en compañía de mis once primos. Siempre fuimos una familia numerosa, por lo tanto, compañía nunca me faltó.

Vienen a mi memoria momentos de felicidad cuando jugaba en el patio trasero y después descansaba bajo la sombra de un árbol de nanche junto a los platanares. Cuando eso sucedía, toda la casa se llenaba del penetrante aroma de los granos de café y de frijol que mi abuela ponía a tostar, mientras que el calor se reflejaba en el enérgico color de las

¹ Fruto comestible, redondo como una nuez, que proviene de las palmas de corozo.

brasas, que nacían del vientre de su comal. En esos momentos era tan pequeño, que lo único que me preocupaba era que el día tuviese las suficientes horas para terminar con todos los juegos que mis primos y yo habíamos propuesto. Sólo cubrían mi cuerpo un short de playa y camisetas de colores, iba descalzo, despeinado y un poco sucio, era feliz y no lo sabía.

Desde muy temprana edad tenía una curiosidad enorme por aprender a leer y escribir, por saber qué era lo que un puñado de letras impresas en hojas de papel trataban de decirme, aunque en ese entonces yo sólo veía un montón de garabatos que no comprendía.

Recuerdo que imaginaba lo que decían algunos cuentos, inventaba mis propias historias con su inicio y final, a través de los dibujos o siluetas plasmadas en las páginas de algunos libros, y se los contaba a mamá o a uno de mis hermanos, para después hacer que uno de ellos me leyera el relato que yo trataba de descifrar; y entonces comprendía que en la mayoría de los casos la historia que creaba era totalmente distinta a la que me leían. La esencia de los libros era casi igual al inmenso petricor que brota de la tierra después de que las gotas de lluvia caen por primera vez sobre el desértico suelo.

Amaba el olor que emanaba de la gaveta del rincón que contenía los libros viejos que mi hermano mayor había utilizado en la escuela, pues en mi cabeza no había otra cosa más que la inquietud de aprender a leer y escribir, me intrigaba cada vez más saber qué era lo que había dentro de los libros, y sin poder hacer más en ese momento me ponía a hojearlos y a ver álbumes fotográficos debajo de mi cama, hasta quedarme profundamente dormido.

Mi musa eterna

Debo admitir que mi interés por la lectura y escritura comenzó gracias al inmenso amor de mi amiga, consejera, guía, creadora y pilar, y como si todo lo anterior no fuese suficiente, contaba con la honra de encontrar en mi madre a la misma persona.

Desde mis inicios académicos mi mamá me ayudó incondicionalmente. La recuerdo con una cabellera a media espalda, que peinaba todos los días de las sienas hacia atrás, mientras me ayudaba a hacer mis tareas. Sus cabellos eran rotundamente negros, rizados, y se asemejaban a la espuma que emerge en el mar; sus ojos eran como dos azabaches negros, de los que brillan en cualquier lugar de la costa, protegidos por largas y gruesas pestañas que se dirigían a sus dos pómulos eminentemente grandes; tenía uñas extremadamente largas, coloreadas en un tono vino intenso, y un anillo de flores incrustadas en el dedo anular de la mano izquierda, mientras que con la mano derecha hojeaba los cuentos de aquel libro de lecturas de ancho grosor, lleno de historias etéreas e inefables, con una pasta amarillenta y lustrosa que en la portada principal tenía la silueta de un perro albino con manchas de colores.

Cuando ella me leía, en mi mente rodaba una película imaginaria a partir de su voz un tanto escandalosa y cálida al mismo tiempo, muy fuerte y árida para ser de mujer, pero a mí me encantaba, porque entendía claramente lo que ella quería decirme; su piel era como el barro color tabique que brota de mi tierra; para mí, mi mamá era perfecta, disfrutaba verla hablar, reír por efímeros segundos, incluso dudar cuando le preguntaba algo. Amaba verla sentada con una enagua oscura hasta los tobillos debajo del limonar, amaba que me leyera y

que me explicara lo que yo no comprendía, pero aún sobre todas las cosas, amaba mucho más que fuera mi mamá.

Latidos

A Nicolasa, mi musa eterna

Un caño me conecta con tu cuerpo
mil pensamientos me toman de la mano
mientras guardo el rubor de tus mejillas.
Un suspiro agranda mis pesares
y los hace pequeños
como cuando un perro muerde buganvilias.
Un arroyo arroja a mis venas causas de rubíes
que navegan de un torrente sanguíneo a otro.
En mi constelado amor
y en mi enigmático recuerdo
hay una bomba que azota el vértigo y la espera.
Es mi corazón
que ansioso late
cuando lee tu sonrisa.

Poesía y verdad

Aún antes de aprender a leer y escribir descubrí uno de los géneros más importantes en el mundo literario: la poesía. La poesía me ha llevado desde siempre a vivir experiencias inolvidables e indiscutibles, hoy puedo decir que amo leerla y escribirla, incluso más que hacer cualquier otra cosa, pues mi mamá la sedimentó en mí desde que iba al preescolar, y aunque había palabras, situaciones y estilos que no entendía

fácilmente, desde entonces, a donde quiera que iba o estaba, y en donde había una persona me gustaba recitarle el poema que mi mamá me había enseñado con tanto cariño; desde luego que lo que yo podía memorizar a mi edad sólo eran poemas de dos o tres estrofas como máximo.

Se apoderan de mi mente los momentos en los que algunas de mis tías me grababan con una videocámara recitando los poemas, y por más que intento, aún no logro recordar el nombre de todos ellos, sólo deambulan por mi inconsciente las indicaciones de mi madre antes de declamar: —Siempre tienes que dar los buenos días, después tu nombre y para quién va dirigido tu poema, no te olvides de sonreír y dar las gracias al término, te amo. Tengo fe en que algún día podré ver esos videos y entender cuál era mi perspectiva de la vida en ese momento.

La primera memoria que tengo de mi escuela primaria es un portón extraordinariamente ancho color pajizo, con un letrero muy grande en la parte superior en el que se podía divisar: Escuela Primaria Urbana Matutina “Profr. Lizandro Calderón”. Rodeaba todo el perímetro de la escuela una valla infinita de árboles verdes y dos canchas de fútbol con pasto húmedo y fresco. Muy probablemente porque era pequeño me parecía incontable la cantidad de salones que había dentro de la escuela, y ¿cómo olvidar los dibujos y letras que estaban en las paredes?, ¡eran magníficos! Los demás espacios tenían jardines con rosales inmarcesibles en tonos cándidos y carmíneos que desprendían un aroma añejo, casi igual al del perfume que mi abuela utilizaba en ocasiones especiales.

A decir verdad, me daba mucho miedo la escuela; por una parte, porque estaba situada a un costado del panteón

municipal y mi hermano mayor solía contarme historias poco agradables de cosas que sucedían dentro de sus muros por las noches; y por la otra, porque estaba tan acostumbrado a que en mi casa estaba solo yo con mis libros, que quizá por eso el hecho de ver a muchos niños al mismo tiempo me asustaba enormemente.

Mi primer profesor fue un hombre excesivamente alto y robusto, de edad madura, con la voz ronca y golpeada, José Luis Valencia Hernández se llamaba. Aprendí a leer y a escribir gracias a que él transcribía en la pizarra diversas lecturas que copiaba de un libro pequeño de pasta verde con una jirafa sonriente en la portada de enfrente, titulado *Juguemos a leer*; que después leíamos todos juntos. El compañero que pudiera leerla por sí mismo frente a todos tenía el honor de borrar la pizarra al término de la clase. Solía contarnos diversas aventuras que había vivido y hablaba sobre el contraste que tuvo su infancia con la de nosotros.

Realmente no tengo un recuerdo claro del día que leí o escribí mi primera palabra. Pero cuando al fin aprendí a leer, no había cuento, letrero, anuncio o lectura que no pasara por mi voz y por mi mente.

Me gustaba leer fuerte, como si hubiera cientos de personas escuchándome, muchas veces las historias que leía en mis libros de lectura no me gustaban tanto y cambiaba los finales a mi manera, lo único que sabía era que leer era satisfactorio y amaba hacerlo a cualquier hora del día.

Mi mamá continuaba enseñándome poesía en la primaria, por lo que participé en diversos concursos de oratoria y declamación, además de recitar los días lunes, en los actos cívicos.

Cuando al fin aprendí a escribir tatué mi nombre y los de toda mi familia en las paredes de mi casa, los escribía grandes, para que quien nos visitara pudiera saber los nombres de los que ahí vivían. Escribía cuentos sin nombres, sin sentido y sin noción del tiempo; también escribía lo que quería que pasara en mi vida, cosas extrañas como vivir en el mar, volar con mi hermana para conocer el cielo que algún día le prometí, descubrir una ciudad de caramelo, conquistar la montaña más alta del mundo o volverme muy pequeño como en *Alicia en el país de las maravillas*, para poder entrar en el agujero donde viven las hormigas, sin imaginarme que esas historias algún día serían mencionadas en un escrito como éste. Escribir me relajaba, era una forma de expresarme libremente, sin miedo, represiones o angustias, sólo escribir por escribir.

A los doce años de edad, mi mamá y mis hermanos tuvimos que “mudarnos” a la casa de mi abuela materna, situación que me gustaba porque ahí siempre había niños con quien jugar o platicar, además de que me encantaba tomar el café que mi abuela preparaba en las mañanas con galletas o pan, después de barrer el patio principal; mi abuela siempre decía que para poder comer algo debíamos de ganarlo. Ella me contaba historias del pueblo que me vio nacer y me mostraba los escritos y dibujos que mi abuelo hacía en un cuaderno, y aunque él ya no está en este mundo, ella aún lo conserva. La mayoría eran textos personales, dibujos de casas y animales, y una que otra nota importante; se puede decir que conocí a mi abuelo a través de sus letras, pues ambos esposos escribían con letra cursiva, eso siempre me llamó la atención.

Mi abuela era una mujer con cabellos perlados, cenizos, grises y negros; siempre peinada con dos largas trenzas y

en ocasiones especiales ataba listones de colores a ellas. Su tono de piel era moreno, igual al mío. Siempre fue humilde y sencilla en su forma de vestir, actuar, entretener sus cabellos e incluso en su manera de hablar. Reiteradamente me hacía saber el valor del respeto, la pulcritud y la sencillez. Ella me enseñó la importancia de regar las plantas todos los días, a desconocer la vergüenza al vender algún producto elaborado por ella casa por casa, el amor al prójimo, a mí mismo, y a decir la verdad sin importar las consecuencias, todo lo que soy ahora se lo debo a ella. Hablar de mi abuela es hablar de “Madre india”, el poema que escribió Ignacio Rueda Latasa en un año que desconozco. Mi abuela nunca reprochó nuestra estancia en su casa, siempre tenía un consejo para darme o una historia para contarme.

No fue hasta la secundaria cuando conocí una gran variedad de libros, novelas e historias que me cautivaban cada vez más y más. Uno de los primeros que leí formalmente, por llamarlo así, y que marcó ineludiblemente mi adolescencia fue *El diario de Ana Frank*. Recuerdo que me gustaba leer su diario en las fechas especiales para mí, mis cumpleaños, Navidad y año nuevo, para poder contrastar su realidad con la mía, y nunca terminaba de asombrarme la diferencia de nuestros mundos; a veces simplemente leía lo que escribía en un día como hoy o como ayer, nunca lo hacía para mañana, para después, y así reflexionar cuán afortunado era y sigo siendo.

El *Diario de Ana Frank* me enseñó lo malos que pueden ser los humanos, que la libertad es un derecho que los niños, jóvenes y cualquier ser vivo debe gozar, que un bombardeo de prejuicios puede hacer cosas tristemente terroríficas y que debemos trabajar individualmente, cada uno de nosotros,

en el *respeto* propio y hacia los demás, para poder aceptar y ser aceptado en cualquier sociedad, sin importar raza, color, lengua, religión, preferencia sexual o ideología.

Cuando tenía catorce años de edad me inscribí en un curso bíblico en donde me enseñaron a leer correctamente el libro más antiguo en la historia de la humanidad y que para mí es el mejor que puede existir: *La Biblia*, quizá porque es el más completo que puede encontrarse, según mi opinión, o quizá porque la forma en que está escrito me hace recordar diversos poemas que he leído, o simplemente porque las metáforas que ahí se utilizan erizan mi piel cuando las comparo con la realidad.

Desafortunadamente los seres humanos han elaborado creencias erróneas sobre *La Biblia*, la religión que más que unirnos nos ha clasificado incansablemente; para mí, más allá de ser un conducto religioso es una guía para vivir, y creo que ese sería el nombre perfecto para ese libro magnífico y sabio, que es sin duda uno de mis favoritos.

Cuando cursaba el último año de secundaria escribí mi primer poema, inspirado en las veces que mi abuela materna me contaba que a los doce años de edad iba a recolectar leña a la corocera,² de cuando su mamá le platicaba cómo sembraban el algodón y de los tiempos en los que mi pueblo no era tan habitado. “Río Grande, vives en mí” es mi primogénito, un poema que nació de lo poco o casi nada que he vivido y palpado, es también un homenaje a toda las mujeres de mi tierra que rematan sus penas bailando un son o una majestuosa chilena, y a todos los hombres de recio carácter que trabajan de sol a sol para darle de comer a los suyos.

² Asentamiento selvático donde habita flora y fauna privilegiada, autóctona de la costa de Oaxaca, su principal característica son las palmas de corozo.

Mis primeros versos muestran una identidad propia y le hacen saber al mundo que yo no formo parte de Río Grande, yo soy Río Grande mismo.

La fábrica de sueños

Corría el año dos mil quince, había culminado con mi educación secundaria satisfactoriamente, y era momento de tomar una de las decisiones más importantes de mi vida, elegir en qué institución educativa cursaría mi bachillerato, pues desde siempre, y no sé por qué, había querido estudiar en el COBAO,³ Plantel 25, de mi comunidad, aunque mamá y papá insistían en que debía estudiar en otra escuela, pero había algo en mí que me decía que debería estar ahí, algo así como una corazonada que me anticipaba que algo bueno vendría en el camino que aún me faltaba por recorrer.

Ahí conocí a mis dos hermanas de vida: Cielo, una mulata puchunca de rostro ovalado, con un cuerpo perfectamente marcado y un lunar en la parte superior derecha de la boca, que la hacía ver deslumbrante cuando sonreía; y Mayumi, una mujer con ojos muy rasgados, pestañas largas y delicadas, una piel en tono marrón, y cabello ondulado que se recogía casi todos los días. Con ellas aprendí que la vida es de todos los colores, y aunque no compartamos lazos sanguíneos, siempre vivimos las mismas dolencias y carencias familiares, pero nunca nos percatamos de eso, éramos felices en exceso, como para ver espinas donde nosotros cultivábamos rosas, de eso me di cuenta cuando leí, gracias a ellas, *El largo camino hacia la libertad*, un libro escrito por Nelson Mandela que sin

³ Colegio de Bachilleres del Estado de Oaxaca.

imaginarme fue parte esencial para escribir mi segundo poema “Versos a Mandela”.

En el COBAO me encontré con personas maravillosas y excepcionales, e infinidad de maestros de los que aprendí incontables experiencias; uno de ellos me invitó a participar en los intercolegiales regionales, en la rama cultural de declamación. Lo dudé en un inicio, porque en la secundaria me había desligado totalmente de la declamación y la oratoria, pero el profesor Ildefonso Aragón Monjaraz, me convenció de participar.

Comencé a prepararme con el magistral y eminente poema de Luis G. Urbina, “Al cielo de mi patria”. Es increíble el auge histórico que se manifiesta en este poema, ya que es un reclamo al cielo por dejar que nos conquistaran monstruos extraños, aberraciones humanas y entes llenos de mediocridad y lujuria, es simplemente inefable lo que siento cuando la declamo.

También ensayé el poema de Efraín Alatríste Nava, “El matricida”, una historia altamente dramática que relata la historia de un hijo que le quita la vida a su propia madre; no cabe duda de que el escritor es muy realista con las escenas que especifica en el poema.

Una vez más participé en mayo de 2017, en la comunidad de Bajos de Chila, en donde compartí la poesía con otros catorce compañeros de mi edad que residían en diferentes partes de la costa oaxaqueña; en aquella ocasión el jurado calificador falló a mi favor, y con esto obtuve mi pase para ir a un concurso a nivel estatal en la capital de Oaxaca.

En septiembre del mismo año me trasladé a la ciudad de Oaxaca, en donde sería la sede del concurso estatal, con el

inmenso orgullo de representar a toda la costa con los poemas que había aprendido.

En la actualidad, aún recuerdo el agua cristalina que caía de la fuente que prevalece en el Templo y Ex Convento Cultural San Pablo, en Oaxaca, lugar donde se efectuó el concurso. Momentos antes de que iniciaran las presentaciones conocí al Lic. Jorge Cruz Pineda,⁴ un hombre de edad avanzada y buen vestir, que se apoyaba en un bastón para poder caminar; él era el presidente del jurado que iba a calificarme, aunque en un principio ese era un dato que desconocía. Cuando se me acercó, muy amablemente preguntó mi nombre y quiso saber por qué portaba ese uniforme.

—Mucho gusto —le contesté— me llamo Juan, para servirle y estudio en el COBAO, soy de Río Grande. En unos momentos participaré en el concurso de declamación, estoy algo nervioso —concluí, mientras ambos veíamos cómo caía el agua de la fuente.

Platicamos por breves momentos, los suficientes para que él me preguntara: —Y para ti, ¿qué es la poesía?

Hubo un silencio infernal de mi parte, me quedé frío, no sabía qué responder, nunca me habían preguntado algo así antes. Por supuesto que no supe qué decir.

En ese momento me sentí la persona más estúpida del mundo, caí en la cuenta de que estaba haciendo, practicando y escribiendo algo que no sabía qué era, y así fue como nació mi interés por indagar sobre qué era la poesía, pues me casé muchas veces con lo que Bécquer y José Hierro alguna vez definieron:

⁴ Declamador oaxaqueño, Jorge C. Pineda estudió la carrera de actor en el Instituto “Andrés Soler”, Academia de Arte Dramático de la Asociación Nacional de Actores. Es Licenciado en Periodismo, egresado de la escuela Carlos Septién García.

La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar;
da apariencia de vida
a lo móvil, a lo paralizado.
Y el leño que arde,
las conchas que las olas traen o llevan,
el papel que arrebató el viento,
destellan una vida momentánea
entre dos inmovilidades (Hierro, 1992, p. 16).

La poesía es en el Hombre, una cualidad puramente del espíritu que reside en su alma, vive con la vida incorpórea de la idea y para revelarla necesita darle una forma. Por eso se escribe. La poesía es ese “espíritu”, una “indefinible” o “desconocida esencia” que se mueve entre lo ideal y lo material, entre el “mundo de la idea” y el “mundo de la forma” (Bécquer, 1861).

Sin embargo, me divorcié de algunas de sus digresiones cuando las comparé con mi realidad. Y la mejor forma de contestar fue a través de uno más de mis poemas titulado “¿Qué es poesía?”, en donde describo mi realidad como poeta y mi propia perspectiva de lo que creo que es la poesía.

Aquel seis de septiembre de dos mil diecisiete conocí a seis personas, estudiantes como yo. Cada uno era el portavoz de una región de Oaxaca, y yo era el número siete, “La costa”; por ello elegí declamar, para la fase preliminar, el monumental poema del gran Álvaro Carrillo, “Canto a costa chica”, pues quería que todos los presentes sintieran el calor palpitante del sol que yo describía, la alegría, altiveza y elegancia que caracteriza a la costa de Oaxaca. El lugar se llenó en un abrir y cerrar de ojos, tanto, que ni siquiera pude encontrar un

lugar para tomar asiento, pero eso no importaba, porque en el fondo estaba muy contento. El segundo poema que elegí, fue nuevamente “Al cielo de mi patria”, de Luis G. Urbina.

Nunca me imaginé resultar ganador y convertirme en ese momento en una de las primeras personas que en quince años de historia de mi escuela fuera campeón estatal y obtuviera un pase para un concurso nacional.

Al darse a conocer la noticia de mi triunfo, las demás personas comenzaron a crear expectativas enormes sobre mi futuro académico y me conoció mucha gente, aunque yo no sabía nada de ellos. Estaba muy feliz, es lo único que puedo decir.

Pero mi felicidad se vería manchada aquel fatídico siete de septiembre, cuando a muy buena hora del día comenzó a llover intensamente, más fuerte que el día anterior, como nunca había visto llover. Casi todos dormíamos en el hotel donde nos hospedábamos y eran las once con cuarenta y nueve minutos, cuando de pronto un rugido feroz nos despertó; era el inicio de un fuerte terremoto⁵ con epicentro en el Istmo de Tehuantepec que derrumbó Oaxaca y con él mis ilusiones de prosperar en la carrera como declamador, pues después de eso se canceló todo, absolutamente todo sin excepción alguna.

Me ensañé entonces con la vida y creí que ella me debía algo, pensé también que vendría otra experiencia en donde el destino pudiera compensarme lo que en ese momento no terminó de darme.

Qué equivocado estaba.

⁵ El siete de septiembre de 2017 fue un día de catástrofe para Oaxaca. Ese día, a las 23:49 horas, un sismo de 8.2 grados en la escala de Richter sacudió la entidad y devastó la zona del Istmo de Tehuantepec. La dimensión del desastre dejó las siguientes cifras: 180,000 personas afectadas, 60,600 viviendas dañadas, 82 muertos y 3,476 escuelas deterioradas. Sin embargo, si la tragedia se mide por las consecuencias de esta afectación, desde ese día hasta la fecha la zona vive una crisis humanitaria de enormes dimensiones.

¿Qué es poesía?

Siempre que alguien me pregunta:

—¿Qué es poesía?

Me acuerdo de mamá todos los días despidiéndose de mí,

antes de ir a la escuela.

Del mensaje de mi padre todas las noches,
preguntando cómo estuvo mi día.

Del color carmín de los labios de mi abuela,
cuando ríe mientras riega sus plantas,
o del enérgico color de las brasas que nacen
del vientre de su comal, mientras pone a tostar
los granos de café.

De mis malos sueños atrapados en los hilos de la
hamaca.

Del poema veinte de Pablo Neruda y de tétricas
golondrinas
revoloteando en la rima de Bécquer.

Del sazón de todas las mujeres de mi familia.

Del retrato de mi abuelo materno,
que mi abuela guarda celosamente en una gaveta de
madera,
cual si fuera caja de pandora.

Del llanto de mi hermana, que quería muñecas en
lugar de lodo
y vestidos en lugar de harapos.

De las convulsiones de la tierra
reclamando su territorio.

De la piel color tabique de mi raza.

De todas las veces que juré no volver a enamorarme.
De mi dignidad postrada a los pies de una virgen.
De los días de sol y los nublados tristes.
Del amor con el que los niños me dicen: —“Maestro”.
De cuando caí y mi voz tuvo que servir de aliento,
para poder levantarme y seguir en mi camino.
De las veces que pensé que la luna era de queso
y las gotas de lluvia, semillas de sandía.
Me acuerdo de todo,
de las veces que la vida me dio la oportunidad de
vivirla
y no lo hice.

Mi talón de Aquiles

Nunca voy a olvidar el día en que mi madre me sugirió presentar el examen de admisión en la Escuela Normal. —¿En la Normal yo?, ¡ni que fuera qué o quién! —le respondí de manera ríspida, causándole un profundo dolor, pero desafortunadamente esa era mi realidad y no quería darme cuenta. El Centro Regional de Educación Normal de Río Grande (CREN), era el único conducto posible para seguir preparándome profesionalmente, no tenía opción; sin embargo, seguí reprochando y cuestionando a la vida estar donde estaba en ese momento.

—¿Por qué a mí?, repetía una y otra vez lleno de coraje y tristeza. Recuerdo que insistía en decirle a todos que no quería estar ahí, que mi sueño era como lo había leído alguna vez, irme lejos sin un destino a donde llegar para ayudar a “quien de verdad lo necesite”, a los niños de la calle, a las mujeres embarazadas, a los ancianos, o para acabar con el hambre y la

pobreza. Y si no, ser político, sociólogo, enfermero o escritor; sí, por más ridículo y loco que parezca, esos eran mis sueños.

Mi primera práctica como docente en San José Manialtepec, Oaxaca, fue una cincelada en mi conciencia y no se pueden imaginar cuánto me marcó, porque ahí me encontré con la docencia que no quería encontrarme, esa que está llena de duras realidades, de obstáculos por doquier y de frustraciones al ver que las cosas no salen como las planeas. En ese momento admiré profundamente la profesión que siempre reproché, y solamente agradecí lo bendecido que era y que había sido siempre, sin nunca darme cuenta.

Por eso, cada vez que estoy por derrotarme me acuerdo de la ocasión en que Yolotzí, una de mis alumnas, me dijo que no había comido desde el día anterior por la mañana; de Hermenegildo, el niño que no conocía a sus padres y vivía con su abuela que no sabía leer, y quizá por eso no podía hacer las tareas; de Narubi, la niña que no llevaba el uniforme de gala porque decía que su mamá no tenía dinero para comprarlo; de Ernesto, el niño que sufría autismo y sus padres se negaban a aceptarlo; de Getsemaní, la niña con problemas de dislexia que viajaba todos los días quince minutos sola en un taxi para poder llegar a su escuela; o de Julián, el niño que vio a su papá morir en un accidente y desde ese día nunca más habló.

Me di cuenta entonces de lo hipócrita que había sido conmigo mismo y comprendí que no era necesario salir e irme lejos para poder ayudar a quien más lo necesita, porque las realidades están a la vuelta de la esquina atacando a quien menos lo merece. Comprendí también que la vida no me debe nada, que yo soy el propio y único responsable de lo que digo y de lo que hago, que estoy en el lugar y en el tiempo

correcto, porque tengo un propósito muy importante que cumplir para mí y para los demás. Comprendí que lo bueno y lo malo no existen, que cada día caminamos a lugares, vivimos situaciones, conocemos personas y suceden cosas que nos esperan desde siempre y para siempre. Que todo obra para bien, que las coincidencias no existen, simplemente pasa lo que tiene que pasar y no tenemos ni el más mínimo derecho de preguntar ¿por qué?, sino ¿para qué?, ¿qué quiere la vida que aprenda de esta situación? Desde ese día abrí los ojos, entendí que cada persona está luchando para ganar su propia batalla y sobrevivir.

El CREN me ha enseñado que no son necesarias grandes cosas para ser feliz, me ha mostrado lugares y personas que no imaginé conocer, realidades, ubicaciones geográficas, culturas, etnias y lenguas diferentes. Hoy puedo decir que de todas he aprendido algo, de cada niño que conozco y que deposita en mí su confianza para desahogarse, de cada hogar que he visitado y aun sin conocerme me han ofrecido un plato de comida y una hospitalidad indescriptible por el simple hecho de ser maestro. La Normal me dio la oportunidad de compartir esta experiencia con todos los que han decidido ser mejores cada día, me reveló la calidez humana de la gente y me ayudó a descubrir uno de los más grandes, puros y verdaderos amores que pueden existir más allá de la tierra: el amor de los niños.

Utopía de un lector

Ahora que lo reflexiono, las bibliotecas nunca me gustaron, es triste ver que los libros se guardan y son visitados solamente por el moho y el polvo; prefiero leer los libros que poseo

de ellas, en la casa de mi abuela y con toda la tranquilidad del mundo; no me gusta el ruido, odio que las personas me interrumpen cuando leo, porque no sé si después retomaré la lectura con la misma intensidad e interés con el que empecé.

Si alguien me preguntara que para qué escribo en este momento de mi vida, sin pensarlo tanto contestaría que plasmo todo lo que a veces no puede salir de mi boca y así logro que surja en mis letras y de mi mente, de mi propia realidad, aunque ésta no siempre sea color rosa. Escribo para todas las mujeres de mi familia, me gusta relatar sobre cada lugar que visito y sobre cada persona nueva que conozco, disfruto crear cartas, aunque nunca las entregue, también me dirijo al cáncer, al viento, a las realidades prestadas y a Río Grande.

Escribo hoy, porque no sé si podré hacerlo mañana, escribo para sanarme y liberarme de ataduras del pasado que me persiguen desde siempre, para implorar en el silencio: ¡Libertad! Escribo con alegría cuando estoy junto a mamá, con coraje cuando soy testigo de una iniquidad, con melancolía cuando miro a las estrellas encenderse por segundos y apagarse por eternidades, escribo libre cuando estoy frente al mar, rodeado de calma y de rico sabor a sal, lo hago para mi hermano, el hombre, aunque él ya haya tirado la primera piedra, y ya haya abofeteado mis dos mejillas; en fin, siempre es un honor escribir para la vida.

Y si alguien más me preguntara que para qué leo, respondería que hoy en día lo hago para mi abuela de sesenta y nueve años que no puede ver las letras pequeñas, pero su interés por escuchar en mi voz pasajes bíblicos es mucho más grande que sus limitaciones; leo a mi mamá para explicarle

lo que sucede en el mundo actual, tal y como lo hacía ella conmigo en la infancia; leo para poder alimentar mis ganas de salir adelante, aunque en ocasiones todo parezca gris; leo para ser parte de una sociedad mejor, más activa e incluyente; leo para que las injusticias nunca toquen las puertas de mi vida en ningún acontecimiento; leo para los que quieren pero no pueden y en memoria de los que podían, pero ya no están.

Leo y escribo para mí, para no ser esclavo de mis propios pensamientos, tener paz conmigo mismo y así llenar los vacíos que la vida, las circunstancias, incluso las personas dejan en mí con el paso del tiempo; me refugio en las letras de los libros y creo expectativas e ideales con las palabras escritas, con tinta de sueños; leo y escribo para definir una meta nueva cada día, para ser feliz sin tener que menospreciar a nadie y sobre todo, leo y escribo porque muy pronto, más pronto de lo que yo mismo imagino me convertiré en uno de los agentes más importantes para que los niños de mi pueblo, de mi región, de mi estado y de mi país, amen igual o mucho más que yo a los libros, para que prodiguen su gran amor por lo que para mí es lo más sagrado que hay en el mundo y que desafortunadamente hemos ido deteriorando y dejando en el olvido: la lectoescritura.

Sólo sé, que no sé nada

No sé exactamente qué capacidad tiene el ser humano para acumular la gran cantidad de experiencias que lee y escribe con el paso del tiempo; lo único que sé, es que aún me faltan muchos Bécquer, Benedetti, Borges, García Márquez, García Lorca, Hierro, Neruda, Soler, Guerra, Pineda, Toledo y muchos

libros por leer, mucha poesía por escribir, mucho México que amar, mucho arte por admirar y mucho más Oaxaca por vivir.

Los libros me han demostrado que los sueños y la voluntad son lo último que muere; creo que cuando nos gusta un libro o un poema es porque nos identificamos con sucesos que han ocurrido en nuestra vida, o simplemente queremos que lo que pasa en la historia de un libro, también suceda en nuestra historia de vida; también creo que hay un solo libro para cada persona y para cada momento que vivimos, aunque debo confesar que yo he encontrado más de uno.

Me gusta mucho leer libros y pensar, “esta historia es perfecta para él o para ella”. Tal vez porque los personajes o la trama que leo me recuerdan mucho a una persona e imagino lo que ha ocurrido en su vida, y a partir de ello trato de entender su manera de ser, de actuar o de pensar y busco justificar a las personas más por lo que han sufrido que por lo que han logrado.

Me gusta obsequiar libros que creo que servirán más a otras personas que a mí mismo, porque el mundo de la lectura me ha enseñado que todo esto se trata de compartir y no de competir.

He tenido que guardar en mi morralla de sueños experiencias y realidades, situaciones que he vivido y que no me es posible relatar en este escrito, porque nada tienen que ver con la lectura y escritura, pero si de algo estoy seguro es de que esta *praxis* ha moldeado mi manera de ver al mundo, y más ahora como alumno en formación docente, después de leer, por ejemplo, a Piaget y sus etapas del desarrollo cognoscitivo; a Montessori y su gran descubrimiento con el material didáctico; a Cubero con la definición de práctica docente y

otros términos por demás interesantes; a Cecilia Fierro y sus seis dimensiones de la práctica educativa; a Casanova y la evaluación; la teoría de las inteligencias múltiples de Garner, o los diferentes textos encaminados a la labor docente y a la enseñanza. En la búsqueda de una docencia de alto nivel me he tenido que empapar de textos diferentes a los que leía anteriormente para poder educar, enseñar y llenar huecos en los alumnos que la teoría, hasta ahora, no ha podido llenar.

Leer me ha resultado definitivamente una oportunidad para ser quien quiero ser y para poder transmitir en mi trabajo docente el amor hacia lo que hago. Leer y escribir me han ayudado a darme cuenta que la profesión también se crea y comprender, gracias a ella, que el docente no nace, se hace, puesto que nadie nace para algo específico en la vida, a excepción de la muerte, y aún en el camino puedo decir que es difícil formarse, leer y escribir, además de adquirir un bagaje cultural que es el único conducto posible para romper con las cadenas de la esclavitud, la ignorancia y el engaño.

REFERENCIAS

Bécquer, G. (1861). Carta I. *Cartas literarias a una mujer*. Argentina: periódico *El contemporáneo*.

Hierro, J. (1992). Teoría I. *Libro de las alucinaciones*. Madrid, España: Cátedras. Letras Hispánicas.

UN ROMPECABEZAS DE COLORES

Liliana Marisol García Ramírez*

Una rana color azul

Escribo a partir de recuerdos fragmentados que vienen a mi cabeza, eso no lo hace menos real, pero le otorga un toque de fantasía, de una persona que recurre a su pasado en busca de un poco de historia. Soy costeña de nacimiento y sobre todo de corazón, específicamente de Puerto Escondido, Oaxaca, lugar donde los niños son chamacos,¹ los adultos se vuelven tíos, tus amigos son primos, y donde si no te portas bien te dan una chinga,² ¡y vaya que duele!

Tengo impregnado tanto mi pueblo, que mi nombre es en honor de un andador turístico llamado Marisol, y todavía permanece el letrero en aquel lugar, mitad pintura, mitad sarro, pero si pones atención se pueden llegar a apreciar las letras, lugar con un toque romántico, porque ahí se conocieron mis padres y me terminé llamando Liliana Marisol.

Soy la cuarta hija de mi papá y primera de mi mamá, así que prácticamente me crié como hija única por 12 años, hasta que llegó a nuestra vida Fani, mi hermana. Con aproximadamente cuatro años aún no iba a la escuela, ya que en ese momento no había quien me cuidara, pues llevar a una niña al preescolar implica ir a las 9 de la mañana a dejarla, regresar a las 12 del día por ella, y mis padres siempre han trabajado de 8 a 4 si bien les va, de ahí la dificultad de ellos por cuidarme.

* Docente de la licenciatura en Educación Física y Educación Primaria, del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

¹ En la costa, así se les llama a los niños.

² Modismo utilizado para hacer referencia al castigo físico.

Siempre pasaba de mano en mano, de la abuela Queta y Avelino, quienes viven en San Antonio, Tonameca, y la tía Chica, que vivía en una vecindad donde había muchos niños con quienes divertirse; pero por las noches, cuando las luces de la calle comenzaban a alumbrar, le correspondía jugar a los adultos, así que se recorría una mesa blanca a la entrada del cuarto, con unas tres o cuatro sillas alrededor y sacaban las cartas, para que ella y sus amigas comenzaran la partida, acompañadas, cada una, de su respectiva bebida para aliviar el calor de la noche. Ahí aprendí a contar del 1 al 12.

Después de un tiempo, la tía Rosa fue quien me acompañó en una parte del proceso de la lectura y escritura. Era una mujer morena y delgada. Recuerdo que en ese tiempo estaba de moda la música de Selena, una cantante, y mi tía se vestía casi igual que ella e imitaba su fleco, que es una especie de peinado que se elabora con el cabello que cae sobre la frente, acomodándolo en forma de ola, por medio de un tubo y mucho spray.

La casa siempre estaba rodeada de su música, y fue mi tía, por medio de una llamada telefónica, quien me entregó una de las piezas importantes para armar el rompecabezas de este relato. Al preguntarle para recabar información me comentó: “Siempre fuiste muy inteligente”. A ella le tocó parte del proceso de mi aprendizaje con la escritura y me relató que a veces se desesperaba, ya que al escribir la palabra MAMÁ colocaba una M y posteriormente otra M, dando como resultados MM, aun cuando me dijeran que entre ellas y al final iba una A, y cuando por fin lograba poner la A, dejaba mucho espacio entre una y otra; así eran los principios de mi escritura.

Mis papás siempre se encargaban de “mantenerme ocupada” y me compraban libros para colorear, pero no hacía mucho caso de las indicaciones que me daban, si me pedían que coloreara una figura, como de rana, de verde; hacía caso omiso de sus sugerencias, de la misma forma que con “MM”, y pintaba la figura de color rojo, azul o amarillo, sin permitir que me limitaran las líneas que trazaban la imagen. Al percatarse mi tía de esto, decepcionada me decía: “Píntalo del color que quieras”. Ahora me doy cuenta de que ésta ha sido la consigna de mi vida, pues aunque algunas personas me digan que la situación es blanca o negra, yo puedo verla de varios colores.

Con las tardes de tía Chica, las canciones de Selena, y las enseñanzas de mis padres, me preparé para ir a la escuela por primera vez.

Las rayas blancas de Rufina

Estudí el preescolar en un CENDI,³ ubicado en el centro de Puerto Escondido, específicamente en el mercado, y por la situación de trabajo de mis padres, ya mencionada, sólo fui a tercer año. Me resulta complicado recordar este nivel, pero tuvo muchos eventos deportivos, culturales y el frijolito germinado. Aunque fue un periodo muy corto pude aprender las vocales, mejorar mis trazos y comenzar a escribir mi nombre. En ese tiempo, para que aprendieras te compraban una guía con ejercicios, y lo que más me gustaba era unir los puntos para formar las letras. Esto fue en beneficio de mi tía Rosa, ya que, si no logré pintar de un solo color, por lo menos no me salía de la línea.

³ Centro de Desarrollo Infantil.

Era hora de cursar la primaria, pero aún tenía 5 años y sólo permitían el ingreso con 6 años cumplidos, así que mis padres usaron su ingenio para poderme agregar un año más de edad de manera oficial. Fui a “Las Primeras Luces”, que le hace honor a su nombre, al ser la primera escuela en la ciudad. La edad que tenía no fue una limitante para aprender, pues ya era capaz de escribir palabras y realizar lecturas cortas. Mi libro preferido era el de la materia de Español de primer grado, del año 1997.

La técnica de enseñanza de la maestra era pedirnos tomar un color azul para dividir las palabras en sílabas y al mismo tiempo sobreponer el color rojo en las mayúsculas; eso realmente no me agradaba mucho, pero sí las lecturas que integraban el libro: “Paco el Chato”, “El viaje”, “Los zapatos del novio”, “Rufina, la burra”, “Los changuitos”, entre otros.

Las imágenes y las historias eran divertidas, otras un poco tristes, pero siempre con un final feliz. Como la mayoría de los cuentos, historias y películas, presentan un desarrollo trágico que mejora al final de manera espontánea; por ejemplo: Rufina, la burra, anhela ser bonita y su deseo la empuja a pintarse unas rayas blancas, pero la lluvia no le ayuda:

Cansada, mojada y triste, Rufina volvió al corral.

Ahí le contó a un amigo burro su historia

—¡Pero qué ocurrencia el querer ser una cebra,
si eres tan bonita! —le dijo.

En los demás grados las lecturas dejaron de ser tan interesantes, todo se enfocaba en aprender sobre diversos aspectos: la tierra, el agua, el cuerpo humano y la naturaleza, entre otros.

Ya era capaz de realizar lecturas de “manera corrida”,⁴ como decían los maestros; en este espacio físico no recuerdo que me involucraran en actividades de lectura o escritura; sin embargo, yo tenía otro lugar.

El restaurante, ése era mi lugar. Como relaté antes, por el trabajo de mis padres resultaba complicado que fuera al preescolar, pero en la primaria no había opción, así que terminando la jornada escolar me tocaba la jornada laboral de mi mamá, que se llama Doña Lila y es la persona más fuerte y dedicada que conozco. Ella ha trabajado en “La Galería” por más de veinte años, donde labora como cocinera o mesera, y ahí era donde permanecía después de salir de la escuela, específicamente en la bodega,⁵ esperando de tres a cuatro horas para que Sabina, la jefa de mi mamá no me viera y se molestara por que estuviera haciendo ruido.

Aprovechaba ese tiempo para hacer la tarea, así que cuando llegábamos a casa ya había terminado todo. Ésta se volvió una rutina durante seis años; sin embargo, la tarea no era suficiente, pues cuando ya no tenía nada que hacer dentro de la bodega, siempre había un libro de más, ya fuera un cuento, una revista o un crucigrama —éstos eran los que más me compraban, y ahora comprendo por qué soy tan rápida para encontrar las palabras—, qué resolver.

Ahí tenía de compañeras a las señoras naranjas, las señoritas cebollas, el señor pozo y el más temido de todos, don horno, y los primos champiñones y camarones que en ocasiones eran despojados de sus vestidos y siempre terminaban en alguna pizza.

⁴ Hace referencia a cuando el lector es capaz de respetar los signos de puntuación y tiene pocas o nulas interrupciones.

⁵ El lugar estaba ubicado detrás de la cocina del restaurante.

A veces lo complicado no era leer, al menos no lo fue para mí, sino encontrar un motivo para hacerlo, algo que me impulsara a tomar un libro, no importaba cuál, con tal de explorarlo, de olerlo y llevármelo a donde quiera que estuviera.

Fui y sigo siendo afortunada, ya que aun cuando tenía que irme a casa de mis abuelos o estar en el trabajo de mis papás, me criaron personas amorosas, y a pesar de las limitaciones de tiempo y dinero, yo siempre estaba ocupada. Recuerdo que tomé clases de teclado, de computación, Nippon Kempo,⁶ inglés y pintura, en esta última no me era permitido entrar a la técnica de óleo porque se utilizaba aguarrás⁷ y yo era muy pequeña, pero mi mamá abogó por mí hasta que logró inscribirme.

En ese lugar perfeccioné mis trazos, desarrollé mi creatividad e imaginación, y estas habilidades me facilitaron la primaria, pues elaboraba rápidamente mapas, dibujos o cuentos.

Color azul con letras doradas

Llegó el tiempo de la secundaria. En esta etapa ya era capaz de leer cualquier escrito que me encomendara el maestro, y fue cuando leímos *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra y *Las bodas de las hijas del Mío Cid*; de este último teníamos que realizar un dibujo de alguno de sus capítulos para pasar a exponerlo, esa era la parte más sencilla porque dibujar me gustaba. En una ocasión nos informaron de un concurso de cuentos propios y participé con “La isla del

⁶ Es un arte marcial japonés que practiqué de 2002 a 2009.

⁷ Disolvente. Uno de sus usos es quitar la pintura de los pinceles.

tesoro”. La historia fue seleccionada por el grupo, pero hasta ahí llegué, ya que después no gané. Mi relato se trataba de un grupo de niños que buscaban un tesoro y al final éste era la amistad, pues como dije antes, siempre hay que buscar un final feliz.

Mi lugar favorito en la secundaria fue la biblioteca y en cada módulo libre acudía a ella, la descubrí porque ahí nos prestaban un juego de ajedrez y disfrutaba jugarlo con un compañero, pero para poder hacer uso de éste, el reglamento indicaba que se tenía que realizar al menos 20 minutos de lectura de cualquier libro. Así conocí a Juan Rulfo con *El llano en llamas*, pero nunca logré pasar de las primeras hojas, porque no lo comprendía y decidí dejarlo, sólo lo usaba como excusa para el préstamo del ajedrez. Había un libro color negro con rojo tan pesado que apenas y podía sostenerlo con una mano y que me llamó la atención: *Las mil caras del diablo*, de José Manuel de Prada Samper, y como se espera por su título, contaba historias de las apariciones del diablo, género que comenzó a interesarme y siempre buscaba libros, películas e historias de terror y suspenso.

Fuera de la escuela también mis gustos y actividades cambiaron, ahora me correspondía llegar al trabajo de mi papá, quien laboraba como contador en una constructora en el centro de la ciudad. Ahí era todo diferente, lo esperaba a que saliera sentada en la sala de la recepción y a mi lado siempre se encontraba el periódico del día con la sección de la Nota Roja⁸ que era la que llamaba mi atención; las imágenes y las historias eran similares a las que leía en los libros, pero la diferencia era que éstas eran reales.

⁸ Esta es la sección de noticias que incluye principalmente muertes, poniendo de manera explícita imágenes del suceso.

Pero no todo era terror y miedo, también conocí a quien hasta ahora me sigue transmitiendo fantasía, a J. K. Rowling con los libros de Harry Potter. Era interesante imaginar a los personajes, los escenarios y la magia; mi estrategia era primero leer el libro y ya después ver la película. Aun cuando eran maravillosos los efectos especiales, siempre había un poco de decepción, porque en ella no se plasmaba todo el libro. Estos volúmenes los adquiría por medio de préstamos, regalos o compras. También disfrutaba de las historietas, así que iba cada sábado en compañía de mi padre a “Publicaciones Fabián”, un puesto de revistas que estaba ubicado en la Avenida Oaxaca, y ahí compraba un ejemplar de las revistas *Tom y Jerry*, *Memín Pinguín* y *Condorito*, pero teníamos que llegar temprano al expendio de revistas, porque de lo contrario nos ganaban el número de la semana, había que esperar hasta el siguiente sábado y perdíamos la secuencia. Amaba mis historietas, el olor que desprendían, las imágenes, los colores, también me encantaba imaginar a los personajes, aún conservo algunos ejemplares.

En mi habitación tuve un lugar especial para mis libros, ahí se encontraban algunos cuentos de mi infancia: *Los tres cochinitos*, *Blanca Nieves* y *Pinocho*, me gustaba abrirlos porque eran pop up;⁹ además, estaba una colección de fábulas, leyendas e historias bíblicas que me gané en un concurso de pintura y cada libro traía un cassette,¹⁰ para reproducirlo mientras seguía la lectura en el cuento, y con el sonido de un pajarito se indicaba el cambio de hoja. También, en el cuarto había un espacio para mi saga de Harry Potter, historietas, libros de la

⁹ Se utiliza para referirse a libros que son desplegados; es decir, que al pasar la página las imágenes sobresalen del libro.

¹⁰ Era una cinta de audio que se colocaba en una grabadora.

escuela, de inglés y diccionario; aunque tenía muchos, siempre había lugar para uno más.

Fuera de mi recámara, mis padres tenían un librero para otro tipo de lecturas: libros de recetas, autoayuda, alcohólicos, contaduría, finanzas, metafísica, biblias y el Atalaya. Con todo esto aprendí los 12 pasos de AA, algunos ingredientes para cocinar, aunque nunca me gustó hacerlo, e historias de jóvenes que habían encontrado el apoyo en Dios; pero de todos ellos, el *Pequeño gran diccionario de metafísica* y *El libro de oro para la familia* siempre terminaban en mi cuarto. El último era grande, con pasta acojinada de color azul y letras doradas con varias reflexiones; mi meta era aprenderlas todas y en una ocasión que nos pidieron recitar un poema yo elegí “No basta”, cuyo fin era promover la reflexión sobre el cuidado de los hijos y la responsabilidad que implican, aún me da risa recordar cuando descubrí que es una canción de Franco DeVita.

Con la lectura iba desarrollando el lenguaje y la imaginación; sin embargo, quien contribuyó en gran medida a ello fue mi padre. Don Vencho es un hombre de rostro “fuerte”, y corazón dulce y amoroso, quien por cuestiones de trabajo muchas veces tenía que salir, y cuando la suerte me sonreía iba con él, así que alistaba mis cosas y por supuesto mi cinta con la música de Leo Dan para acompañar el viaje.

Cuando nos tocaba ir a lugares cerca de Juquila,¹¹ siempre se detenía en los nacimientos de agua para llenar su bote y hacer que yo tomara de ahí, porque era agua limpia y fresca, la verdad es que aún lo hace cuando salimos y a mí me gusta. Durante estos viajes, mi papá, para que no me aburriera

¹¹ Es una ciudad del estado de Oaxaca, perteneciente a la Sierra Sur, la cual cada año es visitada por peregrinos de todo el país, ya que ahí se encuentra la Virgen de Juquila.

en el camino y porque yo se lo pedía, me contaba historias que trataban sobre la comunidad que íbamos pasando en la carretera. Siempre me preguntaba: ¿cómo es que sabe tanto?, ahora me doy cuenta de que la mayoría de los relatos los inventaba, pero aun así me sigue sorprendiendo la capacidad que tenía para crear historias.

Esta acción fue tan significativa, que actualmente, cada vez que paso entre las comunidades del Vidrio y San Gabriel, recuerdo la historia de dos familias que se pelearon y ese enojo fue creciendo hasta que todos los miembros de ambas terminaron con sus vidas. Las cruces sobre la carretera tenían un aporte valioso para las historias, pues ver un grupo de ellas servía como pretexto para que mi padre me contara cómo había sido el accidente y quienes fallecieron en ese lugar. Visitar un panteón era trágico para muchos, pero satisfacía mi curiosidad, me agradaba recorrerlo y caminar entre las tumbas buscando la fecha de fallecimiento más antigua. Actualmente, cuando tengo que ir a ese lugar, aún lo hago.

El nuevo integrante gris

A inicio del año 2000 comenzaron a llegar a las casas nuevos miembros: ¡las computadoras!, compuestas por una enorme pantalla color gris y el CPU, que hacía un sonido particular. Siempre por las tardes veía al conta, mi padre, reunir sus notas, sus facturas y escribir documentos en la computadora; en ocasiones me sentaba a realizar alguno de sus oficios que siempre comenzaban con: lugar, fecha, asunto, a quien va dirigido y una frase: “Reciba un cordial saludo, esperando que se encuentre bien...”.

A partir de ello mi redacción mejoró; sin embargo, mi caligrafía no tanto. Todo esto se realizaba mientras la casa era invadida por Miguel Ángel Cornejo, en cuya colección de cassettes teníamos “El poder del éxito”, creo que el nombre del tema lo dice todo.

Del Bachillerato, por parte del sistema educativo no recuerdo algún evento o espacio que promoviera la lectura o escritura, pero a esa edad conocí a quien fuera mi “sensei” de la lectura, un señor cuyo hijo era mi maestro de Nippon Kempo. En una ocasión el señor me vio con un libro, que era *El diario de María*, de Paulo Coelho, y acercándose me dijo:

—Si te gusta leer, te voy a ayudar a seleccionar libros buenos, te los presto y cuando me los regreses te daré otro.

Fue así como comencé con un libro pequeño que se llama *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway, que hasta la fecha es uno de mis favoritos; seguí con *La trukulenta historia del capitalismo*, de Rius, cuando lo hojee no podía creer que fuera un libro y pensé: “seguro se equivocó, éste trae dibujos”, pero no, entonces descubrí otras formas de expresarse por medio de imágenes. Un tiempo me prestó libros, pero después ya no me gustaban tanto sus selecciones.

En ese momento me encontraba en una etapa adictiva y siempre cargaba un libro, iba a la playa con el libro, a la casa de los abuelos con el libro, al cuarto con otro libro, hasta en el carro lo llevaba y logré leer sin marearme. Era como el celular ahora, y esa etapa duró aproximadamente cuatro años.

Los libros que me visitaron en ese momento fueron los de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, *Sangre de campeón* y *Juventud en éxtasis*; Paulo Coelho con *A las orillas del río piedra me senté y lloré*, *Las Valkirias* y *Verónica decide morir*, continué con la

saga de *Harry Potter* y otros más, quizá actualmente al leer estos títulos de libros no parezcan tan interesantes, pero en ese momento lo eran; afortunadamente Don Vencho y Doña Lila siempre buscaron la manera de conseguirlos.

Un toque de gris, marrón y pequeñas gotas azules

A los 17 años comencé a estudiar la Licenciatura en Psicología, y no resulta sorprendente después de estar conviviendo con los libros y audios antes mencionados dedicados al autoanálisis, pero la razón de estudiar esta carrera es otra.

Me trasladé a la ciudad de Oaxaca y fue en ese momento que conocí la importancia de tener gusto por la lectura, pues nos dejaban copias y libros para leer, y para poder hacer los famosos ensayos o exposiciones que nos indicaban los maestros me topé con Jean Piaget, Sigmund Freud, Montessori, Pávlov, Skinner, Carl Rogers, Abraham Maslow y muchos más.

El gusto por la lectura, más el gusto por la carrera fue una buena combinación, las lecturas voluntarias no cedieron, y los libros que me recomendaban los buscaba, así leí *¿Quién se ha robado mi queso?* de Spencer Johnson, *El sentido de la vida*, de Víctor Frank, *Recuentos para Demian*, de Jorge Bucay, *El arte de amar* y *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, entre otros que aún conservo. Mi interés por las películas fue creciendo más y a la par de coleccionar libros, tenía la computadora repleta de cintas de todos los géneros; la que más me gusta hasta la fecha es *El lado oscuro del corazón*, de 1992, del director Eliseo Subiela, que es una película surrealista en la que se enuncian muchos de los poemas de Oliverio Girondo, Mario Bendetti y Juan Gelman.

Disfrutaba recitar mentalmente los poemas y trataba de aprenderme los más posibles: “Llorar a lágrima viva”, “Espantapájaros”, “Viceversa”, “Estados de ánimo”, “Corazón coraza”, “Chau número tres”, “No te salves”, “Rostros de vos”, entre otros, pero el que siempre me acompañaba era “Táctica y estrategia”.

Mi táctica es
quedarme en tu recuerdo
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
Pero quedarme en vos

Mario Benedetti (“Táctica y estrategia”)

Con estos poemas en la mente escribía en libretas algunas ideas que me surgían y elaboraba cuentos, historias y poemas. Fue así como surgieron “Senderos”, “Cuento de hadas”, “El hoy”, “Pilares de arena” y “Yuliana”, entre otros; que generalmente los comenzaba en momentos catárticos y terminaban con un sentimiento de satisfacción, de ahí que tuvieran un toque de gris, marrón y pequeñas gotas azules:

Corría por la calle en donde una vez se sentó a mirar
a las personas pasar,
llevaba su vestido de seda que dejaba ver su silueta
perfecta,
la lluvia besaba su piel blanca al deslizarse por su
cuerpo,
las pequeñas piedras se enterraban en sus pies
descalzos,

las gotas se mezclaban con sus lágrimas que no cesaban, de sus ojos grandes y azules...

(Yuliana)

Durante los casi cinco años de carrera, la lectura, escritura y oralidad fueron volviéndose más académicos, pero siempre me escapaba para poder escribir textos de mi autoría en la computadora o en alguna libreta.

Al terminar la carrera, las actividades del trabajo fueron aún más exigentes, por lo tanto me dedicaba a preparar las consultas, las clases, lecturas de las guías, de los planes, de autores y más autores complementarios; el tiempo para escribir o leer cosas de mi agrado fue disminuyendo, mi espacio de libros en los últimos años ha dejado de aumentar, los escritos han permanecido iguales; sin embargo, la lectura y la escritura ya son parte de mi vida, en ocasiones tengo encuentros con libros nuevos pero ahora digitales, historias, poemas y cuentos que aparecen de repente en mi camino.

El rompecabezas de colores

Recapitulando, hasta este momento de mi vida el interés por la lectura fue producto de los largos ratos en la bodega o en el sillón de la oficina, las aventuras de *Condorito*, de *Tom y Jerry*, *Memín Pinguín*, el “sensei”, y mi gusto por el ajedrez y la carrera. La escritura por los oficios de mi papá, los poemas y los cuentos; por cierto, aún presento algunas dificultades con la caligrafía.

La imaginación y oralidad fue producida por Selena, Leo Dan, Miguel Ángel Cornejo, los relatos de las cruces, las

historias de mi abuelo y las tardes en la radio escuchando *La tremenda corte*, todos ellos me arrojaron para poder hablar y expresar lo que pensaba y sentía.

Actualmente me encuentro en el Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, ubicado en mi costa oaxaqueña, a 45 minutos de mi tierra natal. Aquí he vertido todo lo aprendido, y por las exigencias del nivel ya no es suficiente, pero si necesario el gusto por la lectura y tener habilidades de análisis, investigación y producción, porque leer simplemente para cumplir con los requisitos académicos produce una lectura muerta, realidad que muchas veces sucede tanto en los docentes como en los alumnos.

Fue así como logré convertirme en lo que ahora soy y transmito. Intentar dar respuesta a la encomienda del relato que es: ¿Cómo aprendí a leer y escribir?, me resulto más complicado de lo que parecía, pues al rompecabezas le faltaban muchas piezas que solicité a mis padres, abuelos y tíos, pero tampoco encontraron muchas, así que busqué entre los cajones de mi memoria y encontré varios colores que describí y me llenaron de alegría, porque aun cuando de manera formal el aprendizaje no fue tan significativo debido a los métodos utilizados, como el silábico y repaso memorísticos, esto aportó, junto con las circunstancias de cada etapa, para poder integrar varias piezas más al rompecabezas que continúo armando, como cada uno de nosotros.

LOS INTRINCADOS CAMINOS DE LEER

Norma López Pérez*

Introducción

Esta historia nace de la necesidad de sanar algunas heridas del pasado; es una manera de demostrar mi realidad como hija, estudiante, hermana, amiga, lectora y ahora, como alumna en formación docente. Es también una alabanza a la única compañía que he tenido en mi vida y que no me había dado cuenta de su presencia. . . , los libros, quienes me han enseñado que existe lo bueno y lo malo.

Esa tarde comí un plato de lentejas. Dejé pasar un largo rato en mi cuarto hasta que por un momento pensé: —Tienes que empezar a escribir cómo fue que aprendiste a leer.

Con esta idea en mente me recogí el pelo en una cola de caballo, para soportar el inmenso calor que azota todos los días a Río Grande; después abrí la ventana del cuarto, me senté y tomé la computadora. No tenía la menor idea de cómo iniciar, pero de una cosa estaba segura, era el momento de empezar a recordar entre las paredes verdes que me rodeaban, reflexionando en un cuarto pintado de ese tono. Siempre me ha gustado ese color, creo que es porque así son las arboledas que cubren los cerros de mi pueblo.

Sentía una calma mezclada con miedo, que nunca había experimentado antes. Por primera vez iba a escribir, por primera vez iba a recordar, dos cosas que juntas me parecían

* Alumna en formación docente, del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

imposibles. Me perdí un par de veces, pero logré retomar el rumbo. Finalmente, inicié la escritura.

Mi pueblo

Las Palmas, así se llama el pueblo donde crecí, es una pequeña localidad de apenas unos 900 habitantes, perteneciente al municipio de San Jerónimo Coatlán, Oaxaca. Es muy curioso decir que mi lugar de procedencia se llama Las Palmas, porque desde que tengo uso de razón estaba rodeado de cerros verdes y frondosos como el Amazonas, así lo recuerdo cuando mi padre me enseñaba el abecedario. En esa época estaba de moda saquear el bosque de San Jerónimo Coatlán. Los madereros cargaban difícilmente, a causa de su gran tamaño, los trozos de pinos que estaban sujetos por enormes cadenas que nunca antes había visto. En este negocio del aserradero Tachapuesa, que en ese entonces se ubicaba en los Limones de San Pedro Mixtepec, y en varios aserraderos de Miahuatlán de Porfirio Díaz, trabajaban la mayoría de los ciudadanos pertenecientes a mi municipio, derribando los árboles más magnos.

Escape frustrado

¿Cuándo aprendí a leer? No lo recuerdo con exactitud, pero en mi mente aparece una presencia tan fresca como una herida en la piel que sabes que sanará con el tiempo, pero por el momento duele un montón, ¿verdad?, pues así fue mi primer acercamiento a la lectura y la escritura.

Los recuerdos me transportan a mi morada que está justo en la entrada del pueblo, mejor conocida como “La casa

del portón negro”. Es vieja, grande y cuarteada por el temblor que azotó a Oaxaca el 30 de septiembre de 1999, justo el año en que nació. Entre sus paredes se encuentra un corredor amplio y es ahí donde está mi sillita de madera, y frente a ella, otra silla más grande, donde apoyo mi cuaderno en el que hago planas, lo único que escribo en él son las sílabas, teniendo en mente que en la tarde, cuando mi padre llegue de pasajear,¹ me va a pedir las planas y si no las tengo me va a golpear. Mi padre era un hombre de piel morena, ni tan alto ni tan chaparro, con pelo lacio y muy rebelde de peinar. Su rostro lo delataba como una persona seria, molesta y con mucho carácter. Lo que me gustaba de papá era la forma en que pensaba de los saqueadores del bosque: —¡Están asaltando nuestros bosques!, esos extranjeros se están llevando nuestro dinero —decía papá, mientras hubiera con quién hablar del tema.

Fueron tardes en las que no quería que mi padre llegara porque no pronunciaba correctamente las sílabas. ¡Cómo me confundía con la letra “s” y la “c”! Si no las decía bien, mi papá me daba un coscorrón en la cabeza que me hacía llorar. Para él eran golpes insignificantes, pero para mí, cada uno de ellos era extremadamente fuerte; tanto, como caerse de cabeza a un barranco empedrado. —Pónte las pilas —replicaba, cada vez que alzaba la mano. Un proceso lector que apenas comenzaba y ya era algo tan malo como enterrarse una espina de cornizuelo² en la planta del pie, muy difícil de sacar.

Cómo olvidar sus palabras: —¡Eres una burra!, tú no sirves para leer, en cambio tu hermana aprendió rápido, ya me cansé de enseñarte y de que no aprendas.

¹ “Pasajear” es una expresión que se utiliza para referirse a las pasajeras de transporte público.

² Cornizuelo es un arbusto de hasta 5m de altura, con espinas rectas y huecas.

Hoy, mientras escribo en medio del silencio, que a veces interrumpen los sonidos de los carros que circulan por la calle, en mi rostro aparece un dejo de melancolía y mis ojos se llenan de lágrimas. Contener el llanto es difícil, casi insoportable, mi corazón se oprime, mi garganta se cierra, la respiración huye; es como si quisiera sacar cada gota de llanto que tengo en el cuerpo, ya no quería recordar, sólo deseaba llorar.

A eso de las diez de la noche, los recuerdos de cómo inicié el proceso de lectoescritura ya no eran un secreto. Reconozco que hasta ese preciso momento no me había atrevido a escribir lo que sentía en aquellos instantes, pero al hacerlo experimenté un ligero alivio. Puede sonar extraño, pero el secreto ya no me está tomando del cuello.

Después de esto olvidé cómo o quién me enseñó a leer, pero lo que me cuenta mi padre es que se cansó de mí y decidió que cuando entrara a la primaria, alguna maestra que tuviera la paciencia necesaria me enseñaría, porque él no la tenía. No fui al preescolar, porque mis padres decían que era una pérdida de tiempo, y lo que aprendería ahí, ellos me lo podían enseñar en casa. Al fin cumplí seis años, la edad exacta para entrar a la primaria. Ingresé a la escuela CONAFE,³ “Tierra y libertad”. Todavía recuerdo esa escuelita cercada de madera, con techo de lámina, y cómo olvidar la gran rampa de tierra colorada que en tiempo de lluvia se ponía resbalosa, y me sacaba grandes carcajadas cuando se caían mis maestros. Supongo que fue aquí en donde inicié a leer las primeras oraciones.

Cuando ya podía descifrar lo que decían algunos libros me gustaba leer los que estaban en la biblioteca del aula.

³ En 1971, el Ejecutivo Federal nombró al Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE), como organismo público descentralizado, y en 1973, lo facultó para brindar servicios de educación comunitaria en el nivel básico, en localidades menores de 500 habitantes.

Los que más saboreaba eran los que hablaban de animales pues adquiría información nueva: las hormigas y las abejas son los insectos más trabajadores; los berrendos son muy parecidos a los venados, o sobre los pocos lobos mexicanos que en ese entonces existían. Lástima que sólo tenía derecho a leer los libros viejos y hacerlo dentro del aula, porque si no, los devoraría como las polillas hacen con la madera. Los maestros prohibían tocar los libros nuevos, según ellos era para no maltratarlos, pero la realidad era otra, pues tenían temor de que nosotros perdiéramos o rompiéramos alguno, porque parte de su responsabilidad era entregarlos en buen estado al finalizar el ciclo escolar.

Me da miedo no saber cómo fue que me gustó leer. Creo que cursaba el quinto grado cuando iba a la iglesia de los adventistas; me gustaba asistir a sus cultos, porque me permitían leer pasajes bíblicos en voz alta frente a los asistentes. Es inexplicable definir la sensación que experimentaba al momento de ponerme de pie, buscar el texto bíblico y comenzar a leer, lo único que puedo decir es que ninguno de mis familiares me escuchaba, por lo que no me daba miedo. Así fue hasta que mi papá decidió bautizarme y que hiciera la primera comunión en la iglesia católica, doctrina que jamás entendí.

Más tarde, cuando tenía 12 años de edad, conocí a doña Antonina, miembro de los Testigos de Jehová. La hermana transmitía confianza, serenidad, paz, seguridad y era muy guapa. Le sentaban muy bien los cabellos blancos como la nieve, siempre tenía una sonrisa asomándose en el rostro.

La frescura que irradiaba su conversación permitió hacernos amigas de inmediato. Fue así como empecé a

estudiar el libro *Aprendamos del gran maestro*, un volumen con relatos interesantes y muy llamativos que centraban toda mi atención. Las historias que más me agradaban eran: “Abraham..., amigo de Dios”, por su inigualable fe, y “Jesús limpia el templo”, porque la casa de su padre no es un lugar en donde se vaya a conseguir dinero. El día que la hermana me visitaba estudiábamos un capítulo, la dinámica era que yo le diera lectura en voz alta a un párrafo y al terminar me realizara algunas preguntas de comprensión.

La hermana Antonina es la única persona que me ha regalado un sinfín de libros, atalayas y revistas *Despertad*. Todos los terminé de leer sin ninguna presión y era hermoso disfrutar las historias bíblicas, testimonios, artículos científicos, etc. Esos textos eran tan cálidos que me arropaban con una textura ligera, podía oler la paz y sentir tranquilidad mientras los leía. Éstos eran los únicos libros que tenía en casa, además de los textos de lecturas que recibía en la primaria, pues nunca en mi familia se han comprado libros o revistas.

¡Cuánto disfrutaba leer el libro *El gran maestro!*, creo que por ello comencé a comprender un poco más la lectura y sobre todo, a mejorarla. A esta misma edad ingresé a la escuela Telesecundaria donde leí algunos libros por obligación. En el primer año *El diosero*, de Francisco Rojas Gonzáles y *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, libros que llegué a comprender muy poco por el léxico que manejaban y que yo desconocía; en general, las lecturas que me exigían que leyera no me gustaban o no les tomaba el interés suficiente. En segundo año leí *Gilgamesh*, un libro con poco texto y más imágenes, creo que por esta cuestión me gustó mucho, al igual que *La perla*, de John Steinbeck.

Llegó el último año en la Telesecundaria y en este ciclo, la asignatura de Español marcaba leer un texto cualquiera que fuera de nuestro agrado; y mi profesora, que se daba cuenta de mi gusto por ver películas de vampiros me recomendó *Compañeros de la noche*, de Vivian Vande Velde, fue un lindo detalle por parte de ella que hasta hoy recuerdo con mucho cariño. Me encantaba meterme en la cama, tomar la obra y sumergirme en la atónita historia de Kerry, una chica normal y Ethan, un chico con un don sobrenatural.

En el año 2014 cursé el primer grado en la preparatoria “02 de Octubre”, de San Gabriel Mixtepec, a media hora de distancia de mi pueblo. Ese año, la profesora Perla nos pidió que leyéramos libros de Gabriel García Márquez y Mario Benedetti. No hay una historia más intrigante que *Crónica de una muerte anunciada* o la aventura de *Réquiem con tostadas*.

Durante tres años viajé a la prepa al lado de mis mejores amigas: Diana, Cielo y Citlaly, casi siempre a la misma hora, dos de la tarde, el tiempo pasaba tan rápido que ni siquiera me daba cuenta. Al estar en quinto y sexto semestre el profesor de Historia, que era el mismo que de Filosofía, nos dejaba pequeñas lecturas que según él tenían mucho significado para nuestra vida y nos permitirían ver la realidad: *México bárbaro*, de John Kenneth Turner y *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, de Engels.

Reconozco que estas lecturas también me fascinaban, y aun sin saber lo fríos y helados que eran estos textos, me hicieron pasar un invierno que cada vez que los abría me daban escalofríos. Era como esa sustancia que le ponen a los muertos, formol, su droga letal. Mi vida fantástica y cálida se estaba sustituyendo por el frío y la soledad.

El único libro que no me gustó porque nunca le entendí fue *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder. Para comprenderlo, el maestro me sugirió que lo tenía que leer dos o más veces, por lo que lo consideraba un libro de nunca acabar. El profe aseguraba que era un texto fascinante, pero yo no le encontraba el chiste. Supongo que la lectura no era mala, sólo que muchas o la mayoría de las palabras las desconocía. Sin embargo, no todo fue malo, porque en sus páginas descubrí que yo de niña fui filósofa, así como Platón, Aristóteles, Kant, René Descartes o Federico Engels, que se cuestionaban todo.

También, cómo olvidar cuando por curiosidad entramos a husmear en la pequeña bodega de la prepa.⁴ Aunque han pasado algunos años, recuerdo exactamente como pasó: Citlaly se quedó cerca de la puerta y yo entré al fondo. Fue así como descubrí la caja que guardaba un sinfín de revistas *Selecciones*.⁵ Estornudé mucho por el polvo que las cubría, creo que pasaron décadas en ese lugar, como si nadie hubiera respirado ahí en mucho tiempo. Don Mundo, el intendente, llegó precisamente cuando el polvo se dirigió a mi cara, al mismo tiempo que leía: S-e-l-e-c-c-i-o-n-e-s.

—¿Qué paso?, Norma, ¿te gusta leer? —me preguntó don Mundo.

—Me gusta leer, pero no tanto —le comenté.

—Toma los que quieras, no tienen dueño —exclamó.

—¿Los que quiera?, ¿me los regala? —pregunté en el tono más inocente del que fui capaz.

—Sí —recalcó— pero vuelve a tus clases, que ya terminó el receso.

⁴ “Prepa” es una expresión que se utiliza para referirse a la escuela preparatoria.

⁵ *Selecciones de Reader’s Digest* es una revista mensual cuyo primer número en español se publicó en diciembre de 1940.

En ese momento tomé entre mis manos tantos ejemplares como pude y regresé al salón, mientras veía cómo Citlaly retorció la cara y me interrogaba:

—¿Para qué llevas basura? —exclamó.

—Pues para qué más, para leer —repliqué en un tono de burla.

Para mí, esas revistas lejos de ser basura eran algo nuevo que leer, algo nuevo que descubrir y algo nuevo que aprender. ¡Siempre me ha gustado lo nuevo y lo viejo a la vez!, y estas revistas tenían ambos requisitos.

Recuerdo muy bien que en ese momento llevaba una mochila rosa pálido con flores de color café, en donde las guardé. Algunas eran del año 1996, 1997, 1998 y la más reciente de marzo de 2010. Suena algo extraño que me emocionara por lo que parecían unas simples revistas viejas, pero los libros en ese tiempo para mi seguían siendo escasos.

A partir de ese día, cuando no tenía tareas que hacer, o después de ayudar a mi madre a lavar, barrer o hacer el queso, me detenía a observar las páginas de las revistas, sólo por el gusto de saber lo que acontecía, o conocer los productos que se promovían en esos tiempos.

A un semestre de egresar de la preparatoria participé junto con mis mejores amigas en la construcción de un proyecto en la materia de Metodología de la Investigación. Hasta el día de hoy considero que es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida.

Escribir, investigar y leer algunos libros de aprovechamiento forestal y del cuidado del medio ambiente hizo posible reforestar un cuarto de hectárea en mi comunidad. Plantar árboles en un lugar donde los están desapareciendo

me provocó impotencia, porque no pude sembrar los miles que hasta hoy he querido hacer.

Después de terminar la escuela en el año 2017, en el justo momento en que tenía que decidir cuál era el siguiente paso a dar se fue un año entero, porque no quería que mis padres gastaran en mí y pensaba constantemente en la racha difícil que estaban pasando para solventar los gastos de mi hermana que estudiaba en la universidad (UABJO). Mientras tanto me dediqué a trabajar con ellos.

Ordeñaba las vacas cada mañana, oficio que aprendí de mi padre, a quien acompañaba cuando paría una de ellas, y siempre a eso de las dos de la tarde comenzaba a hacer el queso, esto lo aprendí de mamá. En ese tiempo leí los pocos libros que mi hermana Itzel llevaba de la primaria. Recuerdo la interesante y curiosa historia del grupo beta de la prepa, que pasó en el Campamento Biofilia de Alejandra Alvarado Zink, o los libros que traía mi hermana de Oaxaca, cuando estaba estudiando para Químico Farmacéutico Biólogo, en la Universidad Autónoma de Benito Juárez. En ellos aprendí que los hombres solo aman a las mujeres cabronas.⁶

Nunca imaginé que más tarde se me presentaría una de las oportunidades más bellas de mi vida, cuando ingresé a la escuela Normal de Río Grande, Villa de Tututepec, en la que actualmente estudio la Licenciatura de Educación Primaria.

Desde muy joven quise ser médico veterinario y poder trabajar en el rancho de mi padre, que es a lo que actualmente se dedica. Mi interés surgió de sus ilusiones, pues quería tener un hijo veterinario que le ayudara con el cuidado de las

⁶ Cabrona se le llama coloquialmente a una mujer independiente, libre y con el poder suficiente para sobrevivir sola.

vacas, ya que la concesión de la pasajera la vendió cuando le diagnosticaron diabetes.

Jamás pensé que iba a estudiar para maestra, la carrera que mi familia siempre aborreció, porque según ellos los maestros son unos flojos, a los cuales se les paga por no dar clases. Después de un año y medio en la carrera fue cuando me encariñé con esto de la docencia y me dije: “Esta labor es tan bella como el delicioso aroma de café que envuelve todas las mañanas la cocina de mamá, como escuchar una agradable melodía de preludio o cuando sonrío, que casi nunca lo hago”.

En el mismo año que Rúsbel, René, Yuritze, Ivette del Carmen y Manuel, mis actuales profesores, publicaron el libro *Voces de formadores de docentes*, junto con el Dr. Roberto Pulido, fue que compré mi primer libro, un texto de fascinantes relatos que han tenido profesores muy cercanos a esta etapa de mi vida. En las vacaciones que marcaron el fin de un ciclo escolar, por las noches, después de la merienda, no podía despegar los ojos de cada una de las historias que trataban de las vivencias pedagógicas que han tenido mis actuales profesores.

“La otredad”, de Yuritze Martínez Baños, fue uno de mis favoritos; sin embargo, mientras lo leía todo mi cuerpo se entrecortaba, me hubiera gustado saber más de los personajes que narró. Pasaba horas leyendo los relatos y escuchando en mi mente la voz inconfundible de cada maestro.

Ahora puedo decir que leo y escribo para mi formación docente informes, reportes de lectura, ensayos, investigaciones y autores que se van al vacío; y digo al vacío porque a veces no entiendo lo que leo o para qué escribo, no me queda claro por qué hacen énfasis en cómo se debe enseñar, si desde mi estancia en la Normal y en algunas escuelas que he ido a

practicar, nunca he encontrado a un maestro que enseñe como dicen los libros. Por ello me atrevo a decir que por más que lea textos que hablen del trabajo docente, no serán suficientes para comprenderlo.

El fin de semana pasado, durante las tardes, noches y madrugadas redacté lo que nunca había escrito, dije lo que nunca he dicho y lloré lo que nunca he llorado. Sin aparente razón me quité un peso de encima que no sabía que cargaba, y comprendí que había aprendido a leer por esos caminos intrincados que me tocaron caminar, ante todo, con mi padre. Hoy pienso nuevamente en él y veo que hizo lo mejor que pudo, así que busqué la alegría en mi corazón sin olvidar cómo fue que aprendí a leer y escribir.

Esta historia me ha conmovido tanto que decidí buscar los libros que alguna vez leí, y comprendí que es un error decir que un libro no es de mi agrado cuando lo he dejado pendiente por no entenderlo.

Leí nuevamente *Las batallas en el desierto*, libro que hojeé físicamente hace ocho años y que ahora lo leo en mi teléfono celular. Lo saboreé en una sola noche, la historia de Carlitos y Mariana era tan intrigante que no supe que ya había llegado al final y seguía deslizando el dedo índice buscando más páginas para leer. Carlitos nunca más volvió a saber de Mariana; sin embargo, yo quería saber qué fue de ella.

Y ni se diga de *El Diosero*, con las historias de nuestro México querido que terminaban en suspenso: “Las vacas de Quiviquinta” y “La parábola del tuerto”, ¡fueron de mis textos favoritos!, y aún estoy en busca de los libros que no he leído.

¿ALGUNA DUDA?

Rafael Hernández Sánchez*

Lo que me llevó a ser maestro fue la idea de haber sido un buen alumno. Si en lo que era bueno era la escuela, no veía razón para no dedicarme a eso. Como aprendiz no era el mejor, pero me daba el lujo de esforzarme al máximo.

En la familia, por parte de mi papá, hay muchos maestros de varios tipos, así que tenía desde pequeño, una gran lista de modelos a imitar cerca de mí.

No lo hice sólo con el afán de continuar una tradición familiar, sino porque entendí con el paso de los años, que el educador es una figura que impone respeto, es el ejemplo de un buen ciudadano, es visto como un luchador y portador del cambio en países como el mío, y provoca un eco aún mayor ser nativo de Oaxaca, estado donde la lucha social es un tema recurrente en el vivir de las personas.

Cuando tomas la decisión de ser docente, es de gran ayuda comprender la importancia y la nobleza que hay en educar, Si se tiene la vocación es fácil adquirir el valor necesario; si no, más vale que comiences a ver la belleza del oficio, y no sólo la dificultad que hace a uno detenerse a pensar demasiado.

Ahora soy un egresado de la Licenciatura en Educación Primaria, y reconozco que no es tan fácil como todos pueden suponerlo. Incluso teniendo tantos precedentes, me encaminaba ignorante a ser un maestro normalista. La docencia es una labor para valientes, pero vale la pena el esfuerzo. Claro que no se pueden evitar las innumerables dudas que surgen antes

* Exalumno del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

de iniciar. Sin embargo, no hay modo más seguro de aprender a nadar que saltar al agua, por lo que siento que aquellos que osen aventurarse en la pedagogía, deben conocer cómo fue la experiencia de uno que aspiró igual que ellos.

Blanco y negro

La mente de un maestro debe funcionar en dos fases: a futuro, en la planeación, y al instante, en el aula. Regularmente vemos esto como dos polos opuestos, especulando incluso que la planeación es inamovible; o peor aún, que lo que ocurre en el aula debe ser espontáneo, improvisado.

Es peligroso pensar de esa manera y creer que podemos seguir cualquiera de esas dos facetas como dos opciones de enseñanza: o tomas lo blanco, lo pulcro y rígido que se vuelve seguir una planeación sin adaptarla; o tomas lo negro y sigues la ilusoria capacidad de adaptación que ofrece la improvisación.

La verdad requiere verse en apropiados tonos grises, sin olvidar el aprecio por los colores de los niños. El trabajo en el aula y fuera de ella debe ser pensado, organizado y ajustado a las necesidades varias que hay con el alumnado. En resumen, la planeación es primordial en el quehacer diario del educador, es una guía, es una muestra de lo creativo o perezoso que puede ser éste, pero no lo es todo.

Confieso que muchas de las clases que he dado son originadas por una lluvia de ideas. La cabeza se fragmenta en múltiples partes, según las ideas que surgen, y, por lo compulsivo que puedo llegar a ser, me he pasado noches enteras pensando la mejor manera de aplicar todas estas ideas en clase; y no porque sea difícil poner a un grupo a realizar una

actividad, sino que ésta debe ser pensada y repasada muchas veces para asegurar que el alumno aprende, pero que además disfruta hacerlo. Y ¿cómo sabremos si está aprendiendo? Esa es la pregunta que más dolor de cabeza me produce a la hora de planear la clase, pues evaluar es, personalmente, la fase que desearía poder saltarme; sin embargo, no se trata de un protocolo más.

Si la práctica hace al maestro, en la Escuela Normal se toman muy en serio este dicho, particularmente para probar resultados, pues las inmersiones educativas, o popularmente conocida como “prácticas”, se deben presentar fundamentadas y justificadas ante el asesor de las mismas, y no queriendo delatarme, ni tampoco a mis compañeros, muchas veces la evaluación se hace *a la carrera*, en bruto, sin cautela, simplemente por cumplir. Fuera de ser un requisito, la evaluación es pieza clave en la mejora, tanto del aprendizaje del estudiante, como de las habilidades y estilo del docente.

Sólo probar y aprender

Siempre he considerado que el saber es algo precioso, valioso y más que nada sagrado. Por tanto, la docencia es casi una religión, sobre todo para el maestro, en especial cuando nos vemos rezando en cualquier lugar, esperando que funcione todo aquello que planeamos para nuestros alumnos. Le ocurre al novato, al igual que al experimentado.

Hablando de novatos, aún recuerdo mi primera práctica docente: me estremecía tan sólo de pensar que encararía tan pronto la faena de esta profesión. Por semanas nos preparamos en teoría y en método para hacer la primera

inmersión al mundo educativo. No daríamos clases aún, sino que aprenderíamos observando en primera fila de qué se trataba ser un docente, tanto dentro de la escuela como fuera de ella, hablando con los padres de familia, los educandos de la institución, las autoridades, con el ciudadano promedio, etcétera. Aprenderíamos qué hay más allá de ser el que imparte la clase; no obstante, esa era precisamente la parte que me preocupaba.

Yo era quizás el más asustado de mi grupo, pues incluso pedí a mi asesora ir a observar y practicar en parejas, pero su contestación fue que: “eso no nos prepararía para el momento en el que estuviéramos frente a un grupo de verdad”. No entendí sus palabras, aunque ciertamente no podría estar menos experimentado.

Al llegar el periodo de inmersión cumplimos con el protocolo de presentación necesaria: llegar muy temprano a la escuela, bien uniformados, entregar el documento que permitiera la apertura con el personal, y, por último, hablar con el director.

Después de una cálida bienvenida, el director habló con el colectivo y nos informó que una maestra no asistiría: la que me correspondía. —Disculpe, joven —dijo el director— pero no podemos dejar al grupo abandonado. La maestra dejó su planeación, así que usted decide si quiere dar la clase o algún otro maestro. También yo podría, pero andamos ocupados...

No recuerdo bien todo el discurso que dio, ni cómo fue que acepté tomar la batuta, y tampoco cómo evadí las caras de asombro de mis compañeros, pero en menos de dos minutos me encontré solo con el grupo en mi primer día; y, a pesar de que tenía a la mano la planeación que la maestra había dejado

y algunas cuantas “dinámicas” que había preparado, no sabía qué hacer con un puñado de niños de 2º grado. Quien diga que el trabajo de un maestro es fácil, realmente quisiera verlo en esa situación.

Estaba petrificado y trataba de no entrar en pánico. Hago énfasis en “trataba”. Nada de toda la teoría que rigurosamente estudies te prepara para las miradas interrogativas de los padres, la extrañeza de otros maestros o la manera grácil con que lo hacen los niños, hasta el instante en que te llaman “maestro” por primera vez. Nada es tan extrañamente satisfactorio. No había experimentado tal vigor y confianza en ningún otro momento. Sentí como si hubiera visto a los ojos a un monstruo y lograra que sonriera. Extasiado en ego, habiendo olvidado mis temores seguí mi rol por ese peculiar día; y con algo de ayuda de mis compañeros saqué adelante la clase.

Pienso en ese instante cada vez que otra jornada se avecina. Lo mantuve presente por los cuatro años que duró la carrera, hasta mi última practica intensiva.

¿Preparados?..

Como queda entendido, nada te prepara para encarnar esta aventura tanto como tomar el momento y vivirlo. Esto no cambiará, ni siquiera cuando se debe estar más listo que nunca, en especial en los últimos meses de la licenciatura, siendo el tiempo en el que se pone a prueba la teoría y el estilo que uno va puliendo a lo largo de casi cuatro años. ¿Cómo? Colocando al docente en formación en una escuela, con un grupo de planta y su respectivo maestro titular, al cual deberá atender por básicamente un ciclo escolar completo.

Se tienen muchas expectativas en este punto de la formación, y por lo que he experimentado y escuchado de mis compañeros, los semestres más demandantes son el séptimo y el octavo, en especial por el aspecto de las prácticas docentes, además de ser en los que se elabora el documento de investigación para la titulación. Al principio me sentía nervioso por lo que venía, pero luego descubrí que en realidad estaba más ansioso tal vez, por la emoción de estar tan adelantado, de haber llegado tan lejos, o por las ganas de querer superarme en este nuevo ciclo, y qué mejor forma de hacerlo que en la práctica. Irónicamente también estaba aterrado y nadaba en preocupaciones, ¿o es que acaso alguna vez no has sentido como si el tiempo pasara y aún no hubieras aprendido nada?

Me fue asignado el primer grado. Es común que al docente practicante se le dé esa opción, principalmente por conveniencia de la institución que nos acoge: las maestras y maestros de primer año suelen estar muy atareados, así que un ayudante les cae como anillo al dedo. Pensé en las palabras de mi padre, maestro también, quien me dijo que tomara todas las opciones posibles, pero que no me aferrara al lugar cómodo, pues a donde fuera, no siempre te ofrecen la oportunidad de elegir, y es igual de común que al maestro recién egresado le den lo más fresco y arduo: niños de 6 a 8 años, labor que los profesores viejos ya no quieren.

Pasé, junto con todo mi grupo, casi un semestre conociendo y adaptándonos al grado que nos tocó. Uno debe entender y acoplarse al factor emocional que persiste dentro del aula. Es, después de todo, la profesión más humana que puede haber. Al menos tuvimos la suerte, mis compañeros y yo, de que no nos mandaran a otra población para dar el

servicio, como se ha hecho con otras generaciones. Y tuve más suerte aún por ser mi escuela primaria, la que tenía más cerca de donde vivía entonces, lo cual fue una gran ventaja para organizarme la mayor parte del tiempo. Sin embargo, había ocasiones en las que se juntaban muchas actividades y pendientes que se van acumulando mientras uno se preocupa por seguir el ritmo de las tareas.

Los primeros seis meses trabajamos alternando estadías entre una escuela y la otra, la de práctica y la de formación; la secuencia de esto comenzaba con la preparación de la inmersión, luego la acción; es decir, realizar lo planeado para ese tiempo en la escuela de prácticas, para después efectuar la evaluación, no del desempeño de la población estudiantil, sino del practicante, que presentábamos al asesor de prácticas a modo de informe, y a partir de eso se hacía una reconstrucción de lo realizado, y volvíamos a comenzar.

Después de ese espacio de tiempo se debe planear un proyecto nuevo; mejor dicho, construir uno a partir del anterior. Crear un proyecto —estando ya en el último semestre de la carrera—, no puede ser en un periodo más complicado que en vacaciones decembrinas, que en esta ocasión disfruté realmente muy poco, pero lo suficiente como para poder despedirme del leve descanso y de las comidas llenadoras con mi familia. Me separé de esta enorme comodidad como un sacrificio, para comenzar el servicio.

Como pude volví a Río Grande, Oaxaca, que es donde estudié y practiqué. Y digo “como pude”, por lo complicado que fue encontrar transporte en esa precisa temporada: los últimos días del año, cuando los foráneos vuelven a sus hogares, las carreteras están saturadas, cuando son pocos los negocios que

no se van a festejar y todos quieren descansar. Todos, menos nosotros. El estrés del viaje y la constante hambre auguraban lo difícil que se pondría. Decidí, junto con dos amigos, al menos, recibir el año nuevo. Los tres trabajamos invadidos por un sentimiento agridulce, pero con dedicación en la planeación de lo que realizaríamos para todo el mes siguiente.

En esta ocasión, como en muchas otras jornadas de práctica, estuve mentalmente disperso con algunas de las exigencias que había: primero con mi asesor de prácticas, luego con los maestros en la Normal, que revisarían las planeaciones didácticas, para después pasar a las maestras de grupo, a los alumnos y a los padres de familia, siempre celosos del aprendizaje de sus hijos.

La forma de trabajo preferida por los maestros del estado es el Plan para la Transformación de la Educación de Oaxaca (PTEO), mejor conocido entre los normalistas como el “Trabajo por Proyectos”. Yo le llamo la “vieja confiable”. La utilizo frecuentemente por lo versátil que es su metodología, tanto en preparación como en aplicación, ya que mezcla perfectamente los saberes comunitarios con los contenidos del programa de estudios y permite que la clase sea fluida, llamativa y hasta divertida.

Así que, sin dudar, nos pusimos de acuerdo para trabajar usando este método, pues únicamente así podría mantener a los padres tranquilos sobre las propuestas de trabajo, ya que intervenir en esta ocasión requería de innovar, lo que regularmente se hace o hacíamos en la práctica docente hasta entonces. Dicha innovación pretendía que la esencia de las clases fuera más lúdica, desapegada de la rutina habitual en el aula, algo que los padres seguramente cuestionarían al

pensar que los practicantes sólo íbamos a “jugar con los niños”. Por fortuna los padres fueron comprensivos, esto gracias a que nos reunimos con ellos para anticiparles en qué consistiría nuestra visita.

Al menos no estaría solo preparando mis clases de todo el mes, pues como ya mencioné anteriormente, tenía un colectivo y planeábamos juntos lo que correspondía a tres grupos de primero, y ¡cielos, cuánto material se necesitó! Pero eso quedó atrás, y conseguimos —con algunas pocas horas de sobra, el día antes de empezar el periodo de inmersión—, terminar el proyecto: el encuadre, las actividades, los recursos, materiales didácticos y las actividades alternativas. Básicamente, todo el menú estaba listo para empezar.

Después de revisar al derecho y al revés mi planeación la vi aceptable, me aseguré de lo que iba a hacer y resolví algunos ligeros pendientes por aquí y por allá. Mientras trataba de descansar para comenzar en la mañana, en mi mente pasaba un pensamiento tras otro. Las voces de mi cabeza hacían ruido y repetían “¿funcionará?”, “¿y si no les gusta?”, “pongamos otra estrategia”, “sí, va a funcionar, ten confianza y sorprende a los niños, el resto se resolverá solo”.

Al meditar esto último me tranquilicé. Luego un recuerdo vino: “¡No lavé el uniforme!”.

Todo bien hasta ahora

El primer día. Casi llegando al portón de la escuela noté, transitando en la calle, algunas sonrisas pícaras que sin detener el paso me reconocieron de la jornada pasada y se metieron corriendo hacia el salón, alertando al resto que ya estaba

dentro. Mientras tanto, en la entrada saludé a mi maestra, quien se hallaba vigilando el acceso de alumnos y padres, ya que esa semana tocaba a su grupo dirigir los honores a la bandera, y la docente fungía como encargada directa.

Me dirigí rápido al aula del grupo topándome con varios de mis alumnos en el camino. Al entrar retumbó al unisonó: ¡PROOOOOOFEEEEEE!, y una estampida de manitas se acercó de prisa a recibirme con un abrazo. Si están pensando: “Ay, qué conmovedor”, están en lo cierto, es realmente llenador.

Con todo lo emotivo del momento inicial y restando el tiempo dedicado al homenaje me atrasé más de lo que imaginaba. La clase se quedó rezagada en Matemáticas, más tarde me percaté de que no abordé ni un poco. Mi atención se fijó tanto en que el proyecto fuera entendible y en la clase de Español, que me vi obligado a acelerar algunas cosas en adelante para no quedarme estancado y poder ir a la par con mis compañeros.

La ventaja es que así pude ver las actividades de mis compañeros, aunque fuera de lejitos, como quien dice, viendo cómo *la riegan*, analizando qué es lo que hacían bien o mal, y cómo podrían mejorar su práctica para aplicarlo a mis sesiones. O eso pensaba, ya que las mejoras no son muy eficaces si se apresuran demasiado.

Desde que llegué me esforcé porque la consigna fuera entendible para los alumnos; puesto que, sin alardear, suelo hablar con un nivel de vocabulario muy complejo e incluso mis compañeros se quejan de eso cuando converso con ellos. Mi reto era que cada instrucción debía ser cuidadosa, específica, con palabras claras de lo que haríamos, entendibles para niños de seis años de edad, aunque nunca falta la frase que hace

enfurecer a todo educador después de haber explicado: “¿Qué vamos a hacer, *profé?*”

Por otra parte, con mi maestra no pude hablar lo suficiente al principio, más que cuando se acercaba y me preguntaba si podía ayudarme o qué iba a hacer en determinada clase, pues se había perdido la explicación inicial del proyecto. Ante esto me limité a darle un panorama general de qué actividades tendría y los productos que adquiriría. No fue precisamente una charla profunda, pero reconozco la solidaridad y empatía que mostró la maestra conmigo.

No es que no supiera qué hacer. Mis alumnos eran los más tranquilos de los tres grupos, no eran tan traviosos o violentos como contaban mis compañeros, y aunque había ocasiones en las que simplemente no podía controlarlos, la mayor parte del tiempo trabajaban, participaban y todo era de color de rosa, como todo docente fantasea con su grupo; y luego, golpe de realidad: los pequeños trabajan a ritmos tan diferentes, que mientras atendía las dudas de algunos como Oswaldo o Kendra, una niña nueva en el grupo, por otro lado Vanessa, Marlet y los dos Jesús, que ya habían terminado su trabajo, esperaban impacientes a que les revisara; mientras afuera, en un descuido de tres segundos, Alison ya estaba parada hablando con Jacibe y Mateo abrazándome una pierna. Y en qué momento menos oportuno ocurría todo esto, sino cuando alguno de mis asesores llegaba a supervisarme. Era como si los *escuincles*¹ olieran el miedo, el nerviosismo que me paralizaba al ser observado. Entonces procuraba no perder la calma y pacientemente regresarlos a sus asientos para trabajar uno por uno, o grupalmente, cuando varios de ellos entendían

¹ Escuincla, escuincla: m. y f. Voz mexicana: persona que está en etapa de niñez

la indicación. Todo eso pasaba generalmente después del recreo, cuando el azúcar del almuerzo hace su trabajo en estos pequeños diablillos, llenándolos de energía. Eventualmente, la marea de gritos iba bajando.

Incluso usaba alguna estrategia si las cosas se me salían de control, Skinner² estaría orgulloso viéndome cuando les daba premios por trabajar, o sanciones por hacer desorden.

Las dudas se disipan

Está bien sentirse confundido, dudoso, sentir miedo; pero es obligatorio superarlo. No te paralices, piensa cómo solucionarlo, actúa. Y que no te de pena, pide ayuda, es mejor hacer una pregunta que parezca tonta, a ser el tonto que no pregunta. Así es cuando se es el alumno y seguirá funcionando cuando seas el maestro. No siempre se tiene todo bajo control.

Tal vez esté equivocado, pero considero que el lenguaje que uses, ya sea escrito, oral o corporal, de vez en cuando tiene permitido revelar enojo, no sólo alegrías. El deber como maestro es enseñar que hay que enfrentarse a los retos que la vida nos ponga. En el mundo no es todo felicidad, la frustración y la tristeza pueden ser también algo cotidiano, pero siempre hay que resolver las cosas con buena actitud. A final de cuentas, eso es algo que puedes contagiar a los niños.

La duda es la mejor herramienta para motivar al alumno. Nadie dijo que se debe dar por hecho y seguro, todo lo que el maestro enseña. Lo mejor que puede hacer el profesor es despertar la curiosidad, las ganas de aprender. Es un proceso

² Frederic Skinner: pionero en psicología experimental. Principal exponente del conductismo clásico y operante.

bidireccional. Los niños no aprenderán por lo que les digas, sino por lo que hagas junto con ellos. Seguirán tu ejemplo. Por lo tanto, hay que esforzarse por seguir aprendiendo.

Hoy hay más preguntas que respuestas, por eso he llegado tan lejos en busca de claridad. Si no cuestionáramos nada, si no hubiera dudas, qué aburrido sería enseñar.

EL CAMINO DE LETRAS

Anel del Carmen Cortés Castillejos*

Querida hoja en blanco, hoy me toca contarte pequeños detalles de mi vida y responder ¿cómo fue que aprendí a leer y escribir? Nada fácil tarea, pero servirá para ejercitar la memoria del inmenso mundo de recuerdos que tengo de mi infancia, adolescencia y lo que vivo hoy. Me siento como Sherlock Holmes, buscando encontrar la razón de algo.

Empiezo por recordar mi historia entre las letras, lecturas y escritura. Un largo camino con diversos acompañantes, entre cantos, regaños y personas que estuvieron presentes en este trayecto.

Podría describir perfectamente el preescolar, pero lamentablemente no tengo recuerdo de ello, a causa de que en casa no veían tan reglamentaria la asistencia; por tanto, mis primeros años de educación fueron en la escuela primaria “Abraham Castellanos”, donde tuve la fortuna de gozar a la maestra de primer año, la profesora María del Rosario, mejor conocida como “Chayito”, quien era la profesora perfecta, de estatura mediana y voz tierna; ella fue quien me tomó de la mano, se hizo mi compañera por el camino de las letras y me enseñó a leer y escribir.

Lo primero que escribí fue mi nombre: “Anel del Carmen”, pero siempre me pregunté: ¿Qué rayos pensaba mamá cuando decidió llamarme así?, ¿por qué no un nombre corto, fácil de deletrear y escribir como Flor o Cielo?

* Docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

El salón de la primaria estaba organizado de tal manera que nos permitía colocar sillas, mesas, estantes, material didáctico, nuestra pequeña biblioteca, y, en las paredes, imágenes que representaban a las vocales. En la búsqueda de información sobre mis principios lectores encuentro que tuvieron como base el método silábico acompañado del fonético. Recuerdo mi libreta con cuadros grandes e innumerables planas de palabras que me ayudaron a reconocer vocales y consonantes, que una vez dominadas, buscaba en los carteles y anuncios que encontraba a mi paso.

Cuando cursaba el tercer año de primaria, la curiosidad por leer cosas diferentes me llevó a tomar de la pequeña biblioteca escolar el libro *El jardín secreto*, y aunque no recuerdo el nombre del autor, tengo presente el efecto que me provocó, pues junto con Sara, mi amiga eterna de la infancia, jugábamos a tener un jardín a los márgenes del río, donde escondíamos nuestras plantas y tesoros; algunos de ellos eran cartas a la flor de amor de un rato, a la alegría ocasional y al llanto de perder una liga. Hoy Sara vive en Zúrich, de vez en cuando nos enviamos algunos textos y compartimos parte de lo que somos.

Por las tardes, en casa, papá organizaba un colectivo de lecto-escritura que implicaba armar cuadernos con hojas recicladas que se convertían en nuestras libretas. Juan, Yasmín y yo nos reuníamos en la sala para compartir las experiencias que habíamos vivido durante la mañana, dándoles lectura en voz alta. En un principio no encontraba la razón de tener que escribir detalladamente las cosas y resolver todas las preguntas que se hicieran de alguna situación mencionada, como también el recordatorio de lo no escrito. Con el tiempo

mis hermanos empezaron a tener otras ocupaciones académicas y las reuniones que hacíamos para la lectura se fueron aislando, hasta que un día sin más desaparecieron. Actualmente en casa recordamos con alegría las travesuras y anécdotas que fueron escritas esas noches de letras, que nos hacían reír.

Me gustaba hacer una lista de las acciones que realizaba diariamente, con la finalidad de no olvidar ningún acontecimiento que posteriormente relataría en la libreta del día; por ejemplo: 08:00 a.m. desperté, 8:30 a.m. desayuné, 9:00 a.m. me bañé, 10:00 a.m. hice la tarea de Español, y así hasta concluir con la hora de la elaboración del escrito. Era igual que una bitácora de obras, como las que el inge¹ tenía en su oficina.

De niña papá leía para nosotros algunos apartados de la revista *Selecciones*, fuera de eso no recuerdo ningún libro de cuentos infantiles o novelas para nuestra edad. En mi casa sólo existían textos que abordaban temas de arquitectura, diseño, costos y proyectos que papá calificaba en cierre de semestre, y aquellos que concluían en tesis o trabajos de titulación; escritos que sinceramente no me producían interés por revisar.

Realmente son muchas las cosas bonitas de mis recuerdos en edad escolar, sobre todo aquellos que me marcaron en la primaria, entre miedos y frustración.

Cuando empecé por el camino de las letras, por mucho tiempo viví horrorizada con la lectura de párrafos en voz alta, dentro de las clases. Me preocupaba en exceso que mi enunciación fuera cortada, con pronunciación inadecuada, falta de sentido o aburrida para quien la escuchara.

Cuando cursé el cuarto año de primaria con la profesora Teresa, descubrí el gusto por escribir cartas y redacté una

¹ Seudónimo que he utilizado para dirigirme con cariño a mi padre.

para mi abuela. Me emocionaba la idea de que llegara hasta la Ciudad de México y tuviera respuesta. En esta época escribí muchas cartas para mi amiga Linda, mi tío Ismael era nuestro mensajero, yo las enviaba de Espinal a México y ella viceversa; por muchos años hicimos un círculo de misivas correspondidas, hasta que un día dejó de existir respuesta, debido a cuestiones personales que no tienen cabida dentro de este relato. Actualmente escribo correos electrónicos dirigidos a Eddy, la Dra. Vicky, papá, Will y otras amistades. Eddy aún me exige que le mande una carta por correo postal y pienso que algún día se la enviaré.

Sin perder el rumbo y retomando mis recuerdos, me encuentro con la imagen del salón de sexto grado, y perfectamente identifiqué el rincón de libros, un estante ubicado siempre en el primer ángulo de 90°, viejo, sin color, permanentemente limpio, con volúmenes y revistas apiladas correctamente, en donde me encontré el libro del *Diario de Ana Frank* y sin pensarlo lo tomé, pues me atrajo su apariencia envejecida y lo delicado que se veía. Tenía una pasta dura color amarillo oro y letras cafés, era una edición especial, de colección, y tuve ganas de no regresarlo nunca, porque me dolía cómo lo trataban, me daba miedo que se perdiera o que alguien lo tomara y jamás lo regresara, así que hasta el último día de clases cuidé de él.

Por las tardes redactaba mi Diario personal, que no compartía con nadie, como reminiscencia de las libretas de papá. Disfrutaba escribir en días lluviosos, sintiéndome melancólica y con ánimo de plasmar las tristezas de mis días, los secretos no contados, amores no dichos y amistades que se alejaron. Escribía todo cuanto podía, hasta que un día

mamá fue imprudente y revisó mis anotaciones haciendo que me avergonzara de ellas y decidí poner un punto final a esa historia.

Durante la secundaria ocupaba la oficina de papá como mi sitio preferido para estudiar y elaborar trabajos académicos como lecturas, investigaciones, resúmenes y fichas de trabajo. En lo personal sustentaba una teoría: “Si lees y repasas en voz alta, aprenderás mejor”; así que me ponía a dar de gritos con las cosas que en la escuela me enseñaban de Matemáticas, Geografía, Español e Historia, entre otras materias.

Cristina, la maestra de Español, tenía un aspecto nada agradable y se comentaba que era mala, regañona, con mal humor y que le gustaba reprobar a los de primer año. Mentira, puras malas calumnias sin sustento, nada que ver, ideas erróneas y equivocadas, pues ella para mí fue la mejor maestra. Me enamoraba su forma de leer, contarnos novelas y motivarnos a tener gusto por los libros; su forma de dar clases era especial, pues le encantaba jugar con los personajes y novelas que revisábamos.

Recuerdo que en el mes de octubre, casi noviembre, los estudiantes nos encontrábamos impacientes por la fiesta del pueblo y las prontas vacaciones. Ya queríamos estar libres, cuando ella sutilmente nos dejó revisar el libro *Canción de Navidad*. El texto me agradó tanto que no hubo feria para mí, me olvidé de la fiesta del pueblo y me dediqué a realizar el reporte de los capítulos encargados del libro. Lamento la partida de Cristina, porque cuando regresamos de vacaciones de diciembre, ella ya no estaba con nosotros.

Tuve la oportunidad de leer algunos otros libros que después de un tiempo fueron criticados cruelmente. La maestra

Irene, responsable de la asignatura de Español de 2o y 3er año, nos puso a leer toda la colección de Carlos Cuauhtémoc Sánchez: *La Fuerza de Sheccid*, *Juventud en éxtasis*, *Volar sobre el pantano* y *Los ojos de mi princesa*; debo confesar que en un primer momento me encontraba enajenada con ellos.

La materia de Español era una de las que más esperaba, pues nos mostraba la forma correcta de presentar las oraciones; en lo personal, me faltó conocer otras reglas y tampoco me preocupé por buscarlas, así que con el tiempo se fue deteriorando mi escritura.

Confieso que he tenido una relación intermitente y a medias con los libros, pues en la prepa,² casi no recuerdo su presencia; es más, pareciera como si en esa época me hubiera peleado con ellos, hasta que llegó Adelita, mi maestra de Literatura, con su alegría por la vida, contagiando a los alumnos de su dulzura y su ser amoroso. Con ella conocí al príncipe de príncipes, *El principito*, y una forma de la auto superación con estilo, *El caballero de la armadura oxidada*, así como una historia mexicana de vida tras la muerte, *Pedro Páramo*, entre otros tantos.

Continuando con mi trayecto formativo ingresé a la Universidad Autónoma Benito Juárez, de Oaxaca, en el Instituto de Ciencias de la Educación, conocido como el ICE, donde todos, o casi todos en aquellos tiempos se creían investigadores. La forma de trabajo, las prácticas de campo y todo su espíritu era algo indudablemente extraordinario; me tocó ser la octava generación con un plan en proceso de acreditación, con docentes prestados de la UNAM³ (todos

² Preparatoria, nivel de Educación Media Superior.

³ Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

sociólogos y alguno que otro antropólogo, que hoy trabajan para el IISUABJO⁴), con lecturas de problemas sociales, aparato crítico, identificación de encuestas y cosas así.

En esta etapa universitaria, la cantidad de ensayos que tuvimos que realizar fue exorbitante; tantos, que por momentos sentía que me asfixiaba y que la carrera que había elegido peleaba conmigo. Había mucha escritura, análisis de lecturas, reportes, interpretación, proyectos y demás. Hoy agradezco las atenciones académicas que me ofreció y lo que entre sus muros aprendí.

Cuando ingresé a la carrera tenía la idea de que sería para formarme como docente, o bien, para poder trabajar en cualquier área educativa, pero la realidad fue diferente, hubo poco de docencia y más de investigación, trabajo de campo, levantamiento de encuestas, programas de interpretación y escasas en técnicas de grupo, entre otros temas.

Fue aquí donde conocí a mi querida Eddy, mi amiga incondicional en las buenas y en las malas, siempre presente al pie del cañón; casi no nos vemos, pero cuando lo hacemos somos dinamita pura. Mujer admirable, entregada al trabajo, sin miedos, de carácter fuerte, pequeña de estatura, pero con un amor inmenso, esa es mi Eddy, puedo describirla como mi compañera de viaje, pues con ella realicé movilidad estudiantil y conocí lo bonito que es viajar de “mochilazo”. Si se preguntan por qué la menciono o la razón de su presencia en este escrito, les responderé que ella es la causante de que mi amor por Milan Kundera fuera único, pues me lo presentó, nos enamoramos y hasta hoy no hemos podido romper la relación, siempre con

⁴ Instituto de Investigaciones Sociológicas, de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (IISUABJO).

la *Levedad del ser* y *La vida está en otra parte*; además, es la persona con la que más me escribo.

Siempre con Eddy nos proponíamos leer libros y enviarnos cartas para comentarlos. En algún momento de mi vida me causó frustración mis horrores ortográficos y mi falta de vocabulario para embellecer la vida de mis escritos, que no han mejorado del todo. Con frecuencia le pedía que marcara mis errores si no entendía la idea escrita o si me hacía falta mejorarla, y ella sinceramente las criticaba con una buena dosis de crueldad.

Entre mis profesores de la universidad tuve grandes amores que me deslumbraron con su forma de explicar y presentar la realidad, la crueldad que imperaba en la sociedad y la falta de atención a las necesidades de la clase, los problemas educativos, contextualización y bueno, un sinfín de cosas. Particularmente recuerdo al Dr. Oswaldo Iriarte, un tipo que difícilmente se podría creer que fuese catedrático del ICE, pues tenía aspecto desaliñado, nada formal e impregnado de un sutil aroma a Mary Jane.

Él fue mi profesor del curso Epistemología de las Ciencias Sociales, y en su cátedra nos dejó hacer un ensayo donde se presentara una controversia entre los valores, con la irracionalidad del comportamiento del ser humano. A falta de criterio realicé un análisis poco creativo que abordé desde la perspectiva de programas televisivos como *Dragon Ball Z*, y el fomento de la agresividad en los chiquitines⁵ que cursan educación básica, en comparación con aquellos programas de corte educativo y orientados a desarrollar la creatividad, como son *Plaza Sésamo* y *El club de cositas*. ¡Qué horroroso ensayo!

⁵ Niños de entre 5-7 años en edad, en nivel escolar básico (Primaria).

Comparto lo terrible que fue para mí Filosofía y Teoría Social, impartida por la corriente opuesta al dominio ideológico del instituto. Mi profesor fue el Dr. Velázquez, mejor conocido por “Tokio”. En ese momento, entre mis problemas existenciales y entender la filosofía, viví en un caos total que me arrojó a la desgracia de una casi nula calificación. Mi esfuerzo por acreditar y mejorar mi participación en clases me obligó a leer más sobre Max Weber, Eduardo Galeano, Marcuse y Habermas, entre otros.

En este mismo espacio conocí a mi querida Vickita, socióloga de corazón, amante del movimiento migratorio y encargada de un posgrado de calidad que exigía a los estudiantes universitarios un rendimiento al máximo, con exhaustivas lecturas, temas que habitualmente se presentaban con un lenguaje tóxico, y lo llamo así por su difícil comprensión para nosotros los estudiantes universitarios; asimismo involucraba la realización de múltiples ensayos, fichas técnicas, análisis y más investigaciones. Me disculpo con ella abiertamente, por quedarle mal con la ponencia y escrito que debía presentar en Salamanca hace algunos años.

La universidad me permitió tener diversas experiencias académicas, entre ellas, el acercamiento a la escritura. Esto lo comento sin menospreciar los demás niveles educativos, pues cada uno tuvo influencia en mí, para ser lo que hoy en día soy. Sin embargo, las exigencias en el ICE me hacían perfeccionar y cuidar la redacción de mis escritos, que aún considero podría embellece más, y así fue como llegué al séptimo semestre de la carrera, y tuve la oportunidad de hacer intercambio con la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en el Instituto de Ciencias Sociales. Dentro de la tira de asignaturas que cursé

destaco “Seminario de Tesis”, pues en especial la recuerdo por el catedrático que la impartió, el maestro Bernal, ¡y qué dolor de cabeza!, significaba estar al nivel de sus expectativas en el análisis y redacción de cada escrito, que se le presentaban los días lunes y jueves.

Para la elaboración de mis escritos del “Seminario de Tesis”, asistí a diferentes bibliotecas, con la finalidad de recabar información que sustentara teóricamente mi propuesta de investigación; por mencionar algunas: la general de UPN⁶ Ajusco, la UNAM, como también aquellos espacios académicos que al respecto tenía la Facultad de Filosofía y Letras. Es cierto que cuando estamos en crisis académica y en proceso de construcción de un tema de investigación, el tiempo se convierte en tu peor enemigo, sobre todo en la correcta dirección del inicio, aunque existen diversos autores que brindan orientaciones curriculares y metodológicas para que el proceso se aligere. Diciembre se hizo presente, concluyó mi estancia en esos escenarios y regresé al ICE una vez que terminó el semestre, dejando amistades y al horroroso Bernal de aquel lado.

Cuando empecé a tener materias como “Metodología de la investigación” y “Seminarios de tesis I y II”, escribí sobre las escuelas multigrado, forma de trabajo, organización, necesidades, problemas y demás. Asistí en varias ocasiones al IEEPO⁷ por datos estadísticos sobre el número de las escuelas multigrado que existen en Oaxaca, pero lamentablemente nunca tuve una cifra exacta. No obstante me di la oportunidad de conocer algunas, e hice todo cuanto fuera posible para poder concluir con la investigación. Aclaro que sólo fueron

⁶ Universidad Pedagógica Nacional (UPN).

⁷ Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca.

trabajos académicos y ninguno publicable en alguna revista científica o de divulgación.

Formé parte de la Unidad de Apoyo a los Estudiantes Indígenas (UAEI), por ser originaria de una comunidad con lengua madre, e integrante del área de difusión de la gaceta que se elaboraba en la universidad, en un colectivo de cuatro compañeros integrado por Alex, Leo, Alejandra y yo, quienes escribíamos artículos sobre las festividades de los pueblos que se encontraban alrededor de la ciudad. No faltaron las fiestas de Mitla, comparsas de Etna, las brujas de Xoxocotlán, Ánimas Trujano, San Bartolo, Atzompa, Matatlán, entre otras. Lo recuerdo como una gran experiencia.

Concluida la carrera y con un contrato de 20 horas en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), unidad 203, en ciudad Ixtepec, ingresé al posgrado con la finalidad de actualizar mis saberes y realicé lecturas largas sobre reformas educativas, economía de la educación, interpretación estadística, filosofía del conocimiento, evaluación y seminario de tesis, entre otras; los trabajos académicos resucitaron entre ensayos, fichas de análisis, foros y debates.

Confieso lo difícil y tardado que ha sido escribir la tesis de posgrado, pues no es un ensayo cualquiera. Entre el planteamiento del problema, estado del arte y las conclusiones, me perdí en el abismo de lo interminable.

Lo irónico de la vida es que en donde estoy me la paso criticando los trabajos de mis alumnos y preguntándome: ¿por qué no escriben?, ¿por qué no leen? Intentando responder llego a la conclusión de que es por falta de compromiso, y entonces miro el reflejo de mis miedos, el sentirme aterrada con una tesis a medias y con el regaño de mi asesor cada

semana: “Oaxaca, no has enviado avances”, “Oaxaca, nos debemos titular este año”. ¡Maldición!, bendita tesis que me has provocado un bruxismo⁸ tremendo en los dientes. Cuando empecé a escribirla pensé que sería pan comido⁹ y véanme aquí sufriendo por ello.

No es tan sencillo perderle el miedo a la hoja en blanco y poder anotar las ideas que vienen a la mente, pues no cualquier pensamiento genera una secuencia de palabras y forma oraciones que terminan agrupando líneas en un párrafo. Me atrevo a decir que el detalle se presenta cuando creemos que explicamos las cosas en tres líneas y sentimos que ya no hay nada más qué contar. Ahora me pregunto: ¿por qué no he escrito mi tesis? Realmente la desidia y el desinterés se han hecho tan amigos que me acompañan por este camino, no hay día que no me regañe a mí misma por no escribir una hoja, por no avanzar, pero creo que a estas alturas el asunto me superó.

Daniel Cassany dice que cualquiera puede escribir, que todas las personas tenemos la habilidad de construir ideas y agregar largas o cortas palabras en un texto, formar, organizar nuestras oraciones e incluso son válidos los errores ortográficos, pero, ¿por qué rayos no lo hacemos?

Definitivamente es fundamental que se impulse en todos los niveles de la educación la escritura, para que los alumnos desarrollen no sólo habilidades de comprensión oral, sino también escrita.

Hoy en día procuro realizar escritos para entender el contexto académico, reviso programas de estudio y lecturas complementarias de las dos licenciaturas que se imparten en el Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, las

⁸ Deterioro de dientes provocado por el rechinar de los mismo a causa del estrés.

⁹ Tarea fácil.

cuales son: Licenciatura en Educación Primaria y en Educación Física, cada una con sus características particulares entre ambientes de aprendizaje, observación del proceso escolar y planeación educativa.

Mi necesidad de ser capaz de estar frente a un grupo, con los alumnos, me hace tomar de la mano a las lecturas que me ayuden a entender la realidad que se vive en los espacios educativos. En el camino voy apoyada de pequeñas anotaciones que me sirven para armar el rompecabezas de un tema, entre Díaz Barriga, Fierro, Zabala, Contreras y otros más. Al mismo tiempo hago interpretaciones de mis escritos, que me sirven de guías para poder comprender los temas, pues el estudio de un maestro siempre debe estar actualizado y contar con una buena selección de materiales que promuevan el análisis en clase.

Lo más importante de aprender a escribir es la interpretación que podamos darle a la palabra escrita y la correspondencia con la que formamos nuestras ideas, ya que debe haber congruencia entre lo que pensamos, lo que redactamos y decimos. ¿Cosa fácil?, ¡por supuesto!, aunque a veces se suponga imposible, sólo es cuestión de práctica, empezar desde lo que no tiene sentido, hasta que se forme una gran idea, una oración corta que desmenuzándola resulte un pequeño párrafo de siete líneas.

Es preciso leer por placer, encontrar el gozo que la lectura solamente puede proporcionar. Escribir por obligación, sin duda, fue lo que me acompañó por mucho tiempo; sin embargo, modifiqué el esquema y me quedo con la interpretación de que ambas deben ser por amor a la letra expresada. Espero que mi libreta de anotaciones tenga más hojas en blanco y mi pluma la tinta suficiente para acompañarme.

VIAJE ENTRE LECTURA Y ESCRITURA

María del Carmen Robles López*

*Somos lo que pensamos,
lo que creemos, lo que leemos*

Comienzo de la aventura

Mi nombre es María del Carmen Robles López y mi historia en esta vida terrenal se empezó a entretrejer una mañana del 23 de abril de 1985, en una pequeña ciudad del estado de Oaxaca, exactamente en el Istmo de Tehuantepec. Hay algunas partes de mi vida relacionadas con la lectura y escritura que logré recordar, pero otras no, y le tuve que preguntar a mis progenitores al respecto.

Siento que todo este proceso de la lectura y escritura lo empezó mi padre, por la calidad del tiempo que siempre me brindó, desde los primeros años de vida, e inició con la oralidad. Las imágenes más afectuosas de mi niñez, que tengo grabadas en la mente, son las de mi padre. Mi madre también ha estado presente y ha jugado un papel de suma importancia en mi vida, pero quizá para un hombre que era bastante maduro, tener su primera hija después de los treinta años le trajo más felicidad, o simplemente le fue más fácil mostrar su amor y cariño, que a una mujer joven, de tan sólo 19 años de edad.

Mi padre siempre ha hablado mucho, de niña me contaba vivencias y anécdotas de su niñez, y su transitar por la vida, algunas de ellas lindas, otras muy tristes. También me contaba

* Docente del Centro Regional de Educación Normal de Río Grande, Oaxaca.

gratos relatos, como el bello instante en el que vio a mi madre por primera vez y cómo se enamoró perdidamente de ella, o aquellos tiernos momentos en los que se la pasaba hablándome estando aún en el vientre de ella; sobre todo porque pensaba que iba a ser futbolista, ya que golpeaba mucho la pancita de mi mami.

Mentiría si dijera que escuchaba hablar a mi padre estando aún en el vientre materno, pero lo que recuerdo definitivamente es la hermosa melodía de su voz desde mis primeros años de vida, y todo esto cobró sentido más tarde, cuando crecí y llegué a tener cuatro años de edad, en el momento en que me tuve que separar diariamente unas cuantas horas de mi padre, porque quería ir al jardín de niños y aprender mucho más que números, más que colores, más que algunas formas geométricas que él ya me había enseñado, pues entre tanta plática que teníamos, también me aleccionaba sobre muchos temas relacionados con la escuela.

Iniciación hacia un bello mundo

La naturaleza siempre tiene mucho que darnos, enseñarnos y narrarnos. Si ésta llegase a hablar, segura estoy de que volvería a contarme las grandes vivencias de las que fui partícipe en mi niñez en aquel rancho pequeño de mi padre donde crecí, y así volvería a tener la independencia que sólo una niña de tres años puede sentir al correr libremente por las veredas, pequeños caminos poco transitados en el monte que recorría sentada en la parte delantera de la bicicleta de mi padre. Montados en ella transitábamos muchos lugares, grandes distancias por espacios reducidos que nos conducían a una

carretera, y, posteriormente, a calles amplias sin pavimentar hasta llegar a San Luis Rey, una colonia ubicada aún en el Istmo de Tehuantepec.

Atesoro mucho esas vivencias en el campo y aún puedo volver a sentirme libre con tan sólo recordar mi niñez, cuando vivía con mi mamá y mi papá en el rancho.

Allá, alejada del ruido de la gente y los carros, rodeada de tanta naturaleza, en ese hermoso lugar donde no se necesitaba un restaurante cercano para darnos un tremendo banquete, donde los nopales sabían mejor recién cortaditos, lavaditos y asados en el comal que estaba puesto al fogón con carbón de leña —en aquel brasero hecho por mi padre para mi madre—, platillo que era acompañado de unos huevos asados al comal que habían puesto las gallinas que se criaban en el rancho. El sabor de las tortillas a mano recién hechas por mi madre, sin lugar a dudas, eran las acompañantes perfectas de aquel manjar exquisito, que cuando nos sentábamos a la mesa se convertía en el banquete perfecto y así permanecerá siempre en mi mente.

El tiempo pasó rápido y tal parece que el hambre por aprender más fuera del entorno donde crecí también se hizo latente; así que cuando tuve la oportunidad de salir para ir a conocer más no la dejé pasar y la tomé sin dudarla.

En una ocasión, cuando tenía tan sólo cuatro años de edad, salí por la mañana con mi padre en su bicicleta con dirección a la colonia San Luis Rey. Cruzamos por donde hay un jardín de niños y en seguida un lugar donde estaba un molino de nixtamal,¹ a continuación llegamos a una tiendita en la que una maestra que compraba en ese momento se puso

¹ Lugar donde las señoras de ese pueblo iban a moler el maíz para obtener masa y hacer tortillas.

a platicar conmigo y me hizo algunas preguntas; estaba interesada en saber cuántos años tenía, dónde vivía y si me gustaría aprender más junto a otros niños y niñas de mi edad. La maestra me miró con mucho agrado y le insistió a mi padre para que me mandara al Jardín de Niños “Gabriela Mistral”, que estaba cerca del lugar donde nos encontrábamos. Ella ahí trabajaba y nos aseguró que aprendería muchas cosas lindas: a colorear, dibujar, escribir y leer. Mi padre me preguntó si deseaba ir y obviamente le respondí que sí.

Recuerdo que era una maestra muy bonita, tierna y dulce conmigo. Continuamente nos leía grandes libros con muchas ilustraciones de colores llamativos, imágenes enormes que llamaban mi atención y me invitaban a meterme en ellas, en sus hermosas páginas, y ser parte de esas bellas historias. Al leernos, nos sentaba en círculo y utilizaba la parte de en medio de aquel espacio como escenario moviéndose mucho, parecía que bailaba con un gran libro en la mano, mientras cambiaba de voz continuamente. Esos instantes eran mágicos y fueron especiales para todos, tanto para mí como para mis compañeritos de salón, segura estoy de eso, porque cuando escuchábamos que decía: —¡Niños, vengan, acérquense, es hora de leer un cuento!, todos gritábamos con voces de júbilo. ¿Cómo no sentirnos felices ante aquel especial momento en el que la maestra nos sumergía a todos a un mundo bello y mágico?, porque con sus cambios de voz y sus movimientos en el escenario nos permitía imaginarnos y vivir cada parte de la historia de los cuentos que nos leía.

Creo que fue por eso que me interesé en aprender pronto a leer los cuentos por mí misma, para mí, para mi papá y para mis amiguitas también. ¡Ah!, y también para leerle historias

a mi hermanita de dos años, pues era menor que yo y no la dejaban ir conmigo al jardín de niños; pobrecita, se perdía de tanta magia que salía de aquella aula a la que yo feliz asistía.

De esa etapa guardo muy gratos recuerdos, aún vienen a mi memoria los momentos en que la maestra me “quiso” enseñar las vocales, y lo digo así, porque ya las sabía, pues mi papi me había adelantado en ese tema, y como quería que aprendiera algo nuevo continuó con todas las letras del alfabeto.

Dice mi padre que hacía planas en los cuadernos con las vocales y el alfabeto; la verdad es que yo no lo recuerdo del todo. También me comentó que me gustaba hacer rápido las tareas para posteriormente irme a correr mucho, de aquí para allá, de allá para acá, saltar, brincar y darle mil vueltas a una carreta que teníamos en el terreno, porque mi papá era campesino y en ella se movía de la casa donde vivíamos a su terreno de siembra.

Cuando empecé a ir al preescolar, mis padres dejaron de vivir en el rancho y se fueron a la colonia San Luis Rey, lugar donde estaba la escuela a la que asistía diariamente, aunque íbamos al rancho todos los días.

Haciendo memoria de todo lo que hacía en el jardín de niños, vienen a mi mente los momentos bonitos en los que la maestra que tenía nos enseñaba cantando, porque a través de la música motivaba nuestra imaginación y el aprendizaje fluía de mejor manera. Aprendí muchas canciones infantiles en aquella agradable aula, me gustaba cantar y creo que mi voz era más fina en aquel entonces, quizás por eso mi padre siempre me pedía que entonara las melodías infantiles que había aprendido en la escuela, o tal vez sólo era una más de sus tácticas para

pasar largas y gratas horas conmigo charlando. Aunque pensándolo bien, era yo la que me pegaba a él como chicle y lo seguía a todos lados, a donde fuese, yo lo acompañaba, no me le separaba para nada, ya fuera en la bicicleta, en la carreta o simplemente caminando, pero a su lado, pues siempre tenía algo agradable que decirme y contarme, una buena conversación que compartir o una bella historia que narrar.

Sumersión al bello mundo del saber

No recuerdo exactamente el momento crucial en el que empecé a leer. Mi madre tiene presente que este proceso sucedió cuando ya sabía escribir todas las letras y las sílabas que me había enseñado la maestra en el jardín de niños. Lo que recuerdo claramente es que la profesora de primer grado de primaria practicaba con nosotros los diferentes acompañamientos de las consonantes con las vocales y los sonidos que éstas emitían, los pa, pe, pi, po, pu, ma, me, mi, mo, mu, la, le, li, lo, lu, aún están en mi mente.

Mi madre dice que aprendí a leer rápido, cuando recién entré a estudiar a la primaria y tenía tan sólo cinco años. Sólo un año fui al jardín de niños, pues la maestra dijo que ya no necesitaba estar en el aula con ella, porque ya había aprendido lo suficiente como para continuar con mis estudios, ahora en la escuela primaria.

De la primaria no guardo gratos recuerdos del todo; a veces vuelve a mi memoria Crispín Pacheco, un niño que me molestaba mucho con un tono feo de voz que siempre me asustaba, no me agredía físicamente en la escuela, porque mis amigas me defendían, pero cuando salía de la primaria rumbo

a casa me perseguía por todo el trayecto y me empujaba, yo sólo lloraba y le daba la queja a mi papá, quien en repetidas ocasiones tuvo que ir a reclamar a su casa para que ya parara de hacerme *bullying*, pero el niño no entendía, era muy agresivo y seguía con su mal proceder hacía mi persona, así estuvo por muchos años en la primaria, fue una situación muy desagradable para mí y para colmo, íbamos en el mismo salón.

Los recuerdos especiales de la primaria son aquellos en los que terminaba muy rápido las actividades que nos dejaba la maestra en las clases de Español y Matemáticas. Y ¿cómo no culminar velozmente, si me encantaba la premiación que nos otorgaba?, a los ganadores les permitía leer algún cuento de los que tenía en una pequeña mesita en una esquina del salón.

Leer cuentos fue una de las actividades más hermosas que hice durante mis primeros años en la escuela primaria. También recuerdo que cuando nos daban el paquete de libros de texto gratuito para iniciar el ciclo escolar, de inmediato los abría y olía. Me encantaba revisarlos hoja por hoja y sentir el grato aroma a nuevo que despedían. Los primeros libros que hojeaba del paquete eran los de Geografía y los de Español. Iniciaba revisando las fotografías de personas con rasgos físicos diferentes a los míos que aparecían en los libros, y posteriormente me fijaba en la gente con rostros similares a los míos; también me pasaba largas horas observando retratos de lugares bellos con naturaleza viva, y leía las pequeñas letritas que aparecían justo en la parte de abajo de cada fotografía.

Mi mamá siempre me decía que aprovechara la oportunidad que ellos me estaban dando para estudiar, que al menos terminara la primaria y la secundaria, porque ella hubiera querido seguir aprendiendo, pero desafortunadamente

sus padres no quisieron mandarla más a la escuela, y sólo cursó los primeros años de la educación primaria, porque en el pueblo donde ella nació y creció, decían que las mujeres no estaban hechas para estudiar, sino sólo para atender al esposo y su familia en casa, nada más.

Mi papá por el contrario me decía que a él tampoco le habían permitido letrearse más que unos cuantos años de primaria, pero que si yo quería podía seguir estudiando, aunque era importante que me ocupara sólo de eso, de formarme, nada de distraerme con niños y estar pensando en novios, sólo en los estudios. Y así lo hice, en la educación primaria y secundaria me concentré única y exclusivamente en mis materias, por lo que siempre obtenía alguno de los primeros tres lugares de aprovechamiento escolar. Recuerdo que también me gustaba decir poemas y continuamente declamaba en los eventos escolares.

Cuando terminaba los quehaceres de casa, que mi madre me ponía a hacer, me mandaba a leer o repasar lo visto en clases. A veces me solicitaba leerle algunas hojas del libro de Español, y entonces me decía: —¡Carmen, debes mejorar tu lectura, pareces niña de primer grado, lee bien!

La secundaria fue una etapa bastante agradable que inicié estudiando en Santa María Mixtequilla, una colonia cercana a San Luis Rey, lugar donde vivía. Estuve en la Secundaria Técnica No. 119, sólo un par de meses, y posteriormente continué mis estudios en la Telesecundaria con clave 20DTV0906V de San Luis Rey, y fui la primera generación de este nuevo proyecto recién iniciado en mi colonia.

En esa Telesecundaria estudiaron muchos adolescentes que ya tenía varios años que habían dejado las escuela. Fue

grato formar parte de ese grupo y ser de los primeros egresados de esa institución, y aunque hasta hoy nuestros nombres no aparezcan en una placa o algún escrito que nos reconozca el esfuerzo que todos hicimos en ese periodo de mucha dedicación y constancia, queda guardado en mi memoria, en mis recuerdos. Compartir espacios académicos con personas mayores que yo me permitió ver la vida de una manera diferente. En repetidas ocasiones diversos compañeros me pedían que les explicase algunos temas y con gusto lo hacía, y en otras más, ellos me enseñaban, porque en el aula siempre hay algo por compartir. Aún en esta etapa seguía disfrutando mucho la lectura de los libros de texto que nos daban en la escuela. A veces leía por adelantado los temas que la maestra nos pondría en clase, lo que me permitía comprender mucho mejor y más rápido los contenidos que explicaba frente a grupo. Todas las tardes en el patio de la casa de mis padres me ponía a repasar contenidos y a hacer mis tareas; sacaba una mesa donde colocaba todos mis libros, me sentaba en una silla y tenía un grato encuentro con los textos, era un ir y venir de información placentera.

Durante la Telesecundaria, preparatoria y universidad viví momentos hermosos en los que sólo participábamos mis libros, apuntes, cuadernos y yo, nadie más, sólo nosotros.

¡Cómo olvidar las clases de inglés que impartía mi hermosa maestra Dolores Vargas Figueroa, en el aula de Telesecundaria! Ellas fueron las que llamaron mi atención hacia el aprendizaje de ese idioma extranjero. Me encantaban los retos que ponía a todos mis compañeros de clase para memorizar rápidamente las listas de vocabulario que aparecían en cada módulo de los libros, porque casi siempre les ganaba a todos en el grupo. De esta etapa conservo gratos

recuerdos, lo mejor de todo fue que para entonces Crispín ya no me molestaba, quizás porque ya había crecido, el niño aquel molestón de la escuela primaria ya no existía, ya no me hacía bullying. Aunque a veces Daniel García, otro compañerito que tuve desde el jardín de niños, toda la primaria y seguía ahí en la Telesecundaria, también le gustaba hacerme enojar con burlas y muecas sólo porque no permitía que bajara mi promedio escolar, y a veces le ganaba en las calificaciones de los exámenes.

En la Telesecundaria hicimos muchas actividades escolares en espacios prestados y habilitados donde teníamos clases de Historia, Geografía, Matemáticas, Español y otras materias más. Recuerdo claramente que los maestros que tuvimos revisaban cuidadosamente nuestras redacciones y nos corregían cuando teníamos errores, sobre todo en la escritura correcta de las palabras o términos, y en repetidas ocasiones teníamos concursos de ortografía.

Los fines de semana nos organizábamos como grupo y nos dirigíamos a las comunidades para pedir apoyo voluntario económico para construir nuestras aulas. Salíamos a botear, y algunas personas nos daban apoyo monetario, mientras que otras nos hacían donaciones de materiales como blocks, varillas, cal y cemento. Cuando juntamos lo suficiente, muchos alumnos, en colaboración con habitantes de San Luis Rey, construyeron las primeras tres aulas en un terreno propio de la escuela, que fue donado por la comunidad en una asamblea general del pueblo. Este fue un avance significativo para mí, para todo mi grupo y la comunidad en general, pues muchas generaciones han egresado de esta institución y han continuado con sus estudios académicos.

Al finalizar la Telesecundaria continué mis estudios en Santo Domingo Tehuantepec, Oaxaca, en la Preparatoria No. 4, de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Ahí estudié los tres años de preparatoria. Al inicio mi rendimiento escolar bajó, quizás tuvo que ver con los cambios que se dieron, pues había salido a una ciudad un poco grande a estudiar por primera vez y había mucho por conocer y experimentar.

Pronto conocí nuevos amigos y amigas, muchos de mis compañeros de grupo del último grado de la Telesecundaria ya no siguieron estudiando y algunos más se fueron a otras preparatorias. Había más libertad en cuanto a seguir en el aula tomando las clases o irse de “pinta”, como comúnmente le llamábamos, y quienes decidían tomar esa opción simplemente se salían del salón y se iban al parque, a la playa o algún río cercano. Algunos iban sólo a pasar un momento agradable, otros a tomar alcohol y los que decidían noviar se separaban del grupo de sus amigos y se iban en pareja a otros espacios.

Yo me quedaba en el salón a las primeras 2 o 3 clases y después me salía con mis amigas al parque. En algunas ocasiones nos íbamos al mar; la vida era diferente, ya no estaba en un pueblo estudiando, vivía en una ciudad y tenía muchos compañeros con ideas totalmente diferentes a las mías; de hecho, ellos estaban acostumbrados a tener mucha libertad, algo que yo no había experimentado hasta ese momento de mi vida.

El primer año en la preparatoria fue de muchos cambios, aún recuerdo el primer día de clases que llegué con mi uniforme bien planchado y me senté en la segunda fila con deseos de aprender mucho más. La clase de Etimologías Grecolatinas, que era sumamente interesante, inició con muchos estudiantes

en el aula, éramos alrededor de 30 alumnos y pasando los primeros 15 minutos, aproximadamente, Laura Toro Valle tocó la puerta, una chica que la habían cambiado de grupo, que se sentó a mi lado con una linda sonrisa y así fue como se inició una bella amistad que se consolidó con el paso del tiempo en la preparatoria; posteriormente llegó la hora del receso y otra compañera de clases llamada Hortencia Vásquez Luis, decidió almorzar con nosotras y se unió a nuestro grupo de amigas, luego Teresa Peralta y Lidia Vásquez; todas pertenecíamos al mismo grupo y durante el receso desayunábamos juntas.

Pérdida del amor hacia la lectura y escritura

El tiempo pasó, empecé a descuidar mis estudios y bajé mucho de calificaciones. Ya mis padres no me pedían cuentas sobre la preparatoria, se empezaron a ocupar más de sus problemas maritales y eso a mí me ponía mal, me causaba mucha tristeza y sin darme cuenta empecé a perder el amor al estudio, aquel que le tenía aún en la Telesecundaria y el interés por conocer más sobre asuntos académicos fue menguando. Me conformaba con la información que cada maestro nos compartía en clase, ya no leía por mi cuenta; sólo lo hacía días antes de los exámenes para repasar los apuntes recabados en las clases, pero ya casi no tenía un encuentro con la lectura y escritura por las tardes, a solas en casa.

Recuerdo mucho las clases de Historia en las que la maestra nos narraba los acontecimientos históricos que en algunas ocasiones eran interesantes, pero otras veces eran muy aburridos. En cuanto a las clases de Etimologías Grecolatinas, el maestro que tenía era muy serio, no sonreía,

aunque explicaba muy bien; de hecho, me parecía muy inteligente, pues sabía muchos términos interesantes y todo lo que nos exponía en clase venía en sus exámenes. Filosofía, Química, Inglés y Anatomía fueron muy agradables, porque los docentes dominaban bien sus asignaturas. De Matemáticas recuerdo los hermosos ojos azules del profesor y las largas horas que se la pasaba dibujando diagramas en el pizarrón para posteriormente hacerse bolas con sus propias explicaciones que Lucio, un compañero, intentaba desenredar porque era muy “matadito”, así le decíamos en el grupo, pues le encantaba esa materia, repasaba por su cuenta y al parecer sabía más que el propio maestro.

En esta etapa escolar, ciertamente cambié mucho y empecé a restarle importancia a mis asuntos académicos, aunque la lectura y la escritura siguieron presentes en algunas ocasiones, pues aún recuerdo que mis amigas y yo nos mandábamos con frecuencia mensajitos en pedacitos de papel en plena clase, lo bueno fue que nunca nos cacharon, porque de habernos descubierto obviamente nos hubieran sacado del salón a todas.

Continuaba repasando para los exámenes y haciendo las tareas solicitadas por los maestros de la preparatoria, pero no con el mismo entusiasmo que tenía cuando inicié la travesía académica por el aula desde aquel jardín de niños.

Los años pasaron rápidamente, pronto llegué al último año y seguía escuchando el mismo consejo de mi padre: “O estudio o noviazgo Carmen, no quiero enterarme que andas por ahí de noviera. ¿Eh Carmen?, ¡Cuidadito!”. Mis amigas solían decirme que mi padre se pasaba de estricto conmigo, pero los padres de ellas tampoco las dejaban tener novios y

ellas los tenían a escondidas. Llegamos al tercer grado de preparatoria y creo que empecé a ponerme rebelde con mis padres, porque hasta me atreví también a tener mi primer novio a escondidas; de hecho, el chico que me gustaba mucho me pidió ser su novia en una carta redactada en una hoja de su cuaderno. Cuando me la entregaron creí que se trataba de alguna broma de parte de nuestros amigos, aún recuerdo ese momento. Mis manos empezaron a sudar mucho y me puse muy nerviosa al empezar a leerla. El amigo que me la entregó me dijo que quería pronta respuesta. Le comenté que no le creía y que si era verdad lo que me decía en el mensaje debía solicitármelo en persona y no a través de una carta.

Le llevó este mensaje al chico que me gustaba y pronto me mandó otra carta invitándome a vernos para que me hiciera la solicitud en persona y con sus propias palabras. Fui a la cita y le dije que no quería ser su novia, que me agradaba mucho su amistad, pero no podía distraer mis estudios por un noviazgo y que siguiéramos siendo amigos. Obviamente nuestra amistad se vio afectada y después ya casi no hablábamos, pues él sentía mucha pena cuando nos veíamos para charlar. Posteriormente me volvió a pedir que fuera su novia y entonces acepté para platicar más tiempo, no perder su amistad, y obviamente porque me agradaba mucho su compañía.

Inicio de una bella y especial amistad, a través de la lectura

Los problemas en casa con mis padres fueron en aumento, a veces lloraba a escondidas, porque quería que siguieran formando una familia y veía las otras, en donde papá, mamá

e hijos salían a pasear, ese cuadro me resultaba muy hermoso y también quería vivirlo. Me empecé a acercarme más a Dios a través de la oración, leí una biblia que encontré en casa y comencé a comprender muchas cosas, inicié una nueva amistad con Dios a través de la lectura bíblica y la oración. La lectura y escritura de textos bíblicos constituyeron una parte fundamental y muy especial para mi vida, por lo que continuamente adquiría pequeños cuadernos para este fin únicamente.

La biblia se divide en antiguo y nuevo testamento, y está compuesta por diferentes libros. Del antiguo testamento llamó mucho mi atención: “Proverbios”, parte que leí y releí muchas veces, también “Eclesiastés”, “Salmos” y “Cantares”, los leí porque me llamó la atención la hermosa manera que emplea el escritor para mostrar su gratitud, sus miedos y su amor hacia alguien más.

A pocos meses de egresar de la preparatoria leí todos los libros del nuevo testamento, desde San Mateo hasta Apocalipsis. Me atrajeron porque la historia de la vida de Jesús de Nazaret, desde su nacimiento, me resultó muy interesante, y sobre todo por las enseñanzas que nos dejó. Cada capítulo de los libros me permitió imaginar la vida, los sentimientos, e incluso las emociones de Jesús, sus padres, sus discípulos y las demás personas como Marta, María, José, Lázaro, Nicodemo, Pablo, y otros más.

También empecé a leer los primeros libros del nuevo testamento. “Génesis”, “Éxodo” y “Levítico” fueron los que más disfruté y quedé maravillada no sólo de saber cómo se originó el universo, sino del gran amor y plan que tiene Dios para la humanidad. La lectura de un ser tan poderoso y a la vez

amoroso marcó mi vida, por eso podría decir que los pequeños libros que forman *La biblia* son mis favoritos. Nadie me obligó a leerla, lo hice por decisión propia y quizá por ello, este evento marcó mi vida y hasta hoy en día continúo disfrutando mucho la lectura bíblica.

El tiempo pasó, finalicé la preparatoria y posteriormente continué estudiando la universidad en la Facultad de Idiomas, extensión Tehuantepec, por parte de la Universidad Autónoma Benito Juárez, de Oaxaca. La travesía en el mundo del saber se hizo sumamente interesante en esta nueva etapa de mi vida.

Nueva etapa, nueva oportunidad

Mis padres decidieron separarse y me dolió mucho, pero continué estudiando y me concentré al 100% en esta labor. Mi relación de noviazgo con aquel chico que me agradaba finalizó y con el inicio de la universidad tuve una oportunidad más de empezar de nuevo a hacer las paces con la lectura y la escritura, pero ahora ya en otro idioma, en inglés; obviamente mi idioma favorito.

Los cinco años de estudio en la Facultad de Idiomas fue una etapa de gratas experiencias, porque el aprendizaje del idioma inglés me permitió hacer un profundo análisis y una amplia reflexión de mi lengua materna, el español. También fueron años difíciles porque los inicios del aprendizaje de este idioma me permitieron reconocer mis aciertos y desaciertos en cuanto al conocimiento que tenía del español, además de muchos errores y vacíos con los cuales debía trabajar a la mayor brevedad posible. En asignaturas como Gramática Española y Lectura y Redacción tuve la oportunidad de

retomar y consolidar mis conocimientos del español, para posteriormente hacer comparaciones con el inglés. Este proceso fue bastante difícil y requerí de muchas horas extras de estudio, investigación autónoma y práctica continua. Aún recuerdo que la maestra de estas asignaturas nos regañaba mucho, era en extremo exigente con nosotros en sus clases.

Fonología y Sintaxis fueron materias bastante difíciles, los maestros nos llamaban mucho la atención, más el de Sintaxis, que nos quería regresar a primer semestre de la licenciatura cuando ya estábamos en tercero, y todo porque él decía que no sabíamos lo suficiente como para estar en ese nivel.

Literatura Americana y Literatura Inglesa fueron de mis favoritas, pues me resultaba interesante y atractivo conocer los orígenes del idioma inglés en los diferentes países donde se habla como Estados Unidos y la Gran Bretaña, para hacer un comparativo con nuestra propia cultura; por ello, en cada lectura que tenía en estas asignaturas me imaginaba los acontecimientos que sucedían en las diferentes partes del mundo de habla inglesa, e incluso en ocasiones no me conformaba con sólo imaginar, me iba a rentar internet y buscaba videos sobre los sucesos. Era fantástico saber más al respecto, lograba ampliar mis conocimientos, favorecía mi aprovechamiento escolar y facilitaban mis participaciones en clase.

En la materia de Inglés los docentes nos pedían largas redacciones en ese idioma como textos, narraciones y diarios; también nos invitaban a entrevistar a extranjeros que visitaban el Istmo de Tehuantepec y a conseguir amigos o amigas de lugares lejanos de habla inglesa para compartir cartas, correos

electrónicos y avanzar así en el proceso de lectura y escritura de este segundo idioma.

Estas actividades escolares fueron muy interesantes, aún recuerdo la primera vez que acudí a entrevistar a un extranjero, reto que nos puso la maestra y que resultó grande para mí. Con el paso del tiempo entrevisté a muchos extranjeros, pude vencer mis temores y elevar mi nivel de comprensión, tanto de forma oral como escrita en inglés.

Conseguí contactos por internet para practicar el idioma de manera escrita y hubo uno de ellos que me mandaba largas cartas redactadas totalmente en inglés desde otro continente, las cuales demoraban casi un mes para llegar hasta Tehuantepec. Una bella amistad que con el paso del tiempo se convirtió en romance, y aunque no me atreví a contestar sus escritos, aún los conservo, y cuando los vuelvo a leer revivo gratos momentos.

El aprendizaje del idioma francés también me permitió hacer una retroinspección de mi primer idioma, el español. Tomé más semestres de francés de lo que me solicitaba la licenciatura por iniciativa propia, porque realmente me encanta aprender otras lenguas, y así pude realizar un comparativo más profundo entre los tres idiomas: el español, inglés y francés.

Magia encendida nuevamente

El tiempo pasó rápidamente, y aunque los últimos dos años de la licenciatura se hicieron eternos, porque en ese momento estaba ya trabajando y estudiando, el plazo se cumplió. Egresé de la Licenciatura de Lenguas Extranjeras, con especialidad en el área de inglés, y posteriormente me dispuse únicamente

a trabajar frente a grupos en escuelas particulares. Mi primera oportunidad de trabajo fue en un jardín de niños, y aún guardo recuerdos gratos de ese primer acercamiento a la práctica, como profesora responsable ya de impartir la asignatura inglesa frente a grupo.

La responsabilidad que se nos delega como docentes no es del todo fácil, pero cuando se tienen los conocimientos necesarios y la disposición para enfrentar todos los retos educativos, sin duda alguna sabemos rendir muy gratos resultados.

Sólo un año estuve trabajando con mis pequeños gigantes en aquella institución educativa, y posteriormente continué laborando por seis años más en otra escuela primaria, también particular, en la misma ciudad, en Salina Cruz, Oaxaca. Las experiencias adquiridas en mis centros de trabajo marcaron de una manera fantástica mis inicios como docente, y la llamo así, “fantástica”, porque me permitieron compartir espacios áulicos con niños y niñas en centros escolares, y la magia con la que inicié el proceso de lectura y escritura se volvió a encender, y aunque era la profesora de aquellos hermosos niños me tuve que bajar a su nivel para así juntos sumergirnos en el maravilloso mundo del saber. Porque para mí, eso es ser docente, es saber acompañar, guiar, dirigir y aprender a ser parte del proceso de enseñanza-aprendizaje. Sinceramente considero que mis pequeños gigantes me enseñaron a crecer como maestra y como ser humano.

Mi relación con la lectura y escritura se amplió, porque ya no sólo tuve que hacer procesos de investigación en español sino también en inglés, y con la Maestría en Docencia e Investigación que tomé más tarde, me vi en la necesidad de indagar más al respecto sobre las diferentes estrategias de

enseñanza existentes tanto en mí mismo quehacer docente cómo en otros más.

Más adelante laboré en una escuela secundaria privada y posteriormente en la preparatoria pública y en la universidad donde había estudiado años atrás. Del mismo modo laboré en una institución particular que me brindó la oportunidad de trabajar con un grupo de maestrantes.

Mi caminar en la docencia se ha facilitado mediante la lectura y la escritura constante, tengo grandes satisfacciones tanto en mi vida personal como profesional, pues han sido herramientas fundamentales que me han abierto las puertas de entrada a nuevos campos de saberes educativos.

¡Docencia, oportunidad para hacer magia!

Tuve la oportunidad de impartir clases de inglés en la Ciudad de México, dentro del programa PNIEB (Programa Nacional de Inglés en Educación Básica), cuyos objetivos eran proveer de herramientas y oportunidades a los niños para aprender inglés en los centros educativos públicos desde el primer grado de educación primaria. Impartir clases de inglés a los alumnos tanto de primero, segundo, tercero y cuarto grado me permitió medir los avances en la lectura y escritura que cada uno de ellos tenían en ambos idiomas, y observé que su avance en español repercute indudablemente en el aprendizaje favorable del idioma inglés como segunda lengua.

Estoy en el camino correcto, me fascina lo que hago día tras día en las aulas, aún sigo sintiendo la magia y lo mejor de todo, soy partícipe de iniciarla. Algunos de mis alumnos se han prestado y nos hemos dado el deleite de sumergirnos

juntos en este maravilloso mundo del saber. Y digo “algunos”, porque siento que aún me hace falta convencer a todos de viajar a ese hermoso mundo mágico y maravilloso de la lectura y la escritura, porque aunque no continúe trabajando con niños, considero que también los adultos podemos encontrar deleite en la lectura y escritura de ambos idiomas.

Soy docente de medio tiempo en el Centro Regional de Educación Normal de Río Grande y me encanta trabajar aquí. Sé que como maestra tengo grandes retos; no sólo seguir cultivándome sino también motivar a mis estudiantes a despertar su amor y gusto por los libros, y por la redacción de textos que les permitan avanzar en el proceso de profesionalización.

Actualmente me he convertido también en esposa y aún antes de dar el paso hacia el matrimonio existieron mensajes, cartas y letras de canciones que recibí y envié para manifestar mis sentimientos y emociones; así confirmo que la lectura y escritura siempre han estado presentes en mi diario vivir y en cada etapa de mi vida.

Ahora soy madre de dos hermosos bebés, Joseph de cinco añitos y Daniel de dos, y el legado que quiero heredarles es bastante comprometedor, sé que mi misión es aún mayor, no sólo por ser maestra, sino porque son mis hijos y obviamente quiero que ellos también aprendan a ver magia en cada cuento que les lea sentados en mi regazo, o mejor aún, sentarlos cerca de mí, narrarles bellas historietas y mostrarles ilustraciones coloridas, hacer cambios de voz y utilizar un espacio cerca de ellos para tomarlo como escenario, para dibujar en sus caritas bellas sonrisas. Despertar en ellos el amor por la lectura y posteriormente por la escritura, que sin duda alguna, son de

vital importancia para comunicarse mejor y para sumergirse en nuevos mundos del saber.

LA GRANDEZA DE LAS COSAS SIN NOMBRE

Víctor Velasco Salinas*

Mi nombre es Víctor Velasco Salinas, nací el 4 de septiembre del año 2000, en la ciudad de San Pablo Guelatao, Oaxaca. Mis padres son el señor Marcelo Velasco Peralta (+) y la señora Elena Salinas Salinas. Considero que es el momento justo para abrir el álbum llamado memoria y recordar los bellos momentos que recorrí con la lectura, junto a mi familia.

Desde que tengo memoria he vivido en Santa Catarina Juquila,¹ Oaxaca, un lugar lleno de misticismo,² magia y color:

Lugar donde se encuentra el santuario de nuestra Señora de Juquila que introduce a los fieles creyentes en un mundo de fe y esperanza. Juquila, que se mezcla entre montes y barrancos³ es una zona increíble para los visitantes porque los hogares se localizan en forma de escalera; es decir, empiezan desde el centro de la comunidad y van subiendo hasta lo más alto de ella. Población que desde la entrada ofrece un panorama espectacular de árboles como pinos, encinos, fresnos y en especial el cantar de los pájaros y grillos. Su clima es templado, con un considerable frío, justo para tomar un chocolate o café caliente (INAFED, 2001).

* Alumno en formación docente del 4o semestre de la Licenciatura en Educación Primaria del CREN, Río Grande, Oaxaca.

¹ Santa Catarina Juquila es una ciudad del estado mexicano de Oaxaca, localizada en la Sierra Sur de la entidad. Es cabecera del municipio del mismo nombre y uno de los centros de peregrinación religiosa más importante de México. En su templo se venera la imagen mariana de Nuestra Señora de Juquila (INEGI, 2001).

² La mística designa un tipo de experiencia muy difícil de alcanzar en que se llega al grado máximo de unión del alma humana a lo sagrado, durante la existencia terrenal (Ferro, 2019).

³ Un barranco es un desnivel brusco en la superficie del terreno que puede ser provocado por varios motivos: la erosión causada por un río, arroyo o torrente (Academia, 2016).

Un golpe en la vida...

Tuve en la vida una etapa de desolación, pues a muy temprana edad sufrí problemas económicos y familiares, sucesos que marcaron mi existencia y que aún me acompañan. Me separaron de mi padre por un tiempo —aproximadamente 10 años—, ya que fue detenido por policías que injustamente le imputaron la muerte de uno de sus hermanos. Qué raro, ¿no?, asesinar a su propio hermano, ¿por qué razón?, preguntas que hasta la fecha no tienen respuesta. Por ese motivo me quedé solo con mi madre, una dama humilde y con una sencillez inigualable. En aquel tiempo y con todo el respeto del mundo, ella tomó las riendas de la familia cuidando a sus cinco hijos: Beatriz y Rosa Elvia Rodolfo Salinas; Misael y José Luis Velasco Salinas, y el más pequeño, yo.

Pero ¿por qué me resulta importante platicarles esta pequeña parte de mi vida? Porque a partir de ese soplo del destino tuve la motivación necesaria para impulsar mis estudios y realizar un esfuerzo cotidiano que coloqué escalón por escalón en dirección hacia la cima para lograr sobresalir, a pesar de que mis padres son personas analfabetas, lo que en su momento significó una barrera en mi aprendizaje y la constante preocupación por no saber quién me enseñaría a leer, a escribir.

Mi madre, con rostro de preocupación, desesperación y tristeza, sólo tenía en mente nuestra educación; aunque no sabía de dónde iba a sacar el dinero necesario para comprar los uniformes y útiles escolares. En cuanto a nosotros, la única inquietud que teníamos como niños era jugar, jugar y jugar hasta cansarnos y caer rendidos por las noches en nuestras camas de madera.

Las primeras que tuvieron oportunidad de iniciar sus estudios fueron mis hermanas mayores. Ese hecho me brindó tranquilidad, porque tendría alguien que me apoyaría a marcar las líneas de mis incipientes rayones, mis trazos iniciales, mi primer intento por saber qué decía aquel cuaderno viejo que dejaba mi hermana al transitar a un grado más del nivel básico, en la primaria.

Empezó mi primer roce con los libros aún sin saber leer. Libros que eran más hermosos al abrirlos, degustar su olor tanto a nuevo y viejo, en cada página que transitaba. Aunque aún no sabía lo que había en sus letras, los coloridos dibujos que los ilustraban eran una buena herramienta para poder crear, a partir de ellos, mi propia historia o cuento.

Mi hermana Rosa se sentaba en alguna piedra que encontraba cerca de nuestra humilde casa, para contarme un cuento de uno de los libros que le proporcionaba la escuela. Ella era muy creativa e interpretaba con enfática voz la actuación de cada personaje, o cantaba con nosotros una de las tantas canciones infantiles que a cualquier niño le emociona escuchar. Una de mis favoritas era *El piojo y la pulga*, y al interpretar una pequeña parte que me sabía bien la acompañaba bailando y dando brincos de emoción: “El piojo y la pulga se van a casar, y no se han casado por falta de maíz, tiro lo tiro, tiro liro liro, tiro lo tiro, tiro lilo lan”.

La escolita...

Recuerdo que empecé a tomarle importancia a la educación a muy temprana edad, al jugar a la escolita en las escaleras de la casa. ¿Cómo no recordar que mis primos y hermanos

nos reuníamos para divertirnos hasta altas horas de la noche charlando cosas de niños? Nos juntábamos y salíamos de la casa con un cuaderno o libro viejo que nos encontrábamos en algún rincón, con prisa por ir a jugar, y empezábamos a correr para ganar el lugar que se encontraba hasta adelante, en el primer escalón de muchos, con el fin de escuchar bien las actividades que se iban a realizar. Cada día, a cada niño, le tocaba tomar el papel del docente, ¡qué emoción!

Me agradaba calificar, y el gusto por hacerlo jamás me abandonará. Nunca olvidaré mis primeros acercamientos a la docencia⁴ en aquella escalera, y los momentos en que llegaba mi turno de ser el maestro, cuestionándome qué sería lo que les indicaría realizar a mis “alumnos”, si no sabía leer ni escribir, solamente copiar; entonces los ponía a que repitieran algunas letras o lo más sencillo, que dibujaran lo que ellos quisieran. Mis actividades docentes terminaban cuando escuchábamos el grito: “¡Niños, ya métanse a la casa, ya es muy noche para que estén allá abajo!”. Todos recogíamos nuestras cosas e íbamos de regreso a tomar el exquisito café que preparaba mi madre.

Llegué a la edad de los tres años, el momento adecuado para iniciar el nivel Preescolar, pero por motivos económicos familiares no asistí al kinder⁵ durante tres años, tiempo que hubiera podido aprovechar para mi primera formación como alumno, y para llegar con mejores conocimientos al siguiente nivel académico.

Recuerdo esa etapa con tristeza y desolación, pues deseaba profundamente aprender a leer y escribir como mis

⁴ “La enseñanza es una actividad realizada conjuntamente mediante la interacción de elementos: uno o varios profesores, docentes o facilitadores, uno o varios alumnos o estudiantes, el objeto de conocimiento y el entorno o mundo educativo donde se ponen en contacto a profesores y alumnos” (García, 2017, p. 104).

⁵ El kinder en Juquila se refiere a la educación preescolar que se cursa de los 3 a 5, o 6 años.

primos, y no perdía la esperanza de algún día pisar ese cuarto de cuatro paredes llamado “salón” y conocer a los increíbles maestros y amigos que me acompañarían. Mi madre, que por varios años estuvo sin el apoyo de mi padre nunca se rindió, y con frecuencia me decía: —Hijo, algún día irás a la escuela; y esas palabras me alegraban de tal manera que empezaba a correr por la pequeña y humilde casa de madera que habitábamos.

Conmemorando mi primera escuela

Transcurrieron algunos años y llegó el momento de ingresar a la Escuela Primaria Urbana Federal “José Vasconcelos”.⁶ La institución era de las más pequeñas en la comunidad, pero con una de las mejores enseñanzas. Contaba con aproximadamente 10 salones y una cancha, nada más; sin embargo, aún recuerdo con mucho aprecio y cariño a mi escuelita, como yo la llamaba.

Y ¿cómo no recordar a mi maestra?, una chica de cabello corto y color de piel clara, la persona que me enseñó a tomar el lápiz y trazar en mi cuaderno, con olor a nuevo. ¿Cómo no aprender y realizar las actividades que nos indicaba si la recompensa era salir a jugar o a comprar un bolis de hielo que ella nos invitaba?

Ella, con sus métodos de enseñanza lograba que la escuela me interesara y atrajera, pero desafortunadamente con el paso del tiempo nos cambiaron de maestro dos veces, y en la segunda ocasión nos asignaron al maestro Urbano, una persona a quien no le importábamos mucho, debido a que tenía otras obligaciones más trascendentes en la primaria. Es cierto

⁶ Institución de nivel básico, primaria, ubicada en la comunidad de Santa Catarina Juquila, Oaxaca.

que en el primer grado aprendimos poco, pero lo aprendimos bien con nuestra apreciada maestra.

Todos sabemos leer, pero no todos aprendimos de igual forma; y yo, por no asistir a la escuela a temprana edad ni siquiera conocía el abecedario, lo que me dificultó el inicio de clases. La lectura se me hizo interesante y atractiva por el método con el que la maestra nos enseñaba: la letra, la imagen y el nombre de ésta. Así fue como empecé a conocer el abecedario y los impresionantes códigos que le daban sonido a cada palabra.

Posteriormente a la identificación de las letras, la maestra utilizó el método silábico para que aprendiéramos a leer las palabras separadas por sílabas; por ejemplo: mamá = mamá. Sin saber exactamente lo que hacía, el aprendizaje fue asimilándose y acomodándose en mi cerebro; así ingresaron las consonantes, las vocales, el abecedario y nuevo vocabulario en mi diccionario mental. Bastaba con que me adaptara a lo que me enseñaba la maestra y confiara en que poco a poco me iba a funcionar.

Recuerdo el anhelo de cada alumno por la llegada de los libros de texto, e iniciar el viaje junto a ellos. Libros que tenían pocas letras y muchas imágenes o dibujos que ayudaban a explicar lo que decía el texto, situación que me fascinó, pues aún no sabía leer.

Hubo un libro muy importante en mi infancia, el de Lectura de primer año, el libro con portada de perrito, que dentro tenía cuentos interesantes, cortos y llamativos para leer, que me ayudaron con las primeras lecturas, siempre apoyado en la maestra que era muy paciente. Algunos de los títulos eran “Paco el Chato”, una historia en la que Paco va

del campo a la ciudad y se pierde en su primer día de clases. La experiencia que me dejó fue mostrarme la importancia de saber leer y escribir, texto ideal para reflexionar sobre la necesidad de alfabetizarme y para resolver problemas. No fue sólo ese cuento sino muchos más los que contenía, e incluso una canción infantil muy sonada: *El piojo y la pulga*, que ayudaba a que los niños se interesaran en los libros y que como ya dije antes, era una de mis favoritas en los primeros años, pues ya la conocía por mi hermana.

Pasé a segundo grado y fue un poco más complicado, porque iniciaron los dictados de palabras y el uso de hojas de trabajo para completar los nombres de las cosas, objetos o animales. Los dictados se me complicaron, pues no sabía escribir muy bien, mucho menos leer exactamente, pues confundía muchas las palabras. Teníamos un libro de lecturas con cuentos encantadores que nos daban la oportunidad de imaginarnos cómo iban pasando las cosas. Gracias a ellos leía y gracias a las estrategias de los maestros, a pesar de que existían las tradicionales reprimendas si no aprendías, e incluso, por no poner atención te regañaban, o lo más común, te pegaban con la regla.

Cómo no recordar en este grado a mi maestra Ema, una docente muy estricta en su trabajo y con un gran desempeño, para que aprendieras de distintas maneras, ya fuera bien o mal, gritándote: “¡Lee bien!” o “¡Pónte a leer más!”, con una voz gruesa que te regresaba al asiento con miedo de seguir, seguir y seguir leyendo, hasta que nuevamente te llamaba: —¡Víctor!

Escuchaba mi nombre y sabía que era nuevamente ella. Con una gran aprensión alzaba la cabeza y escuchaba:

—¡Te toca otra vez leer, te escuchol; entonces, con toda la seguridad y confianza del mundo empezaba a leer. Mi lectura fue mejorando, no mucho, pero iba avanzando, aunque tartamudeaba a veces y confundía algunas letras. Al llegar a casa, después de cada clase, tomaba mi libro de cuentos y me ponía a leer con la esperanza de no recibir un regaño más, y aunque la situación no cambió de un día para otro, pero si de un tiempo a otro.

En tercer grado de primaria ya sabía leer un poco mejor y fue el momento en que llegaron a mis manos cuentos infantiles ilustrados: “Caperucita roja”, “Blanca nieves y los siete enanos”, “Pulgarcito”, entre otros. Textos atractivos que hacían volar mi imaginación y que de igual manera teníamos que revisar en clase, pasando al frente a leer una página. Recuerdo que cuando era mi turno tenía muchos nervios.

Otra de las estrategias que utilizaba la docente era pasarnos a leer una oración que había escrito en el pizarrón, pero como todos repetían lo mismo, lo que hacía era memorizar bien la frase para fingir que estaba leyendo correctamente. Estoy consciente de que en ese instante, lo que hacía no me servía para aprender, sólo usaba la memoria y era fácil que lo olvidara en cualquier momento y de hecho así fue. La memorización es como una esponja, atrae todo en un momento y al rato lo deja de lado, sin importancia alguna.

Al cursar 4º, 5º y 6º grado, mi capacidad lectora aumentó cada vez más. En estos grados las maestras nos enseñaban a leer a través de dictados, primero de oraciones largas, y después de párrafos; también utilizaron la estrategia de enviarnos un libro a casa para leerlo y al día siguiente regresar a leerlo y así disminuir las equivocaciones; la estrategia se llamaba “libro

viajero”. Lo que también deseaba la docente era la comprensión de las lecturas, que hasta el momento se me dificulta un poco.

Durante el transcurso escolar tuve varias presentaciones en diferentes obras de teatro dentro de la institución y a mi parecer es una forma adecuada para aprender a leer y comprender el desarrollo de un texto, cuento o historia. Tuve varios personajes en los distintos cuentos: En “Caperucita roja” interpreté al lobo. Me eligieron para que comprendiera el actuar de este personaje.

En “Blanca Nieves” fui uno de los siete enanitos, claro que no era por mi estatura, o tal vez sí, no lo sé, pero lo que me comentó la docente es que pretendía que yo me empeñara en cada representación y cumpliera con los diálogos.

Mi madre, con gran emoción aceptaba que yo participara en cada programa social de la escuela. Ella se ponía feliz, porque yo estaba representando a mi salón, y a pesar de la situación económica en la que nos encontrábamos participé los seis años consecutivos. Ver a mi mamá asistir a las presentaciones escolares me emocionaba, pues ella estaba en cada paso que daba por la vida y más aún, sabía que estaba orgullosa de mí, por ello ponía todo mi empeño en la escuela.

Más adelante utilizaron los maestros el método de memorización de poemas o guiones teatrales que resultaba más complicado, pero me ayudó a mejorar mi lectura y comprensión.

Gracias a los libros y a la ayuda de los docentes aprendí a leer empezando por lo básico, hasta lo más complicado en este nivel; es decir, desde reconocer las vocales hasta leer cuentos completos sin complicación alguna. Una de las historias que se me hizo encantadora fue *Alicia en el país de las maravillas*

(Carroll, 1865). La historia trata de una niña, Alicia, que vio a un conejo por el patio de su casa y lo siguió para atraparlo. En su persecución cayó por un túnel hacia el centro de la tierra, hasta un cuarto sin salida aparente. En la historia come, bebe, se encoge y se agiganta para viajar por sus propias lágrimas hasta el mundo de las maravillas. La historia me permitió comprender los valores y las enseñanzas que nos deja: “Un autor no entiende necesariamente el significado de su propia historia mejor que los demás” (Carroll), pues como lo mencioné anteriormente, creamos nuestras propias historias a través de la imaginación, ya que una función importante de la lectura es lograr llamar la atención del lector y llevarlo a volar más allá.

Cuando culminó mi primer nivel básico, que fue la primaria, mis familiares orgullosos de ello decidieron mandarme a la Secundaria Técnica N° 74, que también se encuentra ubicada en la misma población de Juquila, y fue la primera secundaria de la zona. Era una institución grande, con muchos salones y áreas verdes. Al ingresar sentí un cambio peculiar en mi ser, todo cambió, mis emociones, mi cuerpo, mi voz y mi interés por las distintas áreas de la educación que aprendí en mi inolvidable primaria.

En el nivel de secundaria, la asignatura de Español incluía diversos temas: escritura, coherencia, ortografía e incluso la lectura de historias, novelas y libros, textos más extensos. De ese tiempo hubo algunos sucesos muy importantes durante mi aprendizaje, uno de ellos fue la enseñanza, en primer grado, de la materia de Español, impartida por la maestra Johana Zamora Camacho.

Su método de enseñanza era utilizar una libreta de doble raya, para lograr una escritura clara y correcta; además, nos

orientaba al escribir oraciones o la lectura de alguna novela, y si nos equivocábamos en una palabra, nos ponía a realizar varias planas hasta que estuviera correctamente escrita; también nos hacía buscar en el periódico palabras que iniciaran con una misma consonante. En ese tiempo leí muchos textos, los suficientes para mí. Algunos de ellos fueron: *El caballero de la armadura oxidada*, cuyas profundas enseñanzas éticas son de una sencillez y humildad tal, que se consiguen interiorizar naturalmente, mientras que la riqueza de su prosa nos inunda de belleza (Fisher, 2005). Algunos capítulos de *Don Quijote de la Mancha*, la novela *La rebelión en la granja*, ciertos poemas de Pablo Neruda y *El principito*, entre otros.

Estos libros me ayudaron a mejorar la coherencia, al momento de redactar textos, documentos e informes. De la misma forma me hicieron valorar la ortografía, porque simplemente una tilde puede cambiar el significado de una oración. Más adelante llegó la búsqueda de libros que fueran interesantes para representar una obra de teatro. Yo encontré un texto que con el simple hecho de leer el título me llamó la atención y me llevó a imaginarme más o menos de qué se trataba: *Terror en la escuela* de Sebastián Pedrozo.⁷

Mi siguiente nivel académico fue en el Colegio de Bachilleres del Estado de Oaxaca, Plantel 31 (COBAO),⁸ donde aprendí a leer mucho mejor y me acerqué a textos teóricos más amplios. Leíamos novelas filosóficas que en ese momento no me gustaban, porque hablaban de los griegos, aunque posteriormente, cuando nos dejaron leer una de ellas

⁷ Sebastián Pedrozo es un maestro y escritor uruguayo de literatura infantil y juvenil. Comenzó a escribir casi al mismo tiempo en que recibió su título de maestro, desempeñándose como docente y escritor en forma simultánea, y narrando a sus alumnos las primeras historias que redactó (Sánchez, 2015).

⁸ El Colegio de Bachilleres es una institución de educación pública, de educación media superior (bachillerato) (COBAO, 2010).

que es muy conocida, *El mundo de Sofía* (1991), me encantó la manera en que narra la vida de algunos griegos, e incluso la forma en que su autor, noruego, Jostein Gaarder, se traslada al pasado. De la misma manera, a partir de la siguiente razón, de Ana Laura Delgado, comprendí que:

Con la lectura ampliamos nuestro vocabulario, mejoramos nuestra ortografía y aprendemos las estructuras sintácticas, con lo que la expresión oral y la escritura se enriquecen, y también con ello nuestra capacidad de organizar conceptos, pensamientos, ideas, sensaciones y sentimientos, y transmitirlos. Son la principal vía de acceso al conocimiento y cultura (Delgado, s/f).

La autora también nos expresa que:

Gracias a la lectura nos ponemos en contacto con lugares, gentes y costumbres lejanas en el tiempo o en el espacio, lo cual nos lleva a la recreación, a la fantasía, a experimentar lo que sienten o piensan otras personas, a escuchar otras voces, a desarrollar el criterio, a aceptar la diversidad y la pluralidad de opiniones, a entender la condición humana, a ampliar horizontes. La lectura nos hace gozar y sufrir, nos enriquece y nos transforma, nos entretiene, nos relaja, nos divierte (Delgado, s/f).

En mi vida personal he leído otras novelas: *Bajo la misma estrella* y *El señor de las moscas*. Si bien no me considero muy aficionado

a la lectura, sé lo importante que es hacerlo para nuestra vida, la cantidad de beneficios que trae, las palabras nuevas que podemos llegar a conocer, la energía que utilizamos en nuestra mente para concentrarnos en una historia, el aumento de la imaginación, la creatividad, y el bienestar sentimental que nos proporciona. También disfruto con las historias de terror, que no específicamente deben tener un final perfecto, feliz, y me gustan las historias reales.

Al momento de leer me identifico generalmente con el protagonista, imaginándome todo lo que va pasando en la historia, y lo más loco es que siento que es a mí a quien me pasa.

En las personas asiduas a la lectura, la habilidad para expresar ideas se enriquece. “Los libros nos conectan directamente con la cultura de todos los tiempos, con el arte de todas las épocas y nos permiten comprender y valorar las creaciones artísticas” (Fuentes, 2013). Creo que una persona que lee, es una persona libre.

La frase anónima: “Analfabeto no es aquella persona que no sabe leer, analfabeto es aquella persona que sabiendo leer, no lo hace”, lo que nos explica algunas cosas de nuestro propio mundo, pues como seres humanos no aprovechamos adecuadamente algo que muchos no tienen, la lectura, y simplemente sabemos decodificar sin lograr comprender.

Llegó el momento de hablar de Pedro, la persona que me ha enseñado mucho sobre la lectura, y que durante los siete meses que nos conocimos me demostró que ésta nos lleva a viajar en el tiempo o a otros momentos históricos. Él me ha platicado de algunos de los increíbles libros que ha leído; por ejemplo, los siete tomos de *Harry Potter* de J. K. Rowling,

uno de sus personajes favoritos. De la misma manera me ha mostrado *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry (1943).

El romanticismo es una de las mejores cosas que puedo expresar en estas líneas; las cartas y los mensajes son otras formas en que nos importa la lectura, porque nuestros sentimientos se plasman con palabras que salen del pecho y la mente.

Hoy en día doy gracias a Dios por permitirme ser el relator de la historia que quedará plasmada en estas increíbles hojas, al poder compartir bellos momentos de mi vida junto a la lectura y escritura, dos herramientas fundamentales en la vida de un ser humano. Estoy agradecido por tener la oportunidad de realizar este proceso llamado “Mi autobiografía lectora”, debido a que mi álbum de recuerdos llegó hasta lo más profundo de mi vida, revelándome sucesos que desconocía.

Me quedo con gratos aprendizajes que facilitarán mi proceso como futuro docente al rescatar todas las estrategias que me funcionaron para aprender a leer y escribir. Y claro, sin olvidar a los docentes que hasta el momento me están apoyando, que me han enseñado bastante respecto a la lectura y a la comprensión de cosas que desconozco.

No sé si en las experiencias o en las vivencias de uno, —y cuando digo de uno, no sólo me refiero a mí, sino a todo ser humano que, por muy pobre que sea su memoria o por muy extensa, siempre tiene algo que contar de sí mismo—, es posible que siempre existan pocas o muchas emociones, sensaciones distintas y curiosidad por todas las cosas que se han vivido, situaciones en que el dolor o el placer despiertan cierta intuición de lo que se experimenta en el acontecer de los días y de sus noches.

En estos momentos estoy acostado debajo de un techo, mirando el brillo de las estrellas a la luz de la luna, tratando de concentrarme en lo que hago y redactando un final agradable.

Ser una persona alfabetizada es un gran honor en mi vida, a diferencia de miles de niños que no acuden a la escuela para recibir las clases que tanto anhelan, y no pueden aprender a causa de muchas circunstancias. Gracias a mis padres por mandarme a cumplir uno de mis más grandes sueños: tener una profesión que implica una gran responsabilidad para la futura sociedad que me rodea. Agradezco también a mi pareja por darme ánimos para seguir adelante y nunca rendirme. ¡Gracias!

REFERENCIAS

Academia, R. (2016). *Diccionario de la RAE*. <<https://books.google.es/books?>>.

Carroll, L. (1865). *Alicia en el país de las maravillas*. México: Grandes de la literatura.

Delgado, A. (s/f). *La importancia de la lectura en los niños*. <<http://www.clubepe.com>.

Ferro, J. (2019). *Oración transformadora*. México: Ibukku.

Fisher, R. (2005). *El caballero de la armadura oxidada*. Estados Unidos: Obelisco.

Fuentes, A. (25 julio de 2013). *Leer nos hace libres: 10 razones para leer un buen libro*. <<http://www.esceulaenlanube.com>>.

Gaarder, J. (1991). *El mundo de Sofía*. Oslo: Ciruela.

García, L. (2017). *Manual Unidad Formativa*. Madrid: CEP.

INAFED. (2001). <<http://www.inafed.gob.mx/work/enciclopedia/EMM20-oaxaca/municipios/20364a.html>>.

INEGI. (2001). *Censo general de población y vivienda 2000*. México: INEGI.

Rowling, J. K. (1997). *Harry Potter*. Reino Unido: Bloomsbury Publishing.

Saint-Exupéry, A. (1943). *El principito*. Buenos Aires: EMECE.

Sánchez, F. (septiembre de 2015). *Poetas Siglo XXI*. <<https://poetassigloveintiuno.blogspot.com/2014-/07/sebastian-pedrozo-12185.htm>>.